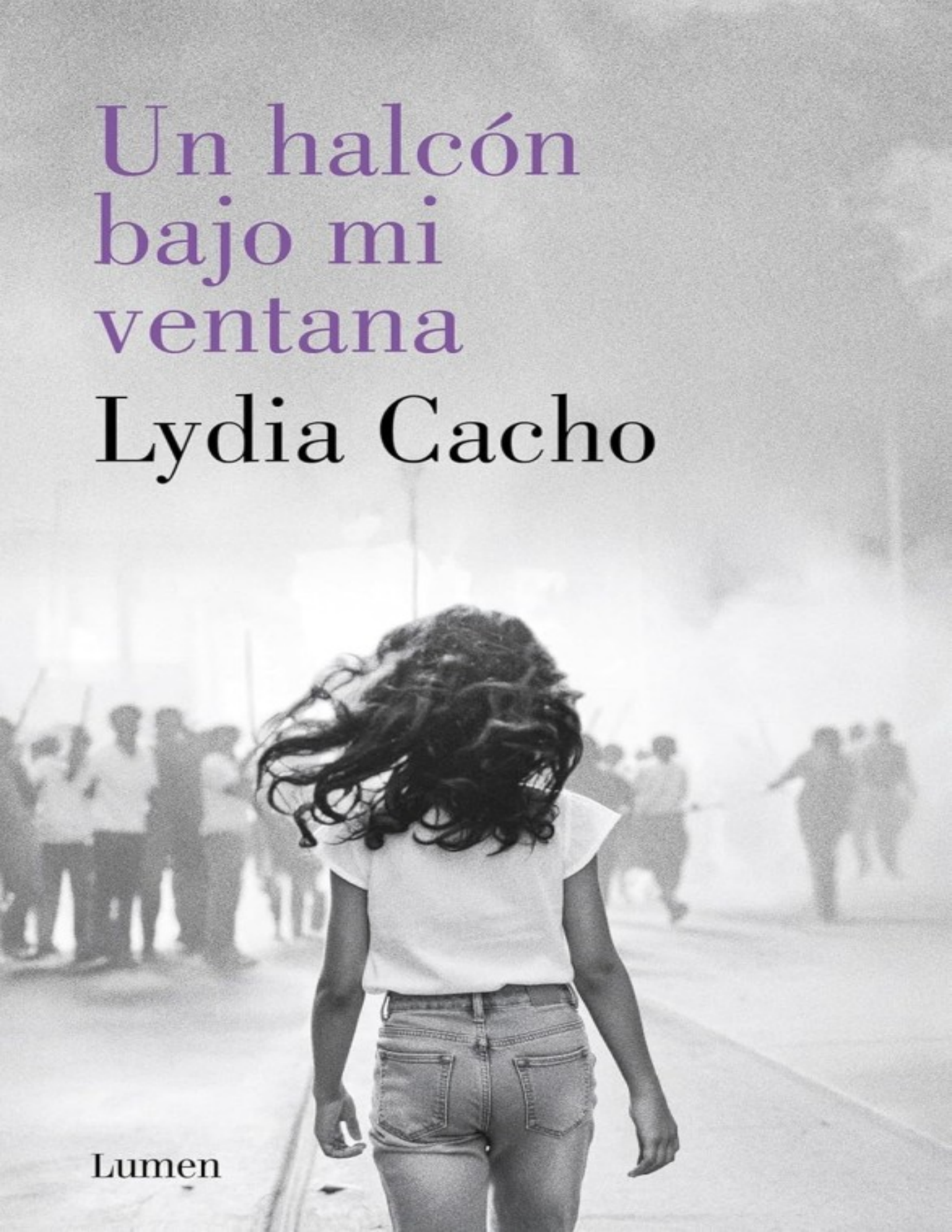
Un halcón bajo mi ventana

Lydia Cacho



Lumen

Un halcón bajo mi ventana

Un halcón bajo mi ventana

Lydia Cacho

Lumen
narrativa

A todas las mujeres que pusieron el cuerpo,
la inteligencia y la vida
al servicio de un movimiento que cambió para siempre a México.
Sus narradores decidieron invisibilizarlas.
Aquí están de vuelta,
con toda su fuerza imbatible.

Mas he aquí que toco una llaga: es mi memoria.
Duele, luego es verdad. Sangra con sangre.
Y si la llamo mía, traiciono a todos.
ROSARIO CASTELLANOS, "Memorial de Tlatelolco" (fragmento)

I

Así fue como un día de 1968 descubrí que el gobierno había matado mi infancia y a pesar de todo seguí siendo niña. La inocencia la perdí más tarde, cuando comencé a creer en un futuro diferente y aprendí a vivir mi adolescencia entre el amor y la muerte.

Esta mañana del jueves primero de agosto de 1968 mamá no me lleva a la escuela, estamos en mi habitación y me dice que debajo de la blusa me ponga una camiseta blanca sin mangas. En el frente está escrito con un marcador indeleble mi nombre completo, la dirección y el teléfono de mis abuelos maternos. Mamá me ayuda a ponérmela, me sonríe. Sus ojos están llenos de ansiedad; yo le sonrío, mis ojos están llenos de incertidumbre. Su ansiedad y mi incertidumbre se miran fijamente en silencio mientras estiro los brazos como una nadadora para que ella me ayude a ponerme la camiseta de algodón que lleva un pequeño moño rosa pálido en el frente, justo arriba de mi nombre. Es un ritual que hacemos desde que era pequeña y a veces nos gusta jugar a que mamá me ayuda a vestir para salir a cambiar el mundo.

Me miro en el espejo de la puerta, estoy muy flaca y no más alta que cualquier chica de trece años, tengo los ojos grandes, las pestañas tupidas y negras como las de papá y la boca pequeña, la piel morena como la de mi abuelo paterno y el pelo rizado que me llega a los hombros es negro como el de papá, pero él se pone brillantina para alisarlo, yo lo llevo alocado jipi. Todo el mundo cree que soy mucho más nena, aún tengo los pechos planos y dicen que tengo facciones aniñadas, así que me tratan como si fuese menor. Mamá interrumpe mis pensamientos, me pide que diga de nuevo la información.

"Me llamo Julieta López Monteiro —recito sonriente—, tengo trece años, vivo en la calle Sor Juana Inés de la Cruz 15, interior 4B,

Santa María la Ribera, mi teléfono es noventa y tres veintisiete cuarenta y dos". Mamá aprueba, entonces le pregunto si ella también lleva la información escrita en su ropa interior. Sonríe.

Disciplinada como es, recita: "me llamo Clara Monteiro Tristán, tengo treinta y dos años, vivo en Sor Juana Inés de la Cruz 15, interior 4B, Santa María la Ribera, mi número es noventa y tres veintisiete cuarenta y dos". Sonreímos en silencio mientras subimos al Volkswagen escarabajo naranja de mi padre.

—El dueño de este coche se llama Fernando López Álvarez, a él esto de las marchas no le gusta nada porque todos los hombres de su familia son militares de Oaxaca, Puebla y Durango —digo jugando. Mamá y yo soltamos una carcajada.

Vamos hacia la Universidad Nacional Autónoma de México que es donde algún día yo voy a estudiar. Estacionamos el coche lejos de la UNAM, está todo lleno. Bajamos. Mamá es alta, de piel olivácea, parece andaluza, tiene un cuerpo con muchas curvas, los ojos más dulces y profundos, las mejillas carnosas, el pelo largo y reluciente, le gusta llevar una coleta y a veces le pone un moño negro. Siempre lleva lentes de sol modernos y raros. Hoy ella y yo vestimos casi iguales, con blusa blanca de algodón, pantalones acampanados de mezclilla, botines de gamuza, los suyos negros, los míos color camello. Se agacha y comienza a atarme un cordel rojo en la muñeca izquierda, se le complica porque lleva atada la otra orilla del cordel a su muñeca derecha; entre las dos, con las manos libres, atamos el doble nudo para no soltarnos.

Caminamos deprisa mientras me explica, por enésima vez, que vamos a la marcha con las integrantes del movimiento de mujeres que organiza el grupo estudiantil universitario. La miro mientras habla, me encantan sus lentes de sol redondos de pasta gruesa color púrpura, el pelo en una coleta y la cara lavada, pienso que mi madre es la más bella del mundo. Es alta, fuerte, camina como una pantera, intento imitarla, estiro el cuello, miro al frente, la explanada de la universidad resplandece bajo el sol de este cielo sereno, nítido de la ciudad. Respiramos alegría.

—Cuando terminemos de marchar quiero unos lentes de sol como los tuyos —le digo como si comprendiese lo que nos espera,

mirando a lo lejos el pabellón de Rayos Cósmicos de la universidad, pienso que México debe ser el país más bonito de la Tierra.

Hay cientos de mujeres, son más jóvenes que mamá, las hay morenas, negras, medio blancas, unas llevan pantalones, otras van en minifalda o en *hot pants*, todas se reparten pancartas. Las amigas de mamá la llaman, nos acercamos. Entre ellas está Ana del Valle, la novia de mi tío Bernardo, el hermano pequeño de mamá. Ella tiene veintiún años, el pelo lacio, negro, casi hasta la cintura, es bajita y morena con pecas en la nariz, ojos rasgados de pestañas tupidas, lisas hacia abajo, habla desde sus labios carnosos, camina como una diosa maya. Ana estudia Sociología y lleva una camiseta luida que dice GUERRA DE CASTAS, pantalones de mezclilla y huaraches oaxaqueños de cuero y suela de llanta.

Me abraza Lucero Navarro, la mejor amiga de mamá, es una norteña alta, dicen que se parece a Elizabeth Taylor, siempre va peinada a la moda, hoy viste toda de negro con un collar de plata, del cual pende un dije con el símbolo de amor y paz. Lleva como siempre los labios pintados de rojo y un delineador negro que hace que sus ojos se vean enormes, aprieta con los dientes un cigarro encendido mientras nos entrega unas pancartas. ¿Cuál quiere mi niña?, me pregunta con voz de alegría. Mi tía Lucero, así le decimos de cariño, siempre está feliz, huele a una mezcla de pachuli y tequila. Papá dice que a Lucero le gusta mucho el alcohol porque tiene miedo de estar sobria pues es hipersensible, el alcohol, dice papá, la anestesia. Yo prefiero como mamá y papá estar sobria, además soy una niña y no tengo miedo de sentir. Papá también dice que Lucero es una mujer confundida porque tiene muchos novios. Mamá le responde que no hay confusión en el atrevimiento de mi tía para disfrutar a un hombre, o varios, que entiendan el lenguaje de las mujeres salvajes. Yo pienso que papá y mamá son muy rolleros y amo a Lucero tal como es.

Mamá me pregunta si creo que podré cargar esa pancarta, que vamos a caminar mucho, la tía me dice que cuando me canse se la pase a ella. Me molesta que todas me traten como si por ser flaca no fuese fuerte. Comenzamos a caminar, mamá busca mi mano izquierda con su mano derecha, las apretamos un poco al principio

porque estamos emocionadas de luchar por la educación gratuita de las mujeres. Miro nuestras manos entrelazadas y el hilo rojo que las une es sólido y delgado a la vez. Delante de mí hay cientos de piernas de mujeres que gritan emocionadas. Atrás, el eco de miles que repiten el grito con la fuerza de un terremoto. Pienso que estamos inventando una vida nueva, que cuando yo sea mayor iré a la universidad y ya no tendré que hacer pancartas ni juntar a mis amigas para salir a las calles a gritar libertad, que paren las guerras y esas cosas, porque mamá dice que cuando yo crezca ya seremos libres, con derecho a lo mismo que tienen los hombres. Papá asegura que tal vez tardará más, pero que algún día las mujeres podremos estudiar, trabajar y ganar igual que ellos. Él dice que espera que yo no tenga que depender de ningún hombre, que desea que sea feliz para elegir. Papá es un hombre alto, de pelo negro azabache como su mirada, las cejas bien tupidas, las heredé de él al igual que las pestañas largas y rizadas, es delgado y como fue criado en una familia militar siempre tiene una postura perfecta, cuando está enojado se parece a mi abuelo, el General. Cuando está feliz parece un bailarín de ballet ruso, guapo y estiloso, de esos que salen en la tele, mamá dice que se enamoraron a primera vista. Papá es un buen tipo, pero su familia dice que no es normal que crea en estas tonterías de la igualdad, porque las mujeres tienen un destino, los hombres deben guiarlas hacia ese destino y asegurarse de cuidarlas para que no se desvíen.

La marcha ha terminado, llegaron policías a la universidad y muchos hombres se echaron a correr, creo que había más hombres que mujeres, aunque no lo sé porque es imposible contar a tanta gente, además ellos siempre van hasta adelante y las mujeres y niñas vamos atrás, protegiendo sus espaldas. Me duelen los pies, no me quejo porque ninguna se queja. Elena Garro, la escritora famosa, llama a mamá y se despiden con un abrazo, no puede quedarse, tiene que volver a casa a darle de cenar a su esposo, que también es escritor y no sabe ni freír huevos. Dice que a su esposo le gustan los huevos fritos montados en arroz rojo. Elena Garro me mira de reojo y manda un beso con esa sonrisa torcida de mujer triste que siempre tiene.

Caminamos hacia un café de chinos. El dueño es el padre de Olinka, una amiga de mamá que estudió Ciencias Políticas, es rechoncha, de ojos rasgados y verdes, tiene la piel de una geisha, se viste como profesora universitaria, tiene la boca pequeña y las ideas grandes, es tímida, mamá dice que es una mujer brillante, que estuvo un año en Estados Unidos y aprendió mucho de las feministas de allá. El papá y la mamá de Olinka son de Pekín, silenciosos, amables, más bien altos, y fueron comunistas, hablan un idioma que se llama mandarín, además del inglés, porque vivieron unos años en San Francisco y el español mexicano lo aprendieron bien. Ella nos cuenta historias de las mujeres que están en Estados Unidos luchando contra la guerra de Vietnam. Olinka me dijo que su tío es un soldado americano, que volvió a casa sin piernas, con el corazón roto y con las pupilas llenas de un terror que le comió la lengua.

Entramos todas, el padre de Olinka cierra la puerta y baja las persianas para que podamos hablar. Mientras ellas ponen las sillas en un gran círculo, ellos nos sirven café con leche o agua de horchata y bísquets calientitos con mantequilla derretida. Mamá enciende un cigarro, yo la miro asombrada, nunca la había visto fumar, se ve interesante mientras arroja el humo al aire con los labios en forma de beso.

Lucero habla primero, ella va a dar la palabra a las que levanten la mano, la admiran mucho porque es una gran abogada, por eso organiza al grupo.

—Compañeras, tenemos tres temas importantes en la agenda, seamos breves —dice mi tía como una mujer que gobierna la palabra—. La compañera Stephanie ha comprobado que el ataque del mes pasado fue operado por agentes norteamericanos que ayudaron a los policías mexicanos. Ella llegó ayer de Washington y nos va a dar el resumen. El segundo es que los compañeros de la Central Nacional siguen negándose a que una mujer lidere con ellos las estrategias del movimiento, a ver cómo le hacemos con esos machos. El tercero es que aquí están las compañeras de la asociación Pro-Salud Maternal y quiero darles la bienvenida —todas dicen a coro *bienvenidas, compañeras*. Ellas están de pie, se les ve

emocionadas. La líder es Magdalena de la Isla, responde levantando la mano en un puño e inesperadamente grita:

—¡Sexo, reproducción, aborto libre y seguro para todas, que viva mil novecientos sesenta y ocho!

Tiene una voz melodiosa y sólida que rebota en las paredes. Mi piel se eriza con el eco de sus palabras, para mí hay más emoción que sentido en su grito de guerra.

Una mujer de pelo castaño cortísimo como niño, parece un chico bello, va vestida de negro, se pone de pie, no es muy alta, tiene la piel blanca, sus ojos verdes son redondos de mirada magnética, tiene la nariz pequeña y respingada, habla con acento americano, apenas tiene veintiún años y se expresa como persona mayor. Es Stephanie Scott, alias "la Texas", Lucero la adora.

—Obtuve la copia de un informe —dice extendiendo un papel hacia mi madre— de la orden del presidente Díaz Ordaz a su secretario de Gobernación, el tal Luis Echeverría, para que enviase un cable secreto a la embajada de los Estados Unidos. El mensaje dice que un grupo de estudiantes de la UNAM pretende sabotear las Olimpiadas con bombas y que están, estamos, vinculadas a grupos comunistas extremistas. Fue por eso por lo que la CIA entregó los equipos nuevos para el espionaje de las y los líderes estudiantiles —respira y mira a Lucero—, lo siento, compañera, estás en la lista negra, tu teléfono está intervenido y la casa de tus tíos, vigilada.

Miro a la tía Lucero, sus ojos se cuajan como si quisiera llorar, sus labios rojos parecen temblar un poco, enciende un cigarro y deja que el humo le cubra la cara, hace una mueca y dice que esos cabrones no van a detenerla. Yo no entiendo quiénes son esos cabrones, pero al verla creo que no van a poder detenerla. Stephanie, "la Texas", vuelve a hablar, ahora más seria.

—Una reportera de *The Rag* me confirmó que Echeverría fue quien escribió ese informe apócrifo, que asegura que el Partido Comunista Mexicano y la Central Nacional de Estudiantes Democráticos están orquestando una revolución apoyada por la Unión Soviética, China y Cuba —se escucha una carcajada colectiva. La tía Lucero dice que nada más falta que digan que todas ellas son amantes de Castro. Yo no sé quién es Castro, igual me río porque

todas se ven contentas. La Texas ahora está muy seria, hace un gesto con la mano como cuando tienes pelo y te lo echas detrás de la oreja, como ella está casi rapada pienso que se acaricia para pensar mejor. Le cambia la voz, intenta eliminar tanto como puede las huellas de su acento yanqui, aclara la garganta:

—Este informe justificó el enfrentamiento del 26 y 27 de julio pasados cuando la policía detuvo a nuestras compañeras y a los del Partido Comunista —termina de hablar y se sienta agachando la cabeza mirando a sus zapatos de hombre. Le veo las manos, tiene las uñas cortísimas, mordisqueadas, dos de ellas tienen sangre en la cutícula. Esta chica que parece chico se muerde las uñas como yo, me gusta su belleza ansiosa. Olinka interrumpe mis pensamientos:

—Tenemos que ser más estratégicas que los chavos del *concretito*, tantos comités y todos pelean por mandar y descalificarse. Al gobierno le conviene que no logremos ganar la calle porque las asambleas duran doce horas y seis son de pleitos entre ellos. Ya sé que no es fácil, pero… —se sienta porque no sabe qué decir después.

Mamá no escucha a Olinka. Está leyendo tan concentrada que parece que ha olvidado que estamos unidas por el cordel rojo. Al ponerse de pie, mi brazo se levanta como el de una marioneta, todas sonríen, mamá se da cuenta y me hace una caricia en la barbilla. Mi brazo sigue arriba porque ahora habla con el papel en la mano derecha. Tengo la sensación de que estamos haciendo algo importante. No entiendo muy bien todo lo que dicen, me pongo de pie al lado de mi madre y las mujeres del Círculo me observan.

—Mira nomás a la escuincla revolucionaria —dice una de las estudiantes que parece cantante de rock—, pura semilla rebelde —me guiña un ojo. Algo salta dentro de mi pecho, siento que soy una de las mujeres del Círculo, ellas me tratan como una niña que sabe. Tengo ganas de decir algo, guardo silencio. Aún no tengo nada importante que expresar. Nunca había sentido que perteneciera a algún sitio, siempre soy la extraña, la incompatible. Escucho a mi madre que les explica cómo cuidarse en grupos, le dice a la tía Lucero que ella se va a ir unos días a nuestra casa, que papá está de viaje y que con nosotras estará protegida. Las otras se dividen en

grupos de seguridad, de cinco en cinco, cada círculo debe informar a las otras dónde están y solo llamarse por teléfonos públicos. Habrá dos libretas en que se anoten los nombres y claves de cada grupo. Una se la quedará la Texas y la otra Yaretzi Cotzomi, la líder del movimiento indígena de Oaxaca, que tan solo tiene veinticinco años. Ella es la mujer más brillante que he conocido, su familia es náhuatl y zapoteca, siempre lleva trenzas y se peina igual que Frida Kahlo, en la ciudad se pone pantalones de mezclilla con sus blusas bordadas típicas, nunca usa tacones aunque es más bien bajita, tampoco se maquilla, su piel parece de porcelana color café con leche, los ojos redondos lo miran todo con pestañas caídas, su boca es pequeña de labios gruesos y jugosos, es simpática y dicharachera, a veces usa malas palabras, es la experta en movimientos sindicales. Yaretzi es quien me enseñó que antes de que en la ciudad empezaran estas manifestaciones los grupos indígenas llevaban décadas enfrentando a los gobiernos por los derechos de mineros y campesinas, cargan la herencia histórica de la defensa contra los colonizadores españoles, que intentaron aniquilar a los pueblos originarios y no pudieron. Por eso Lucero dice que cuando Yaretzi habla, todas obedecen.

—Tenemos que hablar con los líderes de comité para hacerlos creer que es su idea que una de las compañeras esté dentro de la mesa directiva —dice mi madre con voz pausada mirándolas a todas —. Los compañeros quieren igualdad solo entre ellos y los hombres de poder, nos siguen viendo como accesorias en la lucha. Quieren cocineras, novias, amantes, mensajeras y coartadas con minifalda. Ya sabemos que no les gusta nuestra forma de liderazgo, no podemos perder más tiempo, se avecinan días difíciles.

—¡Pues que se chinguen! —dice Yaretzi—. La lucha es por la igualdad, ¿qué pinche democracia creen que queremos si no mandamos también nosotras? Lo que quieren es tener poder. Nosotras queremos poder para ser libres, no para dominar. El otro día se lo dije al españolito Marcelino Perelló y se me quedó mirando como un burro que no entiende. Intelectuales cuando les conviene, si no que le pregunten a Elena Garro lo que se tiene que callar por estar casada con uno de ellos.

Todas asienten y murmuran celebrando a Yaretzi. En eso se pone de pie Roberta, "la Tita", Avendaño. Mamá dice que es una normalista muy valiente. Ella se lleva muy fuerte con los hombres, es amiga de escritores famosos. Todas respetan mucho a la Tita, a mí no me gusta que hable como los políticos, parece que recita lo que dice, como si las palabras no le pasaran por el corazón, solo del cerebro a la lengua.

—A ver, compañeras, no se pasen de culeras con los compas, ¿a poco no se acuerdan de que el otro día casi me caigo del techo del camión del Politécnico cuando estaba hablando por el megáfono?

—Ya vas a empezar a defenderlos, Tita, no me chingues, tú eres la cuota de los vatos —dice Yaretzi—. No me malentiendas, para mí eres la líder de brigadas más chingona, si no fuera por ti no nos organizaríamos para volantear por el movimiento. Yo ya estoy harta de que a las mujeres nos manden a volantear por todo el país, que crean que nuestras demandas les estorban.

Olinka la secunda con una suavidad desesperada:

—Es que, Tita, entiende, nosotras sí los consideramos nuestros iguales y vamos con ellos a todo, son ellos quienes ocupan todo el espacio vital y político —se da la media vuelta y saca de su mochila un puñado de fotografías polaroid, las levanta en el aire acercándose a Tita—, mira, velo tú misma. En todas están ellos, hablando, marchando, en el micro, ordenando, ¡ah!, pero en esta tú y Nacha sí aparecen. Una de cien, *unadecien* —dice bajando la voz mientras se sienta de nuevo.

La Tita cruza los brazos, le dice algo en secreto a la Nacha, que es su mejor amiga. Así le dicen, aunque se llama Ana Ignacia Rodríguez. Ellas son las dos trotskistas más famosas que están organizando el comité de huelga. Se ven enojadas, miran a Yaretzi y Olinka con desprecio, hay un silencio incómodo.

—Y tú, Nacha, no puedes defenderlos tampoco —le dice mi mamá, en tono amable—, nunca te han sentado a la mesa de ningún comité y nunca lo harán desde que les reclamaste lo de las estudiantes de la Normal, que fueron violadas en los baños de la escuela. No eres su igual, no te engañes.

Mi tía Lucero da por terminada la reunión asignando tareas. Hay que volver a casa antes de que anochezca.

Se levantan todas, se abrazan y se besan como si nunca fuesen a verse de nuevo. El café de chinos abre su puerta y brota el humo del tabaco como una nube que huye del lugar con sus secretos. Salimos poco a poco. Nos dividimos en grupos.

—Dispersas, compañeras, y no se olviden de llevar veintes en la bolsa, muchas monedas para el teléfono —dice Lucero, mostrando al aire una moneda de cobre que saca del bolsillo de su minifalda.

Tomamos el camión para llegar al coche, ya adentro mamá comienza a desatar el cordel rojo que nos une. La tía Lucero, desesperada, mete la mano y nos desata a gran velocidad. Estamos en silencio. Mamá guarda el cordel en su bolsa y conduce hacia la casa. Hoy es un buen día.

Vuelvo de la escuela cuando mamá está calentando la comida. Mi tía Lucero, sentada en la mesa de la cocina, tiene a su lado un cenicero de vidrio soplado con olas azul y blanco, descansa en él un cigarro encendido que se consume solo. El humo me provoca náuseas. Me levanto con el cenicero en la mano para dejarlo en la barra de la cocina lejos de la mesa. Mi tía me mira, no dice nada, sabe que durante la comida no aguanto ese olor.

Mamá me sirve la sopa de zanahoria, ellas no van a comer hasta que lleguen mi tía Elodia, la esposa de Genaro, un poderoso militar que es primo de papá, y la poeta guatemalteca feminista Alaíde Foppa, que ahora es profesora de Filosofía en la UNAM y vino huyendo de Guatemala en el 54 cuando los gringos dieron el golpe de Estado en su país; como ella y su marido son comunistas los iban a matar. Estoy empezando a pensar que todas las amigas de mamá son perseguidas por unos y otros, tal vez por eso organizó el Círculo de Mujeres.

Mamá me pregunta cómo me ha ido en la escuela, digo que como siempre. La tía Lucero me cuestiona qué quiero hacer con mi vida. Sorbo la sopa haciendo ruido, sé que mamá odia que lo haga,

mientras doy una mordida a un trozo de pan respondo como si nada.

—Creo que termino la secundaria y me voy a estudiar música. Quiero dedicarme al rock.

Mamá, que está tomando una cerveza, casi la escupe y me mira. Parece divertida, aunque como buena psicóloga que es, sabe engañarnos para que digamos la verdad.

—¡Ah!, vas a dedicarte a la música. ¿Y eso desde cuándo lo has decidido?

—Lo he estado pensando, no sé, hace unos meses. Con la música también se puede hacer una revolución —respondo ufana, mientras ellas cruzan miradas, sonríen, parece que se están aguantando una carcajada. Me siento ofendida, intento decir algo más, no puedo. Me sirvo agua de limón y tiro un poco afuera del vaso, finjo que es un accidente, mamá sabe que no lo es.

—¿Vas a actuar como una niña berrinchuda o como una joven que quiere dedicarse a la música? —pregunta mamá. Me siento manipulada, no tengo claro cómo responder sin parecer una niña. Lucero le da un trago a su vaso de vermut después de mover los hielos haciendo un ruidito que la hace sonreír e interrumpe intentando suavizar el ambiente.

—A ver, mi niña, tienes trece años.

—Voy a cumplir catorce, tú te saliste de tu casa a los catorce —interrumpo, alejando el plato de sopa en señal de desprecio.

—Va, casi catorce años. Para dedicarte a la música tienes que estudiar mucho, necesitas seguir preparándote para escribir buenas letras, hay que leer un montón, no es fácil el lenguaje musical. Mira —dice acercándose a la mesa y dando otro trago a su vermut mientras enciende un cigarro—, yo tuve un amante roquero, tienen una vida muy dura, aunque desde fuera parezca que no.

Estoy a punto de hacer mil preguntas sobre ese amante misterioso, porque las historias de los hombres de Lucero son divertidas, casi fantásticas y las cuenta sin censura. En ese instante suena el timbre, llegan Alaíde Foppa, que parece una muñeca de porcelana con pelo castaño siempre bien peinado, y mi tía Elodia, la esposa mexicana perfecta, no entiendo qué hace aquí. Mamá dice,

más bien me ordena, que si quiero seguir comiendo lo haré en el comedor, así adelanto la tarea. Ellas tienen mucho de qué hablar. Respondo que me voy a mi habitación. He perdido el apetito.

Desde la primera vez que Alaíde vino a tomar café a casa, mamá es muy misteriosa con esas conversaciones. Yo tengo prohibido hablar sobre ella, a mi papá no le gusta que vengan a casa sus amigas de Nicaragua y Guatemala, porque hay problemas políticos allá y es peligroso, pero no tiene más remedio que respetar a mamá, la quiere, aunque siempre está diciendo que no la entiende. Parece que la gente que no se entiende puede estar casada muchos años por razones que tampoco nadie comprende.

La familia de papá tampoco sabe por qué se enamoraron si son tan diferentes.

"Casarse con una feminista tiene lo suyo, es mejor no discutir, hay que saber elegir las batallas", escuché decir a papá un día cuando jugaba dominó de domingo con mis tíos y ellos le preguntaban qué se sentía estar con una mujer tan rara. Para los hombres mi madre era rara, una forma sutil de llamarla loca. Como yo me parezco tanto a mi madre, cuando sea mayor seguramente los hombres también pensarán que soy loca o rara, que es lo mismo.

Recojo la mochila, voy hacia mi cuarto, pero me detengo cuando oigo que mi tía Elodia dice que es mejor que yo no las escuche, que las cosas se están complicando mucho y después de su última conversación con su marido ella considera que es mejor que yo no acompañe más a mamá a las marchas y eventos de mujeres. Decido quedarme detrás de la puerta, sentada en silencio, como solía hacer cuando era más pequeña y quería enterarme de las historias de las pacientes de mamá en el consultorio que está en la parte baja de la casa. Mi tía habla primero, es obvio que se dirige a Lucero y Alaíde.

—Ustedes dos están en la lista negra de Gobernación, también Yaretzi y las otras líderes de Oaxaca, Chiapas, Guerrero y Morelos. A ellas las tienen señaladas como guerrilleras comunistas indígenas, a ustedes como agitadoras. Genaro me contó que tuvieron reunión de generales, que su jefe está creando un grupo que se llamará Batallón Olimpia. Va a estar al mando un tal general Gutiérrez;

Genaro dice que es un psicópata, que sueña con estar en la guerra, que es dueño de prostíbulos y odia a las mujeres.

—¿Cuál es la misión de ese batallón? —pregunta mi madre con voz nerviosa.

—La contrainsurgencia, claro —responde mi tía Elodia, la señora bonita y perfecta que se gasta media botella de laca cada vez que se peina, el ama de casa ideal, morena, de facciones olvidables, estatura media, con tres hijos, casada con un general al servicio del presidente Díaz Ordaz, y al oírla descubro que es, además, una espía para las mujeres rebeldes. Escucho entonces la voz de Alaíde, que es inconfundible porque tiene un acento como de todo el mundo y de ninguna parte: nació en Barcelona, habla italiano, es de madre guatemalteca y ahora vive en México.

—Está claro que será para vigilar y perseguir a la disidencia. Seguramente, como los americanos están metidos, será contrainsurgencia e infiltración en el movimiento. Aunque infiltrados ya están, y a saber quiénes son las espías entre nosotras… no estoy segura.

—¿Segura de qué? —pregunta Lucero con voz formal.

—De que tengan en el radar a las del movimiento de mujeres. Tal vez se enfoquen más en las compañeras indígenas de las provincias, porque llevan mucho tiempo activas con los sindicatos y las mineras y son más visibles. Ellas no solo están en el movimiento estudiantil, además son indígenas, por eso las van a acusar de guerrilleras, les tienen más miedo que a todas nosotras.

—¡Si los líderes de la UNAM dicen que en México no hay feministas!, que eso es cosa de las americanas, y eso que son nuestros compas, sepa Dios cómo se imagina el gobierno que estamos organizadas —suelta Lucero en un tono burlón.

—Es posible —dijo mi madre—, en este país que teme que se reviva la revolución anticolonialista lejos del partido que la institucionalizó, el miedo más grande es a la revuelta indígena, como siempre. Tenemos que ver cómo amparamos a las compañeras indígenas, no podemos dejarlas solas, aunque sean tan fuertes.

—A ver si funciona ese diálogo. Muchas de las compas de la UNAM son tan racistas que solo miran hacia las gringas. Será mejor que

lideren las mujeres de la sierra y nosotras nos preparemos para defenderlas en bloque de la descalificación segregacionista —dijo Lucero. Las tres inquirieron a la tía Elodia.

—¿Y te dijo tu marido cuándo se activa el batallón? ¿Lograste conseguir la lista negra que tienen en el Estado Mayor? Necesitamos más información —insiste Alaíde bajando la voz—, y a saber con qué otros políticos de Centroamérica se estarán comunicando, es que después de lo que vivimos allá.

La tía Elodia cambia el tono de voz. Daría lo que fuera por verla. Estoy detrás de la puerta, no puedo moverme. Ella comienza a hablar con un tono de creciente angustia.

—Es muy complicado, tengo que preguntarle muy poco a poco, solo cuando él da pie, porque no quiero que se dé cuenta de lo que yo sé. Genaro me cuenta todo porque cree que pienso como él, y que nunca me involucraría en nada político porque las mujeres somos medio tontas. Creo que no sospecha. Yo, cuando vengo con ustedes, le cuento que estuve ayudando a las monjas a vender su rompope o en casa bordando los manteles de ganchillo y cuidando a los niños.

—¿Estás segura de que no sospecha, Elodia? Sabes que puede ser peligroso que se dé cuenta, para él esto será como alta traición.

—Sí, Alaíde, él me quiere, la ventaja es que no me considera inteligente. Sé que si se entera de que todo lo que me cuenta se los digo a ustedes, yo no sé… tiene armas en casa —mamá interrumpe para decirle que debe tener cuidado, se disculpa por presionarla, las otras le agradecen todo lo que hace por el movimiento.

Lucero dice que está famélica y necesita comer algo, Alaíde pregunta dónde están las cervezas y yo me aparezco en el comedor con la excusa de que tengo hambre. El gesto de preocupación de mamá hace que me cuestione cuánto miedo estará escondiendo bajo esa fachada de mujer que lo tiene todo bajo control.

Sirvieron de comer y mientras todas probamos las albóndigas con arroz blanco y frijoles, Alaíde habla de sus nuevos poemas y de sus estudiantes de Filosofía. Mi tía Elodia, transformada de nuevo en la señora que va a misa los domingos, dice que le hubiese encantado haber nacido en otros tiempos para estudiar en la universidad y

aprender a escribir poesía. La miro con ternura. Ella, la señora de los vestidos acinturados que siempre le cubren las rodillas, la del peinado tieso como algodón de feria, la de los tacones feos medio bajos y chatos, esa a la que su marido le prohíbe usar sandalias abiertas, vestidos escotados, pintarse los labios de rojo, usar pantalones, esa, la morenita *bienportada* es una espía para el movimiento de mujeres. Me levanto y le doy un beso, está sorprendida ante mi gesto. Desde ese día acepto más seguido las invitaciones de su hijo, mi primo Rodrigo, para ir a jugar a su casa, quiero saber más de esta señora que tiene dos vidas: la de mujer valiente y la sumisa con esposo militar con armas en casa y un temperamento *delicado*, un militar que podría matar a su esposa por traicionarlo con las mujeres que piensan demasiado.

II

Es sábado, por fin pude venir a quedarme en casa de mis abuelos maternos, José e Isabel. Me encanta estar aquí. Desde su departamento se ve a lo lejos el Ángel de la Independencia, bajo a patinar por el Paseo de la Reforma, me siento libre. Esta tarde llegarán de Portugal Amália Rodrigues y su guitarrista, siempre se quedan con los abuelos, se hicieron amigos en la adolescencia en España, antes de la Guerra Civil que hubo allá. Ayudo a mi abuela a cocinar, pico la cebolla, el ajo, el cilantro, mientras ella prepara tres tipos de mole, ha puesto a hervir el guajolote. Me pide que le recuerde apagar la olla de arroz rojo para que no se vaya a secar. Mi abuela es mi heroína, la mujer más libre que conozco. Parece que siempre sabe lo que quiere, que siempre lo consigue, que nada es tan complicado como parece. Ella y el abuelo son personas muy mayores, tienen ya cincuenta y cincuenta y un años, nacieron en 1918 y 1917, pero no se ven tan viejitos como los otros abuelos. Son los únicos adultos que se aman sin condiciones, yo lo puedo sentir. Él dice que son de clase media trabajadora, que cuando eran jóvenes —él de Portugal y ella de España— eran de clase obrera, mi papá dice que clase obrera significa que eran pobres y a veces solo comían sopa de agua con sal de mar, migas de pan duro y col hervida. Papá también dice que los europeos creen que inventaron todo, pero que México se enfrentó antes al fascismo italiano en la Segunda Guerra Mundial. Un día que se pusieron a discutir, papá le dijo por enésima vez al abuelo que México se unió a la Liga de las Naciones promoviendo la libertad y la paz, papá es muy patriota y le encanta competir para demostrar que México es el mejor país del mundo. Me aburren un poco, no entiendo qué es eso del fascismo, creo que es cuando unos militares quieren matar a todas las personas que piensan diferente a ellos, algo así. Tendré que leerlo.

Hay tensión entre papá y el abuelo. A veces mi abuelo le da la razón, porque cree que México es un gran país que recibe a toda la gente con los brazos abiertos. Me contó que un expresidente que se llama Lázaro salvó a miles y miles de refugiados de la Guerra Civil española, que si él creyese en la Iglesia pediría que lo canonizaran cuando muriese, pero dice que como somos ateos es mejor brindar por él con un tequilita.

Siempre se están riendo Isabel y José, se toman de la mano, se besan en público y no les importa lo que digan los demás. En cambio, a mi papá no le gustan las muestras de afecto en público, así que mamá se conforma con besarlo en casa.

El olor de la comida me despierta los antojos.

—¿Cuándo me vas a preparar un caldo gallego, abue?

—Otro día, cuando no tengamos visitas de fuera. Ya sabes que para Amália y sus amigos la comida mexicana es la novedad. Ándale, desvena estos chiles para meterlos a la licuadora.

—Las amigas de mi mamá dicen que la cocina es el lugar de esclavitud de las esposas. ¿Somos esclavas ahorita?

Se ríe mientras mueve el mole en una olla de barro grandísima. Se limpia la mano en el delantal y me mira.

—La cocina es un rincón de esclavas cuando estás en ella por la fuerza. Cuando no tienes libertad para hacer nada que no sea atender y servir a los otros, cuando eres la última en comer lo que preparas. Si eres libre para hacer todas las otras cosas que quieres y además disfrutas de cocinar, entonces no hay nada de malo en ello, es más bien un lujo.

En ese momento entra a la cocina mi abuelo José. Agarra a la abuela por la cintura y le da un beso en el cuello. Ella suelta una risilla nerviosa mientras encoge los hombros, parece una adolescente emocionada.

—Escucha a tu abuelita, tiene razón en todo. Además, al corazón de los hombres se llega por el estómago. A mí me preparó una comilona cuando teníamos quince años en Galicia y me quedé enamorado para siempre.

—Pero si tú también cocinas, abuelo —expreso inquieta—. Yo, cuando me enamore, quiero que mi pareja cocine a diario conmigo

—aseguro con toda convicción.

—Pues ya veremos si algún mexicano acepta tus condiciones —dice riendo, mientras besuquea a mi abuela sabiendo que no podrá defenderse porque ya está desmenuzando el guajolote con las dos manos—. Voy a meter las cervezas en hielo —me da un beso tronado en la mejilla y sale de la cocina.

Durante la cena los músicos invitados beben, comen y ríen como si la vida fuese teatro de la felicidad. Amália cuenta que Oliveira Salazar, el dictador de Portugal, había sufrido una caída en Estoril, que las amistades cercanas a él dijeron que estaba muy mal y tal vez tendrían que operarlo. Mi abuelo se muerde la lengua porque él había pertenecido a los comunistas que apoyaban a las republicanas españolas como mi abuelita, odia a los dictadores, a Franco y a Salazar, pero como Amália no discute de política, porque el dictador es su fiel admirador, no se dice nada. Yo digo que si Salazar se moría pronto tal vez terminaría la dictadura. El guitarrista de la fadista se burla de mí, cambia el tema de inmediato y nos vamos a la sala. Comienzan a beber tequila y un oporto que ellos trajeron. Nos cuentan de los conciertos que tendrán en México mientras siguen bebiendo y tocan la guitarra.

Mi abuelo, que canta fatal, intenta hacer los coros de un fado "*A nossa casa é um ninho, pobrezinho, onde há carinho, alegria, pão e vinho*". Se pone a bailar con mi abuelita besándola, ella no suelta su copa de vino. De pronto entra mi tío Bernardo, el hermano pequeño de mamá. Mis abuelitos lo invitan a pasar. Él estudia Sociología y toca la guitarra, le gusta componer canciones. Amália le da dos besos, le dice que cada vez está más guapo. Le pregunta que cuántos años tiene ya y él, un poco angustiado, responde que diecinueve. Yo sé que algo está mal. Mi tío Bernardo es muy amable, e igual que mi mamá siempre está en control de la situación. Ahora está pálido, veo que tiembla. Lleva su cajetilla de Raleigh apretujada en la mano izquierda y está como si fuese a estallar. Mi abuelo se da cuenta y se lo lleva a la cocina. Yo voy tras ellos.

—¿Qué pasa, Bernardo?

—Se llevaron a Ana, a Carlos y Agustín. Se los llevó la policía, bueno, parecía la policía, pero los subieron en un camión militar,

traían a más gente.

—¿Cómo te libraste? ¿Dónde estaban? —mi abuelo tiene la mano en el hombro de su hijo. Hay miedo en su mirada, nunca lo he visto así, aterido, como si estuviese reviviendo algo que conoce bien. Mi tío no puede aguantar las lágrimas y llora, pero logra contenerse para hablar.

Yo voy por mi abuelita, le pido que venga a la cocina. Los otros cantan y ríen mientras la guitarra arroja notas por toda la sala. Nomás entrar en la cocina, ella sabe lo que está sucediendo, mi abuela sabe cosas porque tiene una vida secreta. Pregunta a qué hora se los habían llevado, si creía que a él lo seguían, si se había venido a casa en su coche. Él responde, apaga el llanto mientras respira más tranquilo porque su madre está a su lado. Mi abuelita sobrevivió a la Guerra Civil española, logró escapar de ser ejecutada por el ejército franquista, ella sabe cosas que nadie se imagina, a veces me las cuenta, excepto su secreto de un pueblo que se llama Víznar, de eso no habla.

La abuela tiene la misma habilidad que mamá para hacerte sentir, en medio del incendio, que nadie saldrá quemado, que no habrá más pérdidas. Mi tío cuenta entonces que estaban en la peña de Coyoacán, tocando la guitarra y cantando. Era un ensayo, solo estaban él; Ana, su novia; y Nacho, el barman. Carlos y Agustín, que recién llegaban de una reunión con Los Lacandones y el grupo de Los Guerrero, se sentaron y estaban tomando unas cervezas.

—Nos dijeron que venían de preparar un comunicado para la manifestación con el Consejo Nacional de Huelga —dice Bernardo.

Luego cuenta que él y Ana tocaban la guitarra y cantaban, que él se levantó para ir al baño, en ese momento entraron los policías gritando los nombres de Carlos y Agustín. Que dijo el barman que se llevaron también a Ana porque ella se puso a defenderlos como si una pudiera dialogar civilizadamente con la policía represora. El baño está en el sótano así que Bernardo solo escuchó el ruido al final, cuando ya los estaban subiendo al camión militar; el barman lo tiró al piso y se sentó arriba de él para que no saliera. Le decía shhh, shhh para que se callara. Ya que se fueron, le dijo, le repitió, que no

fuera pendejo, que era mejor que él desde afuera se quedara para intentar encontrarlos y avisar a los otros.

—¿Y por qué no se llevaron al barman? —pregunta mi abuela con un gesto de madre que sospecha y atina. Entonces mi tío Bernardo deja de llorar de golpe. Es como si le hubiesen dado una bofetada de realidad.

—Ahora te van a seguir a ti, para encontrar a los otros —dice mi abuelo.

—No hables por teléfono con nadie, Bernardo, no vayas a la universidad hasta que pensemos qué hacer. Habrá que decirle a Clara. Mañana ve a su casa —la abuela se detiene a pensar y, mientras le da un beso, le dice—: pero en trolebús, que no te vean en el coche.

Yo no puedo más, me acerco para abrazar a mi tío, siento que se lo van a llevar los militares, esos amigos de mi tío Genaro, los que tienen muchas armas.

Él se abraza a mí también, quedamos en silencio. Mis abuelos se van con sus visitas, no querían que se diesen cuenta de nada.

Mientras estoy enlazada a mi tío en un abrazo congelado, en mi cabeza se despliega un infierno pavoroso. Los militares amigos de mi tío Genaro, sus armas, los espías e infiltrados. Todo lo que había escuchado decir a mamá, a Lucero, a Alaíde y, sobre todo, a la tía Elodia ya no es entretenido y emocionante, es terrible, real. Estoy en casa de los abuelos, pienso en mi tío favorito y en Ana, su novia, a quien amo como si fuese mi hermana mayor. Las piernas me pesan como si las hubieran llenado de cemento que, mezclado con la sangre, se petrifica sin remedio.

Por la noche mi abuelita viene a leerme unos poemas antes de dormir, le pregunto cómo hace para estar tan tranquila, que si no tiene miedo. Ella responde que cuando tenía diecisiete años vio cosas que nadie se imagina, que el miedo desaparece cuando ves a la muerte a los ojos. Dice que entendió que la única forma de salvarse es evitando que el odio de los soldados colonice tu imaginación. Yo estoy muy cansada, ya no quiero preguntar qué significa eso.

Creo que hoy se terminó mi infancia. Las niñas del colegio dicen que se termina cuando tienes sexo, o cuando te besan por primera vez. Para mí la infancia se termina un día como hoy, cuando descubres que en tu país te pueden matar o desaparecer por pedir la libertad; cuando te das cuenta de que tu familia está en peligro y que otra parte de tu familia está en el bando de los peligrosos. La infancia se muere cuando comienza la guerra porque descubres que tienes voz y a los poderosos no les gustan las niñas que dicen lo que piensan cuando descubren la injusticia.

III

Es martes 13 de agosto. Me pongo mi camiseta con la información. Encima una playera amarilla con una *happy face* rosa eléctrico, unos pantalones de mezclilla y mis tenis Converse que tienen un agujero pequeñito. Entro a la habitación de mamá para avisarle que ya estoy lista para ir a la marcha. Ella y mi tía Lucero están guardando papeles en una caja debajo de la cama, las veo hincadas organizándolos. La tía me mira y se asusta, me riñe por entrar tan callada, nunca la había visto angustiada, será que no ha bebido todavía.

Mi madre me observa en silencio, parece que piensa en algo más, que yo soy transparente ¿o invisible? De pronto me pide que vaya a la cocina por un par de vasos de agua. Cuando vuelvo, me dice que esta vez no puedo ir con ellas. Yo siento calor ácido dentro de los ojos, respiro para no llorar. Le digo que no puedo dejarlas solas, que por favor me deje ir. Sé cuánto tiempo llevan soñando con este momento, seguro vendrá un millón de personas y nadie se atreverá a hacernos daño. Yo también sé cómo argumentar, mi madre me ha enseñado bien.

Le digo que no puede robarme la oportunidad de estar en las calles de mi país en este momento, que ella misma me contó que será la marcha más grande de la historia. Al final ambas aceptan. Sonrío. Bajamos al estacionamiento, subimos al coche del abuelo, un Volvo gris 1958 que huele a tabaco, a perro paseado y a viajes interminables. Tiene un buen motor. En la cajuela ya están las mantas y pancartas que llevarán las mujeres.

La tía saca de la guantera un casete y lo pone. Es la canción "So You Want to Be a Rock 'n' Roll Star", de The Byrds. Ambas la cantan y yo hago los coros con un *la lalalalalala* apasionado. No entiendo la

letra, aunque sospecho que se burlan un poco, porque la tía me dice que esta me la dedican.

Llegamos a la casa del doctor Hernández, el amigo de mamá que era mi pediatra, da clases en la universidad, vive muy cerca del Casco de Santo Tomás desde donde vamos a salir en grupo hacia el Zócalo. El doctor es un hombre delgado, medio rubio a la mexicana, tiene la nariz aguileña, ojos caídos de mirada dulce color avellana, los labios como finas líneas rojas, huele a agua de lavanda y aunque está casado mi tía dice que está perdidamente enamorado de mamá. Nos abre el zaguán, nos metemos al estacionamiento y comenzamos a bajar las cosas de la cajuela. En la sala están algunas estudiantes de Medicina. Cuando entro está de pie Sarita Hernández, la líder de las estudiantes de Enfermería que es hija única del doctor, se ve perfecta, como siempre, toda vestida de blanco, con el pelo largo castaño atado en una coleta, la cara de niña buena de piel color maíz con pecas en la pequeña nariz de alas anchas, ojos redondos y los párpados pintados de verde claro con mucha máscara de pestañas; se nos queda mirando fijamente y le pregunta a mamá si ha enloquecido.

—Niños no —dice molesta—, son un problema.

Mamá la mira amablemente y le dice que esa es su decisión, que va a ser mi primera marcha nacional de desobediencia civil y ella es la responsable.

—Además no soy niño —digo imitando la dignidad de mamá—, soy niña.

Lucero se acerca a mamá y al doctor, está enojada. Lo sé porque no prendió el cigarro que tiene en la mano. Les dice que, tal como lo sospechaban, los líderes no quisieron meter las consignas de las mujeres en el pliego petitorio. Que sí incluyeron la libertad de los presos políticos, la indemnización a las familias por lo del ataque del 26 de junio, pero no todo lo demás que ellas habían acordado. Mi tía está pálida, insiste en que no pueden seguir ignorando la opinión de las mujeres. Mamá le dice que tiene razón, pero que no es ese el momento para discutir y meter más ansiedad al día. Yo no puedo quitar la vista del sofá anaranjado con unas flores horribles y forrado de plástico, las sillas y el otro sillón tienen también plástico pegado a

la tela, hay una mesa de metal con vidrio, un candelabro al que le faltan bombillas, una alfombra de flores luidas por el tiempo, todo es muy feo en esta casa, huele a polvo y a tristeza. Miro de pronto al doctor Hernández observando a mamá como si fuese una bella aparición. Su mujer los mira, luego fija sus ojos en él con la paciente abnegación de la esposa que vive apacible en un matrimonio desenamorado.

—Ya veremos cómo lo logramos, Lucero —dice mamá dulcificando la voz—, vamos cambiando una cosa a la vez.

El doctor le da la razón y dice que, aunque esta también es una lucha del movimiento de mujeres, y señala a su hija Sara, los líderes no lo creen así. Él había hablado con ellos muchas veces y no funcionaba, decían que las peticiones de las mujeres estorbaban a los asuntos políticos. Sara le responde a su papá, está furiosa, se le nota porque se le enrojece el cuello y le late visiblemente una vena enorme.

—Me caga que los justifiques, papá, ya sé que insisten en que son procesos. Lo que no entiendes es que es todo o nada, así tiene que ser, porque vamos a ganar las peticiones colectivas a las que nos sumamos y si nos excluyen, entonces no son colectivas…

—Ustedes son quienes han metido lo de la reparación para las familias, además son las brigadistas quienes logran que la sociedad se entere del movimiento estudiantil —dice el padre humillado frente a mi madre y un poco avergonzado porque sabe que está justificando a los líderes que no soportan a las activistas más que para tener sexo y beber con ellas.

Sara le responde que es cierto, que ellas salen a convencer a la gente y ellos se sientan a tomar, a fumar, a pelear entre trotskistas y maoístas, leninistas y anarquistas, mientras ignoran las exigencias de las mujeres. Y que sí, le dice casi llorando de rabia, que también en el colectivo en la UNAM fueron ellas las que exigieron en el 67 un alto a la agresión sexual de los maestros a las alumnas. Dice que habían apoyado a las dos estudiantes de Filosofía que acusaron al profesor que había dicho frente a toda la clase que las mujeres solo estaban en la carrera para buscar marido; él se había ligado a una alumna de dieciocho años y había violado a otra, igual que Marcelino

Perelló, el maestro catalán que siempre andaba molestando a las alumnas y las tocaba, aunque ellas no quisieran. Sara está tan enojada que parece que no va a parar de hablar. Otra estudiante de Medicina interrumpe a Sarita, toda indignada dice que desde que su amiga la estudiante de Sociología denunció al profesor que era miembro del Comité porque se la pasaba haciéndoles comentarios sexuales a las mujeres, los otros estudiantes la habían excluido de las reuniones y ya nadie quería trabajar en equipo con ella. Sarita, casi llorando, le dice a su papá que no se olvidara de su amiga Laura, que se suicidó después de denunciar al líder estudiantil de las juventudes comunistas que la había violado en un bar después de una reunión estratégica y varios tequilas.

—Al ostracismo, papá, nos mandan a la chingada o al ostracismo todos los compañeros. Lo que no entienden es que somos las que impulsamos el movimiento de desobediencia civil, porque ellos solo quieren las armas y los atentados. Estamos en 1968, ya es hora de que se modernicen estos cabrones, ¿qué no están viendo lo de Vietnam? La guerra armada no sirve, un día nos van a fumigar a todas.

Entonces suena el teléfono de la casa. La madre de Sara, esa señora anodina y callada que siempre levita en las reuniones como una mujer inexistente, responde la llamada, inmediatamente le dice algo a Lucero, quien toma el auricular con preocupación; luego de escuchar a quien estaba al otro lado, mi tía cuelga e interrumpe la perorata con tono de mandona.

—Sara, tienes razón, pero ya es hora de irnos. Las compañeras están preparadas y si no llegamos a la hora prevista no vamos a poder pasar con nuestro grupo —Lucero termina de hablar y me pide que me vaya a su lado. Me dice que debo ir al baño antes de salir, asiento con la cabeza. Me muestra una botellita de vinagre, un pedazo de estopa con un paliacate blanco, los guardo en mi pequeño morral. Comienza a explicarme que es posible que los granaderos tiren gas lacrimógeno, que solo con vinagre se detiene el picor y que si te tallas los ojos no puedes ver nada, que dura muchos días el malestar.

Yo la escucho con atención, pienso en el gas, me imagino que los soldados nos quieren callar los ojos para impedirnos ver la realidad; ahora entiendo lo que quiere decir papá cuando ve el noticiero y explica enfadado que esa es una cortina de humo. El gas hace la cortina, algunos quedan ciegos, otras usan vinagre y no se tallan los ojos. A lo mejor los que se quedan ciegos del gas y del miedo ya nunca regresan a la lucha.

Mientras escucho a Lucero siento las manos de mamá apretando suavemente mis hombros. La miro, ella sonríe con ansiedad en los ojos, yo sonrío con expectación desbordada. Su ansiedad y mi expectación desbordada se enganchan unos instantes. Me pone el cordel rojo, le pido que esta vez no, ya soy mayor, pero me ignora. Todas nos observan, el doctor Hernández acaricia levemente el brazo de mamá y se ofrece a ayudarnos. Veo en la piel de mamá los pelos erizados. Creo que le ha gustado que la toquen así, como si fuera la primera de muchas caricias.

Llegamos al Casco de Santo Tomás. Veo a lo lejos a mi tío Bernardo que le hace señas a mamá, me sorprende que esté allí después de que la abuela le pidió que no saliera, no me atrevo a preguntarle a mamá, pienso que a veces desobedecemos lo que nos ordenan los papás porque no podemos aguantar las ganas de seguir luchando. Ella le manda un beso como si estuviésemos en un concierto. Vamos hacia donde están las líderes, apenas puedo respirar. Miles y miles de personas están allí, sonríen, se abrazan. No soy la única niña. Hasta adelante hay casi puros hombres, llevan letreros de los nombres de sus facultades. Caminamos. De pronto se escuchan gritos muy fuertes y sonidos de explosión del escape de una motocicleta, la gente se mira. No es nada.

Mamá y yo vamos en una esquina cargando la punta de la manta de las mujeres de Medicina. Miro hacia arriba, solo veo caras de mujeres fuertes, emocionadas. Escucho las consignas y las repito. En un instante, mamá baja la mirada, con las manos sostiene la manta y yo la imito. Mis ojos se detienen en el cordel rojo que nos une, observo los nudos, son más de los que nunca había visto. Nuestras miradas se cruzan, las pupilas de mamá están cargadas de poder, las

mías de sorpresa. Su poder y mi sorpresa nombran el futuro en silencio.

Entramos en el Zócalo, las mujeres gritan de emoción, los hombres que van hasta adelante, con algunas mujeres y periodistas, avanzan y se abren para escuchar a los que suben al autobús del Politécnico. Los señores tienen micrófonos y comienzan a hablar, leen el pliego y veo que mamá está repitiendo con los labios como si ella lo leyese. Mamá me dijo que es la primera vez en la historia de México que una manifestación civil toma la plaza de la Constitución a la que nosotras llamamos el Zócalo. Están terminando de hablar los hombres. Le pregunto a mamá si las mujeres van a decir algo. Responde que esta vez no.

Terminan ellos y nos alejamos. Siento que salimos de una fiesta, mi tía Lucero saca de su bolsa una petaca de metal, le da un trago al tequila, le ofrece a mamá; para mi sorpresa, acepta. Digo que es una suerte que esta vez no tuvimos que usar el vinagre, ellas se miran, ríen.

—Esta vez no hubo vinagre, compañera Julieta, por eso hay tequila —dice la tía imitando la voz del hombre que habló en el altavoz con acento de político norteño.

Volvemos a casa, papá está viendo el noticiero. Entramos, se levanta, besa a mamá y le pregunta sorprendido dónde estábamos. Le decimos que en la manifestación. La cara de papá, que es muy guapo, ahora parece la de un perro que va a ladrar. Su frente se enrojece, respira, se aclara la garganta antes de hablar.

—No te lo puedo creer, Clara, acordamos que ya no ibas a involucrar a la niña en estas locuras. Tú sabes mejor que nadie lo que se juegan estos comunistas, y el peligro de lo otro. Complicas la situación familiar. Y tú —me dice despectivo como si yo fuera una mascota— vete a tu cuarto que mamá y yo vamos a hablar.

Yo estoy cansada, los miro y descubro que parecen dos desconocidos. Él está enojado, mamá todavía tiene poder en la mirada. Van a tener uno de sus diálogos interminables. Me alejo mientras digo que claro, que él va a hablar porque los hombres siempre hablan. Mi papá me llama, nunca le había escuchado ese

tono de militar como el de su padre. Me asusto y doy la media vuelta. Pregunta qué fue lo que dije. Mamá me mira despreocupada.

—Dije que los hombres siempre están hablando, que siempre quieren mandar, que no quieren que las mujeres hablen de lo que importa. Nosotras fuimos a marchar por la libertad y solo ellos hablaron. Eso dije, papá. Lo digo porque es la verdad, ¿o no?

Él está completamente descolocado. Mira a mi madre sorprendido y no le queda más que hacer un poco el tonto.

—¿Ah, sí? ¿Y qué, ya eres activista como mamá? Seguro Lucero te enseñó a decir eso —esta vez no quiero jugar ni sonreír en falso como hace papá.

—Lo aprendí en la calle, nadie me dijo lo que tengo que pensar. Yo solo veo, oigo y aprendo. Había miles de miles de mujeres en la manifestación y a ninguna la dejaron hablar allá arriba, donde hablan los que le dicen cosas al gobierno.

Papá me mira sin saber cómo reaccionar, yo insisto antes de salir, haciendo una escena de indignación absoluta.

—Tú siempre me dices que debo ser buena ciudadana, pues a eso fui hoy, papá, a ser una niña ciudadana.

Mientras voy hacia mi habitación los oigo discutiendo, ya no es por mí. Hablan de mi tío Bernardo y de la desaparición de Ana. Mamá de pronto le pide que ayude con sus primos militares, casi me parece que le suplica, insiste en que solo la familia de papá puede ayudar a Ana. Cambian el tono de voz, como cuando parece que se van a reconciliar. Papá siempre repite que nunca deben terminar la noche enojados porque el rencor crece en el corazón cuando uno se va a dormir con rabia y el amor se va convirtiendo en desprecio. No puedo escucharlos ya porque bajan mucho la voz. Pienso que papá tiene un secreto y nadie quiere contármelo. Él es arquitecto, diseña casas y casi nunca habla con el abuelo militar y mucho menos con sus tíos. Los adultos son muy raros. No entiendo, tengo sueño. Me duermo.

IV

Entro a la cocina, papá está besando a mamá mientras le sirve café, derrama un poco al distraerse por mi llegada. Me sorprende descubrir que papá le estaba tocando el pecho, ella sonreía y acariciaba su cara con emoción. Papá se pone nervioso, me dice que deje de aparecer sigilosa en todas partes, que camino como un felino por la casa. Yo sonrío, digo que es muy desagradable ver a gente tan mayor tocándose. Ambos ríen y fingen no haberme escuchado. Pienso que las personas grandes discuten para poder reconciliarse, a lo mejor hacen eso para no aburrirse de vivir juntos.

La radio está encendida. El hombre del noticiero de Televicentro dice mentiras como siempre. Está narrando la manifestación, asegura que éramos vándalos y porros, gritando consignas contra el gobierno e insultando al presidente *Gustavo Díaz Ordaz*, pronuncia su nombre como si estuviese hablando de Dios. Mi padre suspira con hartazgo, sabe que mienten, pero creo que papá es un poco cobarde y no se atreve a decir mucho.

Estoy a punto de hablar, callo cuando el periodista asegura que no es que él sea amigo del partido en el poder o del *señor presidente*, pero que es una falta de educación hacer esos numeritos tan vulgares frente a la prensa internacional y en vísperas de las Olimpiadas, en especial las mujeres descocadas, enseñando las piernas con minifaldas en un despliegue de vulgaridad total, ¿dónde estarán sus esposos para meterlas en cintura?, se pregunta el periodista.

En ese momento mamá se pone de pie, lleva unos pantalones de mezclilla, una camiseta amarilla, está descalza, el pelo suelto, las mejillas enrojecidas. Mira a papá y comienza a bailarle como una chica a-go-go. Mi papá se ríe nervioso, fascinado, la agarra de la cintura y aunque está a punto de pararse a su lado, me doy cuenta

de que se contiene porque estoy presente. Ella le dice que esta es la única manera en que un hombre puede meterla en cintura; no entiendo, solo intuyo que está respondiendo al de la radio. Me mira y hace una broma que tampoco entiendo. Mamá se sienta, le da un beso, me pregunta si quiero desayunar quesadillas con salsa verde. Respondo que sí, que además voy a tomar café con leche.

—Ahora la señorita toma café —dice mi padre en broma mirándome a los ojos—, no vas a dormir en dos días, mija. Anda, pruébalo, que nadie te lo cuente.

Lo sirve él mismo, decide calentar la leche para mí, vuelve de la cocina, me pregunta cuánta quiero, le digo que igual que él, solo pintadito. Me acaricia la cabeza. Algo que no comprendo acaba de suceder, mis padres están felices, parece que se aman, papá me trata como si ya no fuese una niña. Cuando no me miran le pongo cuatro cucharadas de azúcar al café, sabe amargo. Lo bebo igual. Miro a papá, creo que es verdad lo que dice la abuela, que él es bueno pero que busca pleito cuando tiene miedo, por eso nunca le dura mucho el enojo como a otras personas, no es rencoroso y eso me gusta mucho.

Mamá se ofrece a llevarme al entrenamiento de básquet. Llevo una mochila con shorts de mezclilla y mi camiseta de *happy face*. Papá mira mis Converse y promete comprarme unos nuevos, le digo que no me hacen falta, que mejor mande dinero a Biafra porque hay hambruna y nadie de aquí les ayuda a los africanos porque son negros. Aquí desprecian a los negros y los blancos nos desprecian a nosotras, las personas morenas, creo que estoy entendiendo que somos como una fila de despreciadas por el color, el sexo, la voluntad y la voz. Papá dice que no es racista pero siempre habla del terror amarillo, porque dice que los japoneses y los chinos quieren conquistar el mundo. No entiendo bien por qué los colores importan para querer y odiar. Termino mi café y me voy a entrenar.

Llego al campo de deportes, ya están todos esperando. Es el único lugar en que podemos jugar partidos mixtos, en la escuela el maestro dice que niñas con niñas y niños con niños porque no sería justo de otra manera. Nunca ha explicado por qué dice que ellos son mejores que nosotras, aunque nos da igual, es un viejito cuarentón

y todos en la escuela dicen que le gustan los niños, no los hombres como él, los niños. Solo pensar en eso me da miedo.

Terminamos el primer partido, nos echamos al pasto a tomar jugos que trajo la mamá de Adrián. Gabriela, mi mejor amiga, dice que cuando terminemos vayamos a su casa, que sus papás no están y tiene cerveza. Me da un beso para sellar el pacto de irnos juntas.

Recuerdo nuestro primer encuentro en el patio del Colegio Madrid en Mixcoac, cuando unos chicos que jugaban futbol me dieron un pelotazo, el cañonazo en la espalda fue tan duro que me caí de bruces, incapaz de respirar y sin comprender lo que había sucedido. Ella llegó corriendo, yo estaba tirada en el piso y solo alcancé a escuchar sus gritos desaforados:

—A ver, imbécil, ¿qué te pasa?

—A mí nada, pendeja —respondió Tadeo, el que chutó el gol contra mi cuerpo.

En segundos, aún tirada en el suelo del patio recuperando el aliento, la vi irse contra él, agarrarlo del cuello y darle un rodillazo entre las piernas. Tadeo cayó desplomado, creo que más adolorido que yo. Mientras me sentaba recuperando el aliento, quedé impresionada por el comportamiento de esa compañera de clase que solo me había dirigido la palabra tres veces para pedirme las respuestas de un examen o de alguna tarea.

—A ver si van aprendiendo a respetarnos, cabrones —gritó Gabriela como si todos los niños en el patio fueran corresponsables del pelotazo. Nadie se atrevió a responderle, excepto Tadeo, que aún estaba hincado agarrándose los genitales con ambas manos como si se le fuesen a caer de lo rotos que estaban, murmuró con una mirada de odio que Gabriela recibió con una sonrisa:

—Eres una puta.

—Mejor puta que pendeja como tú, niño mimado de mierda.

Gabriela me ayudó a levantarme, preguntó si estaba bien, si quería ir a la enfermería. Le dije que no, que más bien estaba pasmada por la impresión. Caminamos juntas y comenzó a contarme quién era el chico que me agredió. Era el hijo de un político del PRI

que se sentía dueño del colegio y del país. Gabriela me propuso que nos saliéramos de la escuela, yo respondí que teníamos todavía varias clases. Convencida, me aseguró que el golpe que había recibido ameritaba que nos voláramos la clase para ir a tomar unos helados y comprar cigarros. Mientras comíamos una paleta helada de guanábana ella fue a comprar unos cigarros sueltos con el señor del quiosco de los periódicos. Fue la primera y última vez que fumé, el tabaco me supo tan mal que me sentí mareada a punto de vomitar. Gabriela me pidió que me diese la vuelta, me levantó la camiseta y dijo que tenía un golpazo, que seguro se me iba a hacer un moretón gigante.

—Ya está, flaca. Voy a tener que ser tu mejor amiga.

—Ah, bueno, qué bien.

—Necesitas de alguien que te defienda.

—¿Y tú qué necesitas?

—Yo… pues una mejor amiga, lista como tú.

—Soy Julieta.

—Sí, ya lo sé, yo Gabriela, tu nueva mejor amiga para siempre.

—¿Es verdad que ya tienes quince años?

—Ajá, reprobé un año, pero eso no importa.

Así sellamos nuestra amistad por decreto. Desde entonces somos inseparables, excepto cuando estoy en el Círculo de Mujeres de mamá, a ella no le interesa la política.

Del otro lado de la cancha están unos chavos de la prepa, Gabriela sonríe y me dice que me va a presentar a nuestros nuevos amigos mayores que tienen dieciséis años. Uno tiene guitarra, el otro un ukelele y una de las dos chicas tiene unos bongós. Gabriela señala al guitarrista, dice que es Juan Luna, que tiene una combi y nos vamos con ellos. Entonces se acerca al del ukelele, lo besa en la boca con la delicadeza de las personas que saben besar. Gabriela me mira como si fuese la reina del mundo y me presenta al recién besado, es un chico alto, delgado, tiene la melena castaña ondulada despeinada, la nariz perfecta y los ojos almendrados con las cejas muy pobladas, su rostro parece la escultura de un dios griego, y sin embargo se

mueve como si fuese tímido, inconsciente de su belleza. Se llama Camilo Sisniega, saluda mientras saca un cigarro, se lo pone en la boca, Gabriela enciende un cerillo, él aspira y el fuego de Gabriela hace arder el cigarro con una llamarada. Me percato de que la escena me excita. Camino a toda prisa hacia la combi, tengo la sensación de que se darán cuenta de que estoy excitada. Nadie me mira, mientras camino con los shorts de mezclilla, al andar siento una insistente caricia de la tela contra mi sexo, me mojo más. Intento distraerme pensando en lo que mamá dice, que todas las chicas sentimos placer en el cuerpo y eso no significa que tengamos que compartirlo.

Me subo con mi amiga e intento hacer bromas. Ya en casa de Gabriela, comienzan a cantar y tocar instrumentos. Yo sin darme cuenta asumo el rol de organizadora, busco un cenicero en la cocina, pongo cervezas en el congelador. Camilo se acerca a tomar una y me dice que le gusto a Juan Luna, el guitarrista.

Juan tiene una melena hasta los hombros, el pelo negro, brillante y tupido, los ojos de color nuez, las cejas hacia abajo anuncian la tristeza ancestral que lo habita, tiene la nariz afilada con el tabique roto, los labios son rosas y suculentos, es alto, lleva pantalones de mezclilla y una camiseta de Víctor Jara, es flaco como yo. Tiene pinta de tímido, me parece irresistible, esta es una sensación nueva para mí.

Me siento frente a él mientras toca y canta, tiene los dedos largos, las uñas perfectas, hay algo hipnótico en la forma en que me mira. Lo observo como si supiera lo que hago. Soy otra, me descubro mirando a esa desconocida que me habita, que recién descubre que se puede besar con la mirada.

Lleno una lata de cerveza con un Jarrito de uva, no me gusta beber alcohol, solo he probado vino con un poco de agua en casa de mis abuelos. Dice papá que con el alcohol pierdes el control, soy la única que no bebe. Creo que me gusta tener el control de mí misma para que nadie me controle.

Juan comienza a cantar una canción nueva de un señor español: *Tu nombre me sabe a yerba, de la que nace en el valle a golpes de sol y de agua, tu nombre me lleva atado en un pliegue de tu talle*…

Me mira mientras canta, el pelo le cae sobre los ojos, está encorvado, tiene una voz melodiosa inesperadamente masculina. Cruzo las piernas sin dejar de mirarlo, me doy cuenta de que estoy empapada, la costura de la entrepierna se ha metido entre mis labios. Los demás hacen el coro aprendiendo la canción, Juan se retira el pelo con la mano y se me queda mirando. Sonríe, en ese instante preciso yo tengo un orgasmo, así, mientras sus ojos me miran con deseo, mis ojos lo miran con desesperación, su deseo y mi desesperación se anudan. Pienso que tal vez eso es amor a primera vista.

Les cuento lo de la marcha, todos escuchan atentamente, Gabriela y Camilo se besan en el sofá como si estuviesen solos. Las y los otros preguntan cosas. Cuando menciono a Alaíde Foppa una de las chavas reacciona y dice que su papá estuvo en Guatemala y El Salvador, que es escritor y fue a entrevistarlos para documentar los movimientos rebeldes en Centroamérica. Por primera vez siento que estoy con personas de mi edad, o casi de mi edad, que miran el mundo desde donde yo lo vivo. No quiero salir nunca de este nuevo universo.

Margarita es robusta, de cara hermosa y facciones afinadas con ojos oscuros y pechos y caderas grandes, viste una camiseta de los Beatles y Gloria es negra como Nina Simone, de pelo afro, delgada, estilosa como bailarina, va con una ombliguera sexy y pantalones de mezclilla con botas, se meten a la cocina para besarse, les da pudor que las miremos.

—A nadie le importa que ustedes se besen y se metan dedo —les dice Camilo desde la sala—, no sean anticuadas —besa a Gabriela y ella también les grita mirando hacia la cocina mientras fuma.

—Si quieren les hago el trío.

Me siento incómoda, Gabriela tiene quince años y bebe demasiado. A veces cuando toma cerveza o fuma mota es muy cruel y no se da cuenta. Siento que debo hablar a pesar de lo nerviosa que estoy.

—Las personas se enamoran de las personas —digo en un tono insoportablemente adulto repitiendo lo que dice mi madre—. No

importa a qué sexo pertenezcan —nomás terminar la frase siento que he hecho el ridículo, tengo las mejillas calientes y enrojecidas.

Juan se había levantado del sofá mientras yo les enviaba un mensaje de paz y amor a las amigas lesbianas. Inesperadamente cae sentado a mi lado en el puf, su cadera pegada a la mía. La tela de nuestra ropa parece desaparecer, no sé qué hacer con esta sensación desconocida de fascinación. Su piel huele a una tarde de playa, quiero lamer sus labios, él me mira como si lo supiera.

—Hola, ojos de lince —me dice casi murmurando. Estamos nerviosos. No puedo responder, sonrío, me sudan las manos, las cierro para ocultar mi turbación. Respiro, necesito decir algo para no parecer una niñata. Me atrevo:

—Hola, poeta.

—¿Me invitas a tu revolución?

—No es mía… sí, te invito, pero yo me gobierno sola —una oleada de calor recorre todo mi cuerpo, mi boca se llena de saliva, respiro profundamente sin querer. Cosas desconocidas me suceden. Me gusta.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce, bueno, los cumplo en un mes.

— No creo en la lucha armada, yo soy *peace and love.*

—Igual —apenas escapan de mi boca nerviosa las palabras *amor y libertad* sin darme cuenta, como hipnotizada, acerco mi cara a la suya.

—¿Me vas a besar, desconocida?

—…

Me quita unos rizos que me cubren la esquina del ojo, pasa suavemente sus dedos detrás de mi oreja, dice que tengo orejas pequeñas y hermosas, acomoda mi pelo rebelde rizado hasta los hombros, dice mi nombre dos veces, está inquieto, me da un beso en el cuello con delicadeza. Estoy temblando, muevo la cabeza mientras levanto los hombros montada en un hondo suspiro. Me pregunta al oído si quiero que se detenga, le digo que no. Le beso la oreja con timidez, toma mi mano, se pone de pie, casi nos caemos porque levantarse de un puf no es fácil. Reímos nerviosos, siento un mareo desconocido, como si acabase de despertar de un largo

sueño. Salimos al jardín, me pregunta si me gusta el olor de la noche, le digo que lo prefiero al del mediodía que huele a gasolina y tabaco. No ha soltado mi mano, me avergüenzo, la mía suda, a él parece no importarle.

—Nunca me habían besado así —le digo innecesariamente—, bueno, mi amiga Margarita me besó en la boca hace dos años, pero no vale porque no me mojé.

—¿Y ahora sí?

Me percato de que hablé demasiado. Me tranquiliza darme cuenta de que su cuerpo está temblando como el mío. Beso su cuello, está tibio, suda, tiene gusto a mandarina. Nos besamos en la boca, Juan toca mi cuello, yo el suyo. Él no me toca más allá de la cara y los hombros, yo tampoco. Con sus labios en mi boca aspiro como quien se asusta, me pregunta qué pasa. Le digo que creo que es un orgasmo, sé que lo es, no quiero explicarle que lo descubrí yo sola hace años y mamá me explicó que es algo bueno y bello. Se ha sonrojado, baja la mirada hacia su bragueta, parece que él también ha tenido un orgasmo, pero no lo dice, yo no tengo claro lo que sienten los chavos. Sonríe en silencio, estira la mano para tomar un trago de cerveza, me besa de nuevo, pegado a mi cara susurra:

—Julieta López Monteiro, chica rara de ojos profundos, quiero escribirte una canción, o dos, o tres.

En la sala se escucha "Jumpin' Jack Flash" de los Rolling Stones. Afuera repica el estruendoso pulular de patrullas, Gabriela se levanta del sofá asustada, corre a asomarse a la ventana.

—No es aquí —dice aliviada casi gritando mientras salen a tumbarse al pasto a nuestro lado. Camilo se espabila también, guarda en su calcetín un porro de mariguana. Los miro, parecemos niños jugando a ser adultos. Nos sentamos y ellos nos cuentan anécdotas de la policía que prohíbe la mariguana y el alcohol, como si hablando de ello pudiésemos exorcizar el miedo de lo que vendrá.

Camilo cuenta que su papá, que trabaja en la fábrica de coches Ford, viaja mucho a Michigan, le relató que se dice que la CIA quiere controlar México y toda Centroamérica, que son los gringos los que están ayudando al gobierno a reprimir el movimiento, como hicieron en Guatemala. No digo nada, solo asiento con la cabeza. Tengo que

preguntarle a mamá qué es lo que en realidad hace la CIA porque ella y sus amigas también la han mencionado. Camilo dice que su papá tiene el primer Mustang que llegó a México. Gabriela cuenta que su papá es psiquiatra, un cabrón egoísta que tiene una camioneta Galaxy. Hablan de coches y espionaje, yo voy a la cocina y traigo dos bolsas de chicharrones con salsa y mucho limón, las lesbianas que parece que ya se han cansado de besarse traen una bandeja con sándwiches con mayonesa y paté. Mientras comemos pienso que odio la mayonesa.

Juan comienza a tocar la guitarra de nuevo. Nuestras caderas se tocan. Sus ojos me miran con ternura, los míos están llenos de pasión; su ternura y mi pasión pactan un poema en silencio.

Siento que lo conozco desde siempre, como si yo hubiese vivido toda una vida ya. Descubro que la infancia se termina también cuando descubrimos el amor y el deseo por otros en el cuerpo, como me pasó a mí con Juan. Creo que acabo de entender que mi deseo solo se hace real cuando lo comparto con alguien.

V

Estoy en la cocina preparando jugo de naranja, papá pasa a mi lado para abrir la puerta y tomar los periódicos. Lleva dos en la mano, se sienta al lado de mamá, le dice que ese es el nuevo *Excélsior*, que desde enero dirige ese periodista de apellido Scherer, que es de izquierdas y se rebeló contra el gobierno, parece que ahora sí ese va a ser el bueno. Mamá lo sabe, pero se emociona de que papá celebre la existencia de un periódico que intenta decir la verdad. Comienza a leer algunas noticias en voz alta. Ellos hacen eso todas las mañanas, se leen mutuamente las cosas que más les interesan, mamá lee un texto de Rosario Castellanos. Los escucho sorprenderse porque las periodistas están contando la verdad de las manifestaciones. Un señor escribe que el gobierno gringo está involucrado en la persecución de líderes políticos y estudiantiles, mamá se agobia, no puede creer que alguien se atreva a publicar lo que las mujeres ya sabían en secreto.

—Imposible que la CIA esté operando en México, ese tipo sí es un exagerado —dice papá incrédulo.

—¿En serio? —pregunta mamá en un tono que él no percibe como burla.

—Sería anticonstitucional tener agentes secretos de otro país operando política en territorio nacional —a él le gusta mencionar la Constitución como si fuese la Biblia, no sé por qué, creo que porque lo hace parecer sabio.

—¿De verdad crees que no operan en su embajada de aquí? Además, desaparecer estudiantes y torturar a líderes del Partido Comunista también es anticonstitucional —mamá responde con un tono encrespado.

—Bueno, eso no lo sabemos…

—Y pregúntate dónde están Ana y todos a los que se han llevado, esos que el gobierno niega haber arrestado o desaparecido hace meses —ella lo mira como quien le pregunta a un niño si sabe que la luna sale de noche.

—Claro que los americanos opinan, para eso es la política exterior —papá está nervioso e incómodo ante el tono beligerante de mamá—, pero esa teoría del complot… de que los agentes secretos colaboran en el arresto o la desaparición de estudiantes es absurda, Clara. Ahora resulta que en pleno 1968 me vas a salir con que les crees a los conspiracionistas antiyanquis.

Los escucho, siento que es bueno que las personas que piensan diferente puedan hablar así, tomar café en pijama, discutir acalorados y quererse a la vez. Papá cambia la conversación, están planeando cómo acercarse al tío Genaro para pedirle ayuda en la búsqueda de Ana. Le prometió al tío Bernardo que ayudará, así que iremos a la comida en casa del abuelo en la colonia Juárez y allí estarán los tíos militares. Probablemente antes de la jugada de dominó podrá hablar con él. Mamá le dice que todo saldrá bien. Yo me acerco con dos vasos de jugo recién exprimido, se los pongo en la mesa, de pronto en un gesto inesperado papá me abraza, me dice que me quiere, acariciando mi mejilla como jamás lo había hecho, me pide que le prometa que nunca me voy a meter en problemas, que nunca iré sola a lugares donde haya policías o comunistas. Me mira, sus ojos plagados de pánico, mis ojos llenos de cariño. Su pánico y mi cariño se reconocen en el engaño.

Entre los dos preparan chilaquiles en salsa roja con huevos fritos. Discuten si van a tostar los bolillos o solo los calientan en el comal. Yo estoy en la mesa, levanto ese nuevo periódico *Excélsior*, me siento importante por un momento, mis amigos de la escuela no leen los diarios, yo sí. Creo que en la adolescencia comenzamos a inventar a la mujer que queremos ser, pienso que las personas son porque se imaginaron a sí mismas en la infancia. Otras solo se convierten en la falsificación de lo que les dijeron que hay que ser.

Desayunamos, papá me dice que el próximo fin de semana quiere que vayamos al zoológico de Chapultepec a ver los elefantes que me encantan. Me río, mamá le pregunta que cuántos años cree

que tengo. Ahora es papá el que se siente avergonzado, con un gesto de niño reprendido dice que solo tengo trece años, que aún soy su niña. Le digo que ya no soy una niña, que el 12 de octubre cumpliré catorce, que además hace tres semanas que me bajó la regla. Mira a mi mamá y luego a mí como si le hubiésemos dicho que estoy embarazada, levanta los brazos como si quisiera preguntar algo.

—Ay, papá, no lo hagas difícil, no quiero hablar de estas cosas contigo.

Mamá dice que es bueno que se hable abiertamente de los ciclos de la vida de las mujeres, él y yo nos miramos poniendo los ojos en blanco, ya conocemos sus peroratas. Papá se pone de pie, dice que eso es asunto privado de cada persona, que no lo tiene que aleccionar de nada, yo me levanto con él para acompañarlo a lavar los platos. Dejamos a mamá con la palabra en la boca. Mientras seco los platos que él lava, le digo que para mi cumpleaños quiero hacer una fiesta en casa, me dice que está bien, burlándose de que ya soy una señorita de catorce años. Me incomodan las etiquetas.

Suena el teléfono, es Juan, me voy al cuarto de la tele para hablar con él. Me tiemblan las piernas, estalla una oleada de alegría en mi pecho al escuchar su voz. Me arrincono en el sofá y pasamos una hora hablando hasta que se me calienta la oreja. Se va a sus clases de solfeo. Le pregunto dónde puedo tomar clases de guitarra, me dice que con su profesora. Al colgar decido que pediré como regalo de cumpleaños las clases de música y una guitarra, a ver si papá no me sale con que no tenemos dinero para tanto.

Nos vamos a casa del abuelo. Al entrar veo a la tía Elvira con su peinado de rulos inamovible, un flequillo rizado le atraviesa la frente, lleva aretes y collar de perlas, un vestido azul cielo acinturado con una falda plisada que, juraría, tiene crinolina. Parece una señora de portada de la revista *Hogar y Moda*. Su piel es morena como la mía, pero sus facciones son más finas. Le doy un beso, me manda a jugar con los niños. Ella y mamá se meten en un salón de costura, los señores se sientan a beber una cerveza en el antecomedor. Hay varios tíos vestidos de militares a quienes no reconozco. Los soldados me dan miedo y me rehúso a confesarlo en voz alta. Pienso

que alguno de ellos puede salvar a Ana, quisiera hacer algo para ayudar a encontrarla. Me voy al patio a jugar futbol con mis primos. Otra vez mi primo Antonio, que me cae mal, me grita que soy una marimacha porque me gusta el futbol. Con todas mis fuerzas pateo el balón y le doy un cañonazo en el estómago, cae sin aire, casi llorando. Me acerco en silencio, sus ojos están llenos de rabia, los míos de dignidad. Su rabia y mi dignidad están unidas por la sangre y se aborrecen sin remedio.

Por la tarde, de regreso a casa en el Volkswagen naranja, le pregunto a papá qué sucedió, si logró pedirle ayuda al tío Genaro para encontrar a Ana. Escueto responde que no, que fue imposible sacar el tema. El gozo de mi tarde de juegos se desvanece.

Ya en casa, papá enciende la nueva televisión Trinitron Sony blanco y negro, está en un cuarto montada en un mueble de madera que me parece horroroso. Dan una película de Cantinflas, ellos se arrumacan en el sofá para verla, a mamá le encanta reírse con él. Aburrida, me voy a mi cuarto. Llamo a Juan, me pregunta cuándo nos veremos, le digo que mañana por la tarde puede venir a casa, dice que sí. Tengo ganas de bailar, de saltar, de que mis labios se hinchen de besarlo. Me gusta esta nueva sensación expansiva de añoranza, mi cuerpo es el universo, soy pura sensación, esto es desconocido para mí, debo aprender a nombrarlo. Malditas palabras que no llegan a tiempo. Me propongo aprender diez palabras nuevas cada día, papá recién compró una colección del Diccionario y la Enciclopedia ilustrada Larousse, tiene dibujos y todo, así que la traigo a mi habitación.

Voy hacia la cocina por un pan dulce, veo que mamá se limpia unas lágrimas furtivas, papá le toma la mano, le dice que lo siente. No saben que los espío desde el pasillo.

—Lecumberri es complicado, Clara, con lo de las Olimpiadas el gobierno tiene todos los ojos puestos en la disidencia. Lo impresionante es que mi primo haya admitido que tienen a más de cuarenta mujeres dentro —la voz de papá tiembla flotando entre la consternación y el miedo.

—Hay que intentarlo…

—Te prometo, vamos a buscarla, solo que hay que tener mucho cuidado. La Dirección Federal de Seguridad tiene un blindaje especial por los Olímpicos.

—Sí, sí, lo entiendo. Es solo que no puedo ver a Bernardo sufriendo así. No quiero ni imaginarme lo que le habrán hecho a ella, dicen que están violando a las mujeres en las cárceles. Sus papás no quieren hablar con mi hermano. Lo culpan de la desaparición de Ana.

—Ya, como si ella no fuese una mujer de veinte años convencida de lo que hace —titubea nervioso—. Yo… no puedo imaginar lo que yo haría si algo así le pasara a Julieta.

Papá termina de hablar con la mirada nublada, me ve entrar a la sala, me sigue con los ojos en silencio. Se abrazan, mamá se limpia el lagrimal discretamente, papá finge que talla sus ojos bajo los lentes, las lágrimas de ella son de tristeza, las de él son de vergüenza por no poder salvar a las mujeres de la familia.

Paso mirándolos, todo sucede lentamente y vuelvo con una dona de chocolate. Me siento a su lado comiéndola, papá me abraza. Me quedo mirando al televisor sin escuchar lo que dicen los actores, Cantinflas está en un juzgado y un policía dice algo, mis papás se ríen, los observo, mordisqueo la dona hasta terminarla. Por un instante pienso que no quiero crecer ni saber más de lo que sé. Deseo que empiecen y terminen las malditas Olimpiadas para que todo vuelva a la normalidad, para que nadie desaparezca por pedir libertad mientras el mundo nos mira. Quiero que México sea mío de nuevo.

Mamá sube el volumen para seguir viendo a Cantinflas, el gorro como un barquito de papel y su ropa de pordiosero me parecen ridículos, yo me voy a mi habitación. Busco una libreta y una pluma, siento que necesito escribir las cosas que se derraman entre nuestras vidas mientras unos cuantos señores deciden por todo un país.

Escribo en mi diario:

Siento que la fuerza de nuestro grito de libertad depende de cuánta gente lo escuche. Creo que me asusta darme cuenta de que cuando los poderosos nos oyen gritar todo se vuelve más peligroso. Dice mi abuelito que cuando los que mandan se ven obligados a escuchar a quienes toman las calles, prefieren desaparecer a las personas y sus voces para evitar la revolución. Yo no quiero desaparecer. No entiendo todavía si podré hacer algo más que reclamar junto a mamá y sus amigas. Solo soy una adolescente con miedo y rabia.

VI

Hoy es 30 de septiembre de 1968. Juan y yo estamos en el cuarto de la tele, en el sofá, rodeados de libros, me dice que le gusta la litografía de mujeres fantasmas y animales mágicos de Leonora Carrington, le digo que es amiga de mi mamá y que ella se la regaló. Mamá está en su consultorio dando terapia y papá en el trabajo, en casa me siento segura. Juan me pregunta si quiero ser su novia, le digo que sí. Nos besamos durante horas, abre un botón de mi blusa blanca de la escuela, tengo un corpiño de algodón, no me ha crecido el pecho como a Gabriela. Me toca suavemente sobre la ropa en la línea que lleva a mi ombligo, me pregunta si quiero, si me gusta, apenas puedo hablar, se me calienta la saliva, digo que sí con la cabeza. Siento una tibieza vehemente que recorre todo mi cuerpo como si estuviese tirada bajo el sol en la playa.

Bajo la mano, toco tímidamente la parte alta de su muslo, siento que está excitado, no me atrevo a tocarlo más. Los dos estamos emocionados. Me encanta que pida saber lo que me gusta, aunque yo todavía no lo tenga tan claro. Le pregunto si ha tenido sexo, me dice que no, que solo ha fajado con otra novia y conmigo. Que quiere esperar a estar enamorado.

—¿Cómo sabes cuándo estás preparado para hacer el amor?

—Cuando las dos personas oyen la misma canción en su cabeza.

Para Juan Luna el amor es una canción, yo no sé qué es el amor para mí, no sé cantar, así que inventaré mi propia versión.

Nos estamos despidiendo cuando mamá entra a la sala, los presento. Mamá le da un beso, le pregunta si va a ir a la marcha con nosotras. Él me mira desconcertado, estaba tan embebida en los besos y en verlo tocar la guitarra que me olvidé de invitarlo aunque ya le había dado todos los detalles de esa nueva aventura con el Círculo de Mujeres. Él mira a mi madre, dice que le gustaría y

pregunta si pueden ir hombres. Mamá sonríe enternecida por la pregunta. Creo que lo ve aún como niño, aunque tenga dieciséis años. Le responde con ternura.

—Es la marcha de la Unión de Mujeres Mexicanas, vamos a salir del Monumento a la Madre hasta la Cámara de Diputados, eres bienvenido.

—Es por el fin de la opri… opresión, para la libertad, contra la violencia del gobierno —digo emocionada intentando lucirme fallidamente. Juan pregunta si debe dejar la guitarra en casa. Mamá dice que sí.

Él me mira sonriente, sus ojos están llenos de asombro, mis ojos están llenos de ilusión. Su asombro y mi ilusión inventan su propio lenguaje.

Llegamos al Monumento a la Madre, mamá saca el cordel rojo, la miro casi avergonzada. Entiende que esta vez no. Tomo a Juan de la mano. Llega Lucero, los presento y le entrega una pancarta, él la lee, está fascinado y sonríe mientras me dice que es muy grande, que seguro se necesitan dos o tres personas para llevarla. La leo: EL DIÁLOGO ES EL VEHÍCULO DE LA RESISTENCIA, NO LAS BAYONETAS. Vamos hacia una esquina donde están las líderes.

Llegamos al lado de Clementina Batalla Torres. Es mi heroína, abogada, profesora feminista, tiene la cara redonda, los labios carnosos, unos ojos luminosos y oscuros, vestida con un traje sastre azul oscuro lleva lentes de pasta negra, el pelo azabache entrecano. Tiene la fuerza de una leona, nos sonríe con ternura, levanta un megáfono para organizar.

—Compañeras, compañeros, niños, niñas, aquí estamos todas: el Comité de Auxilio Latinoamericano de Mujeres, el Frente Único Pro-Derechos de la Mujer —vitorean las mujeres—, el Bloque Nacional de Mujeres Revolucionarias —gritan elevando pancartas—, la Federación Democrática Internacional de Mujeres, las líderes indígenas, las escritoras y las estudiantes. Todas unidas ¡vamos a tomar la Cámara de Diputados!

Todas coreamos la misma frase. Algo en mi corazón estalla con su grito. Clementina se da la media vuelta, la marea de mujeres la sigue como una rítmica oleada imparable. Vemos a varios niños mayas y nahuas con pancartas que dicen LA VIOLENCIA ESTÁ CONTRA NOSOTROS, NO ES NOSOTROS. Mujeres y niños de todas partes, rubias, morenas, negras, campesinas, profesionales. Hay hombres jóvenes con pancartas que dicen HOMBRES Y MUJERES IGUALES DERECHOS, IGUALES RESPONSABILIDADES, uno de ellos lleva un sartén en la mano y dentro está escrito ES MÍO ¿Y QUÉ? Unas jóvenes vestidas de trajes típicos zapotecas llevan una manta en la que se lee SOMOS COCINERAS, NO ESCLAVAS. DERECHO A ESTUDIAR PARA LAS SIRVIENTAS. Juan está mirando a dos mujeres negras, con el pelo afro enorme, llevan una manta que expone LAS MUJERES NEGRAS EXISTIMOS EN MÉXICO, NO NOS NEGARÁN MÁS. VIVA VERACRUZ.

Estamos tomando las calles, somos miles. Ahora sí, las mujeres van a hablar, a decirles a los que mandan que tienen que obedecer. Juan me mira regocijado, estoy atrapada entre la felicidad y el llanto, el limbo de la expectación. Late en mi corazón una emoción vehemente que llega hasta mis ojos humedeciéndolos de alegría.

Annie Pardo de Sheinbaum, amiga de la Texas, lleva a su hija Claudia de seis años. La niña está a mi lado, Annie me pide que le tome la otra mano, la miro, ella sonríe, lleva el pelo negro trenzado, unos rizos se le escapan por el fleco. Le sonrío y la pequeña grita las consignas imitando a su madre. De pronto me mira y dice con una voz aguda:

—¿Sabes qué? Cuando sea grande voy a ser la presidenta de las mujeres de México.

—Yo también —respondo en broma.

—Pero yo de verdad —asegura casi gritando mientras mira a su madre.

Todas corean consignas, les hacemos eco. Juan repite, emocionado, mira a todas partes, estira la mano, toma la mía. Jamás había estado en una manifestación. Mamá y Lucero van a nuestro lado, nos observan sonrientes. Hay algo desconcertante en la mirada de mamá, parece tristeza. Seguramente es porque piensa en Ana, aunque no me quita la mirada por varios segundos.

Unas horas después, ya en el coche, Juan parece un niño, no para de hablar, le agradece a mamá, dice que nunca había visto nada parecido, pregunta por qué ningún periódico habla de esas organizaciones de miles y miles de mujeres, nadie le responde. De pronto suelta la frase de que las mujeres merecemos la igualdad. La tía Lucero, sentada al frente del coche, enciende un cigarro, comienza a interrogarlo con una dureza que me incomoda. Él responde a todo con franqueza, mamá interrumpe para preguntarle qué quiere estudiar, sabe que Lucero lo va a evidenciar. Cuenta que el año que viene que termine la preparatoria va a entrar en el conservatorio, que ya hizo un examen y lo aprobó. Yo no lo sabía.

—Ah, un músico, mira nomás —dice Lucero clavando su mirada en la mía—, ¿y qué clase de músico vas a ser?

—La nueva trova. Me gusta la composición, quiero ser un buen letrista. También me gustan el rock y la música barroca, aunque poca gente la entiende. Escribo poesía y seguiré en los cursos de literatura.

—¿Y cuándo vamos a escuchar alguna de tus canciones? —interrumpe mamá mirando por el retrovisor con sus lentes de sol negros redondos.

—Cuando quieran les canto.

Juan no se percata de la tensión que hay en el coche, comprendo que su presencia irrumpe en nuestro trío que lleva a cabo las ceremonias de la libertad desde hace años, sin hombres. Juan no se entera de nada, está feliz en la conversación.

Se dirige a mi tía Lucero:

—Me dice Julieta que eres una gran abogada, debe ser una profesión muy difícil.

—Lo difícil no es la profesión, mi chavo, lo complicado es atreverse a defender a las personas oprimidas, a quienes nadie mira. Lo difícil es ser mujer en un país que nos trata como invitadas de una tarde en un mundo que les pertenece a los hombres.

—Ah, claro —dice Juan casi con vergüenza.

El humo del cigarro de Lucero se viene hacia mi cara, me provoca tos. Me descubro nerviosa. Siento que mamá y mi tía están molestas, no entiendo por qué. Algo se ha roto, a pesar del día

maravilloso que compartimos, en que las mujeres por fin lideraron y tuvieron voz en la marcha, tal vez las cosas sí están cambiando, pienso que tal vez yo también. Me toco el pecho, llevo mi camiseta con el moño rosa y la información escrita con marcador indeleble. Juan me acaricia la mano, Lucero nos mira de reojo, hace una mueca, me guiña un ojo. El primer gesto es de desagrado, el segundo de complicidad. No sé a cuál creerle.

VII

Es miércoles 2 de octubre, son las siete de la mañana, suena el timbre insistentemente, voy a abrir en pijama. Es mi tío Bernardo, me besa mientras entra a la cocina, pregunta si están mis papás. Le digo que papá se fue a supervisar una obra, mamá se está bañando. Toma la cafetera, sirve dos cafés, para él y para mí, le cae un poco en la mano, se quema y parece no darse cuenta. Nos sentamos, está nervioso, yo no me atrevo a preguntarle si sabe algo de Ana porque creo que no debo hacerlo. Le pongo cinco cucharadas de azúcar a mi café, mientras muevo la cuchara mirando cómo la leche aclara mi bebida caliente, él sonríe. Me dice que voy a saber que soy adulta el día que deje de ponerle azúcar al café. Entonces le pone una cucharada al suyo, lo miro sin hablar, prefiero solo sonreír.

—Soy adulto joven —dice jugueteando con una sonrisa que se dibuja levemente mientras le toco la mano.

—Te quiero contar algo…

—Debes venir a las clases de fotografía, tienes buen ojo, ojalá alguien me hubiera enseñado cuando era más chavo. Te prometo que te voy a enseñar a revelar, ya compré todo para montar un cuarto oscuro en casa.

—Sí, me gustaría mucho, pero solo puedo los jueves, los demás días tengo otras clases en la casa de la cultura.

—Bueno, ¿y ya estás lista para la marcha?

Le digo que claro, que ahora que mamá venga me meto a bañar. Decido contarle sobre Juan Luna, le doy detalles, aunque estoy nerviosa, oculto lo de mis orgasmos. Le divierte mi historia.

—Creo que estoy enamorada, bueno, que me estoy enamorando.

—Tal vez solo acabas de descubrir el deseo. Si te tiemblan las piernas, sientes cosquillas en el sexo y te gusta su olor, es deseo. El amor es otra cosa, solo lo descubres cuando ya no se te nubla la

cabeza cada vez que se besan, cuando te gusta toda la persona, no solo su piel.

—¿Y a ti se te nubla la cabeza con Ana? —no sé si arrepentirme de preguntar, ya no puedo echarme atrás—. Dijiste que es el amor de tu vida.

Ahora está pálido, acaricia la taza, deja de mirarme. Vuelve a hablar. Dice que a Ana la quiere, la admira y cree que ella a él. Que cuando salga de la cárcel se van a ir a vivir juntos para descubrir si están enamorados todavía. No lo puedo creer, cualquiera hubiese dicho que se iban a casar, parecen la pareja perfecta.

Quiero sacarlo de ese lugar sombrío en que ha caído cuando mencioné a Ana. Le digo que Juan tiene los labios suaves, los dedos largos y las orejas pequeñas. Se ríe. Le pregunto cómo fue la primera vez que se enamoró, me cuenta una historia, me sorprende que la mujer de la que habla es una amiga suya con quien siempre va a las reuniones y a las tocadas.

—¿Cómo se puede ser amigos después de romper?

—El amor es una cosa que fluye, como un río en el que el agua nunca es la misma, puedes amar a muchas personas al mismo tiempo. ¿Recuerdas a mis amigos Vicente y Rodrigo?

—Sí.

—Viven en una comuna jipiteca en Real de Catorce, son pareja abierta, allí no existe la monogamia —dice mientras bebe café.

Mis ideas estallan como cristal atravesado por una piedra veloz y puntiaguda. El amor, el sexo, todo es libre, me dice, nacimos para ser libres, insiste. Yo respondo que lo entiendo, aunque en realidad me duele la panza, me siento incómoda con lo que me ha dicho, o tal vez me duele por tomar café con el estómago vacío. Me levanto, traigo la bolsa de pan dulce. Saco una concha de azúcar blanca, él una banderilla de miel. Los dos comemos tomando sorbos de café. Lo interrogo fingiendo estar muy alivianada. Habla sin parar, cuenta que el amor romántico es una farsa que nos han vendido para casarnos y tener hijos, para ser heterosexuales, para estar atrapados. Siento que aquí en el comedor de mi casa estamos viviendo un instante mágico en el que he dejado de entender lo que

creía que era la vida. Me da miedo y me gusta estar vacía de convicciones, es incómodamente raro.

Mamá interrumpe, me manda a bañar, Bernardo le sirve café. Yo me meto bajo la regadera con agua muy caliente. Pienso en lo bien guardado que tenían ese secreto de que no todas las personas tienen que casarse, tener hijos, una casa y un coche y una tele a color. Pienso en la libertad, en lo que Bernardo ha dicho. También pienso en Ana, en la cárcel de Lecumberri, en los barrotes y las paredes de piedra húmeda que ha descrito la tía Elodia, me pregunto cómo podemos hablar del amor en libertad si no se puede defender al país sin ser arrestadas. Me percato de que me hago daño al lavarme el pelo tallando con tanta fuerza, supongo que es el enojo en mis manos que quieren arrancarme el miedo de la incertidumbre de esta cabeza.

VIII

Llamo por teléfono a Juan, él sí irá a la escuela. Me pide que le avise en cuanto regresemos de la manifestación. Sabe que estoy emocionada por ir en el contingente feminista, dicen que seremos miles y miles de personas. Mamá me apresura, tenemos que estar en el punto de encuentro a las diez de la mañana para salir juntas a la Plaza de las Tres Culturas. Cuando llegamos, Magdalena de la Isla, directora de la Salud Sexual, viene vestida como doctora; Lupe, la que trabaja en lo del aborto, trae uniforme de enfermera igual que sus compañeras, son como treinta. Explican cómo van a dividir el contingente de rescate. Yaretzi y las de Oaxaca y Guerrero van de blanco y llevan chalecos de la Cruz Roja, ella sonríe, explica que es para que no las confundan con sirvientas, se ríe sola, parece que no es momento para bromas. Algunas estudiantes de Derecho e Ingeniería vienen de falda, muy arregladas con tacones bajitos y bien peinadas, como si fueran a ir a una fiesta, dicen que es para confundir, que los enemigos nunca piensan que las libertarias van de femeninas para hacer la revolución. Lucero, como siempre, lleva los labios carmesíes y el delineador negro con ojos de gato, me extraña que lleve un vestido mini y zapatos bajos de suela de hule gruesa como los que uso para la escuela. Ellas, las de la falda, irán hasta adelante. Hace semanas casi todas acordaron que llevaríamos pantalones, de preferencia de mezclilla, con cinturón, porque dicen que es más difícil que te violen cuando les cuesta más trabajo. No entiendo quién quiere violarlas y por qué cuesta trabajo quitar unos pantalones. Siento una trabazón en el estómago, todas están nerviosas, nunca las había visto así, ahora me han contagiado de angustia. Olinka le pregunta a mamá si está segura de que puedo ir con ellas, yo las miro, por primera vez me siento muy pequeña,

mamá está inquieta y responde que sí, me lleva a un lado y me repite todas las reglas.

—¿Qué debes hacer si sientes miedo cuando haya peligro?

—Obedecerte y correr a tu lado, ma —respondo nerviosa.

—Recuerda, mijita, si el miedo te paraliza, si hay mucha confusión, te repites: "corre, Julieta, corre, corre con mamá" y no te detienes hasta que yo te lo diga, ¿entiendes?

—Sí, entiendo —digo con la voz temblorosa—. Mamá, ¿qué tipo de confusión?

—Pueden venir policías, el ejército o los porros infiltrados para asustarnos.

—Es seguro que vendrán, y no será fácil —asegura la Texas mirándome a los ojos como mira un soldado que va a la guerra—. Van a llegar armados, lo dicen mis informantes. Todas vamos a correr juntas, ¿okey?

—¿Si vienen los militares les podemos decir que mi abuelito y mi tío son de los suyos y así no nos asustan?

—No, mi amor, con ellos no se habla, no están del mismo lado que tu abuelo.

—¿Y si te pasa algo a ti?

—Lucero y Stephanie son nuestra pareja de apoyo y nosotras la suya. Vamos, que ya están los contingentes. Respira, que vamos a hacer historia —ella suspira intensamente y parece relajada por un instante. Me sonríe—. Verás que todo sale bien y no se atreverán a hacer nada grave.

—Sí, mamá —sonrío de vuelta. Me emocionan sus certezas, aunque intuyo que pueden ser mentira.

Stephanie se acerca a mí, baja la cabeza y me dice al oído que cuando lleguen los militares a disparar debo obedecer a mamá, que si algo pasa debo correr a la iglesia, no a los edificios, nunca a los edificios. Me acaricia la cabeza cuando termina de decírmelo. Siento que mis pulmones se han hecho pequeños, cuesta respirar. Lo disimulo. Escucho atrás de nosotras a las normalistas diciendo que en todo caso lanzarán balas de goma para espantarnos.

Mamá y yo vamos marchando, nos hemos separado de Lucero y las líderes porque ellas quieren ir al centro de todo. Unos señores

hablan desde arriba del edificio Chihuahua. No se les entiende bien, igual es muy emocionante. Estoy esperando que desde allá arriba hable una mujer. No sucede.

Veo a Yaretzi cerca, me sonríe y le sonrío. Parece que de verdad trabajara en la Cruz Roja. Lucero y las otras están rodeadas de mucha gente, hay miles y miles de personas. Pregunto por qué no vamos allá donde están ellas. Mamá dice que debe protegerme, que estar en los márgenes nos permitirá huir si hay violencia. Yo prefiero creer que exagera. No se atreverían a hacer daño a tantas personas que no hacen ningún mal más que pedir libertad. El ambiente está lleno de felicidad y valentía, nadie va a querer destruir esto tan bonito, pienso, pero me equivoco.

Primero suena un grito, no entiendo de dónde viene, luego son muchos, como una ola de palabras que hacen eco en el aire, un estrepitoso sonido como un estallido en el cielo, miro hacia arriba, unas luces rojas como los fuegos artificiales de Navidad, luego unas verdes, veo al cielo emocionada. Un segundo después escucho un *tracatracatraca* desconocido. Estoy mirándolo todo, por un instante pienso que alguien ha tirado fuegos artificiales para celebrar, sonrío, miro a mi madre, su gesto de terror contradice mis emociones. De pronto, la locura. Mamá grita llamando a la tía Lucero, es imposible escuchar algo cuando tantas personas vociferan, a la vez nace un silencio que tiembla entre los cuerpos que corren, que chocan, que huyen. Las palabras parecen vibrar sin voz. La tierra palpita, ruge, la gente se tropieza, se busca, insulta, llora aterrada. Los pies de quienes corren suenan como tambores, esta es la música del miedo.

Mamá aprieta tan fuerte mi mano que me hace daño. Estamos huyendo, sabe hacia dónde ir, ya desde hace semanas ellas habían visitado la Plaza de las Tres Culturas y decidido cuáles serían los puntos de fuga, los escondites, las salidas. Es tanta la confusión y el caos que las personas parecen muñecos de colores que vuelan frente a nosotras, es como un sueño, difuso y pesado.

Siento un tirón que me lastima, tropiezo, me raspo la rodilla, a mamá le da igual, sigue corriendo, tirando de mí. Despierto del sueño, entiendo algo incomprensible, corro como me ordena. Ella abre camino con un brazo al frente como si llevase una espada. Nos

detenemos por un instante en una esquina, un hombre abre la puerta de su panadería, llama a mamá por su nombre, ordena que nos tumbemos en el piso. Las tres lo hacemos. Primero nos echamos como lagartijas pegadas al suelo blanco y negro de la panadería. Ahora estamos hincadas, agachadas como perritos asustados, temblamos aún tomadas de la mano, el cordel que nos unía se ha roto y ahora todo son solo jirones. El hombre me mira, niega con la cabeza sin decir palabra, luego ve a mamá y lo hace con una mirada que la juzga por llevar a una niña a la manifestación, los ojos del hombre están llenos de descrédito, los ojos de ella están llenos de vergüenza; el descrédito y la vergüenza tejen un amargo encuentro.

La panadería tiene una puerta de madera con recuadros de vidrios de colores, los tres asomamos apenas los ojos, el vidrio verde y rojo hace que todo se vea difuso. Mamá habla sola, bajito repite: "vamos, Lucero, la panadería, recuerda, vamos, comadre". De pronto, a unos metros vemos a Lucero que corre hacia la puerta, viene arrastrando a la Texas como si fuera una muñeca de trapo. Pienso que se habrá tropezado como yo, recuerdo lo que me dijo al oído. Miro hacia el otro lado, allá está el edificio donde dan los pasaportes, de allí están saliendo soldados. Parece una película, hay tanques como en la guerra. Cierro los ojos un instante, quiero huir a algún lugar dentro de mi cuerpo donde no sienta pánico, no lo encuentro, tiemblo por dentro, siento que una esfera de cristal cae de mi corazón y de ella sale arena. Soy arena por dentro, no quiero hundirme en mí misma. Abro los ojos para volver.

Todo saldrá bien, me digo suspirando en una quieta mentira. Mamá y el panadero se miran, él, aún hincado, abre apenas un poco la puerta, me tumbo en el suelo para mirar por la pequeña abertura, ya está a unos pasos de nosotras, mamá intenta levantarse para salir en su ayuda, el panadero tira de mamá impidiendo que se mueva, ella cae de espaldas, se queda inmóvil un momento, pienso que tal vez mamá también esté mirando cómo se rompe su espejismo por dentro. Yo me arrastro pecho tierra un poco más cerca de la ranura de la puerta.

En ese momento veo que un hombre golpea la cabeza de Lucero con un bastón negro, ella se desploma, cierro los ojos por un

segundo, me parece escuchar el impacto de su cuerpo rebotando en el cemento, mis ojos están fijos en las botas negras relucientes del hombre que patea a mi tía Lucero, presiona su bota en su cuello, primero suavemente, mis ojos se enganchan en la mirada de ella, contiene los gemidos de dolor, su cara enrojece y se hincha, le dice con un intento de grito apagado por el dolor, con la boca pegada al suelo, que es un cobarde, que se equivoca de bando, intenta voltear para mirar al militar, en respuesta él la patea en la cara, un hilo de sangre sale de su oído, la miro, fija sus ojos en mí, nos separa una rendija y un metro de distancia, sus ojos están llorosos pero no parecen lágrimas, quedan medio cerrados. Mis pupilas están llenas de súplica, las suyas de rabia. Mi súplica y su rabia se rechazan.

Mamá quiere gritar, se tapa la boca, está aterrada, me agarra con fuerza el tobillo creyendo que intentaré salir, pero estoy congelada. Por la rendija de la puerta sigo mirando a esa mujer abatida a la que tanto amo, pienso que mis ojos son una extensión de la mano que quiere tocarla para que recuerde que aquí estamos, me arrastro un poco más para intentar sacar la mano, el panadero me la agarra con fuerza y hace un gesto de que no debo hacerlo.

Miro a Lucero, quiero que obedezca las reglas, que siga el plan, hacerse la muerta de una vez. Ella misma lo dijo, a ninguna la matan dos veces. Pero no lo hace, resiste como si quisiera ponerse de pie y golpear al hombre. La bota del soldado está sobre su cuello, su melena derramada en el suelo, escucho un golpe seco y agudo, su cabeza rebota, subo la mirada, el hombre sostiene una pistola pequeña entre las manos. Los ojos de Lucero se cristalizan entrecerrados hasta tornarse grises, un borbotón de sangre baña su cabeza y el suelo, un hilillo sanguinolento viene hacia nosotras. Lucero ha dejado de mirarme, ya no existo, estoy paralizada tumbada en el piso. Un volcán de odio ha hecho erupción en su cabeza.

Mamá me abraza echada sobre mí con un llanto silenciado contra mi espalda. Siento sus lágrimas correr sobre la camiseta, no lloro. El soldado quita lentamente su bota del cuello de mi tía, líquido rojo y pastoso escurre de la suela, él la sacude como si nada. Está mirando hacia arriba. Lo observo, es joven, tal vez más joven que mi tío

Bernardo. Guardo en mi memoria cada milímetro de ese rostro, de su ropa, de su cuerpo. Se va orgulloso, levantando el bastón negro en señal de victoria, guarda la pistola en su cintura, va tras alguien más. Mamá se acomoda hincada para abrazarme, el panadero le pide suavemente que se quede tumbada. Creo que se abrazan, no los miro.

Pasan los minutos como horas, afuera el caos gobierna. Sigo tirada en el suelo mirando a Lucero. Me acurruco en las piernas de mamá con los ojos cerrados. El panadero repite el nombre de Lucero como si la quisiera. El hombre llora, seca sus lágrimas con un pañuelo blanco sin dejar de mirar los cuerpos derramados de mi tía y de la Texas. Miro a Stephanie, está más lejos, inmóvil, tal vez finge estar muerta, pienso, eso espero.

Mamá acaricia mi cabeza.

Transcurre el tiempo. Afuera los gritos se alejan, se escucha el murmullo de un país que cae a pedazos. El eco de piernas que corren para huir y de botas que persiguen para matar. Las ambulancias llegan y se van llevando a algunas personas. A lo lejos los cuerpos de estudiantes son amontonados por soldados, otros jóvenes son puestos con las manos en la cabeza contra los camiones mientras les apuntan con bayonetas, y otros que llevan un guante blanco están aventando cuerpos adentro del camión.

Veo el chaleco de la Cruz Roja, es Yaretzi y otras dos compañeras vestidas de enfermeras que vienen por Lucero. Están sucias de sangre y sudor. No nos miran, traen una camilla. Consiguieron hace semanas unas ambulancias prestadas, también ayudan a un hombre que tiene la cabeza llena de sangre, lo cargan como si fuera un muerto. Tal vez lo está. Se llevan a Lucero en la camilla, corren hasta salir de mi vista.

Hay tanques parados, mucho humo, cada vez menos personas en la plaza, el silencio de las voces solo deja que escuchemos los pasos de los soldados y de los hombres de guante blanco. Ya no quiero mirar a la plaza desde la rendija. Me doy la vuelta en el piso, estoy bocarriba. Miro el techo, me doy cuenta de que el lugar huele a pan recién horneado, miro a la pared, hay letreros con la lista de los panes, leo en voz baja, como quien reza:

—Orejas, besos, campechanas, banderillas, garibaldis, polvorón, ojo de buey, corbatas y moños, mantecadas, cocoles, birotes, bolillos, ladrillos, hojarascas, pan de muerto, pan de pulque, piedras, picones —de pronto miro de reojo hacia la parte alta de la ventana de la panadería.

Una pegatina que dice "Yo voto al PRI" ocupa el vidrio entero, miro a mamá, me hinco a su lado, tengo miedo. Tomo su mano, ella está tirada bocarriba, reaccionando también, salimos del aturdimiento juntas. Mira, le digo muy bajito, señalo el símbolo del partido del presidente que mandó a los soldados. Ella asiente agotada.

—Sí, lo tiene para despistar. La pusimos para que no molestaran —me dice mirando al panadero que ahora toma la mano de mamá con cariño. Él no para de llorar, tiene los ojos rojos, ahogados, parece que estallarán de rabia y dolor. Mientras me mira me pregunta si quiero un bolillo para el susto. Digo que no. Él sonríe forzadamente y se va a cuatro patas hacia la cocina, regresa, como si fuese un perro masticando un bolillo, casi atragantándose. Esperamos unos minutos, él nos dice que es hora. Salimos por detrás de los hornos de pan, una puerta pequeña por la que sacan la basura. Caminamos juntas tomadas de la mano en silencio.

Por fin llegamos a casa. El televisor y la radio están encendidos con los noticieros de la noche. Papá está en la sala, así tan arreglado y limpio me parece un hombre de otro planeta que no es el mío. Nos mira, entonces me doy cuenta de que el rímel de mamá se ha corrido tanto que tiene la cara marcada de lágrimas negras, estamos despeinadas, el pantalón roto, mi rodilla lacerada, estoy sucia de haber estado tirada en el suelo tantas horas. El pantalón de mamá manchado de sangre en las campanas. Papá está azorado y furioso al mismo tiempo.

—¿Qué pasó? ¿Llevaste a la niña a Tlatelolco?

—Ahora no. No hables, por favor. Mataron a Lucero. Los militares mataron a Lucero y a miles —dice mi madre vencida mientras camina hacia su cuarto para bañarse. Escucho cómo azota la puerta echando el cerrojo para que papá no entre. Yo hago lo mismo, me encierro en el otro baño en silencio. En el fondo se escuchan los

noticieros que hablan de las Olimpiadas. No entiendo lo que dicen. Tal vez no importa.

IX

Salgo de mi habitación a las siete de la mañana, lista para irnos. Llevo la camiseta de Snoopy y los pantalones de campana que me regaló Lucero. Llego a la cocina, mamá y papá paran de discutir. Desde que volvimos de Tlatelolco no hay alegría en casa. Mamá trae un vestido negro y se ha pintado los labios de rojo. La miro y pienso que ha decidido hacer honor a algún símbolo de su mejor amiga.

Papá me observa. Me habla por primera vez desde que le dije que no tenía derecho a cuestionar mis decisiones mientras no se enfrentara a los militares de su familia que asesinan.

—¿A dónde crees que vas?

—Al velorio, a llevar las cenizas de Lucero a Oaxaca.

Papá mira a mi madre, ignorándome.

—Si la llevas no te lo perdonaré. Es una niña, las dos han enloquecido. Las niñas no tienen nada que hacer cerca de los muertos.

—No te estoy pidiendo ni perdón ni permiso —responde mamá en un tono casi cortés que mantiene la discusión extrañamente respetuosa.

—Esto del feminismo las ha vuelto locas —dice ahora con un tono de frustración.

—No, te equivocas. Lo que es enloquecedor es esta violencia insostenible, son tus amigos que la justifican y tú que no te atreves a que te vean de nuestro lado reclamando justicia y libertad.

—Ah, ahora no eres libre. Si has hecho siempre lo que has querido.

—No, lo que he podido, no seas idiota, Fernando. Las mujeres hacemos lo que podemos, elegimos desde una restricción que ustedes desconocen.

—¿Nosotros? Pero si los hombres no inventamos las reglas.

—Nunca escogemos desde la libertad, sino desde las opciones que los hombres pusieron sobre la mesa de juego desde hace siglos —mamá habla con una calma asombrosa sin quitarle los ojos de sus pupilas—, los que no están con nosotras, están con ellos en su silencio cómplice.

—No quiero volver a discutir, por favor, Clara —ahora papá es quien baja el tono, parece asustado—. Sé que hay muchas cosas injustas para las mujeres, pero este no es el camino. Yo siempre he sido tu aliado, lo sabes.

—Pues no discutas más, querido aliado, ¿vienes al velorio?

—Si llevas a la niña no voy.

—La niña se llama Julieta —digo rabiosa con voz temblorosa y suplicante—, estoy aquí, mírame, papá. A las rebeldes las quieren muertas. Lucero está muerta, era también tu amiga. Si no vienes por ella, ven por nosotras, con nosotras, ¿o te da miedo que te vean con las revoltosas?

Papá me mira con los ojos rasados de lágrimas. Se contiene y habla con una calma que intenta convencerme.

—Mijita, una niña no tiene nada que hacer junto a los muertos, ¿qué no ves que ya tendrás mucho tiempo para ser adulta?

—¿Qué tiene que ver la edad con la muerte, papá? ¿Acaso no has visto a cuántas niñas matan en el mundo solo porque existen? A las niñas que piden limosna cargando un bebé que les hizo un señor que ellas no quieren, tú mismo me lo explicaste. La muerte nos persigue a las mujeres, papá, y ahora atrapó a la tía Lucero. Ven con nosotras, por favor, anda, pa…

—No. No a todas las mujeres las matan, es complicado, Julieta, la pobreza y… —se interrumpe a sí mismo—. Esto no está bien, eres solo una niña.

—Una niña que ha visto la muerte, papá —ahora lo miro con rabia y desprecio.

Se queda paralizado con su traje negro, camisa blanca, corbata negra y zapatos bien lustrados. Su papá lo educó muy bien para caminar siempre con zapatos impecables. Lo veo más delgado, con el cuerpo triste. Quiero correr a abrazarlo, pero algo dentro de mí me dice que es él quien debe venir a abrazarme, a protegerme. Esta

niña que soy lo mira esperando que corra hacia mí. Se queda de pie. Salimos, subimos al coche, mamá espera unos segundos creyendo que bajará. Nos vamos las dos juntas, se queda solo.

Llegamos al Panteón Francés, pasamos por puestos llenos de flores de colores. Mamá me pregunta si quiero comprar unas, digo que sí. Se para en doble fila, me da veinte pesos. Me acerco a una marchanta de trenzas grises, extendiendo el billete le pido lo que me alcance de claveles rojos. Me dice que es mucho dinero y pregunta si voy al panteón. Le digo que al crematorio. Me pide que le diga quién se murió, si mi abuelito o mi abuelita. Le digo que un soldado mató a mi tía el 2 de octubre, que era la mejor amiga de mi mamá.

—Pinches soldados —dice mientras me regala un ramo de cempasúchil—. También tírale este a tu tía, cuando su alma sienta el perfume le va a quitar el dolor de la muerte, y luego va a regresar a la vuelta del sol pa cuidarte, niña.

—¿El alma de mi tía puede cuidarme de los militares?

—Nadie puede cuidarte de los soldados —me da unas monedas, vuelvo al coche con una certeza nueva que no quiero compartir.

Mamá y yo caminamos hacia el patio del crematorio. Me quedo mirando una torre alta y delgada de la que sale un poco de humo y vapor con un leve olor metálico y un tufillo de huevo podrido. Mamá me dice que esa chimenea se llama chacuaco, me pone la mano en el hombro y me da un beso en la cabeza. Caminamos abrazadas en silencio. Al entrar en una sala con sillones negros mis abuelitos están hablando con las amigas de mamá. Muchas de ellas llevan allí toda la noche. Yo veo a mi abuelo y corro a abrazarlo, me arropa sin decir nada, luego nos miramos, me da dos besos.

—La guerra es muy dura, mi amor.

—¿Esto es una guerra?

—Una forma de guerra sucia. Dice tu mamá que viste todo.

—Ella estaba en el suelo y no quiso hacerse la muerta como habíamos dicho. Bueno, ella fue la que me dijo que siempre debemos fingir que estamos muertas y quedarnos quietas para que no nos ataquen.

—¿Y tú qué piensas de eso?

—Que no sé. A lo mejor yo también hubiera hecho lo mismo que Lucero, gritar y defenderme. Tal vez no es buena idea quedarse inmóvil.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque si te quedas inmóvil una vez, a lo mejor te acostumbras a nunca defenderte.

—Puede que tengas razón. Ahora sabes que defenderse puede llevar a esto… —mi abuelo mira con melancolía hacia un crucifijo al lado de la puerta del crematorio.

—Abuelito, ¿tú crees que los muertos sienten cuando los queman?

—Los muertos no sienten nada. Nos duele a ti y a mí porque los vivos tenemos miedo de que algo de nosotros se queme con la persona amada. Pero ella no siente nada, tú sientes ahora un vacío que vas a ir llenando de recuerdos.

—¿Y mientras qué hago con el vacío? —digo poniendo mis manos en el estómago.

—Sentirlo, mi amor. Solo toca sentir y seguir viviendo.

Mi abuelita se acerca, me abraza. Me dice que es bueno que haya venido, que es difícil y ellos están aquí para abrazarme. Los dos me rodean en un apapacho, me pierdo en sus brazos intentando llorar. No salen las lágrimas.

—Abuelita, ¿se te murió alguna amiga en la guerra en España?

—No, mi niña, no solo se murieron, las ejecutaron los soldados franquistas.

Hay diferentes formas de nombrar la muerte y yo no lo sabía. Mamá se acerca ya con una caja, dice que es la urna de las cenizas. La hija de una periodista rubia de ojos claros se queja, le pregunta a su madre por qué llegaron tan temprano si tantas horas después salieron las cenizas. Porque había que esperar a que se enfriaran para entregárnoslas, le responde con ternura. Nunca había visto a esa chica, parece que tiene mi edad. A la periodista sí que la he visto en las marchas. Nos miramos, ella tiene cara de hartazgo, yo no quiero hablar. Esta chava no conocía a Lucero, tampoco la quería, por eso no entiende que hay que esperar a que las cenizas puedan

llegar a nuestras manos. Afuera hay muchas mujeres, están todas las del comité y Alma, de las Temerarias Subversivas.

—Oriana Fallaci no viene, cayó herida igual que las hermanas Flores y las líderes de Ingeniería —dice Magdalena de la Isla.

Algunas se despiden en el patio del panteón, la mañana es gris, abrazos y palabras se confunden entre todas. Hay pocos hombres. Deciden quiénes pueden ir a Oaxaca. Yo miro hacia la chimenea, veo salir el vapor de lo que antes fueron personas, llevo en las manos apretadas los claveles y el cempasúchil.

Son las once de la mañana, vamos en caravana, mamá, mis abuelitos, mi tío Bernardo y yo, en el viejo Volvo de mi abuelo. Adelante, en un Impala verde medio abollado nos guía Mardonio, el hermano chico de Yaretzi que quiere ser abogado, aunque su tío quiere que sea campesino y sus amigos que se haga guerrillero. Ella nos está esperando en su pueblo de Santa María en Oaxaca, preparando todo para la ceremonia. Son las ocho de la noche cuando llegamos. Todo está bonito, no se siente triste como el panteón. Yaretzi sale con sus naguas de colores. Pusieron unas mesas largas con cempasúchil y muchas ollas de barro con comida, tamales, arroz y mole. La abuelita de Yaretzi, que tiene como cien años, se llama doña Sabina y sale a saludar. Lleva en la mano un incensario de barro con copal. Yo la abrazo y me empieza a mover el pelo con las manos mientras me separa de ella, me pasa el humo del copal por el cuerpo, me pide que cierre los ojos. Al terminar me abraza.

—A sacar el miedo, niña, que solo quede la pena.

—¿Y qué hago con la pena, doña Sabina?

—Acurrucarla en tus manos, dile que la sientes adentro, que ya cuando se canse de estar aquí, se vaya a otras manos.

—¿Usted cree que nacemos con miedo?

—No, se nace sin palabras. Luego nos las enseñan para nombrar todo aquello que desconocemos. Una tiene que ir inventando sus propios sentimientos para que el coyote de la cobardía no se coma el corazón que casi siempre nace iluminado.

—¿A poco hay corazones que nacen oscuros?

—Son poquitos, pero la oscuridad no pide mucho trabajo a quien la lleva, así que no la sufren como quien acarrea luz y trabaja para mantenerla encendida.

—¿Y yo cómo la enciendo? Cuando vi al soldado matando a Lucero, sentí ganas de salir a matarlo con mis manos, pero no pude porque tengo catorce años y no tengo pistola.

—No es lo mismo pensar en matar que matar de veras. Tu luz la enciendes con el fueguito. Ahora ya sabes que lo tienes, ya viste lo peor y lo mejor de los seres. Ya puedes escoger tu camino. Que no sean las pistolas, porque la bala tiene dos caras siempre, una que mata y la otra que mira.

—Las armas me dan miedo.

—Así debe ser, lo que mata no es bueno. Lo único bueno que puede matar es la vida bien vivida en la vejez.

Mamá interrumpe, se para frente a la abuela Sabina con los brazos extendidos. Ella le pasa el humo del copal por todo el cuerpo. Yaretzi enciende palos santos y les entrega unos a mis abuelos, ellos pasan entre todas las personas invitadas haciendo la limpia de almas.

Mardonio saca una charola con cervezas y mezcales, en la mesa ha dejado una pulquera de cristal para que quien quiera se sirva. La luna llena tiene un halo ámbar inmenso, desde la montaña se ve enorme. La luz estelar cae como un manto resplandeciente sobre las copas de los árboles, hace frío. Prenden otra fogata cerca de donde nos sentamos, en banquitos, sillas y tablones que improvisan sobre piedras. Llega cada vez más gente, casi ninguno de los amigos o de los amantes de Lucero viene. No digo nada.

Yaretzi, su madre Dayami y doña Sabina sacan una mesita decorada a mano, comienzan a hacer un altarcito. Primero con sus ancestras, luego con sus otras muertas, ponen la urna de Lucero adornada de flores. Me dan una cruz de madera pequeña toda pintada de rosa mexicano, me dicen que allá en aquel banco están las pinturas y pinceles. Van pasando cruces rosas a todas las que quieran hacer una ofrenda a Lucero. Yo pinto la mía con diminutas flores de colores y escribo el nombre de Lucero en amarillo. Me pongo de pie para pedir otra.

—¿Para qué quieres otra? —me dice Yaretzi.

—Para hacerle una cruz a Stephanie, a la Texas —digo buscando con la mirada a mamá.

—Ah, pero si la gringa no está muerta. Solo quedó madreada. Se la llevaron para Gringolandia —responde Yaretzi en un tono de desprecio.

Me regreso en silencio a ver la cruz de Lucero y le pinto una flor más, en silencio deseo que Stephanie esté bien.

Comimos tanto que nadie quiere moverse. Estamos alrededor de las fogatas, los hombres nos traen café de olla, ofrecen pan, pero ya nadie come. Mi abuelo sigue bebiendo mezcal. Mamá, Yaretzi, Magdalena de la Isla y Elena están abrazadas, brindan con mezcal y se cubren del frío con unas mantas de lana hechas en el telar del pueblo. Llega un camión de redilas lleno de gente, nos asustamos un poco, el miedo pasa cuando vemos que bajan las de Veracruz y Guerrero.

—Ya llegaron sus negras consentidas —grita Luzmita bajándose del camión.

Voy corriendo a abrazarla. Alguien había dicho que estaba muerta, o presa, o desaparecida.

—¿Qué pasa, mi Juli? —dice con cariño.

—Que me dijeron que te habían matado o llevado.

—Pues fíjate que me salvé por un pelo de negra. O por estos pelos —se toca la melena afro y va deprisa para abrazar a doña Sabina.

—Estás bien pacheca, mija —le dice doña Sabina riendo—, ándale, cómete un plato de frijoles y quesadillas con hoja santa para que se te baje.

—Si lo que quiero es que se suba, abuelita, que me duele todo un chingo —se levanta el poncho de lana y su espalda, el costado y el vientre están llenos de moretones que parecen bolas de sangre ennegrecida, enormes.

Doña Sabina se la lleva de la mano a la casa para hacerle una cataplasma. Miro a mi alrededor, Magdalena de la Isla trae un brazo enyesado, dos mujeres de Veracruz vienen con muletas, Olinka tiene la mitad de la cara morada y un ojo medio cerrado, lleva un

cabestrillo que le carga el brazo lastimado. Las dos gemelas que se hacen llamar Las Guerreras de Acapulco vienen una con muletas y la otra con el brazo y la mano enyesada, dice que perdió dos dedos de la mano porque un *guante blanco* se los pisó con tanta fuerza cuando pasó sobre ella creyéndola muerta que cuando llegó al hospital al otro día ya no se los pudieron salvar.

Mi tío Bernardo, con un golpe y puntos de sutura en la frente, saca la guitarra, Mardonio trae una quinta huapanguera, sus amigos sacan los bongós y la flauta transversal de la cajuela de una combi maltrecha. Comienzan a cantar las canciones favoritas de mi tía Lucero. Llega un coche más, baja un hombre solitario, lleva una boina de lana gris, viste un suéter de tortuga negro bajo un traje de lana oscuro, lleva un ramo de alcatraces entre las manos. Apenas lo reconozco, es el panadero que nos salvó la vida. Mamá se levanta para abrazarlo, él se queja un poco, mamá le pregunta qué pasa. Responde que costillas rotas, gajes del oficio, le dice. Ella entiende que fueron los soldados después de que nos fuimos. El panadero me mira lanzando un beso con la mano, yo hago como que agarro el beso en el aire, le sonrío. Me da miedo abrazarlo, no quiero lastimarlo. Le dice a mi abuelo que en la cajuela trae un canasto grande de pan recién hecho, mi abuelo y Magda van por él. El olor del pan tibio me recuerda la lista de las orejas, los besos y los bolillos, miro para otro lado. No quiero recordar.

Tomo la cobija, me voy caminando junto al árbol de naranjo donde está el anafre encendido en que hicieron las tortillas. Quiero estar sola, oigo la música y pienso en Juan. No sé por qué no quise que viniera conmigo, entiendo que se puso triste, lo extraño e igual no quiero que esté aquí. Solo sé que necesito hacer esto con mi familia, con las mujeres que salieron a la calle y me llevaron con ellas. Lo quiero, pero no todo el tiempo, hay momentos en que quiero más a mis amigas y otros en que me quiero más a mí sola.

Miro las ascuas del carbón ardiendo, pongo más madera, primero el fuego parece apagarse y de pronto es fulgurante. Pienso en papá, quisiera que estuviera aquí con nosotras pintando una cruz rosa honrando la vida de su amiga, acompañando a su hija. No está. Siento la cara mojada, estoy llorando, salen y salen lágrimas sin

sollozos como si tuviese la cabeza inundada de un mar que me desborda. No lloro por Lucero, lloro porque mi padre no está, porque sé que eso significa algo importante, algo que no puedo adivinar todavía. Me da una vergüenza inconfesable llorar por mí y no por ella.

Veo algo en el fuego… no es justo que papá solo nos quiera a mamá y a mí cuando hablamos de libertad y bailamos por la lucha en casa, que se aleje cuando combatimos en público. Será porque nació libre, no le costó trabajo ir a la universidad, ni le da miedo caminar solito de noche por la colonia, ni tiene que pedir permiso para tener hijos o para no tenerlos y nadie lo manosea en el tranvía. Es hijo de militares de Oaxaca, Puebla y Durango que son hombres entre los hombres y aunque sus abuelas eran indígenas todos son racistas. Mi papá es un *hombre de verdad* que niega de sus orígenes solo lo que le hace sentirse menos valioso y menos blanco.

Mi tía Lucero decía que la hombría es una pirámide, fue amante de Gerardo, un guerrillero de Nicaragua, decía que para que unos hombres sean poderosos otros tienen que sostener la base de la pirámide, que las mujeres les llevamos agua, alimentos y amor a los de la base, que algunas van escalando en la pirámide, pero solo para atender, para servir, para negociar su estancia en las alturas. Nosotras somos las marginales, me decía Lucero todo el tiempo, hay que salir de los márgenes, pero no para escalar su pirámide, sino para construir una muralla que rodee a la tierra, en la que nadie esté en la cúspide, porque allá arriba, decía mi tía, en la cumbre se toca la oscuridad del ego. Allá no vamos nosotras. Nosotras a pie de tierra, a hacer raíces sin aplastar a nadie, ni a ellos ni a nosotras, ni a los animales ni a las cosas, a nadie. Eso decía mi tía Lucero.

Lloro porque creo que papá nunca va a quererme libre. Que nunca será capaz de venir a vivir a nuestro lado de la trinchera, aunque mienta por amor y diga que sí, siempre será un eterno convidado. Cuando regresen las balas y las patadas de los soldados, su cuerpo estará en lugar seguro, aunque su corazón nos sienta cerca. Me da rabia sentirme abandonada por mi padre.

Mardonio llega junto a mí con una cerveza en la mano, veo su piel morena, sus dientes increíblemente blancos iluminan su rostro

con una sonrisa de miel. Él es indígena, él sabe lo que es la opresión, tal vez por eso papá no está aquí, no quiere saber que sí se puede estar en este lugar que Dayami llama el monte en que arden las ascuas de lo posible.

Le cuento a Mardonio lo que me ha sucedido. Me dice que aún soy muy niña para entenderlo. Que sí, que él sabe lo que es ser tratado como indio, como esclavo, como indigno de estudiar, como menos hombre que los otros hombres de piel más clara. Pero insiste en que es hombre y entonces, dice mirándome a los ojos sin sonreír, no es lo mismo ser hombre que ser mujer en la revuelta. Ella, dice señalando con la mirada a Yaretzi, sí sabe lo que son todas las opresiones juntas, y mírala nomás, bailando. Esa es mi hermana, la que me educó en este trabajo de paz encabronada.

—Pero tú eres diferente, como mi tío Bernardo.

—No como tú crees. Si un hombre te dice que siente lo que tú sientes, miente. Recuerda esto. Puede reconocer tu dolor o tu miedo, pero nunca va a sentirlos igual.

—¿Por qué? Juan me dice que sí, yo le creo.

—Está bueno que le creas. Cuando te enamoras crees lo que quieres creer para estar en ese abrazo calientito tanto como puedas. Tú vives en cuerpo de mujer.

—Ya lo sé, Mardonio, eso qué tiene que ver. Si mi cuerpo es solo mío.

—Eso es solo verdad para ti y para ellas —dice señalando a las mujeres alrededor del fuego—. Para los que mandan, tu cuerpo es para el hombre que ames, para el padre de tus hijos, pa cuidar a quienes los hombres no cuidamos porque estamos ocupados en otras cosas del mundo. No te engañes, que no tienes madera de hembra dulce.

—Pero tú sí cuidas a tus familiares, a tu abuela, a tu comunidad, ¿por qué me dices esto? —comenzaba a frustrarme. Prefería estar sola con mis ideas.

—Porque debes saberlo, Julieta. En la revolución solo la esperanza debe encontrar lugar, la ilusión te engaña, como engañan el pulque y la mota.

—La esperanza para mí es esperar que las cosas cambien y decidir qué hago para que suceda eso, eso me enseñó mi abuela.

—Pues eso.

—La ilusión no sé lo que es, ¿se parece a la inocencia? Cuando estaba tirada en el suelo de la panadería, viendo morir a Lucero, sentí que algo como un cristal se rompía dentro de mí y se convertía en arena en la que me hundía. La ilusión tal vez es el espejo en que me veía antes de esa tarde de Tlatelolco.

—A lo mejor tuviste una visión, como dice la abuela Sabina, tal vez eres una niña de otras vidas, que sabe cosas que no entiende todavía.

—Entonces lo importante es llevar saberes por dentro, aunque la cabeza no los entienda, ¿o no? A lo mejor eso me ayuda a luchar mejor sin morirme, acompañada de Juan y que mi papá vuelva a quererme.

—Estamos en esta batalla para que ustedes tengan los mismos derechos que nosotros. La diferencia es que, si los hombres nos cansamos, regresaremos a nuestro lugar y estaremos cómodos trabajando, en las calles, las universidades y las cantinas. Si ustedes se rinden, las van a regresar a todas a donde no hay derechos para ninguna.

—Entonces sí se rompió el espejo de la ilusión. Pues no me gusta nada —digo con una rabia ligeramente contenida mirando el fuego crepitar en el brasero.

—Pues no. Está de la chingada esto.

—Nunca seremos felices, Mardonio —aviento un trozo pequeñito de madera en el fuego.

—A lo mejor por ratos, quién sabe cómo se va a descomponer este país.

—Nadie sabe nada, ustedes los adultos se lo inventan mientras sucede.

—Tienes razón. Yo apenas me convertí en adulto y ya quiero regresar a ser niño.

—¿Tú por qué te metiste en tantos problemas con el movimiento?

—Porque evidencio el racismo, porque en los liderazgos de la UNAM y el Poli no quieren indígenas, ni idiomas que no sean el español. Ignoran que nosotros iniciamos la batalla minera, obrera, sindical y campesina desde antes de que ellos en la capital descubrieran el racismo en las aulas.

—Ah, pues igual que a las feministas. Como si no existieran ni ellas ni sus demandas cien años antes del 68.

—Igualito. Bueno, además les caigo mal porque organicé las brigadas para volantear en náhuatl y hacer los mítines relámpago en idiomas originarios y se empezaron a llenar de gente. A los lidercitos intelectualoides no les gustó reconocer que son racistas. Son marxistas de camiseta. Intelectuales melancólicos de la blanquitud.

—¿Aunque sean un poco morenos?

—Sí, en este país los hombres beige se creen blancos, lo aspiracional es la blanquitud, lo yanqui, todo lo que no sea autóctono.

—Decía mi tía Lucero que los líderes universitarios se creen el centro del mundo, pero que nomás son machos que se miran el ombligo sin entender la diversidad del mundo.

—Así mero —Mardonio bebe su cerveza mirando al fuego, guarda silencio.

—Mardonio, ¿crees que nos van a matar a todas y nos van a echar a fosas comunes?

—Espero que no.

Nos ponemos de pie como almas vencidas, vamos cubiertos con la misma manta hacia donde cantan, él me abraza. Ahora las mujeres han comenzado a brindar por Lucero, la poeta recita un verso que le ha escrito. Magdalena de la Isla lee un mensaje de Alaíde Foppa y de las enfermeras que están cuidando a las heridas graves en la ciudad. Guadalupe Amor mandó un poema escrito en una servilleta, lo leen las escritoras de Zacatecas que la idolatran. Lloran, brindan, celebran. Mi abuelo dice algo hermoso y recita un poema de García Lorca. Yo tomo agua de jamaica y pienso en qué suerte he tenido de vivir en 1968 y no hace veinte años que debió ser peor. Oigo la voz de la líder de la Federación Democrática de Mujeres. Se levanta, parece una diosa zapoteca, escupe un

expansivo trago de aguardiente en el fuego que ilumina como si las estrellas hubiesen caído sobre la hoguera, todas la miramos.

—Este crepitar del fuego es la compañera Lucero, el ardor y las venturas, fue una valiente, una desatada, la amiga asilvestrada que guiaba como pocas. Siempre dijo que su muerte sería un daño colateral de la utopía. Lucero: eras la risa fulgurante, el liderazgo lúcido, el alcoholismo insoportable, mi hermana del alma. Que la muerte te lleve a donde ninguna sufra.

Arroja un poco más de aguardiente desde su vasito de vidrio. El fuego sube, la ceremonia ahora en verdad ha comenzado. Doña Sabina se acerca, lanza un atado de romero, salvia y otras ramas que no reconozco. Las llamas ascienden danzando, no puedo dejar de mirar la pira mientras sostengo mi vaso de jamaica entre las manos. La chamana levanta los brazos, las lumbres crecen como si obedecieran a la anciana. Habla primero en náhuatl, la piel se me eriza, no entiendo y algo dentro de mí comprende lo que dice.

—Lucero, que nunca quisiste beber del pozo de tu claridad, que tu misterio te daba miedo. Lucero, que tu nombre necesitaba oscuridad para existir, para ser estrella. Por esos días que no querías despertar, por esos infiernos que atravesaste con el poder superior. El cosmos te ha traído el claror con la muerte. Bendita niña entre todas las mujeres benditas de esta tierra. Bendita tú, benditas nosotras destinadas a proteger la tierra de sus males, la tierra de las cruces rosas.

Sabina termina de hablar y Yaretzi se arropa con ella, su madre Dayami se une al abrazo de tres generaciones de luchadoras. Alguien rasga una guitarra sin cantar, Mardonio toca el tambor, suavecito, como quien sabe que solo debe acompañar. Yaretzi toma un trago de mezcal y latigueando su cabeza lo resopla sobre el fuego como si fuera una mujer dragón. Diminutos destellos de esas llamas caen sobre todas nosotras.

Dayami habla con voz muy baja:

—El día que mi hija Yaretzi trajo a Lucero aquí a la montaña, le hice juicio a esa blanquita chihuahuense de boca roja y ojos exóticos, le dije que esa mujer llevaba la locura en su cabeza. Lucero me miró y dijo que sí, que estaba loca de un dolor que yo no

conocía. Así mi corazón le dio permiso de entrar en esta casa y fue cierto, poco a poco me fue contando toda la muerte que la persiguió desde niña. No era mi hija y se volvió mi hija, porque maternamos a quienes necesitan amor cuando la vida les abandonó injustamente. Lucero vino con su orfandad a cuestas, aquí ya nunca más lloró abandono —Dayami guarda silencio, se escucha la savia de la madera expulsando la humedad entre las llamas. Ella respira y vuelve a hablar—. Mañana, al amanecer vamos a sembrar sus cenizas en el guayacán que florecerá en enero. Que diga esta noche quién vendrá a la primera salida de la flor amarilla para prender el fueguito eterno de Lucero.

Todas levantan la mano. Yo comienzo a contar y mientras sumo personas el abandono de mi tía se hace minúsculo.

Descubro que mamá llora desconsolada en los brazos de mi abuela que la mira como si fuese su niña pequeña. Quisiera acercarme, estoy paralizada, incapaz de moverme hacia ellas. La abuela, invadida por la tristeza, mira al fuego, fue casi la madre adoptiva de Lucero, le conocía sus penas, sus debilidades y sus sueños. La abuela no brindó en voz alta porque ella había pasado tantos años espantando las pesadillas de Lucero que decidió no arrojar más alcohol sobre su muerte. Elena, la escritora de ojos claros, tiene la cabeza gacha, lagrimea con suavidad como las damas, cubriéndose la cara, limpiando los ojos por el rabillo, se ve cansada, todas lo están. Su hija la abraza, no entiende nada y sin embargo la consuela porque sabe que su madre sufre, y de alguna forma se ve que la quiere a la distancia, como quieren las niñas ricas a sus madres, un poco desde lejos.

Cuando me toque brindar diré que yo, como Lucero, nunca voy a someterme al silencio, porque ella me ha enseñado que es mejor la muerte que la sumisión. Seguramente mamá me dirá que no, que a veces es mejor callar para seguir adelante. La ignoraré. Nos levantaremos en cuanto salga el sol a sembrar las cenizas.

Recuerdo los claveles que dejé en el coche, debo ponerlos en la tierra con el cempasúchil que me dio la marchanta del cementerio. Dormiremos apretujadas entre muchas mantas de lana, catres, bolsas de dormir y fogatas.

Aquí en la montaña me siento segura, la tierra nos protege de la maldad humana, me repito, mientras intento dormir abrazada a mi madre que ha caído rendida.

Dijo mi abuelita que la ceremonia ha sido muy larga porque en México cuando hacemos velorios, los hacemos por el pasado y el futuro, para recordarnos lo lindo que es vivir y lo fácil que es fallecer.

Algo en mí murió con Lucero, algo se quedó atado a sus ojos que se pusieron grises como canicas de aguamiel, algo se fue con su boca enmudecida, creo que se murió mi candidez. Tal vez Mardonio tenga razón, no debo tener ilusión en esta lucha.

Me duermo.

X

Es domingo 13 de octubre, papá no está. Festejamos mi cumpleaños hoy y no ayer porque se complicó la cosa con el trabajo de mamá. Mis amigas están en el jardín, Gabriela llegó con Camilo. Margarita y su novia se toman de la mano, saben que mi casa es un sitio seguro. Mamá preparó sándwiches con jamón, otros de paté de cerdo barato y una ensalada rusa de papas con zanahorias, chícharos y demasiada mayonesa que aborrezco. Voy a la cocina por unas servilletas cuando entra mi tía Elodia, vestida de domingo en color gris Oxford, la mirada sombría como su ropa. Trae un pastel precioso, todo lo hace con la perfección de una esposa profesional. Le agradezco. Salgo lentamente para quedarme en el quicio de la puerta y escuchar un poco, la tía le dice a mamá que mi tío Genaro ha llevado los documentos a su casa, que los tiene en su despacho, donde escribe cartas y pinta su colección de soldados de plomo. La única forma de ver la lista de Lecumberri es llevándome a su casa a jugar con sus hijos, invitarme a dormir como en otras ocasiones. Así mientras el tío duerme yo podré fotografiar los papeles sin que nadie se dé cuenta.

Salgo al jardín, Juan está tocando la guitarra, mis amigas lo miran asombradas. Nadie puede creer que Julieta, la flaca rara, la poco atractiva y nada femenina, tenga un novio como este. Me siento a escucharlo, mis amigos ríen y cantan, yo me siento en el césped al lado de Juan. Mamá me regaló una maxifalda jipi y una playera ombliguera, me había regalado unos *hot pants* pero no me gustan, tengo las piernas demasiado flacas, me gustaría parecerme a mamá con su cuerpo macizo. No importa, dejo de pensar en eso, oigo las canciones y tomo una conga sin alcohol. Gabriela saca una petaca con vodka, le pone unas gotas a los vasos de todas, yo acerco el mío, se me queda mirando sorprendida. Muevo el vaso con

líquido de frutas artificiales y colorantes tropicales; ella sirve vigilando que ningún adulto nos vea. Entonces hace un show muy a su estilo.

—Feliz cumple, amiga, por siempre y para siempre hermanas, ¡salud!

—Por siempre —respondo fingiendo una sonrisa exagerada. No puedo dejar de pensar en todo lo que hemos vivido desde el 2 de octubre. Juan nos observa con esa mirada que me atraviesa el pecho, flecha invisible que se lleva algo de mí hacia un lugar desconocido. Quiero gritar que lo amo, decir cosas cursis y pintar flores en el cielo. Solo lo miro, bailo por dentro, esperando otra señal inequívoca. ¿Cómo se puede sentir esta contradicción? Vivir entre el miedo, el deseo y la rabia, y desocuparse de la tristeza para sonreír, así como yo ahora que solo pienso en el amor. Deseo que se vayan todas, quedarme con él, besarnos hasta que los labios inventen nuevas palabras.

Llega mamá, abro mis regalos. Juan me ha obsequiado el disco de Pink Floyd *A Saucerful of Secrets*, su tío lo trajo desde Londres. La portada es un misterioso bosque de botellas verdes, planetas y burbujas de cristal. Nunca los he escuchado, descubro que me gustan las sorpresas. Tendré que aprender inglés para entender las canciones. Mamá me pregunta si quiero que lo ponga, digo que no tengo manera, me entrega una caja grande, la abro emocionada, saco un tocadiscos portátil de plástico, lleva unas baterías gordas, es rojo, parece un portafolios. Camilo lo instala, pongo el disco, Juan me dice que quiere que primero escuche la canción "Remember a Day", él es el único que la conoce.

—*Remember a day before today. A day when you were young. Free to play alone with time. Evening never comes* —canta mientras me mira y mueve las manos como si tuviese una guitarra eléctrica. Luego me la traduce al oído.

Mamá se detiene a observarnos desde la puerta del jardín. Me mira, escuchamos juntas la canción más hermosa de la Tierra. Sus ojos están cargados de saudades, mis ojos de alegría. Sus saudades y mi alegría se reconocen con amor.

XI

Por la mañana, encerradas en mi habitación, sentadas sobre mi colcha de unicornios azules, mamá me explica todo lo que ha planeado con la tía Elodia, me pregunta cinco veces si entiendo y si estoy segura de querer hacerlo. Le digo que sí, que quiero y puedo, que necesito hacer algo que me quite el miedo de esta impotencia. Saca de su bolso la cámara de foto Minox que he estado usando en las clases con mi tío Bernardo, me explica que tiene varios rollos de 9.5 milímetros hasta para cincuenta fotos, uno ya colocado y el flash integrado. Hacemos allí mismo una prueba tomando la foto de toda la primera plana del periódico, la veo clara en el visor. Me dice que es la única forma de obtenerlo todo, rápido y nítido porque no saben cuántos papeles haya que copiar. La guardamos en mi morral, ella la oculta con un viejo truco de mujeres. Me dice que está orgullosa de mí y que si cuando yo sea mayor la resiento por haberme pedido esto, ella me dará la razón. No entiendo y prefiero no preguntar.

Miro a mamá conducir el coche con una concentración insólita. Ambas estamos en silencio. Hoy el Volkswagen escarabajo de papá me parece pequeño. Hemos pasado días navegando en el mar del miedo. Todo ha empeorado y para colmo papá lleva dos semanas sin dirigirme la palabra, sin dormir en casa. Eso nunca había sucedido, pero tampoco había visto morir a nadie antes del 2 de octubre.

Supongo que luego de que la muerte te mira a los ojos, o tú la miras a ella, el alma descubre el lenguaje de la oscuridad y ya jamás puedes volver atrás, aunque tengas catorce años y te creas una chica madura. No importa la edad, la muerte provocada por otros humanos en la guerra contra los cuerpos y las ideas arroja al aire una suerte de odio que se convierte en lenguaje, el del odiante y el de la persona condenada al desprecio mortal.

Juan me escribió en una carta que las parejas están preparadas para hacer el amor cuando descubren que existen guiadas por un afecto compartido, que se nutre de lo bueno que hay en cada quien, que eso sucede cuando ambos escuchan la misma canción en su cabeza sin haberlo decidido antes. Solo sucede, escribe él, casi por obra de magia, cuando los corazones se acercan con la disposición de dos personas alineadas a quererse, primero a sí mismas, y luego a la otra desde lo frágil. Juan asegura que esa lealtad amorosa debe ser con tal profundidad que logres amar a la pareja incluso frente al abismo de la incertidumbre. Dice que él solo quiere tener sexo con ternura, con amor de verdad. Yo también creo en el sexo amoroso con ternura, aunque no lo conozca.

Ahora se me ocurre que lo mismo pasa en el odio. Lo he visto en los ojos del militar que pateó el cuerpo de mi tía Lucero, la vulnerabilidad de una persona moribunda y sangrante no le parecía suficiente al soldado odiante de aquella mujer que él consideraba enemiga del país. Él necesitaba entrar en el abismo de la incertidumbre que navega en el desprecio por la existencia de la otra. Qué curioso que el lenguaje del amor y el odio se parezcan tanto.

—Nunca quiero hablar ese idioma —digo en voz alta sin darme cuenta. Mamá sale de su propio silencio.

—¿Cuál?

—El de los que odian. Como los soldados que matan. O el de la rabia, como los perros contagiados que antes de morir muerden a quien los ama.

—Está bien que no quieras aprenderlo. Aunque a veces se odia por costumbre, por obediencia, no por convicción. La rabia es otra cosa.

—¿Y cómo me cuido de no acostumbrarme a desear el mal? Si seguimos así más años, qué tal que mi convicción se vuelve igual a la de ellos…

—Para vivir en este país, todos los días de tu vida debes asegurarte de que es más poderosa la bondad que el miedo, hija. A ti te habita la bondad, desde que naciste lo supe.

—Ay, ma, creo que a veces te inventas cosas sobre mí.

—En ocasiones sentirás rabia, si dejas que te domine, se convertirá en violencia, en odio, en desprecio y luego en costumbre —su voz tiembla mientras habla, como si quisiera convencerse a sí misma de lo que dice.

—Y tú, ¿no sientes rabia por lo que le hicieron a Lucero, a las y a los otros compañeros?

—Sí, a ratos, por no haber reaccionado en esos segundos en que la perdimos de vista —su voz comenzó a quebrarse como se desmorona un cubo de azúcar al caer en el agua hirviente, la miro y pienso que la vida a veces es solo un vaso de agua que rehierve.

—Yo me siento culpable —digo aguantando una tímida lágrima.

—Yo igual. Lucero siempre dijo que iba a morir en la trinchera. Ella lo decidió también. Pero las mujeres muertas no tienen memoria. Nosotras la guardamos por ellas. Es el dolor compartido.

—¿Cómo hacemos para no cargarlo?

—¿Qué?

—El dolor compartido, mamá, eso.

—No hay manera. La pérdida de una vida se instala en el alma de las que quedamos. Se llama recordar, darle cuerda al corazón —mamá habla mientras conduce, mira al frente—. Luego pasa el llanto y atesoras lo que queda de esa vida inexistente. Le das vueltas y vueltas para no olvidar su rostro, su olor, el sonido de su risa.

—Quiero ser inteligente para no llorar como hace papá.

—Papá no evita llorar por ser inteligente. Lo hace porque tiene miedo de romperse.

—¿Estás diciendo que papá es débil?

—Sí.

—Entonces si sentir es de valientes, ¿ahora qué hacemos con tanta valentía, mamá?

—No lo sé.

Pasan unos minutos, voy leyendo los letreros de las calles, las tiendas, los anuncios. De repente interrumpe mi conteo con una respuesta que ha tardado demasiado.

—Respiramos profundo y luego nos vamos al lago de Chapultepec a llorar juntas —mamá habla reacomodándose el pelo y

los lentes de sol que usa para manejar, solo mira al camino como si este le hablara.

Estaciona el coche al lado de la casa de la tía Elodia. Recojo mi morral de mezclilla en el que llevo mi ropa, entonces ella me toma la mano, me la besa como cuando era pequeña y me dice después del beso: "Beso a la manita santa, a la niña a la que nada le espanta". Las dos sonreímos sobre ese recuerdo. Tocamos la puerta, la tía sale. A su lado Rodrigo, mi primo favorito, me da un abrazo.

Mamá y yo nos miramos, sus ojos están llenos de angustia, los míos de indignación, su angustia y mi indignación se anudan con la fuerza de una verdad oculta. Entramos a la casa, ellas se quedan en el zaguán hablando. Apenas alcanzo a escuchar su voz al decir que vendrá mañana por mí.

Son las seis y media de la tarde. Rodrigo está haciendo su tarea, la tía Elodia en la cocina me explica que las enfrijoladas rellenas de pollo con queso fresco espolvoreado son las favoritas de mi tío. Pero le provocan mucho gas, así que cuando hierve los frijoles les pone una moneda de cobre que quita el gas y también epazote, además le da un vaso de agua tibia con limón antes de cenar. Pienso en silencio que lo trata como si fuese su niño, o su padre, es raro, no entiendo. Cómo será eso de ser esposa de un hombre que es a la vez tu hijo y tu padre, pero nunca tu igual. La gente mayor es un misterio.

La observo mientras habla. Lleva un vestido color palo de rosa impecable y su delantal de popelina a cuadros rojo y blanco. Nunca he visto que se le mueva un rizo. De pronto se me ocurre que detrás de esa ama de casa perfecta hay una militar, estratégica y calculadora que me quiere, tal vez es una de esas mujeres de la pirámide, de las que escalan para mantenerse con los hombres de arriba, las que se convierten en actrices de una historia que no les pertenece. La tía Elodia mantenía una rara amistad con mi tía Lucero, no ha hablado de ella, es como si nada hubiese pasado. De pronto abre un cajón de la cocina, saca una caja con un moño amarillo.

—Por cierto, aquí está tu regalo de cumpleaños, de tus primos y mío.

Lo abro. Es un Timex Ladies Electric. Nunca he tenido un reloj, me lo pongo, mi tía me ayuda, me muestra que ya está a la hora exacta. Me encanta el regalo, la abrazo. Ella, como siempre, está tensa, pone su mano en mi cabeza y me dice que me lo merezco, que soy una niña inteligente y valiente como ella era a mi edad. Rápidamente volvemos a la tarea. Habla susurrando como si temiera que nos escuchase alguien.

—Ya sabes, Julieta, a veces las enfrijoladas dan indigestión. A las siete y media en punto nos sentamos a cenar. Tu tío es muy estricto con los horarios. A las nueve se va a leer a la sala, fuma un cigarro, se toma un jerez mientras ve el noticiero y después a la cama. Ya veremos en qué momento es propicio para que hagas eso, tal vez ya que se suba a dormir.

—Sí, ya me dijiste que son muy estrictos con los horarios —respondo nerviosa mirando hacia el reloj cucú del comedor y ahora a mi reloj nuevo. Están a la misma hora. Me sudan las manos, miro a mi alrededor y las seco restregándolas discretamente contra mi pantalón.

—Te sientas junto a Rodrigo. No vayas a hablar de feminismo y esas cosas, por favor. Cuéntale a tu tío lo bien que vas en matemáticas, que sacaste un diez en historia de México.

—Pero si reprobé matemáticas.

—En esta casa eres una niña estudiosa fascinada con la historia de tu país.

—Sí, claro, tía, soy una genia de las matemáticas —no logro hacerla sonreír.

—Te hice la cama aquí abajo en mi cuarto de costura, usa el baño del despacho, ya le avisé a tu tío que no quiero que compartas el baño arriba con los niños porque ya eres una señorita. Tienes sábanas limpias y dos cobijas, ya sé que siempre tienes frío. Te me encierras con llave para dormir, por favor.

—Sí, gracias, tía. Me voy a lavar las manos.

El tío se sienta en la cabecera, mis primos acomodados en sus sillas como estatuas tristes con la espalda recta. Mi tía sonríe levemente. Yo, como siempre que estoy con el tío Genaro, tengo la sensación de que debo prepararme para no temblar por dentro cada

vez que me humilla, nunca lo logro, siempre lo intento, solo él me hace sentir ese miedo a ser destruida; hoy me concentro en que podremos engañarlo y eso es emocionante. Comienza a servir, primero a su marido, después a mí y a mis primos. Hay demasiadas enfrijoladas en mi plato. No me atrevo a decirlo. Rodrigo, a mi lado, me da una leve patada bajo la mesa, bajamos la mirada para vernos en complicidad escondiendo una sonrisa.

—Ustedes, chamacos, ¿de qué se ríen? —pregunta el tío Genaro con su voz ronca. Intenta ser amable, pero no le sale bien. Yo estoy nerviosa, respondo como si no lo estuviese.

—De nada, tío, que antes de dormir vamos a jugar ajedrez, a ver si esta vez puedo ganarle a Rodri —sonrío imitando la falsa expresión de mi tía.

—No lo creo, las niñas no tienen tanta concentración como los hombres para los juegos de inteligencia —responde el tío dando un bocado gigante.

Parece que el general se ha relajado un poco mientras comienza a comer. Le dice a su mujer que le quedaron deliciosas las enfrijoladas rellenas de pollo, bañadas de queso fresco, que como siempre la cena está deliciosa, que fue muy inteligente en escogerla como esposa. Me mira y, limpiando con la servilleta un rastro de queso del bigote, me pregunta si he aprendido a cocinar.

—Sí, tío, me encanta. Mi abuelita me enseña todos los sábados a hacer un plato diferente. El otro día en el rancho mi abuelito me enseñó a matar y pelar un conejo para comerlo a la mostaza.

—Muy bien, muchachita. Me alegra que tus abuelos sepan educarte en el arte de ser mujer, porque con esa mamá que tienes… —hace una mueca mientras suelta la frase. Mi tía lo interrumpe de inmediato mirándolo como una madre que quiere que su hijo no diga tonterías. Ella inquiere a sus niños sobre su día.

Genarito, Rodrigo y Tomás cuentan que jugaron futbol, que leyeron algún libro o que vieron una película sobre la Segunda Guerra Mundial. Hablan como soldaditos, estoy segura de que mienten. Ahora yo le doy una patada a Rodrigo bajo la mesa, él me la responde suave y sin mirarme. Lo observo, sus ojos están fijos en

los de su padre, mi primo lo mira con temor, mi tío lo mira con sospecha. El temor y la sospecha los alejan más allá de la mesa.

Mi primo Genarito empieza a hablar de una niña que le gusta. Ya tiene diecisiete y odia que le llamen así, pero hay que distinguirlo de su padre, por eso siempre será un diminutivo en casa. El tío le pregunta si la niña es de buena familia, si no está metida en esas tonterías de las revoltosas que andan saliendo a las calles con los estudiantes melenudos. Él responde que no, que su novia es una chica católica de familia poblana respetable; el tío sonríe, orgulloso. Genarito lo mira con desprecio, su padre lo mira con aprobación. El desprecio y la aprobación caen bajo la mesa para quedarse allí agazapados esperando convivir en un futuro rencoroso.

No puedo seguir comiendo, estoy nerviosa, siento un pozo vacío en el estómago aunque está lleno de comida. Pido disculpas para levantarme de la mesa, el tío me dice que aún tengo una enfrijolada, que por eso estoy tan flaca y encima me visto como muchachito, sin venir al caso le dice a mi tía que debería coserme un vestido bonito para ver si algún día pesco novio. Respondo que ya no puedo comer más, que me duele el estómago por una cosa de mujeres. Tomás interrumpe, dice que él se la come, se levanta rápido por mi plato. El tío guarda silencio, está incómodo, yo me voy con la cabeza gacha hacia el baño. Lo hemos logrado, soy una mujercita en apuros, así el tío no sospechará de mí y tal vez deje de criticarme por no ser una chica normal.

Cuando vuelvo están terminando el postre, Rodrigo se levanta mientras les da las buenas noches a sus padres anunciando que jugaremos una partida de ajedrez.

Estamos a punto de terminar el juego; Rodri, como siempre, me va ganando. De pronto, sin quitar los ojos del tablero me pregunta:

—¿De verdad viste cómo mataron a la señora Lucero? —me quedo helada, no sé cómo se ha enterado, me sudan las manos, las restriego en mi pantalón y miro el tablero sin saber qué pieza moveré. Respondo en tímido susurro con una pregunta:

—¿Quién te dijo eso?

—El otro día que mi mamá me llevó con el doctor Hernández por lo de la infección de los oídos los escuché hablando de eso. Dijeron

que el doctor trató de salvarla en su clínica, pero había llegado muerta.

—Pues sí, la vi.

—¿Y te dio miedo? ¿Es verdad que se muere la gente como en las películas?

—No, es peor.

—Me da miedo la sangre, ¿y a ti?

—También —seguimos hablando sin mirarnos, el tablero es el cómplice de nuestros miedos.

—Dice mi papá que ojalá los mataran a todos los de la huelga, que muerto el perro se acaba la rabia.

—¿Y tú qué piensas de eso?

—Que matar es pecado mortal, que si tantos están reclamando y saben que pueden matarlos pues a lo mejor tienen razón. Tu tío Bernardo me cae bien, ojalá nunca lo maten.

—Sí, ojalá.

Me hace jaque mate y nos levantamos. Me pregunta si mañana en la mañana quiero ir al parque a jugar futbol. Acepto. Inesperadamente me agarra la mano, la suya es más pequeña, entrecruza los dedos con los míos mientras salimos de la sala. Mirando nuestras manos juntas me dice que soy su mejor amiga, que todas las noches reza a la Virgen de Guadalupe para que nunca me pase nada. Le sonrío con ternura, me mira con angustia. Su angustia y mi ternura se funden entre las manos de dos adolescentes que saben que allá arriba duerme un asesino al que ambos temen.

Entro al cuarto de costura, mi tía está acomodando las almohadas y poniendo una cobija de lana, no dice nada, tal vez está más nerviosa que yo. Abro mi morral para sacar el cepillo y la pasta de dientes, los llevo en la mano, me detengo junto a ella. Me mira, no puedo percibir lo que siente.

—Tu tío ya se subió a dormir, le di su té de tila y su Valium, porque si no, no duerme nada. Él te dejó la lámpara verde encendida en el estudio por si vas al baño, así que no la apagues. Ándale, lávate la boca.

—Sí, tía —digo mientras voy al baño del despacho que huele a loción Brut y al tabaco de su pipa.

Me estoy lavando los dientes frente a un espejo grandísimo que tiene un marco dorado con garigoleado como de iglesia. Por primera vez en un año me veo la cara de niña, es como si el miedo me hubiese regresado a cuando tenía doce años. Me toco la piel con incredulidad, sí, soy la misma. Abro la botella de loción Brut, aspiro el olor, viene a mi mente la cara de papá. No sé por qué todos los señores usan la misma. Voy camino al cuarto de costura, mi tía ha puesto mi pijama sobre la cama.

—Tía, ¿por qué tienes una cama en este cuarto?

—Porque cuando me quedo cosiendo hasta tarde a tu tío le molesta que haga ruido cuando duerme, así que a veces reposo aquí. Si tengo insomnio me traigo un libro y leo hasta que me dé la gana —al terminar la frase me da mi morral moviendo la cabeza en señal de prepararme.

Lo abro, saco una pequeña caja de cartón que dice Kotex, extraigo una toalla íntima y luego la cámara Minox de mi tío Bernardo. Le quito la tapa, tomo una foto de la cama vacía, el flash y todo funciona. Estamos en silencio.

—Ven acá que te doy la bendición —mueve la mano haciendo la señal de la cruz demasiadas veces, murmura alguna oración. Al final, con una ternura que jamás he visto en ella, me dice:

—Nuestra madre protectora, la santísima Virgen de Guadalupe, te cubre con su manto sagrado. Nada malo podrá pasarte bajo sus estrellas, ningún peligro caerá sobre nosotras, por ti, niña bendita, por todas las mujeres, amén.

—Amén —digo con la voz entrecortada mientras veo cómo mi tía se quita su pequeña medalla de la Guadalupana y me la pone. Al terminar me acaricia la cara. Tengo los ojos rasados de lágrimas, no sé por qué si soy atea.

—No vayas a llorar, ya es hora —me dice con tono de dureza. Tomo la cámara y los tres rollos nuevos ya fuera de la caja. Me guía hacia el estudio, se va hacia el librero, mueve unos libros y saca una llave. Abre un cajón del enorme escritorio—. Aquí —me dice—.

Regresas la llave adentro de esta caja que parece libro. Repíteme el título:

—*Historia de los tribunales militares*, tomo I —digo en voz baja. Ella asiente mientras deja medio salido el libro contiguo para que no me equivoque. Me mira con seriedad mientras sale del despacho. Es la primera vez que veo un libro falso, tiene la cubierta idéntica a los demás y las primeras páginas, luego es una caja perfecta para esconder secretos.

—Va por tu tía Lucero —dice bajito al cerrar la puerta.

—Va por ella.

Saco una carpeta y tomo fotos de las hojas, una por una. Me aseguro de que en la lente se vea toda la página, de que no esté fuera de foco, aunque mi tío Bernardo me la puso en automático, en las que dudo tomo dos o tres para asegurarme. Estoy concentrada, me siento extrañamente fuerte, el miedo se ha ido. Se terminan los rollos y me falta solo una página. Respiro profundamente, cierro los ojos, veo el reloj, ya es la una de la mañana, tengo que irme a acostar. Decido quedarme con la última hoja, la doblo y la pongo junto a los rollos y la cámara. Cierro el cajón, guardo la llave dentro del tomo I de los *Tribunales militares*, acomodo los libros con precisión para que no se vea que se han movido. Suspiro, camino hacia la habitación cuando escucho el chirrido de la escalera, mi corazón se acelera, en el pánico intento apagar la lámpara verde y no lo consigo, estoy a punto de entrar a la habitación cuando escucho la voz de mi primo Genarito.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con un vaso en la mano mientras yo meto la cámara, los rollos y el papel debajo de mi pijama y me agarro la panza como si me doliera.

—No puedo dormir, tengo cólico y quería un libro.

—Uy, pues todos los libros del jefe son una hueva. Si quieres te presto uno de los míos que está chido —dice entrando en el despacho acercándose a la lámpara que arroja una luz tenue sobre su vaso. Lo miro sin querer, él se da cuenta y sonríe nervioso. De pronto me parece que tiene un aire al cantante Enrique Guzmán.

—Un poco de ron, es que no puedo dormir.

—Ah… buena idea.

—¿Quieres?

—Una probadita nomás —me acerca el vaso, finjo que le doy un pequeño trago. Lo que toca mis labios sabe horrible, no digo nada.

—Eres una vieja chida, mi novia también es liberada como tú. Le encanta el ron y fuma. Son chingonas, no como mi jefa que se le cuadra a ese cabrón que la trata como a una perra.

—¿No que era católica de Puebla? —pregunto relajada y sonriendo. Él se ríe y se tapa la boca, baja la voz aún más.

—Al pinche viejo hay que mentirle hasta la muerte —asiento sin hablar.

—Ya me voy a dormir. No digas que estaba aquí, porfa.

—Tú tampoco digas, ¿trato hecho?

—Sí. Hasta mañana.

XII

Regreso de la escuela, abro la puerta de la cocina, escucho a papá y mamá discutiendo, me quedo paralizada con el morral de libros colgando del hombro. No quiero moverme, la voz de papá es una mezcla de enojo y súplica.

—No, Clara, estoy harto de que siempre creas que tienes la razón, en un matrimonio hay que ceder en ciertas cosas, no en todas.

—Lo que me pides no es que ceda, es que renuncie a las causas en las que creo y eso no lo haré ni por ti ni por nadie. Ya está bueno que los hombres nos pidan que sacrifiquemos nuestros ideales —el tono de voz de mamá es rabioso, nunca la había escuchado así.

—Y dale con eso de los hombres, yo soy la pareja que te ama, no un hombre cualquiera. No exageres, no te estoy pidiendo que dejes de trabajar con tus pacientes, sino que dejes de ponernos en riesgo a mi hija y a mí.

Yo entro en pánico, pasa por mi mente que de alguna manera papá se enteró de lo que hice en casa de su primo y todo saldrá a la luz. Me quedo escuchando, poco a poco me doy cuenta de que no lo sabe y respiro con alivio.

—Tu hija es una adolescente que tiene claras sus convicciones, tú mismo la has educado para que sea fuerte y congruente. Cuando te conviene es una niña —dice mamá con una ironía violenta. Ahora papá baja la voz, parece que está desesperado.

—He hecho todo lo que me has pedido, mi padre piensa que soy un traidor de la familia por insistir en que liberen a Ana y dejen de perseguir a tu hermano. En la oficina, desde que supieron lo de Lucero, quién sabe cómo, mi jefe ya no quiere que me haga cargo de los nuevos proyectos de la licitación que ganamos con el gobierno. Ni te imaginas cómo me ven, un día de estos me despiden

del despacho y nos quedamos en la calle. Si mi familia nos aleja, la tuya se queda a su suerte.

—Lo siento, Fernando —ahora ella suena preocupada, casi arrepentida—, de verdad que no sabía que la estabas pasando tan mal. Ya no me cuentas nada. Creo que la única forma de arreglar nuestro matrimonio es que vuelvas a dormir aquí, que lo trabajemos juntos, que hablemos de todo.

—Pero…

—Te extraño, y Julieta también te necesita, eres su padre y sabes cuánto le importa sentirse querida por ti.

—Solo si me prometes que por un tiempo no irán a las manifestaciones y no harás reuniones del Círculo, del movimiento de mujeres, en casa.

—Te prometo no llevar a Julieta por un tiempo.

—¿Y tú, Clara? No entiendes que si te matan se me acaba la vida. Ninguna causa vale perderte, ninguna. Las tienen vigiladas y lo peor es que sus compañeros no las van a defender, eso tú lo sabes —me parece que papá está aterrado.

—Te lo prometo —dice mamá con voz suave.

Entro en el comedor como si apenas hubiese llegado. Voy hacia él, lo abrazo, él me atenaza y me da tres besos en la cabeza como un papá que encontró a su hija perdida. Mamá se acerca, me toca la cabeza y busca la boca de papá para besarlo. Estoy feliz, por fin él volverá a casa y todo estará bien. Nos sentamos a comer, entre los dos sirven, papá me pregunta cómo me va en la escuela. Le digo que la maestra Luz de literatura me ha dicho que tengo habilidades para escribir. Hoy estuvimos leyendo y discutiendo a poetas de la Generación del 27, Miguel Hernández y Carmen Conde. A papá le gusta la poesía y sonríe, comienza a recitar impostando la voz como si fuera locutor de la radio:

—Pintada, no vacía: / pintada está mi casa / del color de las grandes / pasiones y desgracias. ¿Y te acuerdas cuál leyeron de Carmen Conde? —pregunta papá animado. Yo recito impostando la voz como una actriz.

—¿Ceniza tú algún día? ¿Ceniza esta locura / que estrenas con la vida recién brotada al mundo? / ¡Tú no te acabas nunca, tú no te

apagas nunca! / Aquí tenéis la lumbre, la que lo coge todo / para quemar el cielo subiéndole la tierra. Ese poema se llama "Primer amor" —digo mirando a papá. Mamá termina un bocado de pescado a la veracruzana y me dice con una sonrisa pícara:

—Lo habrás escogido por Juan, es precioso, no lo conocía.

—Es del poemario *Ansia de la gracia* —le dice papá, orgulloso de saber algo que ella desconoce.

Mamá preparó pastel de elote con leche condensada que es mi favorito, ellos van a tomar café, yo anuncio que me voy a hacer la tarea. Escucho a papá diciéndole que mejor vayan a echar la siesta, que es su manera de decirle que van a hacer el amor. Enciendo mi tocadiscos y pongo uno de Violeta Parra que me regaló Juan, subo el volumen. Paso la tarde haciendo la tarea, escuchando música. Ya quiero que sea de noche para el viaje de mañana.

Por fin llega Juan, toca el claxon de la combi y salgo corriendo, el sol de la mañana ilumina mi cara, unas florecillas violetas de jacaranda caen sobre mi cabeza, él me espera con la puerta abierta, sonríe como si yo fuese el motivo de su alegría y escucho un coro de bromas. Atrás, Gabriela, Camilo, Margarita y Gloria se están burlando de que es un caballero, él las ignora. Admiro su capacidad de no preocuparse por lo que otros piensen, quisiera aprender a hacerlo yo también. Me da un largo beso antes de subir, su boca sabe a chicle de uva.

—¿Listas para Tepoztlán? —Juan arranca la combi mientras todas a coro respondemos que lo estamos.

Salimos por la carretera hacia Cuernavaca, Camilo y Gabriela han comenzado a animarse, él trae un bongó, dicen que llevan días ensayando una nueva canción de Caetano Veloso. Los dos tienen voces espectaculares, cantan como si fuesen un dueto nacido del amor.

Ellos nos están esperando / Los automóviles ardían en llamas / Derribar los estantes / las estanterías, las estatuas / Los vidrios, vajillas, libros, sí… / Y yo digo sí / Y yo digo no al no / Y yo digo queda prohibido prohibir / yo digo que está prohibido prohibir.

—Y yo digo queda prohibido prohibir —cantamos en coro mientras la combi se abre paso por las curvas de Morelos entre

muros de buganvilias y palmeras grandes y pequeñas. Las montañas luminosas, los árboles enormes, la velocidad hacen parecer que un colorido estallido de la naturaleza nos abre paso hacia una vida nueva. Estoy emocionada, tengo un nudo en el pecho, Juan canta y me pone la mano en la rodilla, lo miro en silencio, a través de mis ojos nublados de emoción veo por el retrovisor a mis amigas cantando a todo pulmón, secretamente odio ser tan cursi. Tal vez también ellas tengan anudadas todas las emociones entre el pecho y la lengua.

—¡Paremos por unas quesadillas! —dice Juan sin preguntar mientras baja la velocidad para detenerse junto a su puesto favorito en Tres Marías. Estamos felices. La señora de las quesadillas nos saluda sonriendo con unos dientes como mazorcas de maíz.

—Yo quiero dos de queso con flor de calabaza y una de huitlacoche —digo mientras Juan me agarra la cintura atrayéndome hacia él. Hace frío. Me subo el cuello del abrigo blanco y café de lana de Chiconcuac.

—Yo lo mismo que ella, pero con un caldito de barbacoa —dice Gabriela dándome un beso. Casi a coro todas pedimos caldo con limón, cilantro y cebolla. Margarita y Camilo se van adentro por unas cervezas. La señora nos observa mientras tortea una bola de masa de maíz y suelta sin reparo:

—¿No están muy chamacas pa tomar chelas, niñas? —Juan la mira con amabilidad y Gloria, que se ve mayor que nosotras, le dice que tenemos dieciocho, pero no todas estamos desarrolladas. La marchanta sonríe incrédula, hace un chasquido con la boca mientras echa las quesadillas al aceite hirviendo y grita sin mirar a nadie en particular:

—Trabájame seis caldos de barba con todo.

Comemos en una mesa de plástico a la vera de la calle, sin hablar, solo reímos como tontos. Vamos a subir a la combi, me detengo para decirle a Juan que quiero ir al baño, dice que me acompaña, hay muchos señores adentro de las taquerías. Los baños están un poco sucios. Juan me espera en la puerta, cuando salgo me dice que ahora entra él, antes de que cierre me meto y pongo el seguro en la puerta. Se ríe.

—¿Y ahora?

—Pues quiero ver.

—¿Ver cómo meo?

—Ajá.

—Bueno, pues mira —se da la media vuelta y comienza a orinar. Yo me quedo parada mirando a la pared pintarrajeada, de pronto me da pudor ver. Aprovecho que está de espaldas para decirle lo que no puedo callar más.

—Hoy vamos a hacerlo, estoy lista —sigue sin mirarme, tomando su tiempo mientras se sacude y cierra el pantalón. Se enjuaga las manos, no hay jabón ni toallas.

—¿De verdad?

—Sí. Te quiero y ya escuchamos la misma canción juntos.

—¿Cuál es nuestra canción? —pregunta acercándose a mí notablemente nervioso.

—Pues la que estás escribiendo para mí —le doy un beso mientras salimos casi corriendo del baño. No sé por qué la pis de los hombres huele tan fuerte y asqueroso.

—¿No podías escoger un lugar más apestoso para decírmelo? —me pregunta con una ansiedad que no le conocía. Intenta hacer una broma, en el fondo creo que él esperaba ser quien lo dijera, aunque da igual. Ya está dicho.

—Así será inolvidable —le digo mientras subimos a la combi. Gabriela hace un chiste.

—¡Uta! Creímos que ya se habían metido a darse en el baño —suelta una carcajada. Juan pone un casete de Óscar Chávez y arranca camino al Tepozteco.

Atrás discuten a quién le toca armar las tiendas de campaña, Margarita argumenta que ella se encarga de la fogata, Camilo dice casi ceremonioso que no puede hacer ese trabajo, que si algo les pasa a sus manos de virtuoso nunca se lo perdonará. Gabriela promete armarlas siempre y cuando no nos burlemos de ella cuando después se ponga nerviosa haciendo rapel. Ríen, yo no puedo pensar en otra cosa que en la propuesta que acabo de hacerle a Juan. Pongo la mano en su rodilla mientras toma la curva para entrar en el pueblo, me acerco, hago a un lado su melena para

besarle el cuello y me doy cuenta de que respira nerviosamente. Los dos estamos excitados. Ya quiero que sea de noche.

A la mañana siguiente Juan y Margarita preparan el desayuno. Me quedé dormida y llegué la última. Desayunamos casi sin hablar, Juan y yo nos miramos sin evitar esta nueva complicidad. Hace frío, tenemos cobijas de lana sobre las piernas, no nos separamos.

Gabriela dice que vamos a ir por leña para calentar agua y darnos un baño francés, me hace señas y me levanto besando a Juan, me tropiezo al ponerme de pie, casi me caigo sobre la fogata. Gabriela me toma de la mano y nos vamos caminando sin mirar atrás.

—¿Qué pasó? Por fin lo hicieron, ¿verdad?

—…

—¿Cómo te sientes? ¿Te dolió? La primera vez duele, pero ya después no. Ay, ya dime, Julieta, no te hagas la misteriosa.

—Rara, fue todo diferente. Estábamos muy nerviosos.

—Siempre es así al principio.

—Sí, ya lo sé, no es solo eso. Es pensar que un hombre va a entrar en mi cuerpo, ¿sabes? Su cuerpo dentro del mío. Yo tenía muchas ganas y al mismo tiempo pensaba que no estaba preparada.

—Qué chorera eres. ¿Sangraste?

—No. No es rollo, de verdad —digo recordando el instante exacto en que decidí—. Fue muy cariñoso y cuidadoso, me preguntaba todo el tiempo si estaba bien. No sé…

—¿Pasó algo malo?

—No, los dos estamos enamorados. Nos quedamos dormidos y después solo nos la pasamos besándonos con caricias, estuvo bien. Me encanta, tengo ganas de besarlo todo el tiempo.

—¿Y entonces? No entiendo cuál es el problema.

—Es que cuando lo vi desnudo… bueno, pensé que está muy grande e iba a meterse en mi cuerpo, le dije que no estaba preparada, que mejor no lo hiciéramos todo, así que nos hicimos sentir tocándonos, sin penetración. Creo que él estaba aliviado también. Decidimos dormir abrazados. Fue diferente.

—¿Diferente cómo? O sea, ¿no cogieron? —pregunta Gabriela casi decepcionada, deja de caminar de repente. Me agarra las dos

manos y nos miramos a los ojos. Parece que espera que le revele un gran descubrimiento. Me siento avergonzada porque no soy capaz de explicar lo que me pasa. Nuestras pupilas están atadas.

—No, decidimos esperar. Me encanta la excitación y todo lo que siento cuando me toca. Al mismo tiempo pensé que solo yo puedo hacerme feliz, no sé… es muy bonito todo con él. Quiero mi vida para mí, no quiero que un chavo, un hombre, se convierta en mi vida. No sé, es como si la penetración fuera el único propósito y eso me pone nerviosa.

—Entonces no estás enamorada de verdad, amiga, o eres frígida.

—Sí, es que no entiendes. Estoy enamorada, y me encanta masturbarme, pero quiero mi libertad. Quiero decidir por mí, no por los demás. No quiero ser como mis papás que se enamoraron por el sexo y luego no se conocían. Siento que por algo se llama hacer el amor y no hacer el sexo, ¿sabes?

—Me cae que estás pirada. Juan es un chavo increíble y estar sola es de la chingada —ahora parece enojada—, no sabes la suerte que tienes. A mí los dos primeros que me tocaron me lastimaron y ni me vieron a los ojos, con el primero yo lloraba y le dije que parara porque me dolía horrible. Nunca paró, se movía muy rápido como un perro que agarra a una perra en la calle.

—¿Era el de la Prepa 6? ¿El marxista de papás ultracatólicos?

—Sí, un cabrón. Cuando se fue me dijo que no podía contarle a nadie en el grupo.

—Nunca me dijiste nada.

—Porque tú siempre sabes lo que quieres, nunca sé si me vas a juzgar por equivocarme.

—Claro que no, yo siento que tengo la cabeza llena de preguntas y la que sabe vivir eres tú —me acerco a abrazarla, no sé qué decirle. Ella llora un poco y de pronto me aleja de su cuerpo casi rechazándome.

—Ay, siempre haces eso, Julieta.

—¿Hago qué?

—Provocas que nos pongamos a hablar de sentimientos, no todo el tiempo se puede sentir, eso vuelve loca a la gente. Vámonos por

la leña —se echa a andar como si tuviera prisa. Yo la sigo en silencio. Me confunde equivocarme así, me muerdo las uñas.

XIII

Han pasado tres semanas desde que estuvimos a punto, yo creo que hicimos el amor, solo que fue sin penetración, quién sabe. Aún no me atrevo a contarle a mamá. La siento distante y preocupada. Ella y papá están mejor, o al menos eso parece. Ya quiero que sea Navidad, porque parece que van a liberar a la gente presa; tía Elodia dice que Ana volverá a su casa. Bernardo está ilusionado, ya pudo ir a ver a los padres de Ana, por fin lo recibieron, todo se va acomodando. Papá se fue de viaje, lo mandaron a Sinaloa para supervisar la construcción de un edificio que él diseñó, por primera vez en mucho tiempo lo he visto feliz como antes.

Tocan a la puerta y voy a abrirle a Juan, en lugar de él están en la entrada de casa las cuatro mujeres de las Temerarias Subversivas, nadie conoce sus nombres, solo sus números. Por un instante me quedo helada, la Treinta y dos me saluda y se meten deprisa preguntando dónde está mamá. Voy guiándolas hasta su consultorio, ellas hablan entre sí, la Quince le dice a la Treinta y dos que tienen que contarle todo para ver cómo van a salir de esta. Yo sigo caminando, el corazón me late apresuradamente, algo malo ha sucedido y van a involucrar a mamá. Abro la puerta de su consultorio, cuando voy a decirle que han llegado las Temerarias ella se levanta de inmediato del escritorio casi sin mirarme.

—Qué bueno que llegaron. Siéntense, tengo café recién hecho.

—Clara, está cabrón —irrumpe la Treinta y dos mientras mamá le sirve café—, rescatamos a la hija de Juana López, la que desaparecieron en Chihuahua.

—¿La niña está bien? Qué alivio, ¿y saben algo de Juana?

—Se la llevaron los militares. La chavita nos contó cómo le clavaron la bayoneta a su mamá enfrente de ella porque dijo que no

conoce a nadie de la guerrilla —me mira fijamente y se dirige a mi madre—. Es mejor que la Julieta se vaya.

—Mi amor, déjanos a solas, por favor. Estate pendiente de la puerta porque van a venir Yaretzi y la Nacha Rodríguez, haz que pasen y luego te metes a tu cuarto a estudiar.

Yo estoy estupefacta e inmóvil bajo el marco de la puerta. La Treinta y dos, que siempre tiene malos modales, le reclama a mamá en un tono casi despectivo.

—¿Cómo que la Nacha? Esa tipa es una bocona y muy cercana a los gorilas de la UNAM, son los que dicen que si denunciamos las violaciones traicionamos al movimiento, a la izquierda y a todos, como si no hubiera violadores marxistas igual que fascistas o anarquistas.

—Es la mejor abogada que tenemos y la única que se va a atrever a ayudarnos en esto. Hay que confiar en ella.

Las mujeres bufan molestas sin decir más. Yo interrumpo.

—Pero le dijiste a papá que ya no ibas a…

—Las cosas cambian, Julieta. Te explico en la noche, mi amor, por favor, obedece —no sé si está exasperada o nerviosa.

Salgo del despacho casi con lentitud, un repentino dolor de cabeza, justo en la frente, me hace descubrir que estoy enojada, quiero volver con mamá y reclamarle a gritos, en lugar de eso me voy a la cocina. Suena el timbre, abro de inmediato, ahora sí es Juan, me lanzo a sus brazos y lo beso mientras cierro la puerta rápidamente.

—¿Qué pasa?

—Que mamá está allá adentro con uno de los grupos de mujeres.

—Ah, vaya, me asustaste. Pensé que algo malo había sucedido —dice Juan con una sonrisa expansiva atrayéndome hacia él para besarme. Yo lo detengo, me indigna que no se dé cuenta de que estoy enojada.

—¿No entiendes? Le prometió a papá que ya no iba a tener reuniones en la casa. Solo por eso volvió él.

—No volvió por eso, Julieta. Además, esto es asunto de adultos, deja que ellos lo arreglen. No puedes querer controlar todo.

—¿Yo? ¿Controlarlo? Qué te pasa, parece que no entiendes lo grave que es que la Treinta y dos esté en mi casa. Son las Temerarias Subversivas, las sobrevivientes de Tlatelolco que formaron la red de espionaje para encontrar a los desaparecidos. Están aquí en mi casa, contándole a mi mamá cómo los soldados mataron a Juana con una bayoneta…

—¿Quién es Juana?, ¿una bayoneta? —pregunta como si le estuviera hablando en chino.

—Una activista de la guerrilla de Chihuahua, este, bueno —me doy cuenta de que me he tirado a hablar y le estoy contando a Juan cosas muy delicadas. Estoy arrepentida de haberlo hecho, no sé cómo arreglar mi error. Juan está pálido, se me queda mirando. Lentamente me toma la mano, se la queda viendo. Sube los ojos hasta encontrar los míos.

—Suena peligroso, pero si conozco a una mujer que sabe cómo ayudar a otras es Clara, confía en ella. No puedes jugar a ser adulta.

—¿Ahora llamas a mi mamá por su nombre? No entiendes.

—No, explícamelo.

—No debo, no puedo decirte más.

—Y cómo quieres que entienda.

—Olvídalo, estoy enojada. Vamos a mi cuarto.

Estamos tomados de la mano, yo lo guío casi con prisa. En ese momento suena el timbre, volvemos a la cocina, abro la puerta de mal modo, son Yaretzi y la Nacha que hablan sobre las dos edecanes de las Olimpiadas que siguen desaparecidas. Les pido que entren rápido, me asomo para ver si no hay nadie más en el pasillo del elevador. Entro y les digo que las están esperando, me doy la media vuelta y tiro de la mano de Juan que estaba a punto de saludarlas.

—Hey, hey, qué te traes, chamaca —me dice Yaretzi descolocada, intentando bromear—, ven acá a darnos un beso.

—No tengo ganas, allá adentro están la Treinta y dos y sus amigas. Que necesitan abogadas. Vámonos, Juan, que tengo mucha tarea.

Mientras caminan, Yaretzi dice burlonamente en voz alta:

—Sí, seguro mucha tarea, mi niña. Si se van a besuquear, que les aproveche —las dos ríen mientras abren el despacho.

Entramos en mi habitación, me tumbo en la cama como un costal de papas. Tengo ganas de gritar, agarro la almohada y me tapo la cara. Juan se tumba a mi lado, dice que está agotado, que se levantó a las cinco de la mañana. Me pone la mano en la cintura.

—Anda, ya dime qué es lo que en verdad te pasa, ¿por qué estás tan enojada?

—No puedo hablar de esas cosas.

—No quiero saber nada de ellas. Quiero que me digas qué sientes tú: ¿miedo?

—No sé. Creo que sí.

—¿A qué?

—No sé. A todo, a que le pase algo a mi mamá. A que se divorcien por eso, a que esta mierda nunca se acabe, a que nos maten a todas y nos avienten a las fosas, como en España, en Argentina y en Guatemala, como lo que cuentan Alaíde y mi abuelita.

—Tu mamá sabe cuidarse y no las van a matar, no te tires a los vidrios.

—También Lucero sabía cuidarse y mira lo que pasó.

—¿Sabes qué creo?

—¿Qué?

—Que no has llorado a Lucero y por eso estás enojada.

—Tal vez…

—Pues sí —se acerca y me quita lentamente la almohada de la cara. Acaricia mi pelo y mi oreja con suavidad—. Dime qué puedo hacer para que te sientas mejor.

—Nada.

—¿En serio nada? —dice bajando su mano suavemente por mi cuello. Sube los dedos hacia mi boca y acaricia mis labios haciéndome cosquillas. Sonrío, lo miro. Estamos tirados en mi cama, ahora abrazados, una sola lágrima cae lenta abriéndose camino hasta desaparecer en mi pelo. Juan me rodea con sus brazos hasta pegarse a mi espalda.

—Te quiero, flaquita.

—Yo a ti. Pero eso no resuelve nada.

—Pues no te quiero para resolver.

—Entonces, ¿para qué me quieres?

—Para cuidarnos mientras se acaba el mundo.

—Ah, entonces yo también.

Juan se levanta, busca entre mis discos y pone uno de Janis Joplin. Escuchamos "Piece of My Heart". Juan me abraza fuerte, nos quedamos así escuchando el disco hasta que termina. Nos dormimos hasta que la aguja del tocadiscos nos despierta con un rasguño incesante. Nos besamos largamente. Estamos excitados, yo no tengo ganas de sexo, aunque a la vez no quiero parar. Él se da cuenta, me dice que el sexo no cura la tristeza. Lo quiero por saber cuidar mis emociones, porque sé que se muere de ganas y yo solo puedo pensar en mamá y sus amigas hablando de muertes y desapariciones en la otra habitación. Le pregunto si quiere que le cuente lo de Lucero, dice que mejor no, porque no va a saber qué hacer con esa información o va a tener pesadillas. Creo que tiene razón.

Vamos a la cocina, tenemos hambre. Estamos preparando unas sincronizadas con salsa verde. Preparo guacamole cuando mamá aparece. Me da un beso, otro a Juan. Pregunta si le convidamos unas, Juan está poniéndolas en el comal, comienzan a hablar de cosas triviales. La miro de reojo, está triste, no quiero lastimarla y tampoco hablar de cosas peligrosas. Mamá nos cuenta que Margarita Bauche y Judith Reyes van a cantar en el bar de unos amigos suyos para juntar dinero para las búsquedas. Invita a Juan, él se ilusiona, son súper famosas y él nunca las ha escuchado en vivo. Cenamos hablando de música. Ahora es Juan, sentado entre las dos, quien domina la conversación hablando sobre un nuevo disco de Los Folkloristas, del español Joan Manuel Serrat, y nos cuenta sobre las letras de las canciones y de lo emocionado que está leyendo un libro que le regaló su padre, es de un nuevo escritor que se llama José Agustín, es muy joven, dice Juan, pero escribe como nadie había escrito antes.

—Gracias, Juan —dice de pronto mamá.

—¿Por qué? —responde azorado.

—Por querer tanto a mi niña mágica, que merece esto y más.

Yo estoy incómoda, avergonzada, me quedo sin palabras. Juan me da un beso rápido frente a mamá.

Ella y yo cruzamos miradas mientras Juan habla sobre la poesía y el amor, comemos las sincronizadas, sirvo más agua de horchata, ella le sonríe a él con una ternura infinita, luego me observa. Sus ojos están llenos de incertidumbre, los míos de miedo. Su incertidumbre y mi miedo hacen un pacto de silencio.

XIV

Papá volvió a casa, mamá no le contó nada de la reunión, yo he decidido seguir el consejo de Juan para no meterme en problemas. Una mañana en paz y luego iremos a los festejos.

Estamos comiendo en el Centro Castellano los tres con mi tío Bernardo, mis abuelitos y sus amigas del grupo de las refugiadas españolas que dan clases en el Colegio Madrid. Nos invitaron para festejar el cumpleaños de la abuela, Juan no ha llegado, estoy nerviosa, siempre es puntual. Papá se queja, dice que es de mala educación llegar tarde a una comida, prefiero ignorarlo. Se terminan sus tequilas y las botanas, el mesero se acerca para saber qué vamos a pedir. Mamá me mira y se dirige a mi abuelita.

—Parece que la del cumpleaños quiere una paella.

—Sí, la ordenaron desde ayer, pero no sé si desean algo más —responde el mesero sonriente—. ¿Qué vino les traigo?

—Una botella de Rioja —dice el abuelo mirando a mi abuela—, ¿o prefieres blanco?

—Traiga también una de verdejo —dice mi abuelita sonriendo mientras come un bocado de croqueta de bacalao.

Yo no puedo resistir la angustia, le digo a papá que voy al baño. Camino hacia la entrada y le pregunto al señor de las reservaciones si me puede prestar un teléfono, es una emergencia. Me lleva hacia las oficinas y señala un aparato color crema mientras me sonríe. Le agradezco a la vez que marco el número de casa de Juan.

—Bueno…, ¿quién es? —contesta la voz angustiada de la mamá de Juan.

—Perdón, señora, soy Julieta. Juan quedó de venir a comer con nosotros y no ha llegado. Ya estamos preocupadas, ¿sabe algo?

—Ah… hola, Juli, mi esposo se fue al Ministerio Público. Lo detuvieron en avenida Insurgentes.

—¿Co… cómo que lo detuvieron? ¿Quién?

—La policía. Que dizque está reportada su combi como robada. Se pusieron a revisarlo todo y encontraron unas latas de cerveza dentro y de eso se agarraron.

—¿Y eso es legal?

—Claro que no, pero ya sabes cómo está la cosa. Juan, con el pelo largo, la combi llena de calcomanías de rock y eso, qué te digo. Voy a colgar porque me va a llamar mi marido a ver qué vamos a hacer.

—Sí, señora —respondo intentando no llorar—, ¿le puedo llamar más tarde?

—Sí, llama en media hora. Seguro que ya sabremos lo que va a pasar, ojalá ya traigan a mi hijo. Espero que no le den sabadazo.

—Ojalá.

Regreso a la mesa después de haberme encerrado en el baño para llorar. Mamá se da cuenta y me pregunta por qué he llorado. Les cuento lo que sucedió. Mi tío Bernardo, que está a mi lado, me acaricia la espalda con cariño mientras habla.

—Ya le había dicho a Juan que quite la calcomanía de *Peace & Love* del vidrio de atrás. La policía tiene una lista de todos los símbolos que son supuestamente de los movimientos subversivos y clandestinos.

—Ahora va a ser su culpa, ¿no? —alego indignada recriminándole.

—Claro que no, pero es como están las cosas.

—Perdona, ya sé, tengo miedo de que también desaparezcan a Juan.

Papá interrumpe, me habla a mí, pero de inmediato mira a mamá:

—Es que la cosa se ha puesto complicada, mijita. Deben tener mucho cuidado, andar así, en la combi y con todo lo de los jipis, es como jalarle la cola al diablo. Encima, la mamá de Juan que es partera y va de zarrapastrosa…

En la mesa se expande un silencio que juzga la estupidez de papá. Mi abuelo comienza a decirle algo, puedo ver su mirada de enojo, se reprime porque es el cumpleaños de la abuela y las

discusiones entre él y papá siempre terminan en lo mismo: él hablando del odio que les tiene a los militares y la rabia de papá porque se siente entre la espada y la pared con su familia.

El mesero se acerca para servirme paella, no quiero comer, papá insiste y acepto, apenas doy un par de bocados. Pido otra limonada, veo mi reloj esperando que se cumpla la media hora.

Ya en el coche camino a casa, mamá habla de lo feliz que estaba la abuela en su cumpleaños, papá suena muy animado también. Ya estoy más tranquila, Juan volvió a su casa, nos veremos mañana. Aprovecho para decirles que mis abuelitos me invitaron a Oaxaca. Van a Veracruz primero, se van en coche. A mí me encanta viajar con ellos por las carreteras, siempre saben dónde parar en los pueblos para comer delicioso, hacen amigos en todas partes. Papá dice que lo van a discutir y después lo hablamos. Mamá casi al mismo tiempo responde que claro que puedo ir, cruzan miradas mientras papá se estaciona. Nos bajamos, evito discutir, entiendo que papá está asustado por la detención de Juan.

Es sábado por la mañana, son apenas las nueve y ya estoy bañada. Entro a la cocina, papá y mamá están en pijama tomando café y tratando de decidir qué vamos a desayunar. Papá se me queda mirando, silba con cara de sorpresa.

—Fiu, fiu, pero ¿qué es este milagro? Mi hija bañada y arreglada un sábado temprano.

—¿Estrenando el perfume que te regalamos? —mamá pregunta con una mirada cómplice mientras me toca el pelo rizado, me regala una sonrisa expansiva—. ¿A qué hora viene Juan?

—A las once. Sus papás le quitaron la combi, así que viene en camión. Nos vamos a ir a remar al lago de Chapultepec y después al cine Manacar.

—¿Qué van a ver?

—Ay, ma, ya te había dicho que *El planeta de los simios*.

—¿Es para adolescentes?

—Sí —respondo a papá con un suspiro—. Es ciencia ficción, la historia de unos astronautas que llegan a un planeta gobernado por

simios. Dicen que está divertida.

Papá se levanta haciendo bromas sobre la película, anuncia que va a preparar unos waffles con fresas y plátano. Mamá se queda sentada, yo voy por el jugo de naranja. Me quedo mirándola por un segundo y pienso que quiero platicarle lo que pasó en Tepoztlán. Siento que se lo imagina y no sé por qué.

Juan y yo salimos del cine tomados de la mano, él imita a Charlton Heston que hace del capitán Taylor. Afuera hay dos patrullas, uno de los policías está comiendo lo que parece un Tuinky Wonder, mientras mira hacia la salida del cine, le observo su uniforme, la camisa casi revienta en la barriga que parece la de una embarazada, sonrío. La gente baja las escaleras despreocupadamente. Juan se paraliza sin soltarme la mano, me lleva hacia adentro de nuevo, está pálido, apenas puede respirar.

—¿Qué pasa?

—Los policías, ¿no los viste? Es muy raro que estén así en la entrada del cine justo cuando venimos nosotros.

—No creo, por aquí siempre hay patrullas —mi tono despreocupado lo enoja y responde irritado.

—No me hables como si fueras experta en temas policiacos. No sabes el susto que me pegaron ayer, iban diciendo que si me ponían un guato de mota en el pantalón conseguían el arresto de la semana. Tenemos que pensar… —apenas puede respirar y yo no sé cómo tranquilizarlo.

—Perdón, perdona. No sé… ¿qué quieres hacer? Podemos quedarnos aquí adentro hasta que se vayan —lo abrazo y él a mí. Puedo sentir su corazón latiendo rápidamente contra mi pecho.

—Sí, vamos a esperar aquí un rato. Pero no mucho porque después si oscurece y siguen allí, da más miedo que quieran llevarnos. Si me ven contigo… con todo el rollo de tu mamá y las listas negras a ver si no es peor.

Siento un reclamo en sus palabras, solo lo miro, sigue aterrado. Nos quedamos sentados en el lobby del cine casi una hora, lo entretengo hablando de la película, de lo impresionantes que son las

máscaras de los simios. Juan se relaja un poco y me dice que tengo los ojos parecidos a los de la doctora Zira, suelto una carcajada e imito a la simia psicóloga. En nuestro juego él es el astronauta humano y yo la chimpancé científica, dos seres de diferentes planetas. Nos besamos. Una pareja fresa pasa a nuestro lado, el señor dice que es de mala educación que los jóvenes se estén besuqueando en público. "Estos melenudos repugnantes", dice la señora con indignación exagerada. Juan me agarra de la mano y nos vamos caminando atrás de la pareja fresa, actuamos como si viniésemos juntos, los policías no nos ven. Los seguimos hasta la esquina, una vez que se van a subir a su coche último modelo nos echamos a correr para tomar el camión hacia la casa. Juan se relaja, decidimos mejor ir caminando, vamos abrazados. Abro la caja de chocolates rellenos de cerezas y me pongo uno entre los labios, me lo roba con los dientes. Nos damos en la boca los dulces hasta terminarlos. Llegamos a casa, papá y mamá están tomando un martini, escuchan un disco de Nat King Cole. Nosotros nos vamos a mi habitación. Papá dice que dejemos la puerta abierta. Viendo a mis papás pienso que la felicidad es intermitente, va y viene, eso nadie me lo había dicho.

Entramos, cierro la puerta. Mientras Juan busca un disco yo voy al baño, al salir lo veo sentado en el suelo recargado en la cama, está hojeando un libro de Elena Garro.

—*Los recuerdos del porvenir*, qué título tan más chido. Y ¿es buena? Nunca he oído hablar de ella.

—Elena Garro, ¿neta que no sabes quién es?

—No, en serio.

—Es una genia. Deberías leerla, te va a gustar. Mi personaje favorito es Martín Moncada que puede predecir el futuro. Ayyy —suspiro—, imagínate poder adivinar lo que va a pasar.

—¡No manches, qué horror! —él sigue hojeando el libro mientras habla—. Yo prefiero no conocer el futuro.

—¿En serio no se las dan a leer en la prepa?

—No… yo creo que no hemos leído ni un solo libro escrito por mujeres —se queda pensando, mirando al vacío—, nunca lo había pensado.

—En mi colegio sí leemos a mujeres, no muchas, pero existen.

—Ya sabes, la Prepa 6 es lo que es. Y esta escritora, ¿de quién es esposa?

—Yo qué voy a saber, ¿qué importa si está casada? ¿O si fuera lesbiana? —me descubro haciendo un berrinche innecesario y no me importa.

—Ah, pues mejor, más inspiración para ella.

—Odio que siempre nos pregunten de quién somos novias o quién es el esposo de la que hace algo interesante.

—Chale… bueno, es como Frida Kahlo casada con Diego. A veces los famosos se casan. Cuando tú y yo nos casemos nos vamos a volver famosos.

—¿Cómo?

—Tú vas a ser una gran escritora y yo voy a dar conciertos por todo el mundo.

—¿Quién te dijo que quiero ser escritora?

—Tu forma de hablar lo dice —se ríe.

—Y quién te dice que no puedo ser fotógrafa, música, escritora, espía…

—Puedes ser todo lo que te dé la gana, de eso no tengo duda.

—Y tú también, seguro que serás muchos hombres en uno.

Me siento a su lado en el suelo. Pongo un cojín porque estoy incómoda. Él me besa. Algo ha sucedido, el beso es diferente, mucho más intenso. Nuestras lenguas bailan, se saborean como nunca, siento que algo me sucede, apenas puedo respirar de la emoción, nos acariciamos y subimos a la cama. Le digo que espere, corro a poner el cerrojo, regreso y me recuesto a su lado. Me pongo sobre él, respiro lentamente el olor de su cuello, se me queda mirando, me detengo en sus ojos.

—No podemos hacer el amor con tus papás aquí.

—No —respondo sin moverme, estoy sonriendo.

Después de un rato nos damos cuenta de que los dos hemos tenido un orgasmo al mismo tiempo y no estamos desnudos, todo fue intenso, rápido. Terminamos y nos quedamos mirando al techo en silencio, sorprendidos. No sabemos qué decir.

—¿Qu… qué pasó? —dice mirándome de reojo, me agarra la mano.

—No sé —miro fijamente a la lámpara del techo, en ese instante escucho los pasos de mamá en el pasillo. Juan se levanta a toda prisa y corre al baño. Nos reímos nerviosos. Estoy paralizada esperando a que toquen la puerta y no sucede, los pasos se alejan. Me levanto. Juan sale del baño con el pelo mojado.

—¿Qué pasó?

—Nada, me eché agua fría para que no se me note.

—¿Qué?

—Pues que hicimos el amor, o eso que pasó.

—…

Juan se empieza a reír, me voy al baño. Salgo, ahora yo también estoy sonriendo, camino a quitar el seguro de la puerta. Ha puesto un disco de The Doors, sube el volumen y comenzamos a saltar como locos. Entonces mamá toca y entra de inmediato. Estamos bailando como si estuviésemos en un concierto, ella sonríe, pide que bajemos el volumen. De pronto nos mira a los pies, ambos estamos descalzos. Se desvanece su sonrisa. Me mira fijamente con los ojos llenos de sorpresa, la miro con los ojos llenos de verdad; su sorpresa y mi verdad han hecho cita para la confesión.

Juan anuncia que se va a casa. Le pido que se quede otro rato, tiene miedo de salir a la calle. Salimos de mi habitación, le pregunto si quiere que mi mamá lo lleve, responde que prefiere que sea mi padre. Hay algo extraño en él, parece enojado con mamá, tal vez solo está lleno de miedo y no sabe qué hacer con su inseguridad.

XV

Entro en casa y me topo con mamá en la puerta, nos besamos, me dice que va a hacer unos mandados y a una cita con el doctor Hernández. Le pregunto si se siente bien, dice que sí, la provoco con un "el doctor está enamorado de ti, mamá", se ríe como si hubiese dicho una obviedad. En el rellano le llamo para preguntarle si firmó el permiso que tengo que llevar al colegio mañana para faltar los días que me voy con mis abuelitos. Dice que está en su escritorio. Desaparece a toda prisa por las escaleras. Entro a su despacho pensando en qué me voy a llevar al viaje. Me pongo a buscar entre los papeles, veo un cajón semiabierto y unas fotografías polaroid captan mi atención. Las saco cuidadosamente, sé que no hay nadie en casa, de cualquier forma voy a cerrar la puerta.

Son fotos instantáneas del día en que mataron a mi tía Lucero, está en una camilla en lo que parece la clínica del doctor Hernández. Otras son fotos reveladas en blanco y negro y son de casi todas las mujeres del grupo de mamá, ella aparece en una. Debieron hacer los retratos ellas mismas, porque todos fueron tomados en el mismo lugar. Saco un fólder amarillo lleno de papeles. Descubro las fotografías que tomé de los documentos tamaño carta que estaban en casa de mi tío Genaro. Se me congelan las manos, las aprieto, no sé si leer. Mamá me dijo que los documentos se los habían dado a unos expertos para que analizaran lo que decían, tal vez ella solo tiene esta copia, caigo en cuenta de que seguramente fue mi tío Bernardo quien reveló las fotografías en su casa. Cierro los ojos, viene a mi memoria la voz de mi tía Elodia esa noche cuando me dijo "por Lucero" y cerró la puerta. Yo le respondí "por Lucero" y ahora repito esa frase en voz baja mientras hojeo cada uno de los papeles. Uno llama mi atención.

General Genaro López Bolaños
Confidencial
Reporte 124 Tomo II. Resumen Ejecutivo Operación Mantis 68

En la asamblea de febrero 14, 1968, los 5 agentes militares que mantenían el control del Consejo Estudiantil Universitario fueron desplazados por estudiantes elegidos "democráticamente" en la asamblea de la UNAM. El rompimiento con la FNET pone en riesgo la operación de inteligencia al interior del movimiento disidente. Esperamos nuevas órdenes para la recomposición de infiltración. Se solicita nuevo presupuesto al área de gestión administrativa por órdenes del general Calderón para suplir a los agentes infiltrados.

El General Calderón sugiere integrar mujeres en el equipo táctico de estructuras de mediación. En grupo coordinado por el Lic. Jorge Ampudia, secretario general Auxiliar y el Lic. Vicente Martínez Rostro, director general de Enseñanza Preparatoria, tienen como subalterno a Mario Romero Ramírez alias "El Fish" como líder de grupos de choque.

Se han contratado y entrenado con éxito a 2 jugadores de futbol americano y 22 coordinadores de las porras UNAM y Politécnico. Todos rinden informes en la oficina de Plaza de la República No. 30, piso 9.

Con autorización de A.D.D.R. se han entregado 16 Carabinas M1 y M2 para la defensa de la Preparatoria No. 5. Se entregaron bajo registro ficha azul 23 pistolas semiautomáticas Colt M1911 y de 9 mm Browning a agentes de la porra deportiva.

Pendientes de entrega las 15 ametralladoras coaxiales Browning calibre 7.26 y Browning M2 de 12.7, no se entregarán hasta recibir órdenes y fecha del entrenamiento para su uso adecuado.

Atentamente
V.F.Q.
Comandante 142 Coordinador Operativo Mantis 68

Me tiemblan las manos mientras sostengo las dos hojas con una cuadrícula de las fotos pequeñas de todas las mujeres que están en la prisión de Lecumberri. No quiero seguir viendo y al mismo tiempo

no puedo evitar buscar entre ellas el rostro de Ana. Todas están con un número debajo de la cara, se les ve asustadas, con el pelo revuelto, algunas golpeadas en la cara. Por fin descubro a Ana, tiene un ojo casi cerrado, como el de los boxeadores, está apretando los labios, pareciera que evita llorar o tal vez los cierra para no confesar nada. Se me caen los papeles, un reflujo ácido sube desde mi estómago, la garganta se me llena de amargura líquida, corro al baño, apenas me da tiempo de arrodillarme, vomito el miedo, la rabia, el desconcierto. Yo no quiero esta vida, pienso, yo no quiero vivir esta historia. Me levanto temblando, me echo agua fría en la cara, enjuago mi boca para quitarme el sabor de lo que he visto.

Regreso al despacho de mamá. Acomodo los papeles en el cajón, lo cierro, lo abro nuevamente movida por una fuerza interior que desconozco, saco todas las polaroid de las mujeres del Círculo, los documentos que fotografié en casa del tío Genaro y las fotos de Lecumberri, busco un sobre en otro cajón, los meto y los dejo sobre el escritorio. Cierro el cajón con llave.

Busco sobre la mesa el permiso de la escuela, está al lado de la caja de pañuelos desechables. Abstraída me quedo mirando la caja de cartón que dice: suavidad Kleenex, mamá les da a sus pacientes estos desechables cuando lloran. Vivo en la casa donde la gente de fuera puede venir a contar su dolor, a abrir sus heridas, en la casa en que está permitido romperse, berrear, sanar. Un mundo de seguridad y protección. Vivo en una casa en la que yo no he podido llorar desde el 2 de octubre.

Miro a mi alrededor.

Mamá tiene un cuadro en la pared del consultorio, sobre un apacible fondo marino, el mensaje en letras azul añil arroja una promesa: ESTE ES UN LUGAR SEGURO, AQUÍ TU VULNERABILIDAD ES TU PODER PARA SANAR.

Ahora siento una especie de desgarro, me giro lentamente observando cada detalle, la belleza de los muebles, el tapete de Temoaya con grecas de diversos tonos azules y líneas color maíz, la mesa de caoba tallada en Michoacán, el cómodo sofá amarillo en que se tumban sus pacientes, todo irradia armoniosa tranquilidad. Descubro que mamá ha creado un mundo seguro para sus pacientes

y a mí me ha llevado allá afuera desde niña, a esas calles donde la vida camina entre el misterio, el terror, la incertidumbre y la ilusión. Salgo lentamente, murmuro entre las paredes de camino a mi habitación imaginando cómo habría sido nacer en una familia normal, ser una niña que no se pregunta nada sobre el mundo y la razón de su existencia. Mientras voy hacia mi cuarto siento que una pequeña furia me habita, como si hubiese tragado la semilla de un enojo de fuego que crece por segundos en mi entraña. Grito al entrar a la habitación, me tumbo en la cama golpeando la almohada, escupo la rabia.

Los odio: a mamá por abrirme los ojos sin contenerme, a papá por su cobarde abandono emocional, a Lucero por morirse frente a mí. Ya nunca más podré ser la chica que desconocía el poder de la crueldad. Me odio por no poder cerrar los ojos y olvidar. Quiero ser una niña, ya, quiero ser una niña que no conozca la guerra.

Me recuesto hecha un ovillo, abrazando mi elefante de peluche, apenas escurren unas débiles lágrimas hacia mi pelo. Cierro los ojos y, sin quererlo, me quedo dormida, tal vez para soñar que estoy soñando y nada de esto es cierto.

Despierto, empaco para el viaje con mis abuelitos. No puedo evitar mirar hacia la puerta, en el consultorio está toda la historia y me prometo no volver a ver esos papeles. No puedo, no quiero seguir leyendo la verdad que coincide dolorosamente con la realidad. Tal vez papá tenga razón, sigo siendo una niña, aunque tenga catorce años. Y, sin embargo, traigo conmigo el sobre con todas las fotografías de las mujeres del Círculo, comienzo a buscar algún sitio donde ocultarlas, no entiendo qué me está sucediendo, entro al baño como poseída por una noción de responsabilidad rabiosa, encuentro una caja grande de toallas nocturnas Kotex, la abro y sin pensarlo mucho oculto todas las polaroids en el fondo, luego la cierro y la guardo cuidadosamente en el cajón de hasta abajo del baño, donde tengo las cosas de mujeres.

Pienso en el viaje. Quiero cantar, jugar, viajar, huir de este miedo que me come los dedos de las manos. Quiero tener la certeza de que cuando yo sea mayor como mamá, no tendré que buscar cuerpos y personas ni en mi país ni en ningún otro. Quiero sentir

que es lindo vivir y nada más. Tengo miedo de que algún día el mal me habite como a los que hacen daño. Ya no quiero pensar, solo pasarla bien, comer paletas heladas de guanábana, chicharrones con salsa y limón, correr descalza en la playa, desternillarme de risa con mis amigas hasta que me duela la barriga.

XVI

Voy sentada atrás, el motor del Volvo de mis abuelos taladra como si fuésemos más rápido. Ellos platican sobre la cena de Navidad, sobre quiénes irán a su casa. Mi abuelita le reclama que invitó a más personas de nuevo. Él se defiende con simpatía diciendo que su casa es un trocito de Portugal y España en México que todos los exiliados quieren visitar. Hablan otra vez sobre el nuevo embajador, que parece es amigo secreto de la izquierda y podrían invitarlo. No me interesa que hablen de política.

Yo miro por la ventana, me siento libre, los paisajes tropicales llegando a Córdoba, las palmeras, el verdor que lo desborda todo me hace sentir que hay vida en todas partes. Paramos en Fortín de las Flores, a la puerta de un restaurante en la entrada del pueblo. Mi abuela baja del coche con una sonrisa invencible.

La miro y mientras abro la puerta le pregunto:

—¿Esto es Veracruz? ¿Cómo llegaron aquí en el barco desde Europa si no veo el mar? —ella se ríe sin responderme, le dice a él:

—Tenemos que llevarla a la playa, a la laguna del Tule y a la hacienda de Monte Blanco.

—Mi vida, ¿te acuerdas de aquella noche cuando cumpliste treinta que nos quedamos en la laguna? —a ratos me parece que hablan en códigos de amor que nadie más comprende.

—Cómo olvidarlo, si perdiste tus calcetines en el río.

—Y nos comimos esos tacos de mojarra fresca, los más ricos de nuestra vida.

—¿Quieres probar las mejores picaditas con salsa verde de México? —mi abuelo me pregunta y puedo ver que se le ha hecho agua la boca de tan solo pensarlo.

—Sí, qué delicia. Y esa hacienda, ¿qué tiene de interesante? No me lleven a ruinas, mi papá siempre me lleva a todas, y a las

iglesias, es aburrido.

—No, esta la construyeron los españoles en 1618 y después, en esa ruina, Vicente Guerrero y Nicolás Bravo gestaron la independencia de tu país.

—¿Y eso qué tiene de interesante? —ambos se miran mientras caminamos. La abuela se detiene y me responde muy seria:

—Tienes que aprender que a veces, con paciencia e inteligencia, en los lugares en que vivió el poder de los esclavistas puede nacer la gracia de la independencia.

—Ah, ¿y las picaditas llevan pollo o solo frijoles? —pregunto con hambrienta curiosidad.

Ellos sueltan una carcajada mientras entramos a la fonda donde los reciben como si los estuvieran esperando. Solo quiero esto, disfrutar y sonreír acompañada de gente que se ama y goza. No quiero que me hablen de guerras y libertad. Quiero recordar que tengo catorce años y puedo ser feliz tan solo por estar viva.

Comimos tanto que tuvimos que salir a caminar. Era verdad, la laguna es hermosa. Vemos garzas y otros animales como en un paraíso perdido. Nos sentamos a la orilla, ellos se abrazan en silencio. Yo puedo respirar profundo como hace mucho tiempo no lo hacía. Estoy alucinada, se me antoja que Juan estuviera conmigo. Ojalá tuviésemos poderes telepáticos para que a través de mi mirada pudiera disfrutar este paisaje, el silencio y el sonido del agua, de los pájaros y de la vida tropical. Seguramente, si estuviese aquí escribiría uno de sus poemas que después serán canciones.

Nos hospedamos en un hotel muy sencillo de Fortín de las Flores, las sábanas olían a humedad con cloro y por la ventana se veían palmeras enormes entre cables de luz colgantes llenos de pájaros, reinitas, papamoscas y loros que vigilaban el paisaje. Por primera vez en mucho tiempo pude dormir toda la noche sin soñar nada. Ni bueno ni malo, solo dormí sin que mi cabeza pensara.

Pasamos días visitando los territorios amorosos de mis abuelos, me llevaron a Tamiahua en la Huasteca, luego visitamos a la negra Luzmita en Yanga donde vive la mayoría de las mujeres negras mexicanas, comimos muy rico, bailamos, me enseñaron su escuela independiente de danza y poesía. Me sentí como si estuviera en un

país de gente feliz. No entiendo por qué en México no quieren a las personas negras, el tío Genaro dice que hay una ley que previene la entrada de negros, que los que viven aquí eran antes esclavos y son rejegos, peligrosos, rebeldes. Luzmita me contó que el pueblo se llama así por el negro Nyanga que armó la revuelta contra los españoles que los tenían como esclavos, él era de una familia real de Gabón, un país africano remoto, que al final ganó la batalla y así fundó San Lorenzo de los Negros. Le pregunté si ella es también familiar de príncipes de África, soltó una carcajada y dijo que ella es la reina de Veracruz, la negra estudiante de Ciencias Políticas más rebelde de México.

Apenas salió el sol desayunamos café con leche, pan dulce y tacos de pollo a la leña con una salsa cubana riquísima. Llegamos a Oaxaca a las siete de la tarde. Nos recibió doña Sabina con un atole calientito. Mardonio llegó después, mis abuelitos lo quieren mucho, ya le ofrecieron que se vaya a la ciudad a vivir con ellos mientras vuelve a estudiar en la UNAM porque quieren que esté seguro, él no se quiere decidir.

Nos instalamos en el cuarto donde duermen las visitas de doña Sabina. Mi abuelita me dice que se van a dar un paseo para hablar a solas con Yaretzi, ya sé que se van a conspirar sobre lo de la lucha sindical, me mandan a que vaya a la cocina donde su mamá Dayami está preparando la comida.

La encuentro en pantalones de mezclilla y camiseta bordada, hincada en el suelo, está moliendo carne en un metate inmenso para hacer unas tortitas con ajo y perejil, la cocina ya huele delicioso, es el lugar más caliente de la casa.

—A ver, Julieta, ¿me quieres ayudar?

—Sí, dime qué hago.

—Mira, pela esos plátanos machos y martájalos en el molcajete allá —me mira de reojo con una sonrisa—, ¿sabes usarlo?

—Creo que sí.

—Pues si no sabes, me preguntas, no te vayas a machucar los dedos.

Comienzo a moler los plátanos, me lastimo los dedos al principio, pero no digo nada. Pongo la masa amarilla en una olla de barro, ella

me enseña a amasarlos, luego me dice que saque los frijoles refritos de la olla y que vaya haciendo bolitas rellenando la masa del plátano con ellos. Le pido permiso para ir echando los molotes en el aceite hirviendo. Los voy poniendo poco a poco y me les quedo viendo absorta mientras se fríen hasta tornarse dorados. Le digo que me encantan sus recetas.

—Pa estar tan flaca eres bien tragona, mi niña —suelta la carcajada y yo río con ella—, tendrás la pata hueca.

—Eso me decía mi tía Lucero —digo invadida por la tristeza.

—Ay, la Lucero, que se nos murió tan joven.

—La mataron.

—Cabrones asesinos. Si una se merecía ya tener un respiro de una vida dura, era ella. Mira que esa infancia terrible no la merece nadie.

—Nunca me quiso contar nada de eso, ¿sabes? Cuando se estaba muriendo sus ojos estaban clavados en los míos, cristalizados, se fueron poniendo grises, inmóviles, y yo no dejé de mirarla. Tampoco pude salvarla.

—Nadie hubiera podido —se levanta con el plato lleno de las tortitas de carne que ha estado amasando, va al fregadero a lavarse las manos, se las seca, me mira sin hablar.

—Y ¿por qué toda tu familia está metida en la lucha?

—Porque mi abuela supo que si oprimen a una nos oprimen a todas, primero te roban la palabra, luego el cuerpo y al final la voluntad.

—¿Y cómo lo supo?

—Cuando huyó de que la casaran a los doce años con un señor hacendado, supo que su hija, mi mamá Sabina, había nacido con estrella, y la educó para que usara su don. Así como tu mamá hace contigo.

—Yo no tengo estrella como doña Sabina, ni soy oprimida, soy mestiza.

—Es verdad, solo eres discriminada, pero estrella sí que tienes y una no puede ver la propia cuando es verdadera.

—¿Cuántos idiomas hablas, Dayami?

—Nomás tres, español, náhuatl y mazateco.

—¿Cómo hiciste para aprender tantos?

—Mi mamá es nahuatlaca y mi papá era mazateco y pues para progresar en este país hay que hablar español, ¿y tú?

—Yo español, un poquito de portugués por mis abuelitos y unas palabras en inglés.

No sé por qué ha guardado silencio. Sirve dos cuencos de atole bien caliente, me ordena que la acompañe. Apago el fogón y dejo los molotes en el plato de barro. Camino detrás de ella en silencio, pasamos a su habitación.

Es la primera vez que me deja entrar, está llena de alebrijes pequeñitos, la colcha de su cama bordada finamente, blanco sobre blanco deshilado fino, las cortinas como un velo tejido de cielo dejan entrar una luz diáfana. Es la habitación más linda y etérea que he visto en mi vida. Dayami saca una caja de abajo de su cama, parece de cartón en las que vienen los zapatos, está forrada con papel de flores y muchos timbres postales de varios países. Sale de la habitación, la sigo con los jarros de atole en la mano, vamos sin pronunciar palabra. Me hace un gesto para que me acerque, nos sentamos junto al horno de leña del jardín, lo destapa para echar unos troncos, usa el soplador de palma hasta que las llamas se levantan, una ola de calor con aroma a ocote me arroba y perfuma el aire del atardecer gélido. Mientras ella termina de acomodar la lumbre yo estoy sentada en la banca con la manta de lana en las piernas, la cajita de flores entre mis manos, tal como me la colocó ella, y ahora miro al cielo. En el pueblo hay poca luz, aquí el cosmos se ve como si estuviésemos más cerca de la luna, más lejos de la Tierra, se siente como si la gravedad fuese distinta. Me quedo mirando al firmamento. Ella se sienta a mi lado, se acomoda la manta en las piernas y su rebozo de lana en la espalda. Sube la mirada.

—Buscas a tu tía Lucero.

—¿Tú crees que las muertas se van al cielo?

—No. Creo que volvemos a ser pequeñas migas del Universo.

—¿Tú crees en Dios?

—No como lo ven ustedes.

—Yo no lo veo en ninguna parte.

—Bueno, quiero decir a como lo cuentan los que hacen el cuento.

—¿Y cómo lo cuentas tú?

—Yo no creo que haya un señor al que su padre lo mandó matar y al que le rezan para que detenga los males de la humanidad. Creo que hay una bondad divina a la que nos acercamos cuando hacemos el bien, cuando queremos bonito a la gente y a la naturaleza. Creo que los hombres son crueles porque quieren y se inventaron a un Dios cruel para culparlo de su barbarie.

—¿Qué tienes en la caja? —pregunto mientras me doy cuenta de que la sostengo como si fuese una bomba a punto de explotar.

—Ábrela, mira, ve sacando cosas y te cuento.

—Me da miedo. ¿Es de Lucero? —pregunto ansiosa mientras retiro la tapa de cartón y veo fotografías, papeles y una bolsita de tela transparente con medallas y aretes que parecen de oro. Saco una fotografía en blanco y negro, es una mujer que parece una elegante modelo, alta con un pelo negro largo, de ojos inmensos e imposiblemente hermosa; a su lado, una niña de cinco o seis años, de pelo marrón con dos pequeñas coletas que salen de arriba de las orejas, atadas con moños perfectos, lleva un vestido de lunares, zapatos blancos y las manos detrás, como ocultándolas. La pequeña observa sonriente a la mujer hermosa como quien mira a una diosa. Le paso la fotografía.

—Es ella con su mamá, era una mujer yaqui de Sonora.

—Pero Lucero no se parece a su mamá.

—Es que el papá de Lucero es de Chihuahua, mitad rarámuri, mitad gringo. Salió güerito y más descolorido como muchos de Chihuahua; hay tanta gente así que elige su mitad blanca porque les da vergüenza tener sangre indígena. Lucero salió parecida a su papá: blanca, pero de pelo negro y ojos azabache.

—¿Este es el papá? —le acerco la foto en blanco y negro de un señor como actor de película gringa con sonrisa expansiva y dientes enormes insólitamente blancos, viste de traje a rayas, chaleco y corbata, lleva un portafolios que parece vacío. Está parado frente a un letrero que dice FERROCARRILES MEXICANOS.

—Sí, ese desgraciado que ojalá se pudra en el infierno.

—Pensé que no creías en el infierno, ¿era malo?

—Es una forma de decir cuando la rabia de la injusticia te recuerda que hay quienes jamás debieron nacer ni traer hijas al mundo. Este ricachón pasó la vida aterrorizando a la mamá de Lucero.

—¿No estaba enamorado?

—No, las trató como los hombres que odian a las mujeres y al mismo tiempo las necesitan para ser alguien en la vida.

—¿Hay muchos hombres así?

—Más de los que nos imaginamos y menos que la mayoría.

—¿Así era tu esposo?

—Uy, no, el papá de Yaretzi era generoso y dulce como Mardonio, trabajábamos la tierra juntos, cantaba como un jilguero, era maestro de la escuela rural que construyó con el cura al que mataron acusándolo de guerrillero.

—¿Y dónde está él?

—Junto a Lucero echando mezcales infinitos. Se le rompió el corazón de ver tanta pobreza y un día le dio un infarto. Cayó muerto en la puerta de la escuela, apenas tenía cincuenta años.

—¿Y la mamá de Lucero?

—Muchas veces trató de huir del marido. Muchas veces le pidió el divorcio. Cuando Lucero cumplió once años, se estaban escapando para irse con una amiga a San Diego y nomás cruzar la puerta él le dio un balazo por la espalda, directo al corazón. Luego le disparó más veces.

—¿Y mi tía lo vio?

—Todo lo vio. El papá le dijo que se metiera a la casa, que iban a decir que unos ladrones trataron de asaltarla y la mataron. Luego se arrepintió y decidió llevar el cuerpo en el coche, Lucero se escondió en el asiento trasero que estaba lleno de papeles y mantas, el papá manejó hasta ir a tirar el cuerpo en el desierto. Al otro día, Lucero en lugar de ir a la escuela se fue con sus abuelitos maternos, pero primero fue a la policía para contarles cómo su padre mató a su madre.

—¿Le creyeron?

—Sí, a una niña solita le creyeron porque lo describió perfecto, la llevaron a encontrar su cuerpo y Lucero la vio tres veces muerta.

Una cuando el balazo, luego cuando el padre la sacó de la cajuela y al día siguiente, cuando el policía le preguntó si era ella y en cuanto dijo que sí, el otro policía le tapó los ojos a la niña y le dio una bendición con un avemaría norteño.

—¿Cómo es el avemaría norteño?

—Yo qué sé. Así lo contaba tu tía. La policía lo detuvo porque ya se imaginaba que un asaltante no mataba con tanta saña. Además, dijeron que a las mujeres no las asaltan en medio del desierto. Los policías estaban convencidos de que tenía que ser un crimen pasional.

—¿Cómo es eso?

—Es cuando un hombre odia a una mujer, pero para matarla dice que la ama y que se ha dejado llevar por la pasión inabarcable de su mal.

—En su velorio dijiste que cuando la conociste no te cayó bien.

—Es que la vi cargando una sombra muy oscura, pero no sabía que no era su mal propio, sino la herida de su padre.

—¿Y al señor lo metieron a la cárcel?

—Unos años sí, luego lo dejaron libre, y la Lucero se fue al Distrito Federal con unos tíos porque a los abuelos les daba miedo que el papá fuera a buscarla para vengarse.

—Pero un padre no sería capaz de matar a su hija…

—Algunos sí, hay los que se creen dioses, capaces de procrear y destruir lo que consideran propio.

—Qué duro es vivir —digo mientras siento que la realidad tijeretea mi respiración, imaginando a Lucero más niña que yo, mirando cómo su padre mata a su mamá. No soy capaz de entender la dimensión de su miedo.

—Por eso ella bebía tanto. Quería anestesiar la rabia que la habitaba, silenciar la venganza imposible, acallar esa parte pequeña de ella que, a pesar de todo, quería salvar a su padre de sí mismo.

—Por eso se volvió activista para las mujeres…

—Como todas las que un día abrimos los ojos, ya nunca más los cerramos, solo cuando nos alcanza la muerte.

—Yo a veces los quiero cerrar, pero estando viva —digo recostando mi cabeza en el hombro de Dayami.

Ella me estrecha con cariño. Clavo la mirada en la foto de la niña que observa a su madre con una sonrisa de domingo. Me abraza en su regazo moviendo suavemente su mano en mi espalda, subo la mirada y veo el reflejo de la luz naranja del fuego brillando en su piel cobriza, lágrimas que escurren lentas, parecen de cristal, inmensas, llenas de recuerdos traslúcidos. Yo, en cambio, no puedo llorar hacia fuera, siento que en mi boca se ha metido el mar, trago saliva de sal, el gustillo de las lágrimas cuando una está muy triste, más cargadas que nunca. Acabo de descubrir que el cuerpo puede llorar sin que nadie lo sepa. Arrumacadas, las dos miramos al cielo, ella no se limpia las lágrimas del rostro, solo pasa una esquina de su rebozo de lana para limpiar el agüita mocosa que escapa por su nariz.

—Mira —dice con voz dulce—, la luna llena es la pupila del ojo del cosmos que nos mira.

—¿Y crees que desde allí Lucero puede vernos?

—Sí, ella ya es parte del esplendor de la noche, sin cuerpo que sufra ni recuerde.

—Creo que los recuerdos de cuando eres niña se convierten en canción para toda la vida o en un bosque interior de miedo y desconfianza.

—¿Por qué dices eso?

—Por mi amiga Gabriela. Tiene quince años, bebe alcohol y tiene sexo todo el tiempo. Creo que está huérfana, llena de miedo valiente como Lucero, me la recuerda.

—¿Cuándo murieron sus papás?

—Están vivos, dice que no la miraron de niña y ahora menos.

—Es difícil desandar el camino del abandono. Ser huérfana de padres vivos siembra una furia atormentada en el alma de las niñas. Para eso son las amigas, para curar la orfandad.

—…

—Anda, ya llegaron, vamos a cenar, guarda la caja. Ya es tuya —dice al ponerse de pie rápidamente. Salgo del pasmo y miro a mi alrededor, el verdor de las montañas, las flores, solo belleza viva. Observo la montaña; absorta en el paisaje, le pregunto a Dayami:

—¿Cómo se puede vivir entre tanta belleza, felicidad y dolor al mismo tiempo? ¿Estaremos locas?

—Todas las vidas son iguales, la diferencia está en cómo las contamos, si con los ojos abiertos o cerrados.

—¿Tú cómo le haces?

—Bien abiertos, bailando y amando cada día, mi niña. La revolución de las mujeres no es solo guerra, es también poesía. Si eliges cambiar el mundo, tienes que decidir aprender a gozar cada instante de dulzura y a pelear en cada momento de dolor e injusticia. La alegría interior es una fuerza absolutamente revolucionaria.

Escucho las risas de mis abuelos, Yaretzi carcajea y entra abrazando a mi abuelita quien intenta pronunciar, sin éxito, una frase en náhuatl. Le dice que los gachupines no pueden aprender otros idiomas porque se les atraviesa la zeta en todas partes y su país es una isla. Mi abuelita le da la razón con una carcajada.

Se acercan al fuego, agarran las mantas, se frotan las manos sobre las flamas. Mardonio pone más troncos, se escucha el crepitar del fuego, el aroma a maderas dulces perfuma el aire fresco de la sierra oaxaqueña. Yaretzi regresa con una botella de mezcal, una de aguardiente y vasitos de vidrio. Me da un vaso de agua de naranja. Lo dejo sobre la banca sin beberlo. Me pongo de pie, anuncio que voy a ayudar a Dayami a servir la cena.

Me alejo abrazada a la caja como si fuese una criatura recién nacida, abandonada. Entro en la habitación, me siento en la cama, dejo la caja junto a mi maleta. No sé si es la luna, la historia que escuché o todo junto, solo sé que tanto desasosiego rodeado de ternura me ha lanzado de golpe a una vida adulta para la que no me siento preparada. Quiero volver a la infancia y no conozco el camino de regreso.

Me despierta el claror del día que asoma por la ventana, bajo de la hamaca lo más silenciosa que puedo. Mis abuelitos duermen profundamente en la cama de al lado.

Me asomo al jardín, veo venir a doña Sabina desde el gallinero con una canasta de huevos frescos.

—¿Qué haces despierta a esta hora?

—No pude dormir más.

—¿Y eso?

—Lucero…

—¿Se te apareció?

—No, se me aparecieron sus recuerdos de niña, su papá, la pistola…

—No son tuyos, no vayas a masticarlos. No te duelas por lo que no te pertenece.

—Yo la quería mucho.

—Eso no tiene nada que ver. Esa herida es de su pasado, no es tuya. No le des vueltas en la cabeza, niña, que se te retorcerá el corazón.

—¿Cómo se retuerce el corazón?

—Se va llenando de nudos cuando te comes el dolor de los demás, un día se confunden y ya una no distingue entre lo propio y lo ajeno. Se atiborra de tegumentos —la interrumpe el perro café que se le acerca para hacerle juegos, ella le acaricia las orejas y le da un huevo crudo en la boca, se lo lleva como un tesoro— y un día, ya mayor, te das cuenta de que el corazón te pesa por andar mascando lo que no era tuyo.

Ya camino hacia la cocina se detiene para pedirme que vaya a la milpa a traer un manojo de acoyos, perejil, cinco tomatillos y cuatro chiles verdes de la mata más tupida. Me entrega una canasta grande. Me doy la media vuelta casi aliviada. Ya no quiero pensar tanto, ni que me digan cosas sobre lo que siento.

Corto los tomatillos, de pronto me quedo pasmada mirando la verde espesura que me rodea. Nunca me levanto a estas horas, el mundo es otro en la madrugada, una ola de cielo color mandarina se expande ante mí, arriba blanco y azul, la neblina parece la almohada de la montaña, el sol asoma grandioso y refulgente. Noto los ojos húmedos. No sé si es la belleza de la naturaleza radiante, no sé si soy yo que me siento habitada por una desolación irremediable. Me

pregunto si a las niñas que crecen en otros países les durará más una infancia de ingenuidad e inocencia.

Salgo de mi abstracción, miro la canasta y vuelvo a la cocina donde ya está mi abuelito ayudando a doña Sabina a preparar el desayuno. Tamales, enchiladas verdes rellenas de huevo con hoja santa y queso fresco. El aroma del café de olla con canela conquista la cocina. Entra Mardonio con una jarra de leche fresca, me pide que ponga la mesa mientras él saca los tamales del horno de leña.

Ahora estamos desayunando, el frío amaina mientras el sol derrama tibieza entre nosotras.

—Todas deberíamos vivir así —pienso en voz alta sin darme cuenta.

—Es la mejor vida —responde doña Sabina dando un ruidoso sorbo a su café humeante—, la tierra te da frutos, tú le regresas honrosa gratitud.

—Cuando yo sea grande me voy a venir a vivir lejos de la ciudad, con mis gallinas y mi huerto. Aquí la vida duele menos.

—Nadie puede huir del dolor, cariño, la realidad te persigue a donde vayas —dice mi abuela con su acento español.

—Chale, abuelita, de verdad que ustedes las adultas todo el tiempo andan reventando ilusiones.

Mi abuela suelta una carcajada, todas ríen con ella y dicen que es verdad. Que hace falta más ligereza en estos tiempos tan dificultosos. Yaretzi, que está sentada a mi lado, me da un beso, me asegura que tengo razón, que solo con los pies descalzos sobre la tierra podemos seguir dando la batalla por nuestros sueños. La observo, admiro su belleza e inteligencia, hay algo en ella que me transmite una paz que me alimenta. Es fuerte, franca y atrabancada, a la vez irradia ternura y comprensión, además habla perfectamente náhuatl, que es un idioma muy antiguo y difícil. Quisiera ser como ella.

XVII

Festejamos la Nochebuena en casa de la familia de papá. Todo el tiempo se la pasaron hablando de las Olimpiadas, dieron detalles de cada competencia, que si el mejor clavadista, que si el orgullo de los mexicanos de la caminata, que si el del salto de jabalina era militar sobrino de otro militar amigo del tío Genaro. Mi abuelo insistía en que habían ganado tres medallas de oro, dos de boxeo y una de natación como si él hubiese competido. Es como si en esta familia, que también es mía, nadie hubiese vivido la revolución de las mujeres y los estudiantes, como si el mundo estuviese partido en dos y este fuese hermoso, sano, disciplinado, deportivo, y el 2 de octubre nunca hubiese sucedido.

Yo pasé casi toda la tarde con mi primo Rodrigo, le conté de mi viaje a Veracruz y Oaxaca. Le enseñé la foto de Lucero con su mamá. Había pensado en no contarle nada a nadie, pero no pude resistir y le detallé la historia del asesinato de la mamá de mi tía. Rodri se ofreció a llevarme al lugar prohibido de la casa para ver las armas de mi abuelito, respondí que no, igual lo acompañé. Entramos a la biblioteca de mi abuelo. Muebles oscuros, libreros oscuros, libros oscuros ordenados por colores. Las paredes tapizadas de verde sombrío con una que otra flor de lis, los sillones de piel negra, las alfombras color vino con pequeños puntos negros, los muebles horribles hechos de madera de barniz oscuro y brillante a la vez, un olor a viejo, a encerrado, a caduco. Los libros de la inmensa biblioteca estaban encerrados en vitrinas, me dieron la sensación de que hasta para leer en esta casa había que pedir permiso. Allí estaba mi primo Genarito con los más grandes, creí que le habían puesto ron al ponche de frutas porque estaban muy alegres y habladores.

Genarito les explicaba a los otros primos el nombre y características de cada pistola de la colección. La vitrina estaba

cerrada con llave, contaron por enésima vez la anécdota del tío que cuando niño le disparó a otro tío que nunca conocimos porque lo mató jugando a los soldados. Mi primo Arnoldo, al que casi no conozco porque vive en Puebla y solo viene en Navidad, dijo que no hay familia militar que se precie de serlo en la que no haya una anécdota de un niño que mata a otro niño jugando con las armas de su padre. No tenía claro si lo decía con ironía o en tono celebratorio, me incomodó no entender los códigos en que ellos hablaban. Yo dije que eso pasaba todavía, que los hombres se matan entre hermanos, ellos me miraron como si hubiese señalado una aburrida obviedad. Se rieron y apostaron por quién podría matar a quién de entre ellos.

Mi primo Ignacio dijo que a él le encantaban las películas del viejo Oeste, que le gustaría ir a matar indios a Estados Unidos. Su hermana Carmen le riñó pidiéndole que no dijera eso ni de broma. La miré acercándome a ella, me maravilló descubrir que le parecía injusto también que mataran a los cherokees y comanches para robarles sus tierras. Mi ilusión se desvaneció cuando mi prima acotó que para qué se quería ir al otro lado a matar indios si había tantos indios que matar en México. La miré sorprendida de que fuera incapaz de darse cuenta de que sus abuelos son tepehuas de Puebla, más indígenas que españoles, estaba a punto de decirle algo, me quedé callada.

Genarito nos confesó que su papá le prometió que si sacaba puro diez en los finales, el bachillerato de la Escuela Militar le regalaría una pistola nueva, de las que los gringos le venden al Ejército mexicano. Yo me le quedé mirando atónita, Rodri me dio un codazo y negó suavemente con la cabeza, otra vez esos gestos para que me calle la boca, esta vez tenía razón, el silencio era mejor para mí. Nos salimos de allí mientras los chicos se carcajeaban por tonterías y atrocidades. Al salir, Rodrigo me pidió que mejor nos bajáramos al patio. Ya iba a ser la hora de que nos dieran los regalos de los tíos e irnos a la casa de cada quien para amanecer en Navidad y ver los regalos de los papás que se hacen pasar por Santa Claus. Yo pedí una cámara Polaroid que saca fotos instantáneas, son como magia, nadie las tiene que revelar. Ya quiero que amanezca con el árbol lleno de regalos.

Nos sentamos en la escalera, frente al jardín de geranios con una pequeña fuente de piedra que jamás ha tenido agua, estábamos tiritando de frío, Rodrigo bajó la voz, casi en un susurro, se me acercó, sus palabras salieron flotando en una bruma de vaho producido por el choque entre la tibieza de su respiración y el aire gélido.

—¿Tú crees que el papá de Lucero era militar?

—No sé, ¿por?

—¿Cómo tenía una pistola y cómo sabía disparar si no?

—Ni idea —respondí tiritando, guardando mis puños bajo las axilas y sin quitar la vista de la fuente seca—, trabajaba en los ferrocarriles.

—No me gustan las armas.

—A mí tampoco.

—El otro día mi papá me castigó porque hice mi tarea sobre el Tratado de Tlatelolco.

—¿Qué es eso?

—El que firmaron el año pasado para la prohibición de las armas nucleares en América Latina.

—¡El año en que nevó en la ciudad!

—Sí.

—¿Y a tu papá eso en qué le afecta?

—Bueno, es que me saqué un diez con excelente y se lo enseñé. Al final de mi tarea puse que deberían prohibir todas las armas, eso no le gustó. Me dijo que soy un retrasado mental, que no entiendo nada. Dijo que a ver si no salgo maricón.

—¿Qué tiene que ver esto con ser maricón? ¿Si te gustan los hombres no te gustan las armas? Dice mi abuelito que al poeta García Lorca lo mataron por comunista y maricón. A lo mejor tu papá cree que también eres comunista.

—No sé, no conozco a ningún maricón y no me interesa eso de ser comunista. Creo que lo dice para humillarme porque no soy como él, ya dije que yo quiero ser matemático, no soldado.

—Ah, es que a los soldados les gusta eso de matar.

—¿Te digo algo?, pero júrame nunca decirlo.

—Lo juro.

—Le tengo miedo a mi papá. Creo que es un hombre malo.
—A mí también me da miedo.
—¿Tu papá?
—No. El tuyo…

El Año Nuevo fue diferente a las navidades. Pasamos esa última noche del 68 con mis abuelitos maternos. Allí fue pura fiesta y comida deliciosa, me gusta que los hombres y las mujeres se sienten juntos después de cenar y hablen de todo, no como en la de mi papá, que los señores se ponen a tomar, a jugar dominó, discutir sobre futbol, y las mujeres están en otra sala hablando de cosas que a ellos les parecen ociosas.

Fue la Nochevieja más bonita del mundo, la casa estaba llena de velas encendidas, había música y mucha comida deliciosa. Pusieron varias mesas juntas con manteles blancos, tuvieron que conseguir unas sillas prestadas porque en su casa siempre hay lugar para quien está solo. Abuelita decoró con flores de nochebuena y las uvas de los buenos deseos estaban en racimos al lado de cada copa, todas las personas estábamos medio amontonadas, pero a nadie pareció importarle. Cuando ya terminábamos de cenar, mientras preparábamos nuestros deseos para comer las uvas del buen augurio, mi tío Bernardo se levantó a abrir la puerta y como una aparición fueron entrando Ana, Olinka, Magdalena de la Isla y la China Mendoza que entró levantando los brazos, haciendo piruetas como si fuera una danzarina loca de felicidad porque las amigas estaban de vuelta. Todas las abrazamos, Ana estaba mucho más delgada, algo demacrada y hermosamente sonriente, como si llegase de un día de campo y no acabara de salir de la cárcel apenas hacía una semana. Cuando la vi pensé que la libertad devela cierta belleza que tiene un aire de adversidad vencida.

Mamá feliz, papá cariñoso y contento. Me gustó verlos así, Juan me dijo que no era mi responsabilidad que fueran felices, que era la de ellos que yo lo fuera. No concebí cómo él no se preocupaba por sus papás como yo por los míos. Creo que es porque aún no ha entendido la fragilidad de nuestras vidas. Tal vez sea porque él

nunca ha visto morir a nadie y por eso sus miedos son mucho más pequeños que los míos. Ojalá mis temores fuesen también impalpables partículas de lo imaginario.

Nadie le preguntó a Ana sobre Lecumberri, solo brindamos prodigando amor y celebrando la suerte de tenerla entre nosotras; la China Mendoza recitó unos poemas nuevos. Hablaron de la tristeza que ha provocado en el grupo de mujeres que Leonora Carrington se haya ido de México, mamá aseguró que volverá, que es una aliada invencible del movimiento, abuelita dijo que Leonora nació con el alma descarnada y el mundo le dolía demasiado, temía por sus hijos y por eso se fueron a Nueva York.

El tío Bernardo estuvo a cargo de la música y cuando llegaron las campanadas yo me tuve que inventar deseos nuevos porque de los doce que tenía seis eran para que liberaran a Ana y a las mujeres de Lecumberri. Aunque como no sabíamos si liberaron a todas, por si las dudas pedí dos por aquellas cuyos nombres desconozco. De los nuevos cuatro deseos uno fue para que la historia de mi tía Lucero fuera contada algún día como ella merecía, desde la voz de la niña que vio a su padre dejarla huérfana por la fuerza y otro fue para mí, para que desarrolle la capacidad de dejar de ver de vez en cuando el dolor del mundo, a ver si se me cumplía. El tercer deseo era para que yo siempre tuviera ganas de amar a Juan y ser correspondida en esa voluntad de seguir queriendo, esa de la que él habla y yo aún no he logrado sentir, solo he percibido mariposas en el estómago (mi tío dijo que eso es ansiedad y deseo, no amor), yo tenía ganas de beberme sus besos todo el día. El cuarto fue que cuando en los libros de historia de mi país se cuente el 2 de octubre y todo lo que pasó en el año 68, alguien se atreva a decir la verdad del Círculo de las mujeres poderosas que estuvieron y están salvando y acompañando a los señores que son muy listos, muy borrachos, algunos inteligentes y otros mentirosos y machos, a ver qué escriben ellos, los que mandan, los que cuentan sus historias en las que mi mamá y todas ellas parece que no existen, que no tienen voz, ni nombre, ni hijas, ni vida; ni siquiera muerte. Creí que necesitaría más uvas, o más deseos, o más tiempo para aprender a nombrar lo

que quería y necesitaría para sentirme libre, para crecer sin miedo a habitar el vacío.

Es 2 de enero de 1969, extraño a Juan, se fue de vacaciones con su familia hace dos semanas, cumplirá diecisiete años el 10 de enero lejos de mí.

XVIII

Gabriela organiza una tardeada por su cumpleaños en el mesón español El Lobo Estepario, mamá se ofrece para ir de supervisora junto con Olinka. El papá de Gabriela está muy ocupado en su consultorio, la mamá deprimida encerrada en casa. La fiesta de su hija no les interesa. Hablé con ella ayer para decidir qué nos íbamos a poner, la escuché feliz. Camilo le prometió una sorpresa, creo que están muy enamorados.

No puedo creer que mi mejor amiga cumpla dieciséis años, reprobó tercero de primaria y después sexto año, allí es donde nos hicimos amigas. Como es más grande y segura de sí misma, me protegía de los niños que se burlaban de mí, por mi apariencia, por mi delgadez, por mi timidez, por mi pelo rizado, porque no me ha dado la gana ser normal.

La veo entrar al mesón, donde ya la estamos esperando para celebrarla. Mamá y Olinka dicen que no pueden creer que el papá de Gabriela haya pagado por ese salón en el restaurante en plena Zona Rosa cuando hay tantos lugares, incluido el jardín de su casa, para hacer la fiesta. Ella está feliz, entra vestida con una minifalda negra de piel, botas de plataforma no muy altas, una camiseta halter que le deja ver el ombligo y una chamarra de piel negra con estoperoles que le acaban de regalar sus papás. Parece mucho mayor, se ha pintado los ojos con sombra verde, me impresiona su magnetismo social, creo que es la persona más valiente y sexy que conozco después de Lucero.

Desde lo que me contó en Tepoztlán he pensado que, si a mí me hubiera sucedido lo mismo que a ella, seguramente me hubiese aislado y no dejaría que ningún hombre me tocase, eso creo. Bueno, lo que yo pienso no importa, lo importante es que hoy es el cumpleaños de mi mejor amiga y ella está feliz.

Cuando entra le gritamos ¡feliz cumpleaños! y ella camina al centro del salón como si fuera una estrella de rock. De pronto se enciende una luz en la esquina del salón, un improvisado y pequeñísimo escenario, Camilo, más guapo que nunca, está sentado frente a una batería, Juan con la guitarra eléctrica, Margarita con un pandero, Gloria en el teclado. Gabriela está a mi lado, se queda paralizada, visiblemente emocionada espera, como saben esperar las chicas que merecen ser recibidas por una banda de músicos que la quieren.

Empiezan a tocar "Let the Sunshine In", la nueva canción de Javier Bátiz. Gabriela comienza a bailar en medio del salón y las demás no tardamos en imitarla. Veo a Juan abducido en la guitarra, no puedo quererlo más, creo que, sin importar la edad, amas de verdad a quien admiras porque se atreve a mostrarse ante el mundo con sus talentos y emociones. Es la edad en la que descubrimos que nuestro cuerpo y cada órgano que lo habita se manifiestan vivos solo frente a nuestras amistades, nada malo puede sucedernos si nos acompañamos en esta aventura que es nuestra invención del mundo y sus placeres.

De pronto Camilo llama a Gabriela, ella sonríe mientras se coloca frente al micrófono como si fuese su destino al nacer. Se hace un silencio, cierra los ojos, la música suena y mi mejor amiga imita a Janis Joplin. La voz parece de otro mundo, un suspiro colectivo de azoro ante el arte de Gabriela nos emociona, vibramos todas al mismo tiempo. Hacemos los coros de las canciones, bailamos, veo a mi madre y a Olinka al lado de la barra cantando y bailando también, cruzamos miradas, ellas están asombradas por el talento de mi amiga la rebelde a la que sus padres llaman *la sin causa* porque no la conocen, no saben lo que ella ha vivido desde niña, no entienden lo que significa haber nacido hipersensible en un mundo feroz, en un país represor, con padres ricos, conservadores y ausentes, rodeada de adultos sin alma. La admiro, mientras canta viva como una magnolia que florece al atardecer. Canta "Women Is Losers".

—*Women is losers, oh / Say honey women is losers / well I know you must have heard it all / And everywhere / Men always seem to*

end up on top / […] *They wear a nice shiny armor / until there is a dragon for to slay / Any day now.*

Cuando terminan la canción Juan viene hacia mí, lo beso en la boca como si acabase de llegar de un largo viaje. Bailamos desenfadados. Gabriela desparece con Camilo, Margarita y Gloria no paran de bailar, aunque la música ha terminado están abrazadas, se besan con aturdimiento, las miradas perdidas entre sí, como si no hubiese nada más bello en el mundo que la otra. Siento el cuerpo vibrar, una alegría líquida me recorre desde la cabeza hasta los pies. Creo que mis amigas son la fuente de la felicidad y ellas provocan que en mí se origine igualmente un amor indestructible, ese que por dentro fluye y arroja luz, ganas de vivir, de romper este mundo para inventar otro. Somos gotas de agua que juntas serán marea, océano, huracán y tormenta siempre que haga falta.

Juan se ha ido con Camilo y Gabriela a comprar cigarros, voy al baño, al salir descubro que hay otro salón lleno de señores que parecen el centro de atención, los observo desde el quicio de la puerta. Hablan todos al mismo tiempo, fuman, beben y algunos ríen entrecortado y bajando el tono con la discreción típica de señor mayor que se siente avergonzado de expresar alegría. Detrás de mí está Olinka, que ha salido del baño de hombres. La veo hermosa, alta, en pantalones a la cadera con unas botas de charol, blusa de holanes con amebas casi transparente que deja ver sus pezones, ella, como muchas, se niega a usar brasier y, por primera vez, lleva los labios teñidos de carmín borgoña. Me mira sonriente, pone sus manos en mis hombros para espiar conmigo.

—El baño de mujeres estaba ocupado —dice tocando mi hombro, de pie a mis espaldas.

—Siempre lo está.

—Mira a esos, el que está hablando es José Emilio Pacheco, es genial, el otro de allá es Carlos Monsiváis.

—¿Ese que parece un sapo?

—Sí, es simpático, lo conocí en el CNH.

—¿De qué hablan?

—De lo que escriben, seguro.

—Hay puros hombres.

—Normal. Así es el club de los intelectuales.

—¿Tienen un club?

—No, es un decir.

—¿Y no hablan con mujeres que escriben?

—A veces, con pocas, en general hablan sobre ellas, no con ellas. O las invitan a coger, a bailar, a escucharlos hablar, a cuidarlos y darles de comer…

Observo a los camareros de camisa blanca, chaleco y pajarita negra sirviendo tragos en todas las mesas llenas de hombres, en alguna hay una señora, pero no en las de los escritores. Alguien toca el hombro de Olinka, reacciona asustada. Ambas dejamos de espiar a los señores. Es Yaretzi, me quedo helada, no entiendo qué hace en la fiesta de Gabriela. Me da un beso como si su presencia fuese normal, Olinka me pregunta si no regreso a la fiesta, tardo en responder, digo sí con la cabeza sin abrir la boca. Se van hacia dentro abrazadas mientras Olinka le dice que las margaritas están exquisitas. Aún de pie entre la puerta del salón vuelvo a mirar al poeta José Emilio. Pienso que la próxima reunión le voy a preguntar a Elena Garro si a ella la invitan, porque es escritora de verdad y creo que está casada con un escritor famoso, ahora no recuerdo su nombre.

Juan regresa con Camilo y Gabriela, huelen a tabaco. Algo inexplicable sucede en ese instante, me lanzo a sus brazos, lo beso con una intensidad volcánica que lo sorprende, una especie de meter la lengua para querer que se anuden nuestras palabras y no tener que pronunciarlas porque nos conocemos, porque confiamos en que este querer es verdadero, aunque sea joven y aunque otros digan que son las hormonas las que hablan. Lo beso, porque mis labios húmedos hablan por sí mismos, porque ahora sé lo que quiero, lo que me hace sentir segura y feliz, por el momento es suficiente. Allá afuera mi país está en llamas y aquí adentro yo solo quiero ser una chica feliz que ha aprendido a besar en medio de la incertidumbre de un mundo que duda de si la libertad es buena, si la igualdad es recomendable, si las adolescentes tenemos derecho a hablar en voz alta.

Entramos a la fiesta. Nos enteramos de que los señores del salón de al lado han pedido que apaguen la música. Un hombre adulto recita algo a lo lejos, así que los chavos no tocarán más. Gabriela argumenta que su padre es amigo del dueño, que ha pagado un dineral para esta fiesta, Camilo, que la quiere de veras, la abraza y le dice que ya está, que disfrutemos platicando y comiendo los canapés que han puesto en una mesa de buffet. Ella sonríe, hacemos el *cuatrabrazo* de siempre, reímos mientras comemos los sándwiches de pan con jamón serrano, quesos de todos tipos. Algunas amistades se acercan a darle regalos a mi mejor amiga y ella los recibe como si fuese la primera dama de la felicidad. Juan, Camilo, Margarita y Gloria beben cubas libres, me sorprende que nadie diga nada. Supongo que los camareros dan por hecho que tienen dieciocho años, los observo y pienso que es verdad, parecen mucho mayores y actúan como si lo fuesen. Tal vez nuestra generación se ve obligada a abandonar la niñez a golpes de realidad y tendrán que pasar muchos años para que logremos entender cómo el país y sus dueños nos atraviesan el corazón trazando el camino de un futuro incierto. Mientras tanto solo quiero buscar estos abrazos a ocho manos que me hacen sentir segura, que reconfirman que valió la pena haber nacido en México. Margarita pide silencio para hacer un brindis, los meseros han repartido refrescos en el salón y todo el mundo tiene un vaso. Ella habla.

—Por tus dieciséis, Gabriela, contigo aprendí que cuando la vida duele, en la adversidad siempre podemos encontrar semillas de libertad.

—Por ti —interrumpe Camilo extrañamente tímido y un poco borracho—, para que tu voz cante hasta que el dolor desaparezca. Te quiero, Gaby.

Nunca había escuchado a Camilo usar el diminutivo. A Gabriela no le gusta que le digan *Gaby*, y en este momento en que miro a Camilo, entregado, sus pupilas llenas de amor, entiendo que es un gesto de ternura infinita. El chico rudo, el roquero guapo, ha bajado la guardia. Eso es el amor, pienso, dejar de protegerse del miedo, entregarse a lo que venga y después entender, como dice mi tío Bernardo, el *amor libre* que no amarra ni aprieta, que no excluye ni

provoca inseguridad, el amor bonito, el de una amistad que fluye y se anhela con todo el cuerpo. Gabriela comienza a tararear sin música "Like a Rolling Stone", todo el mundo hace coro y bailamos canturreando con los brazos al aire. Juan, Margarita, Camilo y Gabriela cantan a toda voz. Los adultos podrán apagar los instrumentos, pero jamás acallarán nuestras voces.

—How does it feel, how does it feel? To be without a home like a complete unknown, like a rolling stone… like a rolling stone.

Las miro, bailo sin cantar, salto con los brazos al aire. Esas somos: las piedras en el camino, las piedras en el zapato, las desconocidas que van rodando sin dirección, buscando un nuevo lugar donde ser nosotras.

De pronto veo que unas adultas caminan en grupo, rápidamente hacia la barra donde mamá, Olinka y Yaretzi estaban brindando. Las sigo con la mirada, me acerco y me detengo en la esquina del bar donde hay poca luz. Frente a mí están mis amigas. En la barra, apiñadas entre tres banquillos están mamá y sus amigas. No lo puedo creer, están usando el cumpleaños de Gabriela para sostener un mitin del Círculo. Además de las que vi entrar hace unas horas, reconozco entre la penumbra de la barra a Elena Poniatowska, la periodista Oriana Fallaci, Alaíde Foppa y a Nancy Cárdenas que es tía de Margarita.

Un hombre trae una bandeja de vasos sucios y unos platos, comienza a acomodarlos de forma ruidosa, el barman le entrega una charola con varias cervezas y otras bebidas, discuten sobre una orden de aceitunas que pidió hace mucho, el otro le avienta un plato pequeño de olivas, su discusión me impide escuchar a mamá. Me coloco al lado del mesero que me ignora por completo. Otro chico se acerca con una bandeja de vasos sucios, me muevo para que ponga las botellas de vino vacías. Mamá está hablando con Alaíde, ellas no me han visto.

—Te digo, a la Tita la detuvieron el 3 de enero y dicen que le van a dar como mínimo dieciocho años de prisión por sedición y asociación delictuosa.

—¿Por volantear a favor de la huelga universitaria? —pregunta Oriana con un acento italiano que intenta hablar español—, pero

¿cómo se atreven? *Questi stronzi.*

—Te lo dije —explica levantando la voz Alaíde—, yo vi cuando la Nacha corría con la manta de la Facultad de Derecho y le gritaba desesperada a la Tita: "Suéltala, comadre, suéltala, pendeja, que son balas de verdad y nos van a matar".

—¿Cómo? No me puedo creer que la Nacha y Tita con lo que sabían creyeran que los militares iban a tirar balas de goma.

—Claro —responde Olinka—, tal vez pensaron que podían encarcelarlas o golpearlas a lo mucho, pero nadie de ese grupo pensó que intentarían matarlas. Van a tener que entender que ante el poder todas somos desechables.

—Es que José Revueltas y Elí de Gortari les dijeron que después de lo que pasó el 2 de octubre era improbable que siguieran matando estudiantes y activistas —interrumpe Elena Poniatowska.

—Es un desastre, estoy harta de las anécdotas de lo que dijeron ellos —dice mamá con tono desesperado luego de darle un trago a lo que parece un martini—, hay que buscar una nueva abogada que se atreva a sacarlas de la cárcel de mujeres. Con todas nuestras diferencias, Nacha y Tita son compañeras de lucha.

—¿No están en Lecumberri? —pregunta sorprendida Oriana.

—Las van a mover a la cárcel de mujeres en Santa Martha Acatitla y de allí ninguna sale —suspira Yaretzi al terminar la frase—. A Santa Martha van las desposeídas —dice en un tono que me hizo temblar.

Respiro profundamente intentando aclarar la mente y el corazón. Otra vez esta angustia que odio. Tengo náuseas, estoy enojada porque caigo en cuenta de que mamá fingió que quería venir a cuidarnos para reunirse con sus compañeras. Me siento utilizada, no puedo aclarar en mi cabeza lo que opino, soy pura contradicción. Las escucho y entiendo por qué están con nosotras en esta fiesta, aquí ellas son un grupo de madres inocuas para el gobierno: se pusieron guapas, brindan en la barra de un bar caro, cuidan de sus hijas. Estoy harta de que mamá no sepa detenerse, es confuso, parece una interminable batalla entre personas adultas a las que no les interesan nuestros espacios personales. Su lucha parece ser lo único importante.

Al mismo tiempo pienso que en aquel otro salón están sin preocuparse los escritores famosos que apoyan el movimiento estudiantil, seguro sus parejas están en casa haciéndose cargo de que todo funcione, aquí están los rebeldes con las luces encendidas y recitando sus versos frente a gente que les aplaude y, en la fiesta de mi amiga, escondidas en la esquina oscura del bar, mi mamá y sus amigas activistas hablan en voz baja, actúan como madres que vienen a cuidar chavitas a una fiesta. Me siento culpable por estar enojada con ellas, sé que están aquí para planear cómo sacar a sus amigas de la cárcel, pero yo estoy aquí para divertirme con las mías. Tal vez papá tenga razón y los rucos no deberían meter a sus hijas en los problemas de su país. Veo a mamá hablando con Oriana, que dice que van a publicar artículos por toda Europa para que se sepa de verdad el alcance de la represión en México, tengo ganas de gritarles que se vayan y no me atrevo.

Es una locura, no cabe en mi cabeza tanto embrollo.

Me voy con Gabriela, quiero reventarme, estar contenta, bailar, cantar desafinada, ser adolescente y no pensar en nada que me duela. Me acerco a Juan, me abraza por la cintura mientras me da un beso suave en el cuello, mi cuerpo se colma de infinitos destellos de emoción que quieren salir por todos los poros de mi piel. Este chavo tiene el don de hacerme sentir segura, no porque me proteja, sino porque su paz interior es como una isla en la que todo parece estar en equilibrio. Yo, en cambio, soy una tormenta de emociones e ideas inconclusas. Nuestras miradas se enganchan, sus ojos están llenos de dulce armonía, los míos de caos amoroso. Su armonía y mi caos prometen un futuro posible.

XIX

Paso toda la semana enfadada con mamá, ignorándola. Cada vez que me pide que nos sentemos a hablar le digo que no puedo, si no es la tarea, es salirme a jugar básquet, leer un libro para las clases de lógica o las clases de guitarra. La paso huyendo de ella y haciéndole sentir mi enojo. Estoy harta de hablar, de reflexionar, como dice ella, sobre cada emoción que me abruma, además estoy llena de rabia por lo que hizo en la fiesta. No quiero discutir, quiero que me deje en paz.

Es sábado y mi abuelita me pide que la acompañe al mercado de Tacubaya, va a preparar comida para llevar el lunes a Oaxaca, que ahora sí vamos a enterrar las cenizas de mi tía Lucero en el guayacán, que dice Dayami que ya sacó la primera flor. Me gusta ir a este mercado, dice mi tía Elvira que Tacubaya y el barrio de al lado, que se llama Tlacateco, eran pueblos muy bonitos cuando ella era niña y aún no pertenecían al Distrito Federal. Los edificios son coloniales y como la iglesia de San Juan Bautista está pintada igual que el mercado, con arcos y campanario en color salmón, una pensaría que el mercado es el patio trasero de la iglesia. La calle que lo rodea está pegajosa, el trajín de señores llevando diablitos con leña, sacos enormes de papas o naranjas hace que se sienta vivo todo. Un chavo con un diablito cargado hasta el tope de bolsas de malla llenas de camotes lleva una gorra de las Chivas del Guadalajara y una camiseta del Necaxa, supongo que es un raro indeciso del futbol, si papá lo viera le pediría que se decida por un equipo al que debe ser fiel. Lleva la manga derecha redoblada para sostener una cajetilla de cigarros, va chiflando una canción de Pedro Infante que reconozco porque a mi abuelita le encanta ver sus películas una y otra vez. Noto que la gente sonríe, trabaja y parece feliz.

Pasamos al lado de un anciano que sobre la mesa cuidadosamente pintada de colores mexicanos tiene pajaritos de la fortuna. Me detengo un momento, abuelita sonríe, el anciano me pregunta si quiero que me adivine la suerte, miro a mi abuela, ella saca unas monedas y se las entrega. Me pregunta mi nombre, abre la jaula y sale un canario con un copete marrón. Le pone enfrente una cajita llena de pequeños papeles y le dice, "a ver, pajarito simpatía, dile su fortuna a Julieta que en ti confía". El canario saca un papel, el anciano le da alpiste e inmediatamente el ave vuelve a su jaula. El hombre me pregunta si sé leer o si quiero que me lo lea. Me entrega el papelito impecablemente doblado en cuatro. Lo abro, escrito a máquina se lee "Prepara tu corazón para el regreso de las golondrinas. Todo se va a arreglar si haces el bien sin mirar a quién". Lo leo en voz alta, sonreímos y lo guardo en el bolsillo de mi pantalón. Una parte de mí sabe que es un juego, la otra se pregunta qué significará que vuelvan las golondrinas.

Huele a comida, tufillos intensos, salados, dulces, ácidos, picantes, vivamente especiados. La entrada está rodeada de puestos de comida; como todavía hace frío en enero en algunos venden pozole calientito blanco o colorado según el gusto, así lo anuncia casi cantando una señora gorda y feliz que tiene las mejillas rojas, quemadas por el sol, su trenza como diadema y vestida con mandil verde con una rosa amarilla bordada en el pecho. En otro puesto con el techo de plástico verde hay una cartulina que anuncia tamales, rojos, de mole, verdes de pollo y los *súper espezialidad de la casa* (así lo han escrito) de dulce con anís, pasitas de las buenas. La olla enorme despide una nube tibia con el olor de chocolate caliente hecho con atole. La mujer gorda feliz abanica un pequeño cartón para que el aroma de los tamales y el atole llegue a nosotras. La boca se me hace agua, no tengo hambre, pero sí la urgencia de un tamal de dulce. Mi abuelita promete que a la salida lo compramos. La señora gorda de las mejillas rojas me mira a los ojos y dice que allí me espera con un tamal rosa. Le sonrío, mientras pido que me guarde uno.

Caminamos por los pasillos coloridos, las frutas y las verduras fulguran, los olores de las especias y la comida cargan el ambiente.

Mi abuelita habla con las marchantas, compra huauzontles, tres kilos de flor de jamaica para el agua, calabazas y tomatillos, le digo que doña Sabina se va a enojar si llevamos algo que tiene en su huerto y la milpa, se pone rabiosa porque insiste en que para qué tiramos el dinero cuando en su casa hay de todo de la mera temporada en que crece la comida. Sabina dice que debemos comer lo que la tierra te da en cada estación. Mi abuelita responde que eso es para su casa, que a Oaxaca solo llevará lo que le pidió la mamá de Yaretzi.

Ella de todas formas siempre lleva comida preparada para compartir, dice que va a preparar conejo a la mostaza y unos pasteles de mousse de chocolate que le chiflan a doña Sabina. Me recuerda que cuando una va invitada a comer siempre debe llevar ofrenda de un platillo o un postre especial hecho por una, que esa es una costumbre que aprendió en México, entre todas nos alimentamos de lo que cada una sabe y puede dar.

La marchanta me regala un trozo de buñuelo con miel de piloncillo, porque se estaba comiendo uno con tanto antojo que cuando la miré le pregunté cuánto costaban, mi abuelita dijo que no los vende, que es su comida, entonces la vendedora cortó un pedazo y me dijo: "Ándale, chamaca, que si no te lo comes te sale un lunar en la lengua por el antojo negado".

Seguimos por los pasillos mientras mi abuelita me dice que no le gusta que mamá y yo estemos enfadadas, que lo mejor es hablar. Yo respondo que no, que estoy harta de que siempre le importan más sus ñeras que yo.

—¿Qué es eso de ñeras?

—Pues sus compañeras, abue. Ya no quiero discutir, por favor.

—No estoy discutiendo, solo quería saber lo que significa la palabra.

—Rucos y momias son los viejitos que no entienden a la chaviza —sonrío.

—Bueno, bueno, tampoco quiero un curso de jerga juvenil —se ríe e inmediatamente comienza a tocar unos aguacates para entregárselos al marchante que tiene cara de pocos amigos, pero en cuanto sonríe parece un Topo Gigio gigante y tierno. Ella paga, me

entrega las frutas que yo meto a una de las bolsas de yute que siempre traemos para la compra. Seguimos caminando.

—Pues dile a tu mamá que ya no quieres estar en el grupo feminista. Que quieres vivir tu vida y que te deje en paz —dice tranquilamente mientras busca con la mirada el pasillo al que quiere que vayamos.

—Agggh, es que no es tan fácil. No quiero dejar de estar allí, solo quiero que no sea todo el tiempo, cada día, cada minuto que hablemos de esos temas. Mamá es una obsesa, no puede parar cuando algo le interesa.

—Mhm, me recuerda a alguien que estoy mirando ahora mismo con una bolsa de frutas y verduras en las manos.

—No te burles de mí, abuela, sabes que tengo razón. Está bien defender las causas, pero ¿de verdad tiene que ser hasta en las fiestas?

—Pues entonces… díselo.

—…

Yo la miro mientras caminamos pensando en que es mejor guardar silencio. Ella ahora habla con el de la pescadería. Observo el suelo y me alejo un poco, no quiero que mis Converse, aunque estén viejitos, se llenen del agua que escurre de las bandejas de hielo llenas de pescados, pulpos, calamares y unas ostras raras color negro. De pronto subo la mirada, frente a mí hay un cazón enorme con la boca abierta, como si hubiese muerto desesperado en su último respiro, entre los dientes tiene un poco de sangre, probablemente del anzuelo. Lo miro, sus ojos fijos me provocan un estremecimiento, están grises vidriosos, tiro la bolsa al suelo, la fruta rueda en nuestros pies, mi cuerpo arde, mi abuelita pregunta qué pasa, que por qué he gritado, no soy consciente de que algo hubiese salido de mi boca, me tiemblan las piernas, quiero salir corriendo, lo hago. Mi abuela intenta abrazarme y la empujo, me doy cuenta de reojo de que una señora a su lado la agarra antes de que caiga, no me importa, camino a toda prisa, desorientada, escucho mi nombre a lo lejos, mi abuela y la señora que la ayudó van detrás de mí, corro entre los pasillos, un poco mareada. Ahora estoy en una de las salidas del mercado, intentando respirar, es imposible, me ahogo,

me tiembla todo el cuerpo, estoy a la deriva, no recuerdo dónde estoy. Siento unos brazos que me arropan, intento quitármelos, forcejeo, me voy paralizando de angustia mientras caigo sentada en el último escalón de la salida del mercado.

—Lucero, Lucero, no te mueras, no te mueras, por favor —me descubro llorando una súplica. Mi abuela me acuna con fuerza, me besa la cabeza. Yo me la quito de encima como si fuese un estorbo que me impide respirar. Se queda a mis espaldas sin tocarme.

—Está bien, mi amor, llora, llora, grita. Está bien, saca todo el dolor.

Ella me abraza de nuevo y me muevo como tlaconete en sal, siento que me sofoca. Se queda de pie a mi lado, hay mujeres que se acercan, unas de mironas, otras a ofrecer ayuda. Una dice que tengo que beber Coca-Cola para el susto, la más joven dice que agua y muestra una botella que no acepto, la de los tamales se acerca con un vasito de atole de chocolate que no logro agarrar, tengo las manos paralizadas, anudada una con la otra, oscilo el cuerpo adelante y atrás con ansiedad, una anciana jorobada a la que le faltan todos los dientes viene corriendo con un bolillo pequeño recién horneado. Me lo ofrece como si fuese la cura de todos los males del mundo. Lo suelta sobre mis piernas y se aleja para mirarme bien.

—Le agarró el telele a la chamaca —dice la señora del bolillo—, ¿está malita de su cabeza?

—No, comadre, se mira que se le metió el diablo al cuerpo, a las chamacas les pasa eso en la ciudad —asegura un anciano que vende estampitas de vírgenes y santos en el puesto junto a las escaleras, donde está el letrero que ofrece exorcismos en la trastienda.

—No, la niña vio morir a su tía y lo traía atorado —les dice mi abuela en voz alta. Me siento exhibida.

—Uy, es que no es bueno que las niñas vean la muerte —opina la señora de la Coca-Cola—. Aquí en la esquina está el puesto de la chamana y la santería. Llévela para que le saquen a la muerta de encima. Si no se la saca le va a seguir haciendo el mal por dentro. A ver si no acaba en un manicomio como el de la Castañeda.

—Gracias —responde la abuela con una paciencia infinita.

Yo he dejado de sollozar, poco a poco empiezo a respirar, aunque todavía no puedo hacerlo profundamente. Todo a mi alrededor parece suceder en cámara lenta, como si mis sentidos se hubiesen alterado, me siento abrumada entre los olores, las emociones, las voces, las miradas.

De pronto se acerca otra mujer, es la que ayudó a la abuela cuando salí despavorida de la pescadería. Ella y un muchacho que parece su hijo traen todas nuestras bolsas de la compra. El muchacho se acerca y me ofrece una manzana, la limpia en su camiseta como si quisiera sacarle brillo, no la tomo, se la queda en la mano. Lo miro, tiene la piel de bronce, los ojos de azabache y unas pestañas inmensas, es flaco con unos dientes grandes y muy blancos. Se sienta a mi lado en la escalera mientras mi abuela agradece a la señora, ella le dice que el de la pescadería le manda este robalo de a gratis, que si quiere ir a pagar lo otro que le pidió. Mi abuelita me avisa que se va a pagar a toda prisa. Mientras tanto el chavo de los ojos negros me pregunta en voz baja:

—Neta que viste que la mataron. ¿Cómo? ¿Quién fue?

—Sí, los militares en Tlatelolco, bueno, uno de ellos, a patadas y luego le pegó un balazo. Yo vi cómo poco a poco se estaba muriendo frente a mis ojos y no pudimos ayudarla —me sorprendo contándole los pormenores del asesinato a un chavo que acabo de conocer hace unos segundos. Lo que no le he contado a Juan se lo narro con detalle a este desconocido de la manzana. Poco a poco vuelvo a respirar. Mi abuela regresa y espera pacientemente a mis espaldas, no dice nada. La gente se aleja, ya no hay escándalo. El chavo de las pestañas inmensas me pregunta:

—¿Y por qué la mató el milico?

—Por protestar el 2 de octubre.

—Ahhh, dicen que eso estuvo feo, más feo de lo que cuentan.

—Más feo de lo que podremos decir nunca.

—¿Y había mucha sangre?

—Mucha, se le quedaron los ojos abiertos, yo vi cómo se le salía la vida por la boca, y alrededor la gente corría, los militares y los policías golpeaban y arrastraban a estudiantes en los edificios, en la explanada había zapatos volcados por todas partes, zapatos sueltos,

estaban sueltos, sin pies, sin pares, eran de colores, grandes y pequeños.

—Es que cuando la gente huye pierde cosas, se le confunde todo, una maraña en la cabeza. Nosotros vemos más que los rucos porque para nosotros la muerte es nueva, ¿y antes de que la mataran qué pasó?

—Antes de ir a escondernos a la panadería, primero yo estaba feliz porque éramos miles marchando, de repente todo se descompuso. Yo estaba espeluznada por la densidad del gentío, oía gritos de *correcorrequenosvanamatar*, otros de *dóndeestánmisniñosayudaporfavormisniños*, el terrorífico estrépito de rifles que disparaban pum, pum, pum, tracatracatraca.

—Tracatraca hacen las metralletas, no los rifles.

—Yo nunca había oído balazos, no sabía cuál era de qué. Luego el rasposo trrrontrrrrontroooon de los tanques que hacían trepidar el suelo de Tlatelolco. Mamá me jalaba arrastrándome a ratos, yo lo miraba todo, parecía una mentira, un sueño, cientos de brazos y manos que se movían como si levantarlos les ayudara a correr mejor, rostros despavoridos, caras deformes, algunas borrosas por los gritos y el asombro. Adultos y niños hacían zigzag huyendo de las balas y las macanas.

—¿Cómo se salvaron ustedes?

—No fuimos las únicas. Mamá tenía un plan de escape, mi tía y las otras también, pero se alejaron mucho. Mamá dijo que desde los márgenes a veces se huye mejor. El panadero nos estaba esperando, nos metió y nos tumbamos.

—¿Tu jefa qué hizo cuando la mataron?

—Estaba tirada a mi lado dentro de la panadería, pero ella no pudo ver todo lo que yo vi porque el hueco para mirar era muy pequeño.

—O a lo mejor no quiso ver, ¿era su hermana?

—Como si lo fuera.

—Pues eso, si van a matar a mi hermano creo que cerraría mis ojos. Eso da mucho miedo, ¿tú por qué no los cerraste?

—Pues porque sentía que si me veía que la miraba se iba a hacer la muerta como habíamos quedado, hicimos un trato, y entonces no

la podrían matar.

—Chale, qué mal pedo que no guardó su palabra de honor, ¿estás encabronada con ella?

—N… no sé, pero ¿cómo te enojas con una persona que está muerta?

—No mames, pues encabronándote nomás, así, le hablas al cielo y le dices cosas. Neta que yo sí lo hacía.

—¿Para qué? Ya qué arreglas gritándole al cielo.

—Chale, se ve que eres una chava lista pero no estás pilas. Pus qué vas a arreglar, si no se arregla a los muertos o a los que nos abandonan, lo que arreglas es tu alma, para que no viva enchilada de rencor y se tateme.

—¿Tú cómo sabes esas cosas? ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, lo sé porque la vida te da chingadazos, aunque no quieras. Mi jefe se largó, se robó todos los ahorros de mi jefa, vendió el puesto que teníamos aquí en el mercado.

—Qué maldito. ¿Y a dónde se fue?

—Para los *yunaited esteits* con la chavita de la peluquería. El cobarde se fue a medianoche, no se despidió, nada dijo, como si no existiéramos mi mamá, mi hermanito y yo.

—¿Tú le gritaste al cielo?

—A güevo, durante muchos días le dije de todo al cabrón, hasta que me saqué la rabia del pecho. Tuve que dejar la escuela para chambear con mi jefa y empezar desde nada. Nos abandonó y nos convirtió en *nadies*.

—Qué feo. Cuando se murió mi tía Lucero yo sentí que desaparecí ante sus ojos, y cuando tu papá te abandonó para irse a una mejor vida, tú desapareciste.

—Chale, somos un par de perdidos nosotros —dice bajando la cabeza abatido, quitándome la mirada de los ojos por primera vez. Sigue con la manzana en la mano.

—Todavía me sé la lista de los panes que vendían en la panadería ese día, los recito a veces sin darme cuenta, como esos versos que te enseñan en la escuela.

—Yo me acuerdo de la canción que estaban tocando en la radio esa mañana que estábamos desayunando y mi jefa se dio cuenta de

que mi jefe se había escapado, le dejó una nota. Ella la leyó, mi hermano y yo estábamos tomando atole, comiendo huevos con frijoles. Mi jefa se quedó parada con la nota y lloraba bajito, como si le diera vergüenza sufrir. La radio tocaba "Norma la de Guadalajara" de Pérez Prado y no me la puedo sacar de la cabeza, aunque quiera, a veces me descubro tarareándola mientras chambeo —sus pupilas negras se clavan en mis ojos, parece que sonríe con la mirada, un gesto de alguien que te entiende sin tener que decirlo. Nos miramos, tiene unas cejas negras, tupidas, es un hombre hermoso, de pronto me pone nerviosa mirarlo. Comienzo a recitar sin pensarlo.

—Orejas, besos, campechanas, banderillas, garibaldis, polvorón, ojo de buey, corbatas y moños, mantecadas, cocoles, birotes, bolillos, ladrillos, hojarascas, pan de muerto, pan de pulque, piedras, picones —recito con ritmo de poema de Bécquer para quitarme la nueva mariposa que me revolotea en el cuerpo. Ahora ambos sonreímos, él comienza a imitar los instrumentos de la orquesta de Pérez Prado con los cachetes inflados, suena idéntico, las trompetas y el ritmo son perfectos. Yo sonrío por primera vez.

—Phthrutuurururu, phphphph, phtuthuturu, phtururú, maaaambó.

—Lo siento —interrumpe mi abuelita, me toca el hombro, dice que la disculpemos, pero tenemos que irnos.

Miro al chavito, me ofrece la manzana brillante, parece pintada a mano, roja con líneas amarillas que se derraman desde el tallo, se ve firme, jugosa y dulce, la agarro. Me pongo de pie y él conmigo, me afianza el brazo mientras nos paramos. Le pregunto cómo se llama, responde que Aurelio. Le digo que soy Julieta. Me desea buena suerte, dice que nosotros nos vamos a reencontrar cuando sea propicio, le creo y lo abrazo rápidamente, respiro el olor de su cuello, él se sorprende, nos miramos sin pestañear. Sus ojos están llenos de ternura, los míos de agradecimiento. Su ternura y mi agradecimiento inventan una emoción que no tenía nombre antes de conocerlo.

XX

Hace cuatro días que papá se fue a revisar una obra en Acapulco. Su despacho está construyendo un hotel que él diseñó. Se fue feliz, le dijo a mamá que si el trabajo sigue mejorando podrán comprar el departamento del edificio nuevo en la colonia Roma para salirnos de vivir en Santa María la Ribera. Parece que se tiene que quedar en Acapulco todo el mes. Tengo la sensación de que mamá se alivia cada vez que él se va. Se le ve más contenta, con más energía, no lo sé.

Anoche pensé que debería aprovechar que vamos a Oaxaca para contarle lo que me pasó en el mercado. Le supliqué a la abuela que no diga nada, que cuando yo esté lista se lo contaré.

Juan y yo estamos en mi cuarto, meto algo de ropa en una bolsa grande de manta bordada que me compré en Tepoztlán. Juan toca notas sueltas en el ukelele que le regalaron de Navidad, murmura algo, le pregunto si es una nueva canción, responde que por fin me ha escrito un poema. Me detengo para mirarlo, sostengo una sudadera en las manos, él me mira desde el suelo, está recargado en la cama, sus dedos han dejado de rasgar las cuerdas, parece la estatua de un guitarrista a punto de tocar. Viene a mi mente, como un rayo, la mirada de Aurelio. Ajeno a lo que pasa dentro de mi cabeza me regala la sonrisa más dulce, siento que un calor vertiginoso me sube de golpe a la cara.

—Te pusiste colorada, ¿y eso?

—No… no sé. Es que me gusta cómo me ves. Te quiero.

—A mí me encantan tus ojos en mí. También te quiero.

Se pone de pie, me da un beso muy intenso y se va al baño. Se detiene de pronto para decirme que tengo la mirada muy triste. Mientras camino veo su espalda y la melena que cae sobre los hombros, no me imagino vivir lejos de él. Tal vez por eso no me he

atrevido a contarle lo del mercado y mucho menos osaría decirle que cuando me dijo que me escribió el poema me vino a la mente Aurelio, sus ojos negros de pestañas largas, la sabia ternura con la que me habló, el olor de su pecho, como un bosque de pinos en una tarde cuando apenas acaba de llover. No puedo olvidar la manzana brillante y esa frase sobre su padre: "Nos abandonó y nos convirtió en *nadies*".

No puedo entender por qué no le he contado casi nada a Juan sobre el 2 de octubre, es como si quisiera mantener esa parte de mi vida en otro lugar lejos de nosotros, para que no se llene de miedo, de preguntas, para que no me mire con la desconfianza de quien cree que en cualquier momento podría volverme loca en realidad. No puedo sacarme de la cabeza lo que me dijo el día del cine, cuando vimos *El planeta de los simios*, que no quería que la policía lo viera conmigo y mi madre, como si ese mensaje insinuara la idea de que lo detuvo la policía por nuestra culpa y no por su pinta de jipi en un país que persigue incluso lo que aparenta ser disidencia.

También es cierto que nunca me ha preguntado los detalles de la muerte de Lucero.

Mamá me llama desde su habitación, no suele gritar así, prefiere acercarse a ver dónde estoy y hablar tranquilamente. Entro en su cuarto. Ella se ha puesto unos pantalones de mezclilla, botas y un suéter amarillo grueso y holgado que la hacen verse mucho más joven, lleva el pelo liso y suelto. Sonríe, está guardando algo en la maleta Samsonite azul cielo que le regaló papá por Navidad. Viene hacia mí con una pequeña bolsa de terciopelo violeta, me la pone en las manos.

—Toma, mi amor, son las cosas que Lucero querría que enterrásemos junto a sus cenizas.

—¿Qué son? —pregunto con una incertidumbre emocionada.

—Ábrela.

—Sus aretes de girasoles, su reloj, su medalla de la Virgen de Guadalupe, el anillo de plata de su mamá, su cuarzo rosa del amor, el frijolito mágico que le regaló su abuelita cuando era niña, el llavero de *Peace and Love* que le dio su amante Joe, el baterista, el anillo de compromiso que le dio un abogado guapo de Monterrey

con el que nunca se casó —voy dejando cada pieza cuidadosamente sobre la cama de mamá mientras enumero en voz alta los recuerdos que ella siempre me enseñaba como sus tesoros. Me parece que escucho su voz contándome el detalle de cada pieza. Respiro, muevo la cabeza para espantar el dolor, no quiero ponerme triste antes de tiempo. Mamá me interrumpe.

—Va a ser una ceremonia muy bonita, el florecer del guayacán y la siembra de una ceiba en su nombre.

—Hoy se cumplen cuatro meses.

—Lo sé, qué rápido pasa el tiempo. Luego hay días en que parece que apenas ayer estaba aquí en esta cama, con el cigarro embarrado de labial rojo, contándome sus aventuras.

—Y su vermut con dos hielos y una cáscara de naranja pellizcada.

—Y su risa escandalosa —ahora mamá sonríe mirando hacia el lado de su cama en que mi tía siempre se acomodaba como una diva del cine mientras le aconsejaba qué ponerse para salir con papá, o mientras guardaba la ropa recién planchada en el armario. Yo miro al mismo sitio, como si las dos estuviésemos percibiendo la aparición de mi tía con sus poses sexys y frases lapidarias.

—¿El panadero era su novio?

—Bueno, digamos que su amigo cariñoso. Amor solo tuvo uno. Joe, el baterista.

—¿Solo uno en toda su vida? Pero si siempre estaba contándonos historias de sus hombres.

—Se pueden tener muchas relaciones y no todas necesariamente ser de amor romántico.

—¿Cuál es la diferencia entre un amigo cariñoso y un amor?

—Con el amigo viajas en una aventura de gozo e intimidad, con el que estás enamorada construyes vida y con el paso del tiempo la aventura se desvanece. A veces con el amigo cariñoso te muestras más vulnerable que con la pareja formal, porque sabes que es transitorio.

—Entonces son mejores los amigos cariñosos que los enamorados, o que los esposos.

—No necesariamente…

—Si se acaba la aventura de vivir, se hace monótono todo, ¿no?

—Bueno, sí…

—¿Alguna vez te has arrepentido de casarte con papá?

—Sí, muchas —dice sonriendo y torneando las pupilas hacia arriba.

—¡Ma, es en serio!

—La verdad sí, algunas veces me pregunto para qué me casé… por qué con él.

—Pues para que yo naciera.

—No creas en eso del instinto maternal. Yo no quería tener hijos o hijas. Nunca sentí eso que muchas mujeres describen: el deseo irrefrenable de reproducirme y maternar.

—¿Entonces no elegiste tenerme?

—Elegí tenerte, lo que no elegí fue embarazarme. Falló el diafragma con espermicida. No existía la píldora como ahora.

—¡Cuánto amor maternal, de verdad! —digo entre bromeando y ofendida.

—Si me preguntas te digo la verdad, ¿o quieres que te mienta?

—No, no, está bien, es mejor la neta siempre. Pero si no estabas segura, ¿para qué te casaste con papá? Esa es la parte que no entiendo.

—Uy, mijita, el deseo nos ciega a listas y a tontas por igual. Una cree que va a hacer el amor todas las noches de su vida.

—Por eso es más práctico dormir en la misma casa todas las noches…

—Una buena forma de decirlo —se ríe.

—Creo que es mejor el amor libre.

—Bueno —dice con una carcajada atragantada—, si no hay libertad en una relación entonces no es amor, es otra cosa.

—¿Tú tienes amor libre con papá? —mamá está cerrando la maleta mientras habla y de repente para en seco. Suelta el cierre del equipaje y se me queda mirando, pone el brazo derecho sobre su vientre, abrazando su cintura y el izquierdo con el codo sobre la mano derecha haciendo una L, la otra mano cubre su boca con los dedos abiertos. Se ha quedado pensativa o, mejor dicho, sorprendida con mi pregunta. La observo esperando con ansias su

respuesta que tarda en llegar. Me mira, titubea. Me parece que se abraza a sí misma para atreverse a responder.

—Somos libres, nos respetamos. Es que somos muy diferentes, tal vez más de lo que yo creía. Pero sí —parece que duda de sus palabras—, aunque él es más celoso que yo.

—¿Tú eres celosa?

—No. Nunca lo he sido. No soy posesiva.

—Bueno, ma, con tus causas sí.

—Eso es ser obsesiva, no posesiva.

—Ah… dice mi tío Bernardo que podemos amar a varias personas al mismo tiempo, que el romanticismo monógamo es un invento de la Iglesia para controlarnos.

—Es verdad, por eso es importante elegir a una pareja que crea desde el principio en las mismas seis cosas fundamentales que tú.

—¿Seis?

—Ideología política, reproducción, libertad, igualdad, educación y finanzas.

—¡Uta! Qué súper romántica eres, jefa —me río nerviosa. Siento que estamos teniendo una conversación entre amigas, me emociona e inquieta al mismo tiempo. Esto nunca había sucedido.

—Lo romántica no quita lo realista, mi amor.

—O sea, que si yo fuera mayor y Juan me pide que vivamos juntos le tengo que hacer el test del amor de mamá Clara —ya las dos estamos riendo sentadas al pie de la cama.

—Bueno, no sería mala idea.

—¿Cómo le haría el test sin que se diera cuenta?

—Se tiene que dar cuenta, en realidad es una conversación de esas de mirarse a los ojos, un acto de intimidad.

—Ah, va que va. Creo que estaría chido poder hablar así con tu pareja. Lo que no entiendo es eso de las finanzas.

—Una mujer sin libertad económica no puede hacer prácticamente nada que la haga crecer independientemente de su pareja.

—Pero si el hombre gana más, como papá y tú, entonces qué hacemos.

—El que más gana, más paga. Eso es equidad. Los hombres siempre ganan más que nosotras. Los médicos, los psicólogos, los arquitectos…

—¿Y los músicos?

—También.

—Entonces Margarita y Gloria siempre van a ser pobres.

—¿Por qué dices eso?

—Porque son lesbianas y se quieren casar algún día cuando ya no esté prohibido.

—Pues la verdad… sí. Por eso luchamos, para que nos paguen lo mismo que a ellos por el mismo trabajo.

—¿Y le aplicaste el test de las seis cosas a papá antes de casarte?

—¡Ojalá! —dice alegre—, todavía no me lo inventaba. Por eso se lo doy a todas mis pacientes solteras.

Unos golpecillos en la puerta de la habitación que está medio abierta nos sacan de la conversación, es Juan. Mamá lo invita a pasar, se siente incómodo y permanece en el quicio de la puerta como quien espera un temblor. Mamá recoge su maleta azul, yo guardo los tesoros de Lucero en la bolsa de terciopelo violeta. Voy a mi habitación con Juan, él agarra su morral, su chamarra de piel negra y su guitarra, yo la bolsa de manta bordada y mi abrigo de lana de Chiconcuac.

Esta vez lo he invitado a la siembra de las cenizas en Huautla de Jiménez.

Subimos en el coche, mamá me dice que me tiene una sorpresa que sabe que me hará feliz. De pronto se detiene en una esquina cerca de la parada del tranvía. Viene hacia nosotras una mujer alta, con pantalones de lana y un suéter negro de cuello de tortuga, encima un abrigo de lana fina, lleva una mascada que le cubre la cabeza y la trae anudada al cuello, lentes de sol gatunos. Se sube al coche, escucho su voz, quedo atónita.

—¿Tía Elodia? ¿En serio vienes con nosotras? ¡Traes pantalones!

—Sí, pero es un secreto —responde quitándose los lentes de sol —, tu tío se fue a Guerrero a una reunión en el nuevo Centro Militar

y mi suegra se llevó a los niños a Puebla toda la semana. No puedes decirle ni a Rodrigo que me vine al viaje con ustedes.

Mamá y ella se saludan de beso, la veo sonreír como nunca. Juan la saluda educadamente, ella le responde igual. Mamá nos dice que serán varias horas para llegar a la Sierra Mazateca, pararemos a comer en algún sitio y allí nos encontrarán los abuelos y el panadero amigo cariñoso de Lucero.

—Júrame, Clara, que volveremos el jueves en la tarde, a más tardar a las seis —dice Elodia nerviosa.

—Lo prometo. Jamás te pondría en riesgo, comadre.

Juan le ofrece a mamá un casete de música sacra medieval que le encanta, ella lo pone y escuchamos un rato. De pronto mamá dice que serán demasiadas horas para tanta solemnidad de Hildegarda de Bingen. Saca el casete y pone una cinta de The Doors. Se me hace un nudo en el estómago, la última vez que la escuchamos juntas en este coche fue con mi tía Lucero.

No digo nada. Miro a Juan y cavo un huequito más en el hoyo de los secretos que nos separan. Mientras contemplo las calles por la ventana me pregunto si a la lista de mamá puedo ponerle también otra pregunta: ¿me seguirás queriendo cuando me rompa de tristeza y no sepa cómo recoger mis pedazos?

Nos encontramos a medio camino con mis abuelitos y el panadero en una fonda casera de comida veracruzana, las amigas de Lucero que se hacen llamar Las Negras Feministas llegaron de Chicontepec y arrancamos en caravana hacia casa de Yaretzi. Fue muy divertida la comida, se pusieron a enseñarnos frases en su zapoteco y náhuatl a Juan y a mí. Me encantaría poder hablar náhuatl algún día, qué injusto que no nos lo enseñen en la escuela.

Subimos por la carretera colmada de curvas, la montaña de Huautla despliega su belleza ante nuestros ojos, los platanares nos saludan entre las palmeras y los árboles milenarios. Le cuento a Juan sobre las grutas de Agua-sótano, la cascada Velo de Novia y los ríos que rodean el pueblo de Yaretzi, le digo que doña Sabina tiene una lista de más de dos mil plantas medicinales que crecen en sus montañas. Vemos a lo lejos el Cerro de la Adoración, Juan está profundamente conmovido ante el paisaje, no dice nada,

simplemente mira por la ventana, suspira, me aprieta la mano, me la besa y sonríe con los ojos llenos de azoro ante la poderosa fuerza de la belleza que nos rodea. Nos abrazamos, él está nervioso, pendiente de la mirada de mamá por el retrovisor, no entiende que mamá me ha hablado de sexo, de amor y deseo desde los once años y que el pudor es innecesario.

Nos recibe Mardonio con unas pequeñas jícaras de mezcal, a mí ya me tiene un vaso de limonada que me encanta, con chía y miel salvaje, Juan también bebe limonada. Ya brillan las llamas de la fogata, los braseros iluminan y dan calor en el jardín. Entramos a la cocina a saludar a doña Sabina, quiero que conozca a Juan.

Ella está haciendo tortillas. De una cazuela de barro saca la masa de maíz de aroma dulce, con destreza comienza a hacer una bola de pie frente a un banquillo de metal color verde brillante que le llega a la mitad de la cadera, levanta una manivela, luego una tapa unida en bisagra con la base, coloca un plástico, pone la bola de masa, otro plástico encima, baja la tapa y lentamente empuja la manivela para planchar la masa, la abre varias veces afinando detalles hasta lograr una tortilla gigante, un círculo perfecto. Se mueve cargando la tortilla, se acerca al comal colocado en el fogón de madera. Abrazados entre ladrillos están los leños grandes que se han carbonizado y en lugar de fuego emanan calor del corazón ardiente de la madera carbonizada. La tortilla parece untarse a la perfección en el comal, cuando comienza a inflarse habrá que darle la vuelta. Ahora nos pone atención mientras toma un trozo de masa para seguir en la tarea.

—Así que tú eres el bendito Juan.

—Bueno, Juan a secas —responde nervioso—, mucho gusto en conocerla, Julieta me ha contado de usted, que es una sanadora, bueno, chamana, perdón.

—¿Te dijo que hago brujería también?

—N… no, eso no lo sabía.

—Pues sí, y si me haces sufrir a esta chamaca, ya sabes, se te va a caer el pito —dice doña Sabina riéndose ante la reacción aterrada de Juan.

—…

—Ándale, Julieta, dale la vuelta a las tlayudas.

Me pongo a voltearlas y cuando están perfectas las coloco en el cesto tejido de paja color rosa mexicano. Sonrío, Juan no sabe muy bien qué hacer o decir, yo guardo silencio. Doña Sabina me mira de reojo, suelta una carcajada, se reacomoda el rebozo negro que lleva al cuello y se dirige a Juan.

—No te asustes, muchacho, que no es cierto que se te va a caer.

—Sí, entiendo que era una broma —dice fingiendo tranquilidad—. ¿Puedo ayudar en algo?

—¿Has tirado tortilla alguna vez? ¿Tienes las manos frías?

—No, nunca. Pues sí, un poco, hace frío allá afuera.

—Ah, pues no puedes. Mira y aprende. O mejor vete allá atrás, al fondo, pasando los cuartos donde está el tanque de gas y tráete leña que ya se va a acabar esta y hay que hacer más tlayudas, tortillas y memelas. Y si quieres pregunta allá afuera si necesitan más para la fogata que va a arreciar el frío más noche.

Mardonio entra en la cocina y me pregunta si su abuela ya espantó a Juan, nos reímos, me cuenta que les decía lo mismo a los pretendientes de Yaretzi. Él dice que nada aterra más a un hombre que le digan que se le va a caer el pito, porque es su hombría, y si se les cae la hombría ya no son nadie. La frase me recuerda a Aurelio, me distrae, me pasa por la mente la idea de que me gustaría volver a verlo. Juan vuelve con la leña y Mardonio le pregunta si revisó que no tuviera alacranes, él suelta los maderos de golpe y se revisa el pecho sacudiéndose con cierta desesperación. Mardonio los recoge y mira a Juan mientras le habla.

—Pues mira que no trae ninguno. Siempre que vayas a agarrar leña apilada fíjate bien que no haya bichos. Mira, ayúdame a poner estos leños aquí que voy a revisar si el caldo de chivo ya está listo — se acerca a una olla enorme, mete un cucharón de metal, saca un poco para probarlo y luego le pone una pizca de sal. Juan se acerca a oler, pregunta qué hay en todas las ollas que están en los fogones.

—Este es el atole de maíz tierno para hacer el xokok. En la otra olla está el pipián de ajonjolí tostado, que se muele y lo mezclamos con chile chiltepín y un poco de sal. Luego le ponemos una cucharadita de los frijoles de olla.

—¿Por qué se llama xokok?

—Significa *agrio*. El pipián corta el dulzor del atole, los frijoles le dan un toque salado —doña Sabina interrumpe.

—Pues ándale, en vez de tanta descripción, dale a probar al muchacho para que se le baje el susto de su pito caído.

Se ríe de nuevo, ella y yo seguimos en un ritmo mecánico y bien coordinado haciendo las tlayudas, ahora va a comenzar a amasar las más pequeñas para las memelas. Juan bebe un poco del atole en una jícara que sostiene con ambas manos. Dice que está delicioso. Mardonio pregunta si ya puede sacar el guacamole y los chapulines tatemados para que las visitas comiencen a picar algo y el mezcal no se les suba tan rápido. Doña Sabina le dice que les lleve cerveza para bajar el mezcal y sí, que aquel tortillero de yute azul está lleno de taqueras, el guacamole ya está afuera en el molcajete grande que sacó Yaretzi. Solo falta llevar la salsa verde y la de chile de árbol, le señala a Juan dónde están y de paso le pide que saque los cubiertos en una bandeja para que vayan poniendo la mesa. Nos quedamos solas en la cocina. Parece que doña Sabina no podía esperar a que salieran.

—Ándale, Julieta, está reteguapo tu Juan, ¿es bueno contigo?

—Sí, ¿verdad que es guapo? Es muy tierno, me escribe poemas y canciones.

—¿Y es poeta sufridor?

—¿Cómo es eso?

—De esos dramáticos que necesitan una mujer que los inspire y les recuerde el dolor del mundo. De los que sufren en la imaginación, pero no se mojan las manos curando las heridas ajenas.

—Ah, no lo había pensado. No sé… a lo mejor un poco. Bueno, dice que la dramática soy yo. Él como que no sufre tanto. Cuando se lo llevó la policía estaba aterrado, hasta como que me dijo que no quería que los policías lo vieran conmigo y con mamá.

—Eso es porque es hombre. Los hombres son temerosos, todos, hasta los más desalmados tienen miedo porque no saben distinguir lo que sienten de lo que piensan, les da pavor descubrir lo rompibles que somos las personas sin importar el sexo. Por eso son machistas,

porque piensan que si se dejaran ser quebrantables, serían como mujeres.

—¿O sea, si eres vulnerable eres mujer?

—Eso mero se han inventado.

—No entiendo. ¿Para qué les sirve guardarse las emociones?

—Alguien se inventó un día que los conquistadores piensan y las conquistadas sienten.

—Vaya pendejada —digo y me sonrojo por la grosería. Doña Sabina suelta una carcajada.

—Pues detrás de esa pendejada se oculta la violencia que nace del miedo a ser débil. Mi abuelo decía: mejor ser golpeador que golpeado. Era muy macho pero cada vez que cantaba una ranchera en la cantina se ponía a llorar como niño desamparado.

—No entiendo por qué piensan que somos menos que ellos.

—Para ser los importantes de la historia. Se inventaron que debían ser ellos los protectores, los valientes, los fuertes, los que traen el pan y el dinero al hogar.

—Pero si a casi todos les gustamos las mujeres…

—Pues luego, para coger también les gustamos, y para hacerles hijos y para cocinarles. Cada quien en su esquinita del poder, el mandato del machete y del metate.

—Qué complicado es esto. Lo bueno es que cuando yo sea adulta las cosas van a ser diferentes, ya va a haber igualdad.

—Ay, mija, para ser tan lista te pasas de inocente. Tendrá que venir una gran calamidad universal para que ellos entiendan lo que es mejor para toda la humanidad. No te preocupes, que llegará. Un día va a comenzar a arder el mundo y todo se va a controvertir y entonces sí, ha de nacer el cambio. Pero primero se van a llenar de rabia porque las revoltosas se sublevan.

—Pero de rabia ¿por qué? Si ellos ganan más que las mujeres.

—Ellos se han de dar cuenta de que las fuertes de verdad somos nosotras, y las heroínas que terminan las guerras somos nosotras, y las que cuidamos a los enfermos y moribundos, nosotras. Abrirán los ojos y han de reconocer que sin las mujeres su mundo de héroes no puede existir. Que no son ellos los verdaderos salvadores, son solo los que inician la destrucción.

—¿Y más o menos cuánto falta para que se den cuenta? ¿Para que llegue la gran calamidad? —un pequeño temblor recorre mis huesos por el miedo que me da su respuesta.

Mi abuelita entra a la cocina acompañada de mamá y el abuelo, vienen con canastas de comida y botellas de vino. Mi abuelo le dice a doña Sabina que le trae el jerez que le gusta y los vinos españoles que quiere que pruebe, le trajo unos habanos de Pinar del Río que son los mejores para que ella los use en sus ceremonias chamánicas. También trajeron quesos, las cosas que le pidió a mi abuelita del mercado y el pastel de mousse de chocolate que le gusta. Empiezan a colocar todo, ríen y platican a la vez, me doy cuenta de que ya se les subió el mezcal que estaban tomando allá afuera. Mamá se acerca, me da un beso tronado, anuncia que va a la habitación a dejar nuestras cosas y por la chamarra porque está calando el frío. Le pido que me traiga mi abrigo de lana. Mi abuelita ayuda a doña Sabina a llevar las tlayudas y los acompañamientos, el abuelo lleva lo demás, Mardonio y Juan entran por las ollas del caldo y el atole agrio. Yo llevo la cebolla con cilantro picado para el caldo de chivo, las picaditas y queso rallado. Afuera ya están los comales al fuego para mantener todo caliente, Juan coloca la olla de caldo en el anafre grande con ascuas ardientes. Me mira, lo veo plenamente feliz, le sonrío.

Han puesto una silla en la cabecera, con platos y cubiertos para Lucero, en el asiento colocaron la urna con sus cenizas en un rebozo de lana nuevo. También está la cruz rosa con flores que le pinté cuando vinimos al velorio.

—A la amorosa ausente presente —dice el panadero conmovido levantando una cerveza. Mira a la cabecera como si Lucero, la aparición, estuviese allí mismo.

Cenamos, brindan y en un momento mamá pide que cada persona diga algo para que el alma de su hermana Lucero duerma en paz antes de sembrar sus cenizas al pie del guayacán mañana al amanecer.

Uno por uno habla. La tía Elodia está irreconocible, jamás la había visto así, libre, simpática, relajada, tomando mezcal, y sobre todo me llama la atención que es la primera invitada en contar una

anécdota graciosa sobre Lucero. Nos hizo reír, me conmovió darme cuenta de lo aterrada que vive en esa jaula militar que es su hogar. Me pregunto cuántas veces se dará la oportunidad de escaparse y ser otra. Ahora que lo pienso, tiene tres personalidades: la esposa perfecta y conservadora, la espía feminista y la amiga moderna y elegante que va a la sierra de Huautla con abrigo, pantalón de lana y botas de montar como una señora rica de película. Supongo que todas somos varias personas por dentro y poco a poco vamos mostrándonos frente a la gente, o por el contrario nos ocultamos en una sola máscara, depende de cómo nos juzguen o de cuánto nos quieran, o del miedo que nos dé expandir el alma.

Hay algo diferente en este viaje. Caigo en cuenta de que la presencia de Juan lo cambia todo, lo observo azorado, para él esto es absolutamente nuevo, me hace comentarios en voz baja, habla poco, cuando los adultos le preguntan algo responde con una timidez que no le conocía, veo que se siente más seguro hablando o haciendo preguntas a Mardonio, a mi abuelo y al panadero amigo cariñoso de Lucero. Como si estas mujeres lo pusieran nervioso. Me enternece e inquieta conocer su lado inseguro; al mismo tiempo, su mirada de descubrimiento me ayuda a ver con otros ojos este paisaje humano y natural que me es tan familiar desde que era niña y mamá me trajo por primera vez cuando tenía tres años. Mardonio le dice a Juan que es su turno para brindar por Lucero, él empieza por levantar la botella de cerveza, se detiene, casi en secreto abrumado por la timidez, habla.

—Que descanse en paz tu alma, Lucero, la bienquerida de tantas mujeres —baja la cerveza y me mira agarrando mi mano, la suya está sudorosa. Le sonrío, todas brindamos repitiendo "por la bienquerida". Es mi turno, he quedado al final y no lo había advertido.

—Gracias, tía Lucero, por tu salvaje rebeldía, por enseñarme que en la adversidad tenemos derecho a llorar, a gritar y a bailar al mismo tiempo. Prometo que todos los días de mi vida pronunciaré tu nombre para no olvidarte. Brindo por tu vida —levanto mi vaso de limonada, con los ojos rasados de lágrimas que retengo como haría Lucero.

Carraspeo para deshilvanar el nudo que crece en mi garganta. Mamá clava sus ojos en mí, los suyos también brillan en acuoso dolor. Mantiene su jicarita de mezcal arriba, como si brindase también por mí, sostengo mi vaso de agua imitándola para brindar por ella. Pienso en Aurelio, en su esclarecida noción de que mamá no quiso mirar a Lucero muerta porque era demasiado para ella, su hermana del alma desgarrada por la muerte violenta. Sigo mirando a mamá, me conmueve la idea y, por primera vez en todos estos meses, me doy cuenta de que ella no ha podido hablar de ese momento conmigo porque teme que le describa todo como hice con el chico del mercado. Porque si le detallo cada instante, también ella tendrá que vivir con esa imagen esperpéntica arañándole las pupilas cada noche. Ahora entiendo que mamá no se perdona no haberla detenido cuando se alejó de nosotras. Mamá está rota también. Suspiro, hasta ahora todo esto giraba alrededor de mi vínculo con Lucero, y yo, egoísta, había olvidado que ese amor no existiría sin mamá. Su hermana murió, caigo en cuenta de que Aurelio tenía razón, mamá se vio obligada a elegir entre salvarme a mí o a Lucero, y me eligió.

Me pongo de pie y en silencio voy hacia ella; mientras camino, la rabia que sentía contra mamá se derrama bajo las suelas de mis botas desapareciendo para siempre. Le doy un abrazo por la espalda, asiento mi cara en su cuello, ella mueve la silla, me coloca en sus piernas, me arropo en su pecho, ella descansa su rostro en mi cabeza, entre mi pelo, como para que nadie la vea llorar. Nos quedamos así. Nadie hace o dice nada.

De pronto Yaretzi comienza a cantar una canción de cuna náhuatl y quienes conocen la letra le hacen coro. Es una tonada dulce, me siento pequeñita en los brazos protectores de mamá. Viene a mi mente un recuerdo revivido, soy yo en la hamaca de este jardín en primavera, Yaretzi y Dayami están sentadas al lado cantándome esta misma canción. Una de ellas mece la hamaca mientras la otra borda una pequeña blusa de algodón con diminutas abejas y pájaros que al día siguiente me pondrán para mi cumpleaños número cuatro.

Vuelvo al presente, respiro profundo, sentada en las piernas de mamá. Ella me abraza con intensa ternura y mueve con suavidad su

mano en mi espalda mientras con voz bajita y desafinada hace coro de la canción de cuna en mis oídos. De pronto me dice en secreto, como si hubiese adivinado mis pensamientos: “Ella hubiera hecho lo mismo, te habría salvado a ti, mi amor”.

XXI

Un rayo de sol entra por la esquina alta de la ventana, colándose entre la cortina mal cerrada. Me restriego los ojos, los abro y me quito una lagaña, estoy arrumacada en la cama pequeña en brazos de mamá, con el revés de la mano me limpio la baba nocturna que se ha escurrido entre la comisura de los labios y la barbilla. Mamá abre un ojo y lo vuelve a cerrar, se da la media vuelta cubriendo su cara con la manta de lana. Yo me levanto despacio para no hacer ruido. Toda la habitación está llena, las amigas de Lucero se han repartido en hamacas, catres y bolsas de dormir. Somos tantas que otras montaron un campamento en la cocina y las menos friolentas se quedaron con algunos de los hombres en el jardín, junto a los fogones. El suelo está helado, atraviesa mis calcetines de lana, tiemblo y me pongo mi abrigo de Chiconcuac sobre la pijama. Voy hacia el baño mientras me preparo mentalmente para sentarme en la taza helada. Para mi sorpresa alguien ha puesto un anafre en el baño, sonrío agradecida.

Camino hacia la cocina, allí está fresca como flor doña Sabina con sus trenzas blancas recién atadas y con las naguas bordadas para la ocasión, parece una diosa antigua, plena de poder y gloria. Lleva un atado de copal y palo santo. Me dice a señas que la siga, señala unas pantuflas de hombre que están en el pasillo, me las pongo para salir a su lado. Mardonio se masajea la cabeza, está de pie al lado del horno de leña del jardín que ahora está lleno de leños nuevos. Doña Sabina le sonríe.

—¿Crudito, mijo?

Él solo asiente cerrando los ojos de nuevo dándose un masaje en las sienes.

—No tomes café que te agarra la náusea. Hay limonada con chía en la jarra grande. Para que se te hidrate el cerebro —dice riendo la

abuela mientras camina y me hace señas para que vaya a su lado.

—Me contó tu abuelita lo del mercado —suelta como si cualquier cosa. Yo estoy incómoda.

—Le pedí que no le dijera a nadie.

—Yo no soy nadie, mija, soy la abuela de todas, soy todas y sé más de lo que te imaginas. Me contó porque le preocupa que te vaya a dar otra vez el arranque de dolor hoy —yo bajo la guardia de inmediato.

—Creo que ya no me va a dar otra vez. Ese día me salió todo lo que tenía guardado. Se lo conté a Aurelio, toditito saqué. Desde ese día ya puedo dormir sin pesadillas.

—Ese Aurelio, ¿quién es?

—Un chavo que trabaja en el mercado. Su papá los abandonó y él me dijo que debo gritar al cielo todo lo que necesite. Él se convirtió en nadie cuando lo abandonó su papá y ahora ya es alguien.

—Gritar al cielo para que tu alma no se enchile y se tateme.

—¿Cómo sabe que eso me dijo? —ahora estoy plenamente despierta, mi cuerpo parece crecer frente a esta mujer sabia. Algo que no entiendo está sucediendo, como un sueño en el que estoy lúcida y despierta.

—Son cosas que sabemos las personas que no le tenemos miedo a sentir la vida y sus crueldades.

—Es que él ha sufrido mucho, tiene dieciséis y entiende del dolor, la angustia, la muerte y el miedo a los soldados. Es como si me conociera desde niña. Me siento mal, doña Sabina.

—¿Por el Juan? Tu poeta de la ciudad tiene la fortuna de no conocer el dolor de la realidad, solo el que se imagina. No sientas culpa por encontrar a tus almas semejantes.

—Sí… pero no solo eso. Me volaron mariposas blancas en el corazón cuando lo abracé. Olía como el bosque.

—Y con el Juan no hay mariposas, ni bosque…

—Sí, de colores, normalitas en la barriga. Huele a fresas con crema.

—Mmm. Pues mira, Julieta —se detiene. Ceremoniosa deja sobre una piedra el atado de copal y palo santo, estira las palmas de sus

manos ofreciéndomelas, pongo mis palmas hacia abajo sobre las suyas. El sol se asoma pleno sobre la montaña, un tono rosáceo pinta el cielo de tonos ambarinos. Ambas observamos el momento en que sube entre las montañas, anunciando el día como quien abre el telón para un estreno. Ella me mira de nuevo para hablar.

—Hay amores temporales y luego amores del alma, no temas a los que vienen para estar un tiempo y luego se van cuando llegan a la encrucijada. Otros siempre están sin importar cuántas vueltas dé la vida.

—Pero Juan me pidió que sea su novia, no quiero lastimarlo.

—Y cómo lo ibas a lastimar, ¿besando a Aurelio?

—No lo besé. Más bien sintiendo este deseo de conocerlo.

—¿Y a ti quién te ha venido con el cuento de que solo se desea a una persona a la vez? —suelta una carcajada y recoge su atado dando por terminado el momento ceremonial.

—No, bueno, yo creo en el amor libre, pero creo que Juan no.

—Ay, mija, pues cada uno sus creencias. El problema es de Juan por no entender y el otro problema es tuyo por sí entender. Deja por hoy los asuntos de los muchachos y ponte el alma para Lucero. Que luego los hombres nos distraen mucho de los asuntos que de verdad importan.

Comienza a caminar, me he quedado de pie pensando en lo que acaba de decir. Reacciono y la sigo. Al lado del guayacán está Dayami, ha puesto anafres encendidos alrededor, unos bancos improvisados con tablones, troncos y piedras. Colgó guirnaldas de papel picado violeta, dice que es el color de la transmutación del alma. Nos abrazamos. Me doy cuenta de que ella está bellamente vestida, bañada y perfumada y yo sigo en pijama. Ayudo en lo que me piden y digo que voy corriendo a bañarme porque seguro habrá cola. Ellas ríen mientras siguen decorando y ordenando cosas. Corro hacia la casa, me tropiezo porque llevo las pantuflas enormes de Mardonio, me sacudo la tierra de las rodillas, descubro que la boca me huele a noche porque no me he lavado los dientes y entro a la casa para bañarme deprisa, que la ceremonia comenzará en un par de horas y necesito preparar mi cuerpo y mi corazón.

Es la hora en que las flores comienzan a respirar, toda la gente está alrededor del guayacán. Al pie del árbol han encendido veladoras y hay flores silvestres formando un círculo. Doña Sabina está al lado de mi abuelita, que está irreconocible con un vestido y un velo negro puesto con una peineta, muchas personas van de negro, pero no las mujeres de la sierra ni las Revoltosas, ni las negras de Veracruz, ellas llevan ropa jipi, blanca o típica bordada, rebozos de lana, naguas coloridas de sus pueblos, Juan trae un poncho de lana y sus pantalones vaqueros casi idénticos a los míos, llevo una blusa de cuello de tortuga blanca y el abrigo de Chiconcuac. Mardonio y sus primos tocan los instrumentos que incluyen una pequeña marimba. Ya doña Sabina dio tres vueltas con el sahumerio y dice que ahora van a cantar una canción típica ceremonial del alma. Se llama "Xochipitzahuatl" que significa flor menudita, nos dice que se canta en los momentos más importantes de la vida y la muerte.

Xihualacan compañeras
Ti paxalo ti María
Timiyahualotzan, pan Tonatzin
Santa María Guadalupe
Xihualacan compañeras
Ti paxalo ti María
Ti paxalo ti Lucero

Doña Sabina le pide a mamá que lleve la urna de cenizas por todo el círculo, y que cada persona le dé una caricia última; mientras lo hacemos, suenan muy leve la marimba, las cuerdas del requinto, la chirimía y el latir suave de un tambor del corazón. Dayami me mira, hemos pasado horas ensayando mi frase elegida en náhuatl, como soy la más joven me toca abrir la urna para comenzar a esparcir las cenizas en las raíces del guayacán donde han excavado en forma de círculo un pequeño hoyo para enterrarlas, estoy nerviosa y recuerdo que debo guardar un poco para poner en la tierra donde vamos a sembrar una ceiba con el nombre de Lucero.

Me acerco al inmenso árbol, con las manos temblorosas esparzo un poco de ceniza y con la voz entrecortada hablo:

—Te extraño, en náhuatl se dice *mitzeteoa noyollo*, que significa "te busca mi corazón". Tía Lucero, *mitzeteoa noyollo* a donde vaya.

Mi abuelita se acerca, toma la urna y arroja un poco de cenizas, así una por uno vamos pasando y sembrando el polvo de la vida de mi tía hasta casi terminar cerrando el círculo. Mardonio, el panadero y mi abuelito se hincan y con las manos cubren con tierra negra el hueco circular en que hemos puesto las cenizas, los observamos en silencio, mientras los primos de Mardonio siguen tocando música suave como un poema sonoro.

Doña Sabina comienza a caminar mientras recita oraciones para que la Madre Tierra acoja la existencia de Lucero.

—Que de estas raíces se nutran niñas mexicanas venideras, colmadas de poder y libertad, que las habite el deseo de vivir sin miedo.

Ahora doña Sabina da la vuelta, vamos tras ella a donde han cavado un hueco para sembrar la ceiba, Dayami levanta la planta, cierra los ojos pidiendo un deseo, la pasa a mi abuelita, y ella a cada una de las amigas de mi tía, hacen lo mismo en silencio, yo tiro el resto de las cenizas al fondo del hoyo y mamá se agacha para poner la planta, luego poco a poco va tapándola con la tierra negra que han dejado al lado de una veladora encendida. Cuando mamá se pone de pie, doña Sabina comienza a aplaudir y el resto la imitamos, luego se empieza a reír a carcajadas, un extraño contagio de alegría nos pone a reír a toda voz sin dejar de aplaudir. Mardonio está a mi lado, me dice que aplaudimos para espantar a la muerte y reímos para que el gozo de haber vivido la acompañe siempre. Al otro lado está Juan, que sigue el rito mirando a todo el círculo con azoro.

Una vez terminada la ceremonia nos organizamos para la comida, los hombres van por los alimentos, las mujeres nos sentamos, se sirven mezcal, agua de flor de jamaica y otras prefieren pulque o cerveza helada. Comemos con música, Mardonio le pide a Juan que toque con ellos, él está contento, descubro a doña Sabina observándome mirar a Juan, sonreímos, creo que estoy aprendiendo a distinguir eso que ellas llaman los territorios propios,

los compartidos y los acompañados, no en todos tiene un lugar la pareja que amas, porque si él los ocupa todos, dice doña Sabina, pierdes tu centro.

Juan se acerca, me da un beso, lo besuqueo y lo abrazo, casi sin darme cuenta le digo que lo amo. Ha probado el mezcal y está alegre. Me dice al oído que ama mi vida, que soy la chica más interesante que ha conocido. Hay algo inquietante en sus palabras y no entiendo por qué.

—¿Por qué siembran una ceiba? —me pregunta mirando hacia donde está la pequeña planta.

—Es un árbol protector, simboliza la vida, la grandeza, la fuerza, la unión que conecta el cielo con la tierra perpetuamente; para la gente maya es el árbol que sostiene al universo. Cuando tiene que protegerse saca unas espinas inmensas, filosas, duras, y cuando ya no le hace falta, las espinas se achatan, pierden el filo.

—A veces pienso que sabes demasiado.

—Es porque estoy rodeada de sabias y siempre que pregunto, escucho y siento.

Nos vamos caminando para estar solos un rato hacia la parte trasera de la casa donde están las dos vacas y las gallinas, la vista del valle es espectacular. Nos vamos andando mientras me cuenta que en su familia el mayor misticismo es el de su abuela materna que cree en la Virgen de Guadalupe y de niño lo llevaba a la Basílica a ver las procesiones, o el de su mamá que es partera y hace yoga, pero cuando algo se complica reza un padrenuestro. Lo que para mí es absolutamente natural desde niña, para él es de un exotismo casi folclórico, cuando se lo digo se ofende, luego reconoce que es verdad, que nunca había visto este lado de México, ni conocido a mujeres tan raras como las del Círculo.

XXII

Me despierta el radio de papá, le ha dado por escuchar las noticias en su habitación mientras hace calistenia, unos ejercicios que aprendió en una revista para hombres. En la portada aparece un señor fortachón que se llama Charles Atlas y enseña ejercicios para que los hombres se mantengan fuertes, viriles y guapos, al menos eso dice el anuncio. El locutor narra que este mes de marzo otra tragedia ha caído sobre nuestro país, ciento cincuenta y tres mineros murieron en el colapso de una mina en Coahuila, al norte de México, describe a las familias desesperadas alrededor del derrumbe, dice que unos niños consuelan a sus madres y unas mujeres pelean con los policías que no les ayudan a recuperar los cuerpos de sus hombres, que los valientes rescatistas de la Cruz Roja y del Ejército intentan sacar los cadáveres, pero temen un nuevo derrumbe. Yo estoy tumbada en la cama escuchando la noticia y no puedo dejar de imaginar a toda esa gente que al mismo tiempo llora, pelea, se indigna, lucha y se une para ayudar. Me pongo las manos en la barriga, creo que es una mala idea despertarse con malas noticias, el cuerpo se incomoda, cuesta más levantarse cuando todo parece ir mal, igual me levanto porque hay que ir a la escuela.

En el recreo Gabriela me pide que la acompañe a la parte de atrás del campo de deportes, donde juegan futbol los chicos. Nos sentamos detrás de un muro medio derrumbado de lo que alguna vez fue la caseta del cuidador. Gabriela enciende un cigarro, hablamos de los novios.

—Es que no sé, a veces pienso que me va a traicionar.

—¿Camilo? Pero ¿por qué iba a traicionarte o cómo?

—Es demasiado bueno, no sé, ya sé que piensas que estoy loca, es que no es normal que un chavo sea tan bueno conmigo.

—Ay, amiga, lo anormal es que sean gandallas y cabrones, solo te había tocado mala suerte. Camilo te quiere y tú te mereces todo eso, ¿por qué tienes tanto miedo?

—No lo sé —ahora sus ojos se nublan de tristeza—, a lo mejor no estoy acostumbrada a que me quieran de verdad, o sea, los chavos o mi papá, no sé, me ponen nerviosa y no se lo quiero decir. Es que creo que no confío en nadie, a lo mejor porque no me sentí protegida nunca…

—No vayas a decirle que no confías en él.

—¿Por? Si prometimos decirnos todo.

—Mamá dice que los hombres a lo que más miedo le tienen es a que las mujeres desconfiemos de su fuerza para cuidarnos de los otros hombres, que algunos lo viven como una humillación o algo así.

—Chale, ¿en serio?, ¿más miedo que a la guerra?

—Eso dice, que sus libros de psicología lo explican.

—¿Y tú los has leído esos? Digo, los que explican los miedos de los hombres.

—No, esos todavía no. Freud es aburrido, le echa la culpa de todo a las mujeres.

—Pues léelo, ándale, que a mí me dan hueva esos libros —suelta la carcajada y aspira profundamente el humo del cigarro. Lo suelta ruidosamente como si soplara humo sobre las ideas.

—¿Y con Juan qué onda? ¿Ahora sí vas a coger en las vacaciones de Semana Santa o van a seguir con su celibato como santitos ridículos? —sonríe con cierta crueldad. Yo respondo a la defensiva.

—No es celibato ni es ridículo. Sí hacemos todo lo que queremos, solo estoy esperando a decidir cuándo yo quiero, no cuándo otras personas creen que debo tener sexo como si fuese tarea. Si no es competencia, además me duele que te burles de eso —digo con seriedad bajando la voz. Gabriela me hace un cariño en el brazo, sonriendo, luego me agarra un pecho y nos reímos.

—Ahora sí ya te están creciendo, deberíamos ir a comprarte un bra en lugar de que uses esas camisetas de niña.

—Nel, ya decidí que no voy a usar brasier, mi abuelita dice que los sujetadores son innecesarios. Voy a tener mis pechos libres —me

pongo las manos en copa en cada teta y digo con alegría cursi, moviendo la cabeza como una actriz—: ¡por la libertad de las tetas!

Suena la chicharra y nos damos cuenta de que no nos hemos comido la torta y el jugo que teníamos del lunch. Nos vamos hacia los salones comiendo aprisa, con un bocado de torta de milanesa en la boca Gabriela me pregunta cuándo le voy a enseñar las fotos de la ceremonia de las cenizas de Lucero. Le digo que se venga esta tarde a casa, tengo todas las polaroids en un álbum donde también puse algunas hojas de plantas y un par de flores que recogí con Juan después del ritual, además escribí una parte de lo que sucedió. De pie frente a la puerta del salón, antes de entrar a la clase de historia le da un último trago a su Boing de guayaba y dice que me quiere mucho, que no era su intención burlarse de lo del sexo. Le digo que está bien, que yo también la quiero, entonces cuando nos estamos sentando en el pupitre, casi en secreto me suelta:

—Pero ya apúrate porque se te va a poner el himen de acero.

Saliendo de clases le digo que venga a comer a casa, acepta sin chistar, casi siempre está sola con la cocinera de su casa, come viendo *Tom y Jerry* o las telenovelas en la cocina, dice que la tele sirve para no darse cuenta de que vives en una casa vacía y las telenovelas para recordar que la vida de las demás puede ser una tragedia peor que la tuya y un chisme muy entretenido.

Como siempre, hay comida de más en casa, mamá tiene la misma manía de mis abuelitos, es como si supieran que siempre va a haber alguien con hambre que llegará a alimentarse con nosotras de improviso. Papá no vino a comer hoy, últimamente ya no le da tiempo, dice que la ciudad se está convirtiendo en un caos por el tráfico y a su jefe no le gusta que llegue tarde, quiere convertirse en socio del despacho de arquitectos y debe trabajar aún más. Ya van a estrenar el metro, que son unos trenes subterráneos súper veloces y cree que cuando estén listos va a poder venir a diario a comer. Mamá le dice que es un esclavo del capitalismo y él responde que todos lo somos, queramos o no, no hay escapatoria, papá y mamá me aburren cuando se ponen a discutir de dinero.

Mamá preparó una sopa de verduras deliciosa y bisteces encebollados con ensalada de tomate. Mientras comemos, Gabriela

le pregunta si es verdad que ese tal Freud dice que a los hombres les dan miedo las mujeres. El rostro de mamá se ilumina, no hay nada que le guste más que impresionarnos con las reflexiones que hacen en su grupo de terapeutas sobre las teorías anticuadas de los grandes maestros. Ahora ella dice que es más lacaniana, no tengo idea de qué es eso, pero parece ser lo más chido entre terapeutas que trabajan con temas de sexo y amor.

—No les dan miedo las mujeres, lo que decía Freud es que cuando los niños descubren que ellos tienen pene y las niñas no, para ellos es el principal órgano autoerótico, les parece inconcebible que haya seres que no lo tengan y viven con la amenaza simbólica de que alguien los castre, o les quite ese símbolo de su virilidad y su deseo.

—Ah… no entiendo por qué —dice un poco aburrida e interrumpe porque intuye que mi mamá se va a soltar hablando como hilo de pantimedia—, dice Julieta que si le digo a Camilo que me da miedo que me traicione se va a ofender.

—¿Y tú qué opinas?

—Que tal vez sí piense que desconfío de él.

—¿Y desconfías de él? ¿De su cariño?

—No solo de él, de toda la gente… Si le digo y me deja, entonces es peor, porque no voy a saber si me dejó por mi culpa o porque él quiere irse.

—Gaby, ¿tú te sientes amada por tus papás?

—No, para nada, creo que soy un accidente incómodo en sus vidas —dice con brutal sinceridad, terminando de masticar un trozo de carne y sin mirar a mamá.

—…

—Y cuando se lo he dicho a mi papá, que muy buen psiquiatra no ha de ser porque no se entera de nada, responde que me vaya a jugar, o al cine, y me da dinero. Dice que tengo todo para ser feliz y meterme en un drama es un artificio.

—¿Tú qué sientes sobre eso?

—Que no sé, ni me interesa saber qué es un artificio y que mi jefe es un egoísta. ¿Hay postre?

Mamá se da cuenta de que mi amiga está incómoda, y cuando a Gabriela le da angustia ponerse triste, parece enojada. Nos dice que en el congelador hay paletas heladas de mango, de sandía y de guanábana, que si queremos nos las llevemos al cuarto para hacer la tarea, pide que lavemos los platos primero.

Vamos yo con la paleta de mango y ella con la de sandía, mamá dice que va a dar terapia y más tarde tendrá reunión en casa. Gabriela, como si no se diese cuenta del peso de sus palabras, habla mientras entra a mi habitación. Tiene la lengua helada por la paleta y suena graciosa, "eres idéntica de chorera que tu mamá… bueno, ella más". Ya tumbadas en mi cama, saca de su mochila el nuevo disco de Leonard Cohen, se llama *Songs from a Room*, me lo regala, ella me enseñó que es fácil aprender inglés cantando canciones, dice que ese me sirve porque además es como poesía lenta, pongo el disco. Está tumbada bocarriba en la cama, con una pierna sobre la rodilla, se ha quitado los zuecos de plataforma y lleva unos calcetines de rayitas de colores que resguarda cada dedo como los guantes de la mano, le encanta la moda. Saca un cigarro, le digo que en mi cuarto está prohibido, lo guarda en la cajetilla, en su lugar saca una tira de goma de mascar de su bolsa de macramé deslavada, la mete en la boca, huele a fresas, hace del papel una bolita y lo lanza fuera del bote de basura al lado de mi cama. Mastica que me incomoda, no me atrevo a decirle que me extraña que ella que es tan pulcra y arreglada en su belleza, tenga esos modales para comer con la boca abierta y tirar las cosas donde sea, a veces, incluso, se tira pedos frente a mí, yo solo me tapo la nariz y ella se ríe y dice: "Más vale un pedo entre amigas que un retortijón a solas".

Yo estoy sentada a su lado en flor de loto con la libreta de apuntes de geografía abierta, me dice que ya se sabe todos los ríos, que mejor platiquemos. Acomoda la almohada bajo su melena, como si alguien fuese a tomarle una fotografía robada y quisiera estar perfecta para la ocasión, hace una bomba enorme con el chicle rosa y habla desparpajada.

—¿Has pensado alguna vez en que te podrían mandar a un psiquiátrico?

—¿Qué? —estoy profundamente incómoda, como si hubiese leído mis pensamientos, mis miedos más sombríos—. ¿Por qué me dices eso?

—Es mi mamá, la mujer más infeliz del mundo, el otro día escuché a mi jefe decir que si no sale de la depresión la pueden ayudar mejor en una clínica especial. Yo digo que es un manicomio, los escuché hablando mientras bebían un vodka tonic en la sala y escuchaban jazz, él le dijo que no tenga prejuicios, que no son como la Castañeda para locas perdidas, que eso es algo para la gente bien que necesita ayuda, que además el noventa y cinco por ciento de las pacientes son mujeres y podría sentirse a gusto allá adentro, ver que no es la única que vive así.

Yo estoy horrorizada, esto sí que no lo veía venir de mi amiga.

—Por, pero… por qué po… co… quiere mandarla a un psiquiátrico, ¡qué horror! —tartamudeo sin lograr afianzar una sola idea, mi miedo ahora es el miedo de la madre de Gabriela, o al revés, no lo sé.

—¿Verdad que da miedo? —ahora mi amiga parece una niña, se sienta frente a mí imitando la flor de loto, aprestándose para revelar un secreto—. Dice mamá que después de que nací la agarró una tristeza que la ponía a llorar todo el día y a pensar toda la noche, que comenzó a odiarme porque soñaba que yo le había robado el alma cuando vivía en su panza, que por eso me pusieron una enfermera que me cuidaba día y noche, porque papá nunca estaba y le daba miedo que me fuera a hacer algo malo.

—¿Cómo que tu mamá te iba a hacer algo malo de bebé? ¿Como qué?

—Pues ahogarme con una almohada o así. Que no aguantaba que llorara, que no me podía cargar y me gritaba que me callara.

—¿Y tu papá qué hacía? —pregunto resistiendo las ganas de tomarle la mano.

—No llegó al parto, estaba trabajando por la salud de sus pacientes. Lo que hizo fue darle pastillas para dormir y luego, dice mamá, pastillas para aguantar la vida, así que desde que nací toma pastillas de día y de noche. Creo que mi mamá vive una vida equivocada y cuando eso pasa tienes siempre ganas de morirte,

porque te equivocaste de esposo, de casa, de país, de historia, hasta de hija.

—No me habías contado eso. Lo siento, amiga —estoy incómoda, no sé qué hacer o decir, siento que mi amiga está entrando en un lugar oscuro que no conozco.

—Yo por eso no voy a tener hijos nunca, dice mamá que tiran de un hilo que tienes en la cabeza y te lo descomponen todo, como cuando abres la puerta de un armario lleno de cachivaches y todos se caen a tus pies al mismo tiempo. Dice que eso le pasó en su cabeza.

—Pues que tu papá la ayude a meter los cachivaches de nuevo en su cabeza, acomodados para que ya no se sienta así, ¿no?

—Eso estaría bien, no quiero que la metan al manicomio de las mujeres ricas, me da lástima, no sé cómo ayudarla —dice mascando el chicle, mece el torso como siguiendo una música interior. Intenta salir de la conversación en que ella misma nos ha metido, ya la conozco lo suficiente, cuando se agobia se desconecta como quien tiene un apagador de emociones y puede subirlo y bajarlo a voluntad.

—Bueno, mi chava, ya me voy —salta de la cama, se acomoda la melena y se pone los zuecos de piel marrón mientras habla—, toca ir a leerle a mamá.

—Aquí tengo libros bonitos —digo mientras me pongo de pie para no mostrar mi asombro, imagino a mi amiga leyéndole a su madre que enloqueció por haberla parido.

—Nel, leo los mismos de siempre que ella tiene. Tres veces a la semana exactamente los mismos poemas de los únicos dos libros que le gustan.

—…

—*Ariel* de Sylvia Plath y *Los trabajos y las noches* de Alejandra Pizarnik. No le interesa ningún otro. Las dos los sabemos de memoria.

Habla restando importancia a lo que me dice, mueve la cabeza al ritmo de las palabras que arrastra como quien educa a una niña pequeña, parece que habla sola, narra la escena que va a enfrentar en casa.

—Mamá se sienta en la sala, en el sofá francés de terciopelo azul, sube los pies en el otomano está perfectamente arreglada, con su peinado de salón, los labios rosa pálido, la manicura perfecta, el vestido acinturado de color de temporada, las medias transparentes, su vodka tonic en la mesita, la caja de Kleenex a su lado. Me besa cuando llego, pongo los dos libros a su lado y con el índice toca el que quiere, lo abre en una página con los ojos cerrados y allí comienzo. Me los sé de memoria, pero finjo que los leo porque es el único momento del día en que nos queremos un poquito.

Miro a mi amiga, con su mueca de dolor que imita la sonrisa de una niña huérfana de madre presente, huérfana con padre presente, hace una broma forzada recordándome que mañana tendré que decirle los nombres de los ríos que se le olviden en el examen. La quiero, no lo digo, la abrazo removiéndole la melena, nos damos un beso de despedida. Sus ojos están llenos de espanto, los míos de congoja, su espanto y mi congoja se toman de la mano como dos niñas perdidas a medianoche.

Son las seis, llevo a Gabriela a la puerta justo cuando Yaretzi está a punto de tocar el timbre, se queda pasmada cuando abro, entre besos, despedida y bienvenida la hago pasar, me pregunta si llegaron las demás, digo que no lo sé porque mamá abrió mientras yo hacía la tarea en mi habitación. Me abraza mientras vamos hacia el consultorio, la siento tensa, diferente, no digo nada. Entramos y allí están sentadas en círculo mamá, la tía Elodia, Sarita Hernández, la hija del doctor, también están Rina Lazo, Nancy Cárdenas y otras líderes famosas. Está hablando Ifigenia Martínez, la que es directora de la Facultad de Economía de la UNAM.

—Les digo que fue insoportable, ellos se pasaron tres horas discutiendo quién va a hablar en la próxima sesión con los periodistas, una puta batalla de egos. Todos se decían *concretito*, compañero, *concretito*, pero ninguno fue capaz de concretar nada ni de hacer síntesis. Les juro que salí con dolor de cabeza y sin soluciones para la estrategia de septiembre.

—Nosotras estábamos con las compañeras de Enfermería que pidieron la palabra —cuenta Sarita, que mientras hablaba se le fue montando el enojo y la vena se le salía como señal de aviso— nos la

negaron cinco veces, aunque estábamos en la orden del día. El moderador dijo que primero lo político, hasta que María Rosa montó en cólera y se puso de pie sobre la silla. Estuvo bueno, levantó el puño y les gritó que estamos hasta la madre de ser ignoradas, tenemos que discutir cómo vamos a hacer para sentirnos seguras en las reuniones de la noche, que ya estuvo bueno de que nos repitan que los asaltos sexuales de los compañeros son casos aislados, que nos concentremos en las violaciones que cometen los soldados.

—¿Y tú qué les dijiste? —pregunta Rina Lazo, curiosa.

—Les dije que de los soldados se espera cualquier cosa porque somos sus enemigas, pero de los compañeros no. Que estamos hartas de que nos metan mano, nomás se toman dos tequilas como excusa, otra vez violaron a dos compañeras en los baños cuando salimos de la reunión con los de Ciencias Políticas, Flavio Romo dijo que no fue violación, que era su chava y que tienen amor libre, que lo que nos pasa es que luego nos arrepentimos, otro pendejo del Politécnico dijo que los provocamos, que estamos muy fresas, que es la era del amor libre.

—Sí, claro, porque su revolución incluye coger a destajo con la que les gusta sin que ella opine —dice Yaretzi recordándome el tono que usaba Lucero. Entonces, casi automáticamente me senté en un cojín en el círculo, me hicieron un hueco donde creo que pertenezco. Mamá interviene, esta vez más pensativa que de costumbre, creo que extraña mucho a mi tía, en estas reuniones se hace más evidente cuánta falta nos hace.

—No sé… tenemos que pensar cómo hacer esto. Mirta desde Cuba dice que están igual con los compas de Fidel, cada vez que una saca el tema de la violencia sexual ellos dicen que no podemos hablarlo porque los fascistas o la derecha lo van a usar para descalificar a la izquierda.

—Lo mismo los compañeros rusos —dice Micaela, la bailarina de ballet que es sobrina de Trotsky—, siento que es camisa de once varas. Como si a los fascistas les fuese a interesar denunciar a los hombres por hacer lo de siempre con las mujeres; es una trampa, pero no sé cómo saldremos de ella.

—Ya, ¡allí está el falso dilema! A los hombres de ningún bando les interesa discutir nuestros derechos si no son instrumentales para su mirada política, en lo sexual para ellos el apetito no es delito —la voz dulce de Nancy Cárdenas deja a todas en silencio, reflexivas.

—No nos equivoquemos, compañeras, lo que queremos cambiar es el sistema no a los hombres. Ellos son hijos del paternalismo dominante, que es machista y sexista y racista. Tenemos que causar el derrumbe de esta cultura para crear una igualitaria y no belicista.

—¿Y si en el derrumbe nos cae la avalancha a nosotras? —pregunta Rina Lazo.

—Pues claro que nos va a caer, y algunas quedaremos en el camino, pero valdrá la pena, por las que vienen detrás —responde la tía Elodia con una certeza escalofriante.

En ese momento suena el timbre y salgo corriendo hacia la puerta, no quiero perderme de escuchar esta conversación intrigante. Es Alaíde Foppa con Rosalinda, una amiga suya de Guatemala que es novia de un guerrillero del Frente Sandinista, aunque mamá dice que solo nosotras lo sabemos. Me presenta a Rosalinda, una mujer bajita, vestida toda de negro, delgada, con ojos inmensos y una melena negra alisada, que le llega a la cintura, me saluda un poco sorprendida, pregunta si no soy demasiado joven para estar allí. Respondo que esta es mi casa y le doy la bienvenida, finge una sonrisa por mera educación. Cuando vamos andando, el timbre suena nuevamente y regreso a la entrada de casa, es Stephanie, "la Texas", trae el pelo más corto, se ve diferente, aunque viste igual que siempre, como un chico, con un traje negro holgado y zapatos de hombre. Lleva un arete pequeño de plata en la oreja izquierda, hay algo distinto en ella y no puedo decir qué es. Sin preguntar me lanzo a abrazarla, primero se queda sorprendida con los brazos fijos en sus piernas y de repente reacciona y me estrecha, relajándose, me llama Juli como nunca había hecho, y al separarnos del abrazo nos quedamos muy pegadas, mirándonos a los ojos, puedo sentir su respiración y ver sus labios carnosos, sus pestañas tupidas, la piel con los poros cerrados, casi perfecta, hay algo andrógino y atractivo en ella. Nos separamos de inmediato y le pido que entre, justo en la puerta se detiene nerviosa, se mira los

zapatos, frota sus manos una contra la otra, inspira tres veces con gran intensidad. Luego me mira con ojos de miedo, la observo con ojos de cariño, su miedo y mi cariño se anudan en un acto de fe. En cuanto entra todas se quedan pasmadas, Yaretzi salta como un resorte y grita señalando:

—¿Qué diablos hace esta cabrona aquí? Pinche blanquita traidora —Alaíde Foppa, que aún no se sienta, se acerca para abrazarla e intenta tranquilizar los ánimos visiblemente alterados de casi todas las que entienden lo que sucede, yo no tengo ni idea, estoy desconcertada y muda.

—Necesitamos escucharla. De verdad, Yaretzi, entiendo tus dudas, pero lo que tiene que decirnos es importante —al terminar, Alaíde le hace señas a la Texas para que hable, ella carraspea para liberar sus palabras.

—Siento mucho… —mira a Yaretzi— no haberte dicho nada antes, pero Lucero sí lo sabía, siempre lo supo.

—¿Qué? Que eres una traidora y de pura casualidad te salvaste mientras la acribillaron… —dice, para sorpresa de todas, mi tía Elodia con una voz parsimoniosa que no pega nada con su frase despiadada.

—No, que yo sí seguí las reglas para hacerme la muerta, sabíamos lo que podría suceder, yo se lo dije mil veces. Y sí, me fracturaron la clavícula y el tobillo, tuve una punción en el pulmón y por eso mis papás me llevaron al hospital en Texas, no querían que en México me atendieran en el contexto del 2 de octubre. Y no, compañeras, no soy traidora.

—Siéntate, Stephanie —le dice mi madre llamándola a su lado—. Puedes hablar, este es un espacio seguro —camina como alguien que va al cadalso, todos los ojos están sobre sus movimientos.

—Mi papá es Charles Fox, el segundo de Winston Scott, el jefe de la CIA en México —todas arrojamos expresiones de sorpresivo shock colectivo. Miro a mamá que no reacciona sorprendida, el desconcierto se esparce en la habitación mientras habla—. Aborrezco lo que hace mi padre, pero su posición de poder me permite tener toda la información que ustedes han conocido y seguirán conociendo si me dejan permanecer en el Círculo. Papá no

tiene ni idea, él sigue creyendo que soy una *weirdo* inadaptada en la universidad que solo va a las marchas para hacerlos enojar. Su mayor preocupación es dilucidar si me gustan los chicos o las chicas. Mi mamá está muy ocupada en su vida de socialité de Las Lomas, para ella soy una decepción, soñaba con una hija modelo, miren lo que les salió —se señala a sí misma con una sonrisa tímida.

—¿Nos vas a decir que el subjefe de la agencia de espionaje norteamericana en México no sabe lo que hace su hija? ¿Que no sabe que estás con nosotras? —pregunta Sarita Hernández ya menos agresiva, asomando una sonrisa traviesa. Mientras Stephanie responde no despega la mirada de los ojos de mi tía Elodia.

—A veces lo extraordinario en nosotras es inverosímil para ellos. Siempre subestiman nuestra inteligencia y, si sabemos jugar el juego, creen que somos una panda de estúpidas que no entienden el mundo de los hombres. Su desprecio juega a nuestro favor, ¿verdad? Eso me lo enseñaste tú, Elodia, eres mi maestra —le dice a mi tía que ahora ha abierto los ojos y apretado los labios, como arrepentida por sus palabras—. Tengo más información —saca de la parte interior de su chaqueta un audiocasete de dictado Philips y unas fotos polaroid, se los entrega a mi madre.

—El próximo septiembre Richard Nixon va a declarar la guerra contra las drogas, para que la policía mexicana legalice la persecución de estudiantes por consumo de mariguana. Allí está todo —señala el material en manos de mamá—. ¡Ah!, y en septiembre también el presidente Díaz Ordaz va a admitir que él ordenó las masacres y desapariciones del año pasado, incluido Tlatelolco.

—¿Perdona? Estás bromeando —dice con la boca abierta Magdalena de la Isla.

—No, está planeado, así deslinda a su flamante secretario de Gobernación, Luis Echeverría.

—Para qué necesita deslindarlo, si el PRI tiene todo el poder y el control de la televisión y la radio, del Poder Judicial…

—Porque va a ser el próximo presidente de México —parece que una pequeña sonrisa se asoma en la comisura de los labios de la Texas cuando termina esta frase. En unos minutos ha pasado de ser

la gringa *weirdo* traidora a una heroína calidad espía internacional. Todas sonreímos un poco porque nadie lo puede creer.

Mamá mira las fotos, busca su grabadora plateada que carga como un portafolios con micrófono, en ella graba los resúmenes de las sesiones con sus pacientes y lo que asegura que algún día va a ser un libro para mujeres. Pone el casete, un ruido de interferencia raspa el aire mientras escuchamos las voces de varios hombres planificando la campaña presidencial de Luis Echeverría Álvarez. "*Su lema, señor, será 'Arriba y adelante', Nixon apoyará a nuestro candidato para que sea mediador, también mantendrá la paz con Cuba y Rusia, para que entren los espías mexicanos a Cuba*. *Todo funcionará al tiro, mi general*".

Mamá pausa el casete, todas exhalan incrédulas, hacen el esfuerzo de comprender el alcance de lo venidero. Luego agradece a la Texas y continúa la reunión con las estrategias para sacar de la cárcel a las compañeras que siguen presas, para repensar qué hacer con el machismo de los compañeros y decidir cuáles serán las consignas de la próxima manifestación. Dice que el concierto de Judith Reyes fue un éxito y con ese dinero van a poder seguir manteniendo la búsqueda de las desaparecidas coordinada por las Temerarias Subversivas, que no vienen a estas reuniones porque no se llevan con todas, ellas dicen que las blanquitas fresas no son de confiar.

Todas nos ponemos de pie, yo las observo, Alaíde anuncia que a la próxima reunión van a venir unas compañeras cubanas y que Rosario Castellanos les manda abrazos, que espera verlas en la próxima sesión del Círculo de Mujeres. Todas caminan y se despiden de Stephanie, casi pidiéndole perdón, aunque ninguna lo expresa. Mi tía la mira, no le dice nada. Me parece que acaban de tener una silenciosa ceremonia entre dos infiltradas que saben que se juegan la vida en casa propia. Yo me espero con la Texas, hasta que todas se van. Se levanta del cojín, respira con dificultad, parece agotada, le pregunto si está bien, responde con la mano de uñas cortísimas pegada al pecho:

—Sí, es el pulmón, todavía lo tengo amolado, dicen que se va a quedar así de por vida.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿No le tienes miedo a tu papá? Digo, que si te descubre con nosotras te mate, o así.

—¿Matarme *daddy*? —ahora su mueca es burlona—. A los agentes como papá los desechan el día que dejan de servir. Mamá dice que son de úsese, deséchese y *next*. *Daddy* es un burócrata de la embajada que maneja información, no es el 007 de la película que te imaginas. Está más ocupado intentando entender a México y espiando antes a tu presidente que a mí.

—Otra pregunta…

—*Yes.*

—¿Y entonces quiénes te gustan? ¿Los chavos o las chavas?

—Los dos —dice con alegre naturalidad—, a veces unas, a veces otros, y a veces todos al mismo tiempo.

—Ah, tú también crees en el amor libre.

—*Sip*… ¿a poco crees que hay otro tipo de amor?

—No, son apegos y deseo —aclaro desenmarañando la voz, pretendiendo ser más madura de lo que soy—. Y entonces, ¿tú qué eres? ¿Hombre o mujer?

—¿Yo? Soy persona, Julieta, solo persona sin marca registrada. Es 1969, *wake-up*, *sister, wake-up.*

Despierta, hermana, despierta, repica la frase silenciosa en mi cabeza. Se instala en ella como ceiba recién sembrada en el centro de mi tierra.

Caminamos en silencio hacia la puerta, la miro mientras sonrío levemente, mi cuerpo está lleno de raras vibraciones, es como si las palabras y todas sus letras se estuviesen incorporando entre mis venas orquestando un torbellino que me sube de los pies a la cabeza, una buena borrasca de ideas y verdades nuevas se adueña de mi vida, mi cerebro se nubla y está lúcido a la vez, supongo que eso es aprender de verdad.

XXIII

Es domingo antes de que comience la Semana Santa, mamá se termina de arreglar mientras papá y yo estamos en la sala, él mueve de un lado a otro los muebles nuevos. Ahora que lo ascendieron ha decidido que tenemos que modernizar la casa. Acomoda el sofá de tubos cromados y asientos de una tela de textura rugosa a la vista y suave al tacto, me descubre observando con desprecio, pregunta qué pasa y digo que el sofá nuevo es color verde moco. Se ríe un poco ofendido, dice que esa es la diferencia entre alguien que entiende la estética moderna y una adolescente que no sabe nada de muebles de diseño. Está feliz mientras acomoda la alfombra de pelo rasurado y rombos blanco y negro con un círculo rojo en el centro, dice para sí mismo que el tapete es un buen homenaje a los cubistas y que lo compró de oferta, me pide que le ayude a acomodar la joya de la corona: el sillón Olímpica de piel negra y madera oscura que fluye como si estuviese fabricado de una sola pieza, fue diseñado por Ramírez Vázquez, me explica que se lo ha comprado a mamá para que lea a gusto al lado de la ventana en la que ahora lucen persianas venecianas en lugar de las viejas de tela. También ha cambiado las lámparas anticuadas, en su lugar instaló unas de metacrilato rojizas. En el techo me señala sus bombillas globo que imitan dos lunas equilibradas por un tubo cromado. Como un mago, papá ha traído la modernidad a casa. Quitó el horrible jarrón de porcelana garigoleada de la abuela, en su lugar puso un adorno plateado de bolas superpuestas que se llama Interespacial en el que se refleja, convexo, el rostro de quien las mira. Ahora los libreros son minimalistas y de un tono más claro. Papá pone los brazos en jarra observando su nueva creación, de pie a su lado lo imito, me mira con el orgullo de un astronauta que vuelve de Saturno. Me despeina con una caricia leve en la cabeza. Mira al

pasillo para ver si viene mamá. Yo me siento en el sofá sin quitarle los ojos a mi padre, apenas ahora me doy cuenta de lo guapo que se ha puesto, lleva una camiseta polo apretada, de una tela azul marina tejida que parece fina, las mangas le llegan a los bíceps delgados y bien marcados, viste unos pantalones anchos color gris, la tela cae con gracia sobre los zapatos de pachuco con la punta blanca que nunca le había visto. Se ha perfilado más el bigote negro y estrena desde hace semanas unos lentes de actor de cine, son de pasta negra gruesa con los cristales levemente entintados en verde botella. El pelo es un poco más corto a los lados y lleva una leve melena arriba con gel, el peinado me recuerda algo y cuando pregunto me dice que es un peinado Elvis. Pues sí, papá ahora se parece a Elvis Presley y no lo había notado. Camina haciendo mofa de cantante como si llevase un cigarro en la boca y se sienta a mi lado invadido por la alegría que le produce sentir que tiene casa nueva y que es más moderno que hace una semana. Intuyo que se cree joven, no sabe que es un señor mayor de treinta y cuatro años.

—¿Y qué tal Juan, todo bien? —me sorprende.

—Sí, muy padre. Es un chavo muy chido, cariñoso y bueno.

—¿Lo quieres?

—Sí, claro, ¿por qué preguntas, pa?

—Para saber, porque te amo, puedes contarme lo que quieras siempre, mi chava.

No sé qué le pasa, se está volviendo loco, se cree muy *cool*, como si al volver de su último viaje hubiese cambiado de vida. Lo observo, me apena burlarme de su nueva personalidad, porque mamá dice que a los hombres les da miedo que los critiquen las mujeres, que se sienten humillados y es lo peor de lo peor que una mujer puede hacerle a un hombre, que es como castrarlo, o creo que eso dijo. Le sonrío y él me acaricia la mano mientras mira algo que le inquieta en el mobiliario.

Se levanta de nuevo, recoge el trozo de franela roja con que limpiaba los muebles nuevos y lo pasa sobre el televisor, lo miro y pienso que es perfeccionista para algunas cosas. Apenas caigo en cuenta de cómo le importa lo material, nunca lo había pensado, es como si quisiera asirse a lo tangible, a las cosas más que a las

personas. Le incomoda hablar de lo que duele en el mundo, excepto cuando él puede resolverlo o cuando está convencido de que no hay absolutamente nada que hacer, como con la Guerra Fría con la Unión Soviética. Tal vez se parece un poco a Juan, prefieren no hablar de los grandes problemas, sino concentrarse en lo bello, en lo cercano, en lo estético, como dice papá. Jamás ha traído a ningún amigo a casa, ni habla de amistades, solo de compañeros de trabajo y de sus primos. Me pregunto si papá tendrá una vida secreta como mamá, o si simplemente tendrá una vida mediocre con la que se siente seguro. Qué difícil es entender a los hombres.

Mamá aparece guapísima, su piel morena brilla con un minivestido de bordado ameba intercalado blanco y negro que papá le trajo del viaje, lleva botas de charol blancas hasta la rodilla, un bolso a juego. Se peinó como lo hacía Lucero, con el pelo alisado y las puntas en ola hacia fuera, un poco de volumen arriba y un broche de carey al lado que le hace un flequillo sexy. Los observo, me alejo, voy a toda prisa por mi Polaroid a la habitación, les pido que se queden frente al librero nuevo y les tomo una foto.

—¡Parecen modelos de la tele! —se miran mutuamente, felices. Mamá recoge de la cocina el pastel de mousse de chocolate que preparó para mi abuelo, papá va por las llaves del coche y salimos hacia casa de su padre a la comida de domingo. Yo quiero ver a mi primo Rodrigo que me dijo que tiene un secreto que contarme. Esta vez mi abuelo ha invitado a los papás de mamá. Es súper extraño ver juntas a las dos familias que son inmiscibles, forzadas a convivir por nosotras. Hay razas e ideologías distintas que se mezclan por la fuerza, y otras por amor.

Llegamos a la casa, los olores suben por la espiral de la escalera desde la cocina hasta el gran comedor donde ya están acomodadas las veinticinco sillas, una larguísima mesa de personas adultas y dos pequeñas para la chiquillada. Se me abre el apetito con el olor a tortillas frescas, la sopa de fideos especial de Dora, la cocinera, y las tortitas de carne con ajo que fríen en aceite de oliva con papas cambray. Los bolillos recién llegados de la panadería están en los canastos por toda la mesa y muero por robarme uno, me detengo porque en esta casa nadie rompe las reglas, solo hay un pan por

persona, y no se come antes de que todos se sienten juntos, el orden militar impera hasta en los antojos.

Como estaba distraída añorando el pan, seguía caminando al lado de mamá mirando a los tíos, buscando a Rodrigo; de pronto siento la mano de mamá que me agarra el hombro y se pone en guardia, miro hacia arriba, finge compostura como una bailarina con la espalda perfectamente recta y sonrisa teatral. Veo al frente, es el tío Genaro, que otea a mamá de arriba abajo con desprecio. Trago saliva en silencio. Enfundado en traje militar da más miedo que de costumbre, mueve su vaso de pulque con precisión mientras señala a mi madre.

—Mira nomás, ahora las madres de familia se visten de modernas a go-go

—Buen domingo, Genaro, y tú vas vestido de militar en el día de Dios —responde mamá sin inmutarse. El intercambio es cortésmente rudo.

—Ándele, chamaca, venga a darle a un beso a su tío consentido —siento náuseas y angustia. Camino hacia él, le beso casi al aire cerca de la mejilla, puedo oler su loción Brut, ver sus poros grasos en la piel morena, la nariz rugosa con puntos negros y tres pequeños pelos que saltan de la oreja, él tampoco me toca la cara, finge el saludo. Me alejo de inmediato hasta estar de pie junto a mamá que ahora me toma la mano, me siento pequeña y vulnerable, con ganas de ir al baño, aguanto.

—Con usted quería hablar, Clara, me enteré de que tienen un grupito que llaman Círculo de Mujeres.

—Sí, ¿y por qué le puede interesar a un hombre como tú?

—Cuénteme a qué se dedican las mujeres en su Círculo, ¿también está la chamaca esta? —da un trago al pulque, levanta los hombros creciendo el torso como un gorila que se apresta al ataque de la hembra. Estoy paralizada, no puedo respirar. Mamá en cambio relaja su mano en la mía, sonríe con dulzura, suelta la cadera doblando levemente la rodilla, mueve una mano con soltura mientras habla.

—Pues qué iba a ser, cosas de mujeres, ya sabe, la crianza de los hijos, compartir recetas, salud de las mujeres, ayudar en el

orfanatorio, organizar los viajes a las ciudades perdidas para enseñar a las madres a educar a sus hijos para que no se vayan por el mal camino.

—Mhm, ¿y nada más?

—Ah, bueno, a lo mejor te refieres a que les doy cursos a mis pacientes para que aprendan a manejar sus emociones, no hay nada más desagradable que una persona que no sabe comportarse como Dios manda frente a su familia.

—¿Y esta, no aprende a bordar? —me señala con la mirada echando la cabeza hacia arriba.

—No, eso ya pasó de moda. Mi hija juega futbol y toca la guitarra. Es lo de hoy.

—También cocino y lavo los platos —añado con un terror oculto.

El tío ha bajado la guardia por completo, mira las piernas de mamá de un modo que me incomoda, en ese instante papá se acerca a nosotras y pone su brazo alrededor de la cintura de mamá. Yo sé que, a pesar de que le da pavor su primo mayor, una vida rodeada de militares le ha enseñado a fingir sosiego cuando el pánico lo corroe por dentro como a mí. El tío recibe a mi padre con la salutación militar casi imperceptible de la cabeza, papá lo responde de la misma manera mientras me dice que vaya a jugar con mis primos, no quiero irme, me da pánico que descubran a mamá, me imagino que el tío saca su pistola y allí mismo los mata a tiros. Papá insiste cariñoso con un beso en la frente, cuando me voy escucho la voz de mi tío Genaro mientras se pone de pie para ir con los otros, se dirige a mi papá.

—Qué barbaridad, el primo vestido de pachuco con peinado de maricón, lo que hacen las malas influencias extranjeras.

Mientras camino me pregunto si cuando los hombres se humillan entre sí, también sienten ese miedo a la castración simbólica, o si solo les sucede con las mujeres.

Los primos juegan futbol y las primas a las muñecas en la esquina del jardín de los geranios. Rodrigo y yo, como siempre, nos sentamos en la escalera de piedra frente a la fuente sin agua. Hace apenas seis semanas que no lo veo y me parece que ha crecido un montón, se lo digo y sonríe.

—Es que me dio hepatitis y cuando me levanté de la cama después de un mes, ya estaba casi diez centímetros más alto. Y tú ya estás más desarrollada —señala sus propios pechos por pena de apuntar a los míos.

—A mí no me dio hepatitis —nos reímos—. Cuéntame tu secreto, ¿es una novia? ¿Quién es? ¿Estás enamorado?

—Es una niña del Colegio Asunción, es de monjas, pero ella no es tan fresa. Le gusta el ajedrez y las matemáticas, baila ballet y es un año más grande que yo, aunque tenemos la misma altura.

—Y qué más, ándale, dime cómo se llama, cómo es, si ya se besaron y otras cosas. Si estás contento.

—Es la niña más bonita del mundo, ella fue la que me dio el primer beso, raro al principio porque nunca había besado y eso de meter la lengua en la boca de otra persona es increíble, aunque luego ya te va gustando. Yo masco chicles de menta para que no me sepa la boca, eso me lo enseñó mi hermano Genarito, dice que el buen aliento es signo de caballerosidad. El jueves hicimos algunas cosas de tocarnos, ella dice que las ha practicado con sus amigas en la escuela de monjas.

Somos cómplices de esa alegría que se inventa cuando estás aprendiendo a vivir. La conversación me hace notar que la primavera está aquí, la higuera con hojas brillantes y gruesas muestra manojos de higos que saldremos a cortar después de comer, nos rodean camelias y gardenias, las macetas de talavera de Puebla azul y blanca ya están colmadas de claveles rojos, estoy aprendiendo a notar cosas que antes no veía en esta casa. Los primos gritan que han metido un gol, las primas vienen con sus muñecas recién peinadas, una de ellas lleva una carriola de juguete, va como una pequeña robot perfecta hacia un futuro incierto que tal vez no podrá entender. La tía Elodia aparece en la puerta de la escalera y anuncia que ya vamos a comer, que hagamos fila para lavarnos las manos y la cara, dos minutos en total para estar acicalados en la mesa, ordena como buena esposa de militar. Todos obedecen, yo bajo corriendo a la cocina a lavarme las manos en el fregadero y saludar a Dora y a sus dos hijas que apenas llevan seis meses desde que llegaron de Tlaxcala a trabajar con mi abuelo en la limpieza de la

casa. Ellas no pueden estudiar, dice Dora, deben trabajar para mandar dinero a los tatas que están muy enfermos, la abuela mala del azúcar y el abuelo malo del corazón débil y los pulmones duros porque trabajó en las minas del norte. Las niñas tienen mi edad. Les digo que si quieren después de comer vamos a cortar higos con Rodrigo, dicen que sí, a escondidas sin que su madre las vea. Subo atrabancada, soy la última en sentarme, tomo mi bolillo y le doy una mordida con hambre de perro. Siento una mirada que me eriza los pelos del pescuezo, es el tío Genaro, bajo la vista y mastico lentamente. Rodrigo, a mi lado, se da cuenta y me habla en voz baja, dice que cuando salgamos a comprar dulces con nuestro domingo me cuenta más sobre Carolina.

Ahora conozco su nombre. Comemos sopa de fideos con higaditos de pollo. Los adultos hablan sin cesar de la próxima inauguración de las líneas del metro, mi abuelo que es ingeniero militar dice que es una obra de arte moderna y que los trenes vienen desde Francia. Anuncia que cuando se inaugure toda la familia hará un viaje para disfrutar del lujo de la alta velocidad, que ahora México es el país más avanzado de América Latina. Mis abuelos maternos departen con mis otros tíos, ella habla de recetas de diferentes arroces españoles, él de los vinos de la Rioja que le ha traído al abuelo gracias a su amigo el gallego, dueño de la tienda de ultramarinos de avenida de los Insurgentes. Mi abuelo paterno les dice afable que el vino es excelente. Mi tío Genaro irrumpe, asegura que lo único bueno que han traído los españoles a México es la comida y el vino, mi abuelita, con esos ojos verdes y la sonrisa más dulce, le dice: "Bueno, Genaro, es verdad que México es el país de las mil maravillas, y debes reconocer que también trajeron el idioma español, que ustedes decidieron que fuese más importante que el náhuatl". Papá le arroja a su suegra una mirada de dardo envenenado, mi abuelo compone la situación con un gozoso acento celebratorio: "La maravilla de idiomas que tiene este país hay que recuperarla, ya quisiera yo poder hablar los idiomas de los dioses", los demás reconocen, hipócritas, el valor de los idiomas originarios, y la tía Carmela de Juchitán dice alguna frase poética en zapoteco y toda la mesa la celebra sin entender. Me da la impresión de que los

adultos son un poco hipócritas, incluido el tío Genaro, mucho celebrar los idiomas, pero ni los defienden ni los hablan con sus hijos, les da vergüenza que los confundan con indios.

Luego de comer nos formamos en fila a la cabecera de la mesa, mi abuelo nos da tres monedas de un peso a cada quien, le damos un beso a cambio y salimos a toda prisa hacia el portón de hierro negro para ir cada cual a su tienda favorita. Unas a la heladería, otros a comprar estampitas con don Rulo, Rodri y yo nos vamos jugando a las carreras hacia Dulces Mary. Otros niños están eligiendo caramelos en bolsitas, mamá me ha encargado que le lleve cien gramos de peritas de anís y papá cincuenta gramos de pasitas con chocolate amargo. Yo me debato entre unas tortugas de nuez con chocolate y caramelo suave o unos tamarindos aciditos con chamoy, pido mitad y mitad. Rodrigo se ríe y me dice que le gusta mi precisa indecisión para conseguir lo que quiero, él siempre tarda diez minutos mirándolo todo y decide con inseguridad, al final sabe que le voy a compartir mis dulces. Se compra una bolsa grande de gomitas ácidas de colores con forma de gusanos y arañas. Para su mamá ha comprado un conejito de chocolate, siempre le lleva un regalo secreto. Justo cuando vamos a entrar a la casa, Genarito se me acerca, me ofrece una nuez garapiñada y le doy un trozo de tamarindo, me acerca la cara a la oreja y susurra que lo busque porque su novia quiere conocerme, me quieren contar algo que me va a interesar mucho. Me alegra nuestra complicidad, Rodrigo lo mira con ternura, su hermano es su héroe.

Subo para entregarle sus dulces a mamá, ella toma un caramelo de anís y los circula entre las tías que hablan de cualquier cosa, alcanzo a escuchar que parece que otra vez el tío Carmelo se emborrachó y le pegó a la tía Rosario, por eso no vinieron este domingo. Me voy hacia el otro rincón del comedor.

Bajo las lámparas de luz ambarina, una nube de humo mistifica la vulgaridad de la mesa metálica de cerveza Carta Blanca en la que mis abuelos, papá y mis tíos se van turnando para jugar al dominó, mientras fuman y beben cerveza y güisqui. Uno de ellos hace la sopa rayando la mesa con el ritmo de un son cubano, mi abuelo lleva en la boca un puro que ha mordisqueado hasta sacarle el jugo ácido de

la hoja, el tío Genaro, con sus dedos rechonchos y uñas manicuradas, deja en el cenicero un cigarro a medio fumar manchado de baba y grasa de sus labios. Me acerco a papá que está en turno recogiendo sus fichas, las va a acomodando y me dice: "Sopla para la buena suerte", los otros sonríen, sorpresivamente el tío Genaro me dice: "Ándale, bonita, échale aquí también una sopladita de buena suerte", miro a papá que con gesto alegre me da un sí, voy y antes de soplar me digo en silencio: "Deseo que el viejo maldito pierda esta y todas las jugadas de su vida". Sonrío después, como una chica buena, y me voy mordiendo una tortuga de chocolate.

XXIV

Por fin llegó Semana Santa, papá y mamá se van de viaje a Acapulco, el jefe de él organizó un viaje de parejas y los ha invitado a una casa privada. Eso nunca había sucedido, así que papá está emocionado, mamá se ve contenta de poder desconectarse unos días también, no ha parado de trabajar con sus pacientes y con el Círculo de Mujeres. Ellos ya no hablan de eso, creo que él ha decidido fingir que no hay nada que saber y ella simula que no tiene nada que contarle. Yo me voy a Oaxaca con mis abuelitos y Juan. Vamos a ir por doña Sabina, porque Dayami se va con sus amigas y su novio a ver unas procesiones del Cristo de los pueblos y doña Sabina quiere ir a Puerto Ángel a ver a sus primas y a caminar cerca del mar, que le hace bien a los pulmones. En Puerto Ángel mis abuelos nos van a dejar su coche para irnos a Zipolite dos días solos, la felicidad ilumina mi piel.

Después de desayunar torrijas de leche y miel, chilaquiles rojos con queso fresco y jugo de mandarina recién cortada, salimos a las nueve de la mañana. Vamos por la carretera a San Pedro Pochutla, a lo lejos el océano Pacífico se revela como montañas de añil de crestas blancas, nada más que verdor en el camino, las ruedas rechinan en las curvas de la carretera como si fuésemos más rápido que de costumbre, los carriles se hacen más angostos, abrimos las ventanas, el viento se mete en el coche con aroma de plátanos y flor de vainilla, el aire azul trae un gustillo de sal marina que advierte la inminente llegada al puerto. Doña Sabina, sentada atrás, entre nosotros dos, hace bromas a Juan, como una niña hace señas obscenas de que sabe que vamos a tener sexo, su gesto es de picardía absoluta, Juan y yo nos divertimos entre risas y nervios. Nunca había visto así a la abuelita Sabina, me gusta esta faceta suya.

—¿Tons qué? —nos dice como chiquilla entre susurros—. ¿Ora sí le vas a dar la felicidad a mi muchacha? —enseña en la sonrisa los dientes que parecen empequeñecidos por el remontar de las encías, las arrugas verticales se cierran como cortinas que enmarcan sus labios contentos; sobre las mejillas, líneas como tiras de hamacas que cargan unos ojos llenos de vitalidad profunda; los surcos perfectos muestran un rostro moreno que se arruga hacia arriba, como la cara de una persona que ha sido verdaderamente feliz. Juan la observa, se acerca y le dice bajito que sí, mientras me dirige la mirada y se sonroja, yo lo imito, digo que sí, ella nos agarra las manos y las junta sobre su regazo, enfundado en una falda blanca de algodón con pequeñas flores rojas bordadas en el bies. Sigue hablando en secreto, forzándonos a pegar las orejas a su cara y habla entre susurros. Adelante mis abuelitos rememoran su último viaje al mar antes de que naciera mi tío Bernardo. Sabina me habla:

—Yo lo hice la primera vez a los quince, pero era otra cosa. No vayas a hacer una pendejada y te me preñes —me mira de reojo.

—Cómo cree doña Sabina, si tomo pastillas.

—Ah, y esas cómo, ¿a poco sirven deveras?

—Sí, deveras.

—Ta bueno, que al cuerpo joven placer y nada de embarazo con deber. ¡Ah, un verso sin esfuerzo! —dice mientras bromeamos los tres; entonces Juan se atreve a preguntarle:

—Doña Sabina, ¿está pacheca? —yo lo miro en shock, no puedo creer que le pregunte a la anciana venerable si fumó mariguana.

—Tssss, nomás poquito, pa aguantar el viaje, y a las visitas —dice abriendo y cerrando los ojos, ahora sí con una carcajada pastosa y ojos achinados.

Mis abuelos preguntan qué está pasando atrás, doña Sabina les dice que le estamos pidiendo mota y dice que no trae porque ya se la fumó todita. Para mi sorpresa la abuela la mira alegremente sin aspavientos, voltea y pone música.

—Ponte una de José Alfredo o de Chavela Vargas —pide doña Sabina.

Luego me mira y me dice en secreto, haciendo un cucurucho con su mano en mi oreja, que cuando yo cumpla dieciocho me va a

hacer la ceremonia de los honguitos para que encuentre mi camino y ella lo pueda bendecir. Llegamos a la casa de las primas de Sabina, una construcción de techo de dos aguas, salen a recibirnos tres perros mestizos y un pato rechoncho que ladra como ellos. Mientras bajamos las cosas de la cajuela aparecen dos mujeres tan mayores como doña Sabina, una de ellas con un vestido de terlenka de escote pronunciado, peinada de salón; cuando sonríe todos los dientes de arriba son de porcelana perfecta, mientras abajo no tiene ninguno, los labios se esconden apenados por la falta de dentadura. La otra mujer lleva una camiseta de algodón de tirantes, sin sostén, con unos shorts de mezclilla, tiene un cuerpo rozagante y sólido. Ambas aparecen descalzas y con los brazos extendidos saludan a su prima con la efusividad de quien ama sin reservas, no sé si hablan en náhuatl o en zapoteco, luego nos miran y ya en español se presentan, nos saludamos, ayudan a meter las cosas, maletas, quesos y vino que la abuela ha traído de regalo. Llegamos a la inmensa cocina que en lugar de ventanas tiene tela de mosquiteros y en el centro una isla de piedra pulida, grande, como las de las pescaderías. Sartenes y ollas de barro cuelgan de un muro donde está la estufa de hierro negro con fogones amplios, huele a pescado fresco y a flores recién cortadas. Sabina me lleva del brazo y me presenta a Otilia, la mujer que va en shorts y camiseta, su rostro es ovalado, con un aire de la cabeza olmeca, los ojos grandes rasgados color miel con pestañas inmensas que llevan rastros de un rímel colocado con prisas, la piel hermosa de un tono cobrizo, mezcla de genética y sol radiante. Me abraza, siento en mi clavícula sus pechos carnosos, dice que Sabina ya le ha contado mucho de mí, por teléfono y en sus largas cartas. En sus brazos me siento extrañamente querida, es prodigiosa la capacidad expansiva de un amor que se hace extenso entre una y otra mujer, entre otra generación, como un bordado cuya factura no podrías explicar y de cualquier forma se aparece siempre que se necesita, transcendental y creciente.

Se acerca la otra prima, Xóchitl es su nombre, se disculpa por la falta de dientes, explica, seseando de una manera que resulta cómica, que su marido pescador se ganó la lotería y por su

cumpleaños número setenta y cinco le regaló ir a un dentista finolis de la ciudad que le está poniendo toda la dentadura nueva. Dice que con los partos los chamacos le robaron el calcio, y los dientes se le fueron poniendo negros mientras amamantaba, para cuando terminó de darle leche a la quinta niña, su dentadura ya estaba toda como piedrecitas de río grises y apagadas. Ya nomás le faltan dos citas y va a quedar como una artista de la televisión, dice mientras se acomoda los pechos en el pronunciado escote con sensual seguridad.

Otilia nos guía hacia las habitaciones, son diez, una más linda que la otra, bien avitualladas, las camas con mosquiteros que cuelgan desde el techo alto y las cubren con vaporosa libertad, pocos muebles de colores mexicanos, macetas de barro negro con plantas tropicales, petates de hoja clara, los muros color arena, ventanales amplios y tan bien diseñada que el viento marino corre por la casa ahuyentando el calor de la playa. El mar resuena al interior de las habitaciones como en una caracola, es el arrullo de la naturaleza dice Xóchitl.

Juan y yo ya traíamos el traje de baño debajo de la ropa, así que salimos corriendo a encontrarnos con las olas. Doña Sabina sale en bañador entero estampado de flores rosas con un pareo atado a la cintura, va descalza y lleva en la mano una botella de mezcal como un trofeo que le entrega a la prima, ya sentada en las sillas de madera de colores azules y rojas, al lado de una mesa con mantel de plástico de margaritas blancas y amarillas llena de botanas, chicharrones, cacahuates, totopos, guacamole, rodajas de jícamas con limón y chilito, una bandeja de cervezas y refrescos atiborrada de grandes trozos de hielo. Mis abuelitos también salen preparados, mi abuela con traje de baño y una camisola de algodón blanco con bolas rojas que recuerdan un vestido andaluz, él con un bañador nuevo que asemeja calzoncillos negros muy pegados, de una tela brillante que se amolda demasiado, parece que mete la incipiente barriga, camina preocupado por su apariencia cargando unas toallas, ellos llevan chanclas, tienen pies de citadinos. Comienzan a platicar y a reír de cualquier cosa.

La playa está casi desierta, remontan tras las dunas infinidad de cocoteras despeinadas por el aire del atardecer que nos dan la bienvenida. Vamos corriendo hacia el agua fresca, el sol lo inunda todo y el calor arrecia sobre la arena caliente, Juan entra despacio en el agua, estirando los brazos como un fantasma, yo me lanzo a la primera y comienzo a nadar, lo llamo mandándole besos, por fin se mete y llega por debajo a abrazarme.

—Estoy haciendo pis —digo con sonrisa angelical mientras floto.

—¡Puagh, qué chafa! —me echa agua y yo se la devuelvo.

Flotamos dichosos, aleteando, el mar está tranquilo, las montañas al horizonte plagadas de un verdor profundo, las palmeras gigantes se me figuran arañas colosales que caminan a lo largo de la costa y parecen vigilar a las chalanas que se mecen solitarias en el mar del atardecer. Juan interrumpe mis pensamientos.

—En enero, en mi cumpleaños, mi papá me dijo que me va a regalar su Ford Galaxy, podemos venir juntos aquí a celebrarlo.

—Qué chido, en 1970 vas a tener dieciocho, qué envidia. ¿Sabes que ya vas a poder votar? Este año aprueban la ley para que desde los dieciocho la gente joven pueda elegir.

—Nah —dice abofeteando el agua mientras juega—, no es para que podamos elegir, es porque los rucos ya no quieren votar si no se inventan más partidos políticos. Siempre el PRI y solo el PRI, como dice tu mamá esto es un régimen autoritario y votar es un teatro.

—Sí, pero podemos elegir… aunque es cierto que si no hay opciones no hay mucho que escoger. Bueno, ya —digo interrumpiendo mi propio pensamiento, arrepentida de haber sacado el tema—, vamos a tomar algo que muero de sed.

Al salir, una ola revuelca a Juan por intentar hacer una carrera al estilo de los surfistas guapos de las películas americanas, yo trato de ayudarlo y me revuelca también. Tragamos agua por el revolcón y las risotadas, cuando comenzamos a caminar veo que un triángulo del top del bikini se ha desatado, me río nerviosa. Juan me mira y dice que son bonitas. Me pongo colorada mientras me acomodo el top y salgo corriendo hacia donde están los abuelos. Otilia le ofrece una cerveza a Juan y le pregunta a mi abuelita si yo también puedo tomar una, ella dice que sí, pero a mí no se me antoja, prefiero una

Sangría señorial que está helada. Nos tumbamos en la arena, descubro a un hombre que despierta en una hamaca colgante al lado de doña Sabina, se levanta rascándose la melena pelirroja por el sol, pinta de lanchero.

—Mira, ¡por fin despierta el galán! —dice riendo doña Sabina que le llama compadre con cariño y espera a que el hombre se acerque a saludarla—, así como lo ven —dice la mamá de Dayami señalándolo con la cerveza—, este Marco Tulio era el más guapo de Puerto Ángel, se parecía a Andrés García —todas lo observamos incrédulas.

—Por favor, comadre, más respeto —dice el hombre intentando bajar amodorrado de la hamaca de colores—, las gringas me confundían con Alain Delon.

Las carcajadas no se hacen esperar. Yo lo miro, el hombre tiene los pechos caídos como quien ha amamantado a varias criaturas, la barriga abultada simula un avanzado embarazo, las carnes del cuello le cuelgan con arrugas grisáceas que me recuerdan la pata de un elefante, los brazos de carne flácida y músculos escurridos revelan que hace tiempo no hace esfuerzos físicos, la piel tatemada por el sol sería la envidia de cualquier turista; es un hombre que dejó su belleza masculina en algún rincón del mar y jamás pudo recuperarla.

Se acerca a Otilia, la besa en la boca, ella está en buena forma comparada con su marido. Cuando se lo digo, celebra con alegría, aclara que ella parió a varios chamacos y siempre ha trabajado lo triple que su *Galán Delon*. El hombre se va por una cerveza y viene a presentarse. Me avergüenzo de haber sido tan franca, aunque es claro que a él su apariencia ya no le importa.

Nos tiramos al sol tomados de la mano mientras Marco Tulio anuncia que se va a dar un baño y vuelve para preparar unos pescados a las brasas que trajo esta mañana, tiene pargo para un ceviche con chile habanero, cebolla, limón y cilantro, la boca se me hace agua de solo escucharlo. Juan se ofrece a ayudar, le dice que se vaya por el carbón y lo ponga en el asador que ya tiene ocote y un par de leños. Cuando se levanta me acaricia el ombligo, me hace temblar, miro de reojo a mis abuelos, ellos están en plena chorcha con Otilia y doña Sabina. Cualquiera que la viese en ese traje de baño floreado, con el sombrero y los lentes de sol que mi abuela le

ha regalado, no me creería que es una respetada chamana, la mujer más sabia que yo conozco. Todas tenemos muchas vidas, o somos muchas mujeres distintas en una sola, esta es la versión feliz y relajada de Sabina.

XXV

La Semana Santa se ha terminado y estoy de vuelta en la ciudad. Fue un sueño, pasó demasiado rápido, por suerte solo llovió dos días, aunque en la playa y con ese clima delicioso el aguacero a nadie le importa. Mi abuelito nos prestó el coche, Juan y yo nos fuimos a Zipolite, unos amigos de Otilia tienen allí una cabañita junto a la playa y nos la prestaron. Nos recibió Samantha, una americana que llegó hace veinte años y terminó casada con un pescador de la zona, una señora simpática que habla un español perfecto con acento gringo y modismos mexicanos. Se gana la vida como guía de turistas y esta cabaña la usan para descansar del pueblo. Tiene pinta de jipi, Juan dijo que parecía la mamá de Janis Joplin y es verdad, es idéntica hasta en los lentes de sol y los collares. Nos mostró la cabaña enclavada tras las dunas de la playa abrazada por inmensas palmeras y protegida detrás por cinco viejos almendros, ni una construcción alrededor, es un lugar idílico. La casa es redonda, la base de los muros de cemento y piedras y el resto son palos rústicos que topan con el techo de palapa de palma, es pequeña, fresca y sencilla. Tiene una cocineta con estufa de dos fogones con el pequeño tanque de gas amarillo bajo la mesita en que está acomodada. Rústico e impecable, al lado, platos y tazas de peltre azul y unos cuantos cubiertos, una mesita de madera tropical con cuatro sillas simples. Samantha nos dijo que la casa tiene una hamaca familiar, que no hay cama, que el baño está tras la cocina y la ducha allá afuera, con vistas al mar. Aseguró que no se necesita mucho para ser feliz, le agradecimos y nos dejó solos. Juan le preguntó dónde estaba la llave, ella se rio, señaló un cordel de pescador que ata la puerta de mosquitero y madera. Nos dijo adiós con besos tronados. Sacamos la comida y el agua del coche,

acomodamos todo, nos dispusimos a ser felices durante cuarenta y ocho horas. Pareció un sueño.

Gabriela y yo llegamos a mi casa a comer. Le he prometido contárselo todo ya que estemos solas. Papá y mamá nos sirven de comer, mamá preparó una receta de mi abuelita de arroz negro con calamares al vino tinto. Nosotras traemos las teleras frescas, papá abre una botella de vino blanco helado y se sirven una copa, nosotras agua de limón. Mi amiga le pregunta a papá si le da un poco de vino y él dice que no, que aún es menor de edad, no decimos nada. Él le saca conversación y yo lo miro con cara de súplica de esas de *papá, favor de no decir tonterías*.

—¿Tus papás sí te dan vino en la comida?

—Yo no como con mis papás, sino con la muchacha —mamá lo mira de reojo, en señal de que no es bueno preguntar si no sabes cómo continuar. Papá intenta ser más amable.

—Tu papá es psiquiatra, ¿no? Y tu mamá, ¿a qué se dedica?

—Sí, mi jefe es director de psiquiatría del Hospital San Jacinto, es veinte años mayor que mi mamá, que era su alumna en la facultad y ya no se acuerda por qué se casó con él —Gabriela ha comenzado a contar su historia a la defensiva como suele hacer para que se termine pronto y un poco también para asustar a papá.

—Ah, qué bien —dice él visiblemente incómodo—, debe ser un área muy interesante. Clara es psicóloga también.

—Mi jefe dice que la psiquiatría es medicina y la psicología una ciencia social menor, llena de farsantes y locos, yo no sé. Mi papá me parece bastante loco.

Mamá suelta una risotada, ella conoce muy bien a Gabriela y sabe lo que está haciendo. Así que responde que la guerra entre psiquiatras viejos y psicólogas jóvenes es muy divertida. Que ella prefiere no medicalizar a sus pacientes sino ayudarles a encontrar el camino para mejorar su vida y sanar sus heridas. Gabriela adora a mamá y le sonríe.

—Ojalá mi mamá se pareciera a ti, Clara.

Papá, que no tiene muy buena intuición sigue equivocándose, da un trago a su copa, se limpia la boca con la servilleta y sigue hablando.

—¿Y tu mami, también ejerce?

—Mi jefa ejerce de mujer deprimida y rica. Es una mamá triste y yo hago lo que puedo por ayudarla. Una doctora dijo que se le descompusieron las hormonas cuando yo nací y nadie puede arreglárselas —da un bocado al arroz y muerde el pan, mastica disfrutando y sigue—: ella dice que le robé el alma y que en su cabeza el mundo es como una pintura de Leonora Carrington —ahora se arrepiente e intenta arreglar un poco el estropicio de humillación a su madre ausente—. Es muy buena persona, pero no todas saben ser mamás, o deberían serlo, yo no pedí nacer, así que no es mi culpa. ¿Qué hay de postre?

Me levanto por el platón de sandía recién cortada, lo pongo en la mesa, papá recoge los platos y huye a la cocina, se pone a lavarlos para no acercarse a Gabriela de nuevo. Me da ternura, creo que le dan celos no saber cómo relacionarse con la gente de la misma manera en que mamá lo hace. No sabe cómo reaccionar frente a personas hostiles como Gabriela, mi amiga lo sabe y disfruta incomodarlo. Creo que es su manera de vengarse de su padre a través de los demás hombres adultos. Comemos la sandía aprisa y mientras ellos se sirven un café, nosotras vamos a mi habitación.

Nomás entrar, Gabriela salta a mi cama y me pide que se lo cuente toditito sin dejar detalle, expectante se frota las manos. Me siento en flor de loto, nerviosa, con mi cojín de *Happy Face* de peluche abrazado a la barriga. No he contado nada desde Zipolite. Le describo la cabaña, la playa, los atardeceres y los nervios que tenía cuando regresamos de nadar y ya estábamos solos en la cabaña.

—Estábamos en la cocina, sacamos del refri la comida que nos empacó mi abuelita y de pronto Juan me abrazó por la espalda, estábamos pegajosos, la piel tirante y salada, con el traje de baño húmedo todavía. Yo sentí que me mojaba toda, me estaba besando y mordiendo el cuello, así súper suave y es que… amiga, a mí el cuello se me conecta con el sexo, no sé cómo explicarlo.

—Ay, qué rico, a mí igual, ¿y tú qué hiciste? —apresura la conversación.

—Me sentí tan cómoda que comencé a tocarlo, todo era natural e intenso. Me dijo que fuésemos a la hamaca y nos subimos, luego nos moríamos de la risa porque no sabíamos cómo acomodarnos, se le hundían las rodillas por los agujeros y a mí de pronto se me atoró un pie. Juan se tuvo que bajar para ponerse el condón, y yo arriba ya estaba desnuda, no sabía cómo acomodarme y me empecé a reír de los nervios.

—¡Qué ansias!

—De repente, ni sé cómo, ya nos acomodamos y él se puso sobre mí, así muy despacito, la hamaca se movía un poco, era como si flotáramos. Nos estábamos mirando y nos besamos mucho, pero ya no era como otras veces, que nos tocábamos todos súper intensos y atrabancados, desesperados. Es como si estuviésemos descubriéndonos de verdad, como si hubiéramos entrenado todo este tiempo y ahora ya sabíamos lo que queríamos. Cuando entró en mí fue súper suave y no me dolió nada, uf, yo tenía ganas de llorar de tanta alegría y él me miraba a los ojos y me preguntaba si estaba bien, hasta que le tapé la boca porque ya todo estaba maravilloso y quería que se callara. Fue lo más bonito que me ha pasado en la vida.

—¿Te imaginas si así fue tu primera vez?

—¿Cómo?

—Pues que los que vengan después de Juan van a tener que ser súper buenos. En cambio, conmigo fue al revés, Camilo es el primer chavo que me trata bien, que me pregunta lo que quiero y lo que me gusta. ¿Y cuántas veces lo hicieron?

—Pues ya no sé, la primera fue más o menos rápida, pero ya la segunda duró mucho más y yo tuve un orgasmo antes que él. Luego ya como a la sexta, en la noche, tuvimos un orgasmo juntos.

—Yo nunca he tenido uno al mismo tiempo, ¿cómo se siente? ¿Hacen algo para que suceda así, o qué? ¡Qué emoción, Julieta, por fin! —las dos nos reímos entre nervios y felicidad.

—Pues no sé, la verdad es que creo que fuimos agarrando el ritmo de la respiración y con la mirada nos conectamos, porque a mí

me daba vergüenza decirle que ya me iba a venir, pero se me salió porque la emoción es tanta que no puedes controlarlo. Y de pronto él me estaba viendo a los ojos y me dijo que se iba a venir y yo le dije que igual y así. Creo que grité, pero no estoy segura. Él sí hizo un ruidito chistoso, como un relincho de caballo para dentro con la boca cerrada —nos carcajeamos—, es que no sé cómo explicarlo, es gracioso cómo suena cada vez que se viene.

—Por fin no encuentras las palabras perfectas, amiga, ahora sí que estás enamorada de verdad. Pero ¿a poco se siguieron todo el tiempo sin parar?

—Claro que no, solo las tres primeras veces que ya estábamos empapados de sudor y no queríamos soltarnos. Luego yo me paré al baño porque mi mamá me dijo que después de tener sexo tienes que hacer pis, para que no te irrites. Y nos dimos un baño porque hacía mucho calor.

—¿En serio te lo dijo tu jefa? ¿A poco le dijiste que ahora sí ibas a coger?

—Pues si ella me llevó con el ginecólogo a que me dieran pastillas.

—Ah, sí es cierto. Tu jefa está bien pinche loca, es súper chida.

—Sí es. Bueno, pero luego ya nos moríamos de sed y tomamos refrescos helados, nos preparamos el ceviche y todo lo que trajimos de Puerto Ángel. Era bien extraño, como si fuéramos una pareja de verdad, adulta, todo salía natural, nos pusimos a comer y a platicar de lo simpáticas que son las primas de doña Sabina, y Juan de repente se puso más serio y me dijo que teníamos un problema, yo me inquieté mucho, no sabes, casi me atraganto la tostada de guacamole.

—No manches, qué problema, solo tú metes drama en el romance, amiga.

—Que solo le sobraban cinco condones y todavía teníamos un día y medio para estar solos en la cabaña.

—No me vas a salir con que le dijiste que no sin condón.

—Pues claro que no, porque estoy tomando pastillas y porque él no tiene sexo con otras chavas. Le dije que estaba bien y me

prometió que él siempre va a hablar las cosas que importan conmigo.

—¡Ay, qué cursi es Juan, me encanta! Es que vaya que tu jefa nos metió miedo con la plática que dio en la escuela sobre sífilis, gonorrea y ladillas, ¡qué asco! ¿Te imaginas que te peguen algo? Yo lo mato o se la corto. Pero ¿entonces sí siguieron? —pregunta con una sonrisa cómplice.

—Pues, claro, imagínate. Al día siguiente Juan preparó unos huevos a la mexicana y quesadillas para desayunar, hasta hizo café, no me dejó que moviera un dedo, yo como reina. Luego estuvo bien chistoso, fuimos muy románticos al mar y como no había nadie dije que qué tal si nos metíamos sin ropa. Estábamos súper libres, intentamos hacer el amor en el mar, pero nos caíamos a cada rato, pura risa. Juan dijo que teníamos que intentarlo porque llevaba semanas imaginándonos así haciendo el amor en el mar. No pudimos porque nos hundíamos, llegaban las olas y así. Le dije que mejor en la arena, pero me contó que su primo que es mayor le recomendó que no lo hiciéramos tumbados porque luego se te mete la arena en todos lados y con la sal te irritas y ya no puedes hacer nada —ahora las dos estamos a carcajadas, de esas de no parar, Gabriela me avienta un cojín y dice que le duele la panza de tanto reírse, que si sigo se va a hacer pis. Yo, entre una carcajada y otra, le cuento mi secreto de la vergüenza.

—Cuando salimos del agua estaba muy consciente de mi desnudez, como que de repente me dio pudor, así, de que me veía toda, se ve que él también porque de pronto se iba tapando discretamente el pene con la mano, haciendo como si no pasara nada. Es que yo creo que allí nos dimos cuenta de que nunca habíamos estados totalmente desnudos frente a frente a la luz del día. Y yo así, queriendo caminar sexy o algo, pero no sé cómo y Juan grita de repente ¡espera, espera, párate que te picó algo! Yo me detuve y vi que me estaba saliendo mucha sangre del tobillo y se había pegado en la arena que tenía en el pie, se veía muy dramático. Se fue corriendo por agua y me la echaba y seguía saliendo el hilo de sangre. Yo lo estaba viendo aterrado, él preguntaba que qué tal si era un erizo o algo venenoso, entró en

pánico y miraba hacia lo lejos diciendo que estábamos solos, que qué íbamos a hacer.

—¿Qué, te mordió algo? En Oaxaca no hay erizos, creo…

—De repente me acuerdo de que en la mañana me rasuré las piernas y me corté con la navaja. Me puse una curita de esas chiquitas, pero seguro se cayó con el agua.

—¿Y ya le dijiste?

—No, es que no sabe que me rasuro las piernas porque están como de chango.

—Qué cabrona.

—Chale, me daba penita, pero más penita decirle que me rasuro. Así que dije que no, que me había cortado con una piedra antes y que la curita se cayó con el agua. Luego me pasé el resto del viaje haciéndole bromas de que me había mordido un tiburón y que él me iba a salvar de la muerte. No sabes cómo nos reímos y fuimos inventando historias de lo que hubiésemos hecho si me hubiera picado un bicho venenoso. Ya se creía Robinson Crusoe. Fue un viaje increíble, creo que jamás lo olvidaré, la Semana Santa del amor de 1969 —digo en tono cursi como escribiendo en el aire.

—Qué bonito —dice Gabriela acariciando el cojín que tiene entre las manos—, ojalá yo tuviera tu memoria y tus ganas de acordarme de todo. O al menos solo de lo bonito.

XXVI

Llegó el fin de septiembre del 69 y estoy aliviada, han sido meses llenos de trabajo, apenas pude disfrutar agosto. Todo se complica cuando estás en la preparatoria, por lo menos a mí se me ha complicado. Luz Montero, mi profesora de literatura, está convencida de que tengo un don para escribir y no sé en qué momento se le ocurrió meter a un concurso de la UNAM una composición que escribí sobre la Guerra Civil española; el segundo lugar, que es el que yo he ganado, es para tomar un curso de prosa y poesía con Octavio Paz en la universidad, yo soy la más chica de mi clase y los otros alumnos, casi todos hombres, son insoportables, van de pretenciosos cargando bajo el sobaco libros que nunca van a leer, todos citan a los mismos autores, todos parejos como si el mundo literario estuviese compuesto por cincuenta señores. Hay tres chicas de diecinueve años y lo mismo, no salen de los clásicos mexicanos y españoles, y si son anglosajones siempre Hemingway, Scott F. Fitzgerald y por supuesto Shakespeare; no digo que no sean buenos, lo que me molesta es que nadie me hace caso cuando pregunto si vamos a leer a Margaret Forster, a Zora Neale Hurston, o ya cuando menos a María Elena Walsh o Marguerite Duras. El maestro, como para que ya no alebreste al curso, me da la tarea de escribir un ensayo sobre Marguerite Duras. Estoy aprendiendo que mientras más creces, más opcionales se vuelven las opiniones de las mujeres, si la mayoría pide lo de siempre eso se vuelve normalmente obligatorio, es como si borraran su existencia igual que se elimina a un personaje en la ficción.

Papá dice que exagero, que puedo leer todo lo que quiera, y para demostrarlo me lleva a la librería Porrúa un sábado antes de irnos a comer juntos al restaurante Danubio. Se va dando cuenta de que los libros de mujeres que venden, como Emily Dickinson, las Brönte,

Rosario Castellanos, Simone de Beauvoir y Elena Garro, ya los tenemos en casa. Como es terco y quería demostrar que exagero, vamos a recorrer las librerías de viejo de la calle Donceles, la parte más antigua del Centro, aunque salimos con un montón de libros súper baratos que me hicieron ilusión, la mayoría es de hombres, así que nos pusimos a discutir acaloradamente en la librería López Casillas, de pronto se nos acerca un viejito librero encantador, me pregunta cuántos años tengo y responde que me veía mucho más joven de mi edad. Todo va bien cuando nos busca libros de viejo de algunas mujeres españolas, argentinas y mexicanas, hasta que los hojea y varios son noveletas para señoritas y cursilerías mediocres. Le digo que hay miles de escritoras de todo el mundo y ahora que casi estamos en 1970 es increíble que no lo sepan los hombres más cultos como él. Al final me da parcialmente la razón y cuando creo que ya le había ganado los diez pesos de la apuesta a papá y estoy lista para regodearme en la gloria, el librero dice que, si hubiese más mujeres interesadas en la cultura, tal vez publicarían más libros escritos por ellas, pero que teme que será difícil encontrarlas. Yo lo miro ya en la salida, cargando mi bolsa de libros, le digo muy digna que en mi Enciclopedia Larousse ilustrada y en la Británica que tenemos en casa aparecen muchas de todo el mundo, que no es tan difícil hallarlas. El viejito se ríe de mí, me regala un poemario de Bécquer que valía tres pesos, le desea suerte a papá y ya en la esquina de la calle en la que quedamos de ver a mamá y a mis abuelitos para ir a comer mariscos, mi papá saca diez pesos y me los da.

—¿Y esto? Si no te gané la apuesta.

—Sí que la ganaste, mija —sonríe cariñoso—, el librero te dio la razón, no las encuentran porque no las quieren ver.

—¿Verdad? —dije conmovida por la nueva forma en que me escucha y, casi sin darme cuenta, suelto un "has cambiado mucho, pa".

—¿Mucho? Pero dime si para bien o para mal.

—Para bien, además te has puesto más guapo, bueno… para ser un ruco estás guapo.

—Tú también —se ríe levemente— has cambiado y cada día eres más guapa, bueno, para ser una adolescente rebelde que les echa bronca a los libreros ancianos.

La marea de paseantes sabatinos inunda las calles del Centro Histórico, unos turistas vestidos como si estuviesen en la playa, que no pueden ocultar su origen gringo, atraviesan la calle distraídos y les toca el claxon un taxista acalorado y molesto. Llegaron mamá y mis abuelitos, que se vinieron en trolebús porque está imposible estacionarse en el Centro en sábado. Caminamos hacia República de Uruguay al restaurante de los amigos españoles de mis abuelitos, bueno, son vascos de una región que se llama Euskal Herria y cocinan delicioso. Mamá dice que se le antojan camarones a la bilbaína y papá va a pedir sopa verde, que es su favorita. Yo todavía no me decido. Les pregunto que dónde está Bernardo y responden que no vendrá, se quedó revelando fotos en su cuarto oscuro, ha tomado muchas de las marchas y los de una agencia de noticias se las quieren comprar. Cada vez es mejor fotógrafo, él revela todas las fotos que nadie se atreve a llevar a los negocios comerciales, hay mucha paranoia de que el gobierno tiene espías en todas partes.

Ya en el restaurante nos recibe el bullicio, los grandes ventanales del salón y el techo de doble altura lo hacen súper fresco y se nos baja el calor. Llega uno de los dueños, saluda a mis abuelitos con besos y abrazos, le dice a mi abuelita que es la española mexicana más bella del mundo, qué lástima que se casó con un portugués, luego le da una palmada a mi abuelito y le dice que habla la pura envidia, mi abuelo se ríe y le dice que ya lo sabe. Nos ofrece tragos, dice que como ya tengo quince años me va a traer una sangría hecha en casa muy suavecita. Todos piden un montón de comida y el dueño me dice que tiene los camarones gigantes que me gustan y que los va a servir porque me voy a chupar los dedos del gusto. El eco de las voces de todos los comensales me recuerda que vivo en un país de gente feliz que sabe cuándo dejar descansar el ansia revolucionaria. Creo que yo estoy aprendiendo también. Si fuéramos a la guerra seguro que iríamos cantando a Chavela Vargas. Mamá rompe el hilo de mis ideas.

—Entonces, ¿es cierto que Ana y Bernardo terminaron definitivamente?

—Sí —dice la abuela con tristeza—, Ana sigue sin dormir, le han empezado a salir muchos problemas de salud por la tortura —da un trago a la sangría.

—Vino a verme hace un mes, quería que le recetara Valium para dormir, algo para no tener pesadillas, le dije que yo no puedo, que debe ser un psiquiatra y que las pastillas que borran las pesadillas no existen, hay que sacar el recuerdo con terapia y transformarlo en algo más —dice mamá. Yo interrumpo.

—¿Cómo conviertes la tortura en algo más?

—Resignificas el dolor, reconoces todo lo que ha sucedido hasta que un día, cuando lo cuentas, te acuerdas perfectamente, pero te deja de doler el recuerdo —papá está mirando a mamá mientras dice eso y parece un novio enamorado; conmovido, le toma la mano.

—Qué suerte tenerte en esta familia, amor —dice papá inesperadamente. Mamá lo mira con los ojos bien abiertos, su marido, el que aborrece los despliegues públicos de afecto, ha tenido el más hermoso de su vida. Ella lo besa suavemente y se quedan mirando por unos segundos. Yo imagino secretamente que me gustaría estar así con Juan cuando seamos viejitos como mis papás.

—¿Y le conseguiste una buena psiquiatra? —pregunta el abuelo.

—Las que conozco están llenas de trabajo con todas las mujeres que han salido de la cárcel y todas a las que han violado soldados y policías. La recomendé con el papá de Gaby, la amiga de Julieta, es uno de los mejores del país, experto en ansiedad también.

La miro con incredulidad. Yo solo he visto a ese señor dos veces y la forma en que trata a su esposa no dice que sea bueno en su trabajo. No digo nada porque solo puedo pensar en Ana y no quiero ni imaginar lo que se siente que te torturen y te encarcelen, yo también pediría pastillas para borrar las pesadillas.

Estoy sentada al lado de mi abuelita, ella y yo nos miramos con amor, adora a Ana como si fuera su hija y debe dolerle mucho no poder verla más, al menos hasta que ella se recupere y decida que quiere convivir. Mientras compartimos la comida, ella y yo hablamos de Juan y recordamos el viaje a Oaxaca, me dice, con picardía, que

sigue esperando que le cuente todo, yo digo que algún día, pronto. Mientras estamos secreteándonos, papá, mamá y el abuelo se enfrascan en una conversación acalorada del tema del momento, papá habla sin parar, no sé si por el vino, o porque se siente feliz y está cambiando.

—No creí vivir para escuchar del presidente Díaz Ordaz esa frase histórica del informe: "Asumo íntegramente la responsabilidad personal, ética, social, jurídica, política e histórica por las decisiones del gobierno en relación con los sucesos del año pasado". ¡Es brutal!

—Cierto —dice el abuelo—, ya quisiéramos escuchar a Franco o a Salazar decir algo remotamente parecido. Aunque nunca mencionó las masacres, Tlatelolco, las detenciones arbitrarias… si tan solo Lucero viviera para escucharlo.

—Claro, todas sabemos que el operador fue Echeverría y ahora, el mes que viene que lo anuncien como próximo presidente de México, se va a entender por qué hicieron esta movida de semirreconocimiento de crímenes de Estado —dice mamá con la copa de vino en la mano—. A ver quién los juzga si se quedan los mismos.

—Bueno, Echeverría es el dedazo del presidente, pero todavía hay pugnas dentro del PRI, a lo mejor lo desbanca alguno que no tenga las manos manchadas de sangre, ¿no creen? —mi abuelo está comiendo su sopa de pescado y se detiene en seco con la cuchara al aire para responderle a papá.

—Es que no veo quién le haga la competencia a ese asesino, ¿te imaginas? Si es la mente maestra detrás de todos los sucesos del 68, junto a los militares, claro, quién se va a poner al tú por tú, lo veo difícil. Pero es verdad que a este maravilloso país le urgen partidos que le compitan al PRI, al menos uno de izquierda en que no se estén peleando todos para definir si son trotskistas, marxistas, comunistas o socialistas. Porque a los que van a aniquilar es a los que quieren derrocar todo y volver a empezar.

—Ay, papá, de verdad la pesadilla de lidiar con el ego de estos líderes de izquierdas, ya estamos hartas de esos machos, que además si los criticas te dicen que trabajas para la CIA o eres fascista, como si supieran lo que son de verdad los fascistas. La

única salida va a ser que el PRI se escinda y de allí salga un ala socialista, cuando menos, que sepa cómo convocar a la sociedad a elecciones y algún día, a saber cuándo, podremos tener una transición democrática.

—¡Y a ver si no sale de derechas! No sabes las veces que tu mamá y yo hemos soñado, deseado, que Portugal y España salgan de la dictadura y recuperemos la República que construimos cuando jóvenes y que nos robaron.

—Pues aquí estamos fatal —dice papá mientras se limpia la boca con la servilleta de tela y la pulcritud de un caballero—, pero al menos no han dado un golpe de Estado como en sus países, quién sabe si algún día se conocerán los secretos para entender cómo el PRI ha sido capaz de apropiarse de la Revolución y quedarse gobernando solo desde 1946 hasta hoy.

—Aquí hemos tenido un suave golpe y lento —dice mamá con un acento burlón, levantando la copa—, brindo para que un día logremos develar todos sus secretos y jamás regresen al poder. Para que valga la pena haber soñado y todo el sacrificio de tantas.

Brindan y papá dice que México ha dado también un enorme paso a la modernidad. Creo que se le ha subido un poco el vino porque se pone poético hablando de cómo en una ciudad pueden convivir las pirámides que dicen que están debajo de la Basílica de Guadalupe, el Palacio Nacional donde vivió por un instante un emperador fallido de Francia y un tren subterráneo que en unos segundos te lleva de casa al Museo de Antropología. Mamá se ríe, le da un beso y dice que solo él está tan emocionado con el metro. Los meseros llegan con una enorme charola de postres y la gula se adueña de la mesa. Además del postre, a ellos les traen unas copitas de licor de yerbas y aguardiente. Yo elijo un arroz con leche y canela, mientras lo como no puedo dejar de pensar en Ana, en lo que significa la tortura, en cuánto horror albergan esas siete letras.

Al salir, mi abuelita pregunta si me voy a dormir con ellos, mi tío tiene ganas de verme y yo de conocer sus nuevas técnicas de revelado fotográfico. Me despido de mis papás y tomamos el trolebús. Entro directamente a ver a Bernardo, que está fumando en la sala absorto en unas fotos grandes en blanco y negro, pero no

son de las marchas, ni de las sesiones del Consejo de Huelga, son unos hermosos retratos en blanco y negro de Ana.

—Son bellas —digo dándole un beso que recibe con poco interés.

No puede retirar los ojos de las imágenes de una Ana sensual, con el torso semidesnudo atravesado por un rebozo negro, en todas sonríe con esa dulzura sexy que impresionaba a la gente. Mi tío me pide que por favor lo deje solo, que después hablamos. Mi abuelita me abraza, me lleva a la habitación de visitas, donde siempre hay un cajón con ropa mía. Esta vez trae una bolsa de regalo, la pone sobre la cama y se sienta a mi lado.

—¿Qué te parece si las dos nos ponemos nuestros pijamas? Me traigo un helado de trufa de chocolate que tengo en el frigo y hacemos una noche de chicas tú y yo, como cuando eras pequeña.

—Genial, abuela, es preciosa la nueva pijama —digo sacándola de la bolsa mientras comienzo a quitarme la ropa. Es un juego de blusa y pantalón negro, parece de seda. Ella se va a poner la suya y al volver veo que es idéntica a la mía. Me encantan sus detalles, ha traído dos tazas llenas de nuestro helado favorito.

—Ahora sí, tú y yo nos vamos a hinchar de comer el mejor helado italiano de México —dice metiéndose a la cama y saboreando una cucharada, le doy un beso y la dejo manchada de chocolate como cuando era muy pequeña. Lo bautizamos el bigote de la felicidad. De pronto la abuela saca una carta del bolso del pantalón de la pijama. Al tomarla no reconozco la letra. En el remitente veo el nombre de Aurelio, estoy confundida, la abuela dice que estuvo en el mercado hace unos días y como había visto a su mamá hace dos semanas cuando hizo la compra grande le avisó qué día volvería por la fruta, Aurelio fue solo para darle la carta. Me da ansiedad abrirla, la guardo en el cajón de la mesita de noche. La abuela, como niña pequeña, insiste en que la abra. Le digo que después. Que primero le cuento lo de Juan en Zipolite. Se emociona más que Gabriela. Entre risas y preguntas le cuento lo mismo que a mi amiga, incluyendo el detalle del pie que sangra, a ella también se le salieron las lágrimas de tanto reírse y se conmovió por todo.

—¿Sabes que tu abuelito y yo hicimos el amor la primera vez a los quince años?

—¿Y sus papás los dejaron?

—En esa época mucha gente por necesidad se casaba más joven, también porque en la posguerra había que unirse para sobrevivir, nadie preguntaba por el sexo. Pero con nosotros era diferente, justo a tu edad yo entré en las filas rebeldes de lo que iba a ser la nueva República, queríamos derrocar al rey y crear un Estado igualitario. Tu abuelito jugaba futbol y aunque era medio bárbaro, porque en Portugal también estaba metido en la resistencia a Salazar, no lo tenía tan claro, pero se enamoró de mí y se vino conmigo, primero a Asturias y luego a Andalucía, con mis amigas las sindicalistas, las costureras y las escritoras.

—¿Y cómo fue su primera vez? ¿Romántico?

—¿Romántico? —suelta una carcajada y se le sale un poco de helado de la boca, lo alcanza a atrapar con la lengua—. Fue apresurado, no sabíamos nada, solo nos besábamos y nos dimos cuenta de cómo nos ponían los besos, así que un día nos desnudamos en el altillo de la casa de las costureras que estaban de reunión secreta y en cinco minutos empezamos y terminamos. Jamás se nos hubiera ocurrido preguntar qué nos gustaba, o si estábamos listos, estábamos calientes y éramos jóvenes armando una revuelta contra un rey y una parte de la sociedad que no quería que las mujeres participaran en política, además contra un brazo del Ejército que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para destruir el proceso democrático que habíamos logrado. Porque tuvimos elecciones y las ganó la República por mucho. Luchar por tus ideales también te pone cachonda.

—¿Y cuánto tardaron ustedes en aprender a tener orgasmos juntos?

—De verdad que eres hija de tu madre —bromea de nuevo—, tardamos mucho en embonar nuestros placeres. Aunque nos deseábamos la relación era más intelectual que sexual, cuando entendimos lo que significaba el poder del pueblo, y que creíamos en los mismos valores de libertad, creo que allí nos enamoramos de verdad, cuando entendimos que habíamos sido parte de algo más grande que nosotros, el deseo crecía en la medida de la admiración mutua. Supongo que un par de años después aprendimos a leer

nuestros cuerpos y a gozarnos con tiempo y ternura. A veces pienso que por eso hemos durado juntos toda la vida, así, la mayor parte del tiempo felices.

—¿Cómo decidieron?

—Fue involuntario, nos ganó la urgencia de crear juntos un mundo mejor y no solo la urgencia de un mundito de amor para nosotros solos.

—Abue —digo raspando la taza con la cuchara para agarrar lo último de mi helado—, ¿y cómo decidiste salirte, salvarte de la guerra?

Ahora su semblante cambia por completo. Ha dejado la taza en la mesita de noche, se sienta frente a mí, con las piernas de lado, una mano recargada en el colchón, con la otra me toca la rodilla, y en cuanto comienza a hablar baja la mirada.

—Traicioné a mis amigas, las traicioné en el peor momento. Nos estábamos moviendo de un sitio al otro, los franquistas querían matarnos a todas, se hablaba de campos de concentración y exterminio, de una red de guardias civiles y militares que acorralaban a la gente republicana y la mataban a sangre fría.

—¿No eran prisioneras de guerra?

—No, mi amor, era un mandato de exterminio, no una guerra civil. Yo había quedado de ir con mi grupo de las costureras y las escritoras a ayudar a buscar a los niños huérfanos entre las montañas de Granada, donde se escondió en sus últimos días García Lorca; hay un pueblecito que se llama Víznar, es precioso, está enclavado en la Sierra de Huétor, entre pequeñas vegas y huertos, allí crecieron mis mejores amigas. Tu abuelito y yo queríamos irnos a vivir allí, creímos que el bando sublevado contra la República española no ganaría la batalla, pero nos equivocamos. Pues en el barranco de Víznar habíamos quedado de encontrarnos con mis amigas sindicalistas. Pero esa madrugada, antes de salir, unos amigos de Asturias que iban a pasar por Granada nos enviaron un mensaje, nos estaban esperando, pidieron que bajásemos a la casa de su primo, tenían noticias. Nos fuimos para allá a ver a Manolo y Carmina pensando en que serían buenas nuevas y podríamos volver al barranco más tarde.

—¿Malas noticias?

—Sí, dijeron que era verdad lo que decían en todos los pueblos vecinos, que los soldados estaban llevando a la gente a los barrancos y allí mismo les ejecutaban con tiros en la cabeza, cavaban fosas y tiraban a niños y mujeres, simplemente arrojaban tierra encima, sin marcas. El sobrino de Manolo que tenía doce años lo vio todo.

—Niños que lo ven todo y luego nadie les cree…

—Entendimos que era una matanza. Sentimos tanto miedo al extermino que solo pensamos en salvarnos, yo estaba embarazada, de unos cuatro meses más o menos. Manolo y Carmina nos convencieron de venir a México con ellos, tenían un salvoconducto y manera de tomar un barco. Presas del temor a que nos tirasen en una fosa común, nos convencimos de que podríamos venir a un lugar seguro para armar la resistencia y luego volver a reinstaurar la República. El miedo es padre del engaño.

—¿Estabas embarazada de mamá?

—No, a ese bebé lo perdí en el barco, cuando paramos en Cuba me puse mal y tuve un aborto.

—¿Y tus amigas las costureras sindicalistas?

—Lo último que supimos es que esa tarde de 1938 se las llevaron cuando quedamos de encontrarnos con ellas cerca del barranco, luego se oyeron disparos toda la noche. Dijeron que eran tiros de uno en uno, no de fusilamiento, sino de ejecuciones, aquel chico vio que estaban iluminadas las cañadas toda la noche, suponen que estaban cavando fosas. Mis amigas llevaban a sus niños con ellas. Hasta hoy siguen en lista de desaparecidas. Pero estoy segura de que las mataron.

Me acerco a abrazarla, ella no llora, está absolutamente desconsolada con los ojos secos de tantos años de recordar lo mismo.

—¿Cuántas amigas eran?

—Doce, eran doce, con cuatro hijos y dos hijas pequeñitas.

—¿Y no se puede ir a buscar las fosas?

—No, no se puede.

—Abuelita —le digo abrazada a su espalda y acariciando su brazo —, ¿tienes culpa de superviviente? —de pronto levanta la cabeza, voltea hacia mí, se limpia los ojos de lágrimas secas.

—¿Qué dijiste? —parece molesta.

—Que si te sientes culpable de no estar muerta como tus amigas.

—Siempre.

—Pero… si no se hubiesen venido a México, mi mamá no hubiera nacido y tú no me estarías contando esta historia. A lo mejor recordar la verdad ayudará a que algún día, cuando ya se acabe la dictadura, o se muera Franco, puedas ir a buscar esas fosas y hacer la ceremonia, como la de Lucero, con cruces rosas y una ceiba.

—Tendría que ser un jazmín, no una ceiba.

—Pues un jazmín por el alma de tus amigas, para que nadie las olvide.

—Ellas tenían casi la edad que tienes ahora. La más grande había cumplido dieciocho.

—No entiendo la maldad, al final nadie sale ileso.

—Vaya noche de chicas que te he regalado, cariño. Lo siento, íbamos a conversar de amor y terminamos hablando de exterminio.

Me abraza mientras me tumbo desolada en sus piernas, ella recargada en la cabecera de la cama me acaricia el pelo rizo por rizo. Un largo silencio.

—Prométeme que si yo no estoy cuando se puedan abrir esas fosas del barranco, tú vas a ir y llevarás un retoño de jazmín a Víznar.

—Lo prometo. Creo que me voy a convertir en jardinera.

—¿Y eso?

—Entre las desaparecidas de México, las de Guatemala, Argentina, Chile y las de España, tendremos que ir sembrando árboles de memoria por el mundo —suspiro agotada mientras digo que quiero lavarme los dientes para dejar de pensar. Ella se va a lavar la boca y nos dormiremos juntas en mi cama esta noche, abrazadas. Me lee poemas de amor para que las dos soñemos cosas bellas.

A la mañana siguiente, mientras mis abuelos preparan el desayuno, veo a mi tío de nuevo sentado en la sala, mirando las

fotos de Ana que no ha movido. Él bebe café y fuma. Bernardo, ojeroso y demacrado, me mira de reojo, me da un beso cariñoso cuando me siento en el sofá a su lado, aún visto la pijama negra nueva. Recargo mi cabeza en su hombro y clavo la mirada en cada fotografía.

—Es tan bonita…

—Son de antes de que se la llevaran, las tomé el viernes y el sábado la levantaron.

—¿Ella las ha visto?

—No quiso, le conté que había encontrado el rollo, que son preciosas y que tal vez le gustaría conservarlas para acordarse de lo feliz que ha sido. Respondió que no, que jamás volverá a ser la misma, que esa Ana se murió en la tortura, que si yo las quiero me regala las fotos.

—Pero si cuando vino en Año Nuevo, nomás salió de Lecumberri, se veía súper feliz, y te besaba y abrazaba todo el tiempo.

—Estaba en shock. Dice tu mamá que, para sobrevivir, las víctimas de tortura se ponen una máscara, crean a un personaje que les ayuda a recoger sus pedazos, no dejan que nadie traspase esa máscara.

—¿Por qué? ¿Ni a la persona a la que más aman?

—No, a nadie, porque conocen el horror de los mendrugos de su alma rota, las esquirlas que desgarraron todo solo le pertenecen a la persona que ha sido torturada. No tienen nombre, eso me dijo Ana antes de irse, cuando se despidió.

—Entonces cómo te ayudan, cómo te vuelves a enamorar después de que te torturaron así los policías o los militares en la cárcel. ¿Tú crees que pueda sanar, que vuelva a ser feliz? —siento los ojos empañados, reprimo la desesperación de no entender la magnitud del dolor de Ana y la frustración de Bernardo por no poder ayudarla, porque sé que mi tío va a vivir siempre con la culpa de que la abandonó cuando decidió bajar al baño y sin quererlo se salvó de la misma suerte.

Me pide que vaya a su estudio, que traiga la cámara que me prestó para tomar aquellas fotos en casa del tío Genaro. Me pongo nerviosa, entro al cuarto de servicio, la pequeña habitación con baño

destinada a las trabajadoras del hogar y que en esa casa es un estudio de revelado. En el tendedero cuelgan fotos, que se secan, en diferentes formatos, hay imágenes del 2 de octubre; son impresionantes, unas inspiradoras de antes, de las mujeres, niños y niñas, felices, batiendo las pancartas al aire, otras del caos, los soldados atacando a la gente, un policía arrastrando a un joven por los pelos, parece que le arranca el cuero cabelludo, zapatos por todas partes, en una de ellas, al lado de un casquillo de gas lacrimógeno que aún suelta un hilo de humo, un pedazo de estopa y el zapato solitario de un niño pequeño, un suéter de mujer hecho jirones a su lado, en el fondo los tanques del ejército. Parece que las nubes se han derrumbado en la ciudad. Me detengo paralizada ante una imagen, allí estamos mamá, Lucero y yo, sonriendo, apenas acomodándonos para marchar. La Texas no aparece, me llama la atención porque estaba allí a esa hora, es como si fuese invisible. Encuentro la cámara de aquella noche en que jugué a ser espía. La llevo como un tesoro frágil. Al llegar veo que ha traído dos tazas de café. Mi tío toma la cámara, la abre, saca de su bolsillo un rollo Kodak de treinta y seis fotos blanco y negro, me lo pone en la mesa al lado de la cámara abierta.

—Cárgale el rollo —ordena.

—Ya está —digo una vez que lo pongo y reviso que corre bien, la cierro.

—Toda tuya, cuando te falten las palabras cuenta las historias como aquella noche en que fuiste una valiente en casa del asesino.

—¿Valiente yo? Si solo hice lo que podía, me ayudaron ustedes y mi tía Elodia.

—Ser valiente es tomar la decisión de hacer algo que nadie más haría, arriesgarte por el bien de las demás conociendo el riesgo. Y tú lo fuiste desde los catorce años, que nunca se te olvide, Julieta López Monteiro.

XXVII

Ha comenzado 1971. El año pasado fue fastidioso, mamá llevaba meses advirtiendo que todos esos cambios que siento se deben a la adolescencia, a las transformaciones en mi cerebro, a las hormonas que se reinventan en mi cuerpo. No importa cuántas explicaciones científicas me dé sobre eso que ella llama una poda neuronal y la entrada a la madurez, quisiera arrancarme de la cabeza esta contradictoria combinación de dolor y vacío, de rabia y alegría, una especie de destello de locuras instantáneas que no me ayudan a entender quién soy, ni a sentirme segura en el país, en el mundo, ni siquiera en el amor con Juan. Atrapada en este embrollo no me atrevo todavía a leer la carta que Aurelio le dio a mi abuela en el mercado, me temo que me provoque un sentimiento que produzca más angustia de la que ya me habita, si no fuera porque me gradué de la escuela de fotografía y me gané la beca para un curso de foto de un mes en Inglaterra, no tendría muy buenas noticias que contar. Mientras mis amistades se fueron de vacaciones, yo estaba en Londres, comiendo fatal y hospedada en un hostal que olía a orines de hombre y con seis camas por habitación con chicas europeas que se bañan una vez cada semana, las clases fueron tan maravillosas que la suciedad y el olor a *shepherd's pie* perdieron importancia.

Es verdad que el pasado fue el año en que por fin la gente pudo votar a los dieciocho, pero como dijo Juan en Zipolite, fue solo para acarrear a más al mismo barrio del PRI. Luego, estábamos emocionadas porque creíamos que el Partido Popular Socialista y el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana por fin le iban a hacer competencia al asesino de Echeverría, y se nos desbarrancó la ilusión porque lo traicionaron todo, se unieron para mantener al PRI en el poder. No sé qué pensaría Lucero si estuviese viva.

Yo he dejado las clases de música, no soy buena, prefiero la fotografía, descubrí que en ella encuentro un alivio interior, se pierden las voces y en su lugar habita una especie de fulgor que no le pertenece a nadie, las imágenes hablan, son poesía, verdad, dolor, miedo o alegría que no necesita palabras para ser calificada como verdadera. Cada día que pasa me siento más perdida y hay mañanas en que me encuentro como si tuviese el mapa para llegar a esa verdadera Julieta que soy y que nadie más conoce. Maldita adolescencia. Le he preguntado a Gabriela si ella siente lo mismo, dice que sí, que hay días en que la vida parece sencilla y todo es tan suave como comerse un helado de limón a media tarde, acariciar a un perrito por la calle, ver las nubes de jacarandas florecer por la ciudad como si fuésemos un país feliz. Y otros días en que parece que un eclipse se adueña de la luz de la mañana y nos preguntamos si tendremos un futuro para ser felices al cumplir los veinte años o si el mundo estallará en mil pedazos y el amor se perderá entre los escombros de la maldad humana.

La buena noticia de finales del año pasado fue la liberación de más presos políticos, por eso mis abuelitos organizaron una fiesta con sus amigos en un rancho en Pachuca, por fin sacaron de la cárcel al muralista David Alfaro Siqueiros y a varias amistades de mi mamá y de Yaretzi. Mi tío Bernardo me pidió que tomara con él fotos de esa fiesta y Juan tocó música de protesta que gustó tanto que hasta Siqueiros fue a abrazarlo y se tomó una foto con los chavos de la banda. Papá buscó alguna excusa de trabajo para no venir, sigue obsesionado con que su carrera ascendente en la arquitectura pueda derrumbarse si aparece alguna foto con los rojillos. Ha comenzado a hartarme su actitud contradictoria, Yaretzi dice que eso forja el capitalismo, que las personas se obsesionan con lo material y van apagando sus ansias de construir un país más libre. Me da igual, siento que me alejo de papá y estoy harta de ser yo quien tiene que nutrir la cercanía, como si las mujeres tuviésemos que poner la ternura y ellos la mera presencia. Me gustaba más cuando vivíamos en Santa María la Ribera una vida más simple y papá estaba conforme con su Volkswagen naranja, con comprar pan dulce en la panadería barata y zapatos de Guanajuato. Creo que la gente que

intenta ser rica se hace mediocre para que el sistema no lo rechace. Yo quiero construir otra vida lejos de los sueños de papá, espero lograrlo.

Gabriela y Camilo estaban emocionados por conocer a Siqueiros, ella se sabe su vida y obra.

—¿Se acuerdan de cuando llamó turista mental a Diego Rivera porque pactaba con el gobierno cuando le convenía? —dijo Gabriela como si fuese comadre del dios del muralismo de contenido social.

—Quién lo puede olvidar —intervino Camilo— si por eso se terminó la amistad con Frida Kahlo.

—Bueno, eso nunca se va a saber, porque ella murió hace mucho —dije bajándoles los humos a mis amigos que de pronto se creían expertos en el tema. Le pedí que mejor nos fuésemos a donde estaba la fogata, que ya estaban tocando allá y había taquitos de barbacoa, cochinita pibil en horno *pib* debajo de la tierra y cervezas heladas.

Mi abuelito estaba encantado hablando con Siqueiros, que se encontraba de buen humor contando anécdotas de su tiempo en prisión, de todo lo que querría pintar sobre la lucha obrera y la resistencia contra el poder opresor. La conversación derivó en mil temas, desde la música de protesta y Víctor Jara hasta la risueña competencia ilusoria que comenzaron para imaginar edificios públicos de México y Estados Unidos donde Siqueiros debería pintar murales ilegales de la raza de la resistencia. De pronto un señor delgado, que no sé cómo se llama, habló en un español con mucho acento alemán e interrumpió la buena vibra haciéndose el interesante.

—No sé si se habrán enterado, pero Richard Nixon ha comenzado su nueva gesta intervencionista.

—¿Y esa de qué va? —preguntó Siqueiros curioso.

—La primera campaña gubernamental contra la siembra de mariguana y opio en México. No quieren que les quiten el monopolio del control y venta de drogas. Van a criminalizar a los mexicanos y a anestesiar a los gringos.

—El negocio perfecto para inaugurar la década de los años setenta —dijo Siqueiros con un tono sarcástico.

Mi abuelita, inquieta con la conversación, cambió el tema anunciando que se enfriaban los tacos y que tuviéramos cuidado con la salsa de chile habanero de la cochinita pibil porque está muy, pero muy picante. En la mesa inmensa había tal cantidad de comida mexicana que costaba trabajo decidirse por dónde comenzar a comer; de pronto el ambiente fue de gozo y libertad.

Yaretzi se alejó, comía sola, desganada, en silencio, y fui a donde estaba con mi plato en mano.

—¿Estás triste?

—Mientras aquí celebramos, en Guerrero y Chihuahua están acorralando a las compañeras. Nos avisaron ayer que están haciendo redadas ilegales y llevándose a las compas a diferentes zonas militares donde las torturan.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Detención arbitraria, tortura, violaciones y desaparición forzada, y quién sabe cuántos asesinatos. Hasta en la resistencia hay códigos postales por sexo y raza —dijo mirando hacia donde estaba la gente rodeando a Siqueiros y los otros—, por un intelectual que sale libre, cien racializadas desaparecen y será difícil volverlas a ver.

—¿Qué hacemos?

—Seguir sin olvidar, el círculo de clandestinas crece en provincia. Estar con ellas —dejó el plato de comida en el suelo con un gesto de frustración—. ¡Cómo extraño a la pinche Lucero!

—¿Qué es lo que más extrañas de ella?

—Su rabiosa dignidad, la claridad para organizarnos fuera de la capital, que ni borracha se distraía con lo superfluo.

—¿No se te ocurre nada?

—… hay una reunión de las sanadoras en Torreón —levantó la cabeza y se iluminó su mirada—, podríamos organizarnos.

—¡Sí!

—Clara puede organizar el viaje del club de lectura, creo que puede funcionar…

—O mejor el grupo de damas de la caridad de la Cruz Roja, dice mi tía Elodia que ahora con ellas pasa a todas partes con protección y que nadie sospecha.

El de Pachuca fue el evento de fin de año porque diciembre pasó sin pena ni gloria. Las fiestas de siempre y esta extraña sensación de que estoy entrando en la vida adulta sin conocer el camino. De pronto parece que por obra de magia debo tener muy claro qué voy a estudiar, a qué me voy a dedicar y qué tipo de adulta quiero ser, tener una especie de convicción de futuro que no hace sentido con mi realidad. Lo único que tengo claro es que no me voy a casar y mucho menos quiero traer a este mundo a una criatura más. El 1 de enero de 1971 me doy cuenta de dos cosas: la primera es que ya tengo una buena colección de fotos originales, desde las polaroids de hace tres años hasta los retratos que he aprendido a hacer con mi tío Bernardo, la segunda es que quiero volver a ver a Aurelio y no quiero decirle nada a Juan, él no cree en el amor libre, yo sí.

Como el 10 de enero Juan cumple años, el 9 nos organizamos con toda la banda para ir a Tepoztlán a celebrarlo. Fue un viaje súper chido, en el camino no paramos de reír. Le regalo el disco *Tea for the Tillerman* de un nuevo cantante que se llama Cat Stevens, me lo consiguió Camilo. A medianoche nos salimos a ver las estrellas, a Juan le gusta crear escenarios, lleva una manta de lana, la pone en el pasto mirándome con ternura, teníamos ganas de estar solos, él siente muchos cambios en su vida también, así que nos hacía falta estar como el día que nos conocimos, echados sobre la hierba mirándonos bajo el cielo, sin prisas, con la piel de deseo abrigándonos.

No imaginé que tuviera noticias que podrían cambiar nuestras vidas.

—A papá le ofrecieron un trabajo en San Francisco, es un ascenso que estaba esperando.

—¿Y se va?

—Sí, están felices, mamá ya encontró a un grupo de parteras y doulas… creo que me iré con ellos —dice mirando al cielo, apretando mi mano como si un miedo inconfesable de mirarme lo hubiese atravesado. Me levanto como un resorte hasta quedar sentada, pongo la mano en su pecho, su corazón late tan veloz como el mío.

—¿Cuánto tiempo?, ¿cuándo?

—Ellos se van el mes que viene, yo tengo que terminar el semestre y arreglar los papeles para estudiar allá, la empresa de papá ya metió la solicitud a Stanford. Es la oportunidad de mi vida, ¿entiendes?

—Sí, claro —miento, las palabras se anudan en mi garganta, busco enojo para no tocar la angustiosa tristeza.

—¿Qué piensas? —ahora me mira y yo clavo los ojos en la distancia.

—Tendremos que aprender a decirnos adiós entonces.

Vuelvo a recostarme mirando a Venus que irradia una luz extraordinaria. Mastico una inexorable sensación de vacío. Juan no responde, me toma la mano con la ansiedad y el miedo a perdernos. Él comienza a hablar sobre las estrellas y la relatividad del tiempo, miente dulcemente asegurando que nos veremos muchas veces, dice que soy el amor de su vida, que sus mejores canciones son mías, para mí. Le cuenta al aire tibio de la noche estrellada que conmigo descubrió su fuerza poética. Ahora giro la cara y lo miro, sus ojos brillan navegando en lágrimas contenidas, sigue hablando en un tono dulce y lento, como para sí mismo, creo que se ha preparado para mi ausencia desde hace días y no sé qué hacer o decir, solo siento que el Universo da vueltas en mis pupilas, percibo mis vértebras asentarse en la tierra, buscando asirse a una raíz que me detenga para no salir corriendo, no me atrevo a decir que quiero abandonarlo antes de que él me abandone, reconozco en el palpitar ansioso de mi cuerpo el sentido anticipado y conocido de la pérdida.

—Te voy a extrañar, no sé cómo será vivir sin verte, me quedaré sola.

—Yo también te extrañaré, no estás sola, te juro que vendré e irás a verme.

—No es cierto, no tengo el dinero ni la visa para Estados Unidos, mi vida está aquí.

—Tu vida está contigo a donde vayas, Julieta. Me gustaría que algún día logres disfrutar de vivir el instante, el aquí y ahora —siento que me mira, yo miro al cielo.

—¿De dónde sale eso? —pregunto en tono burlón, molesta por su tono aleccionador y cursi.

—No es mío, es de John Lennon, pero tiene razón, sabe lo que dice, es un pacifista, tiene una postura contra la guerra de Vietnam, pero no está sufriendo todo el día como tú.

—John Lennon no es una chava mexicana, Vietnam le queda lejos y me duele que me quieras aleccionar cuando me estás diciendo adiós. No se vale.

—Yo te quiero, lo sabes, pero no puedes entregarte eternamente a esa angustia por el dolor de los demás. Las batallas de tu mamá no son tuyas.

—Yo elijo mis batallas y tú eliges tus canciones, Juan.

—Perdón… es que no quiero lastimarte. Prometo que vendré a verte, además todavía faltan meses para que me vaya. No lo arruines, por favor.

No tengo ganas de llorar, me siento enojada, triste, vacía, tomada por sorpresa. Juan me abraza, sorpresivamente me acurruco entre sus brazos, me dice bajito al oído que me quiere, yo respondo que también lo quiero y nos quedamos dormidos. Otra vez quiero huir de la realidad.

Cuando clarea la mañana Gabriela y Camilo están de pie a nuestro lado. Ellos sabían que esta conversación iba a suceder, la única sorprendida soy yo. Nos ponemos de pie, sacudo mi pelo, estamos embotados. Caminamos en silencio, Gabriela me lleva abrazada hasta la combi. Camilo maneja, Juan se queda dormido con la cabeza recargada en la ventana, yo me tumbo adormilada en las piernas de mi amiga en el asiento de atrás, mientras ella me acaricia el pelo. Volvemos a la ciudad escuchando a los Beatles. No quiero pensar más, es el fin del amor y no estoy lista. Recuerdo a doña Sabina, que me dijo que Juan era un poeta que sufre un poco para tener algo que escribir.

Llegamos a casa, Gabriela baja conmigo, ellos se quedan hablando en la combi. Juan me mira por la ventana, me doy cuenta de que él también está triste.

—Amiga, no lo cortes, faltan muchos meses para que se vaya, no sabemos qué va a pasar. Disfruta, por favor, tienes dieciséis años, aliviánate.

—Está bien —digo entrando a casa sin ninguna convicción. Juan y yo nos hemos visto todos los días, me prometió de mil formas que seguiremos siendo novios, escribirá cartas a diario, va a llamarme por teléfono y mientras termina el semestre le he prometido que no estaré triste. Creo que he descubierto la utilidad del autoengaño y me funciona, mamá tiene un libro sobre eso en su biblioteca de psicología.

Juan está felizmente obsesionado con la invitación que le hicieron a su primer concierto abriendo de telonero en Avándaro 1971, van a organizar un súper evento de rock en español al aire libre en septiembre, después se irá a California. Gabriela asiste tres veces a la semana a clases de solfeo, ahora cuida su voz y casi no fuma. Me gusta verla tan feliz, creo que se va a convertir en una roquera súper famosa, ella dice que está segura de que así será.

Mamá ha pasado los primeros meses del año muy ocupada, creo que angustiada, con Yaretzi, Olinka, Alaíde y su grupo organizando el viaje a Torreón. Por fin las reuniones no serán solo en el Distrito Federal y Oaxaca, Dayami dice que tal vez esta será la única oportunidad de acompañar a las que ellas llaman las de los márgenes, las que no están ni en la UNAM ni en el Politécnico. Mi tía Elodia dice que las cosas se están complicando mucho, que el 71 será el verdadero año de la Guerra Sucia, yo pido que me expliquen cómo es eso de que hay guerras sucias y limpias, ellas se miran y dicen que es buena pregunta, pero nadie me responde. Deciden tener más cuidado y hablar tanto como pueden de que el Círculo de Mujeres está muy enfocado en su club de lectura femenino y en el apoyo a las Damas de la Caridad Femenina. Todo está cambiando demasiado rápido, ahora ya no importa que los hombres del Consejo de Huelga digan que el feminismo mexicano no existe, la batalla está en otro lado. Sarita, la hija del doctor, y Yaretzi dicen que no debemos perder el tiempo en hablar sobre la opinión de los hombres que se sientan a beber, fumar y discutir sin parar.

Ahora cada mes leen un libro y lo discuten, decidieron que solo leerán obras escritas por mujeres, para conocer mejor cómo piensan las otras que están lejos. La semana pasada fue muy diferente, un respiro novedoso, porque Alaíde invitó a una amiga suya que llegó

de París, se llama Gisèle Halimi, es la mejor amiga de Simone de Beauvoir y juntas han creado un grupo del que Magdalena de la Isla y mi mamá quieren aprender. Gisèle es delgada, con el rostro afilado, tiene una sonrisa espectacular, el pelo liso hasta los hombros y al entrar en el despacho de mamá ilumina la habitación. Alaíde nos presenta una por una.

—Y ella es Gisèle, nació en Túnez, vive en París. El grupo que han creado se llama *Choisir la cause des femmes*, "Elegir la causa de las mujeres", y es para despenalizar el aborto.

En cuanto Gisèle comienza a hablar todas guardamos silencio, nos cuenta cómo ha llevado juicios para defender mujeres desde 1960. Algo empieza a vibrar dentro de mí, de nuevo siento que se despierta esa emoción que tenía hace tres años, que hay puertas que no conocemos, salidas por descubrir, libertades por inventar.

De pronto vuelve a mí la esperanza, ellas discuten cosas mientras yo escucho el barullo, concentrada en tomarles fotografías y capturar ese instante para jamás olvidar que cuando creemos que todo está perdido llega alguien que ha encontrado una nueva forma de revolucionar el pensamiento, que nos ayuda a desandar el camino de una danza que parecía agotadoramente limitada. Estoy emocionada, acabo de descubrir que siempre aparecerá una mujer desconocida, inesperadamente, a traernos el hallazgo de un soplo milagroso para seguir luchando. Cuando la extraña Gisèle se despide de mí con tres besos, me acaricia la cabeza después de que le hago un retrato, se me queda mirando y antes de salir por la puerta me dice:

—Mientras más luchas, más se afila el pensamiento. Recuerda, niña, los derechos no se ganan una vez, se siembran y se cultivan hasta la muerte para que nadie arrebate la cosecha que nos pertenece. En algún rincón del mundo otra joven peleará por tu libertad y tú por la suya… es la transformación colectiva.

Alaíde me invita a hacer retratos de mujeres para su nueva revista feminista que se llama *FEM*, me siento contenta, como si mi vida estuviese cambiando, puedo hacer algo más personal, más allá del Círculo y las marchas, más allá del amor de pareja.

Juan me ha pedido que les haga fotos de la banda para cuando logren grabar su primer disco, y mientras tanto para ponerlas en los casetes que están preparando con sus nuevas canciones y que venden en las tocadas que hacen. La pasamos increíble en el garaje de casa de Camilo, llevo las luces que me prestó Bernardo y los hago posar en el nuevo Ford Torino rojo, parecen una verdadera banda profesional. Cuando ya se subieron todos a la casa, Juan y yo nos quedamos para hacerle unos retratos solo con la guitarra y de pronto terminamos haciendo el amor en el asiento trasero del coche, es muy incómodo y excitante a la vez, pienso que nos van a descubrir, creo que por eso tuve el orgasmo más intenso de mi vida.

Parece que todos nuestros sueños comienzan a cumplirse, me entusiasma creer en la posibilidad de un futuro feliz.

XXVIII

Llegamos a Torreón. Mi tía Elodia y dos amigas suyas, señoras ricas del comité de la Cruz Roja, consiguieron un autobús de Turismo Elegance. Por primera vez Gabriela se involucró cuando le conté el plan, el hermano de su mamá, un empresario que es miembro del consejo de la Cruz Roja, absolutamente engañado por mi amiga y su mamá, nos ayudó a que el viaje del Círculo pareciera un evento de señoras burguesas que atravesarían la mitad del país en un tour del bienestar; vinieron con nosotras Gabriela y su mamá, la señora melancólica con sus lentes de sol, su mascada de seda, el alma enmudecida y su libro en mano. El tío de Gabriela se encargó de que un amigo suyo nos pusiera a todas en un hotel muy bonito para el encuentro que la tía Elodia anunció a su marido como "para inspirar a las amas de casa unidas por la caridad". Fue insólito cómo todas, hasta Yaretzi, se vistieron como señoras popis y cuando pasábamos por la carretera en donde había soldados porque decían que eran zonas de guerrilleros del norte, nos trataban como si fuésemos las mujeres más buenas de México. Mi mejor amiga llevaba su guitarra y tocó canciones que todas conocían, la estampa era extrañamente memorable, las rebeldes en un autobús de lujo coreando "Hasta siempre" de Óscar Chávez y "Esta tarde vi llover" de Manzanero.

Ya en el salón del sótano del hotel, donde organizan congresos, nos dejaron café, agua, la comida la pusimos nosotras, no hacían falta meseros ni personas de fuera. Yaretzi lideró todo el evento y entendí cosas que jamás imaginé. Dayami llegó por su cuenta con una mujer de la etnia yaqui y otras norteamericanas, apaches, sioux y choctaw, ellas venían de una reunión en Arizona, por fin conocí a dos líderes mapuches que me contaron que demoraron casi un mes en llegar desde Chile, es complicado viajar a México ahora, pudieron venir con un grupo de artesanas sudamericanas, parte de un

proyecto que estaba promoviendo la esposa del gobernador. Hablaron de cómo viven el asedio y la resistencia indígena en su país, yo les tomé fotografías mientras platicaban sobre cómo sus tribus están entregadas a la lucha por la tierra y la resiliencia cultural. Quería retratarlas y hacer eco de sus historias, mamá dijo que debía pedir permiso a cada una para tomar fotos, dijeron que sí. Una de ellas se llama Madonna Thunder Hawk, es de la tribu lakota, dijo que su país está construido sobre los huesos y la cultura de sus ancestros, habló de los pueblos originarios de Norteamérica, de la resistencia de las mujeres unidas, y dijo que sobre sus fosas se construyó el imperio yanqui.

Esa noche no pude dejar de pensar en la idea de que una nueva nación se construye sobre los huesos pulverizados de otras culturas. Al día siguiente no me aguanté y le pregunté a Wilma Mankiller, la líder cherokee, qué significa para ella la palabra *genocidio* que todas repiten tanto; dijo que es aniquilar por odio a una raza, para que otra le robe sus tierras, su cultura, sus bienes, su fuerza, y domine a la poca población que sobrevive. Así que primero entré feliz a las reuniones con las mujeres de las etnias y dos semanas después, ya de vuelta en casa, estaba tan acongojada como cuando mataron a Lucero. Antes de conocerlas, para mí Estados Unidos era Janis Joplin, The Doors, las hamburguesas del Tomboy, Perry Mason y el *Peace and Love* contra la guerra de Vietnam. Después de Torreón, entendí que esa alegría se levanta sobre las cenizas de pueblos borrados; siento miedo, una inexplicable angustia de amar el presente y temer que el pasado se repita ahora aquí. Me pregunto cuántas chicas de mi edad vivirán buscando el sentido de la vida. Tal vez debí haber jugado a las muñecas en lugar de salir a buscar la libertad con las mujeres.

Mi cabeza es un caos.

A la mañana siguiente, ya de regreso hacia el Distrito Federal, Gabriela, que venía sentada al lado de su mamá, se viene junto a mí mientras la señora con su mascada elegante atada a la cabeza y los lentes de sol ocultando sus ojos mira la carretera con la cabeza inclinada en la ventana, hipnotizada por el vaivén del autobús en la

carretera de curvas interminables. Cuando Gabriela se pone a mi lado lo hace como una niña en autobús escolar.

—Qué chido lo que hacen tu jefa y sus amigas, son la neta del planeta.

—Sí, aunque a veces es agotador tanto drama —respondo con honestidad.

—Anoche, en la habitación, por primera vez mi mamá se puso a platicarme cosas antes de tomar sus pastillas de dormir.

—¿En serio? ¿Qué te contó?

—Que antes de casarse ella tenía unas amigas que también estaban en grupos de mujeres, que planeaban terminar la carrera de Psiquiatría y luego dedicarse a trabajar con niñas y mujeres indígenas, pero que cuando ya empezó a salir con mi papá él le dijo que eso eran tonterías, que esas mujeres no tienen dinero para pagar tratamientos, que era mejor que se especializara en algo que le diera prestigio y dinero.

—Órale, ¿te contó por qué se alejó de sus amigas?

—Pues mi papá era su profesor, ellas salían con chavos de su edad y ella con el *ñor* de la facultad, dijo que poco a poco mi papá la fue aislando de todo, solo salían con gente de la edad de papá. Y cuando le pregunté si viendo a tu mamá y a sus amigas no le dieron ganas de ser parte del Círculo y recuperar sus sueños, se levantó, se tomó sus pastillas, su vaso de vodka y dijo que era hora de irnos a dormir —el gesto de mi amiga es de una infinita tristeza.

—Chale, nosotras nunca dejaremos que un hombre nos separe de nuestros sueños, promételo —le exijo mirándola a los ojos y agarrando su mano mientras el autobús rebasa a gran velocidad a un auto, las llantas chirrían y cambia el paisaje de uno desértico a campos verdes y floridos.

—Lo prometo, y jamás nos vamos a enamorar de viejos que roben nuestros sueños para cumplir los suyos —reposa su cabeza en mi hombro y yo en la suya, miramos por la enorme ventana la extraordinaria belleza del paisaje.

—Trato hecho, mi Gaby.

—Vamos a ser mejores amigas de viejas, como tu mamá y Lucero, pero yo no me voy a morir, voy a ser la Tina Turner

mexicana.

Gabriela se queda dormida en mi hombro, yo cierro los ojos pensando en que hay días en que no sé de dónde voy a sacar la fuerza, las ganas y la inspiración para ser adulta y seguir creyendo que el mundo puede ser distinto. El otro día, cuando se lo dije a Juan, que no se azota como yo, respondió que siga el consejo de Dayami, que cultive mi alegría interior para que cuando no vea nada que celebrar afuera, me adentre en mi júbilo. Por eso me escribió la canción "Funambulista de la alegría", me la cantó a solas con su guitarra en mi casa, luego prometió cantármela en octubre, para mi fiesta de cumpleaños. Sé que eso no sucederá porque para entonces él ya se habrá ido a San Francisco. Pienso que los dos seguimos jugando a esquivar esa realidad que nos angustia.

XXIX

Para variar papá está de viaje y la casa ya está tomada por el Círculo. Hoy hay menos mujeres. Estoy a punto de huir a mi recámara, pero Yaretzi me llama, voy a saludarlas, están muy serias, mamá escribe mensajes en una libreta, mi tía anota números y nombres que se intercambian en silencio. Yo prefiero no hablar hasta que de pronto mamá me mira con infinita ternura, va hacia su escritorio, saca trece pedazos del cordel rojo de mi infancia y nos va atando en la muñeca uno a cada una en silencio. Mi corazón da un vuelco, todas nos miramos emocionadas sin hablar, sonreímos como solíamos hacerlo cuando era pequeña. Vuelvo a la niñez por un instante, a ese momento de candor ilusionado.

Mi tía Elodia, que cada vez resulta ser más sabia y precavida, se va temprano, cuando la acompaño a la puerta me dice que quiere invitarme a su casa el fin de semana, van a compartir una noticia conmigo. Digo que sí, luego me voy a mi habitación a escuchar el nuevo disco de Joni Mitchell que me regaló mamá, me puse a bailar como loca "*I am on the lonely road, and I am traveling, traveling / Looking for something, what can it be*" y comienzo a imaginar los viajes que quiero hacer por el mundo. En un momento de inspiración decido que voy a poner un mapa en mi cabecera y a marcar todos los países por los que voy a viajar persiguiendo historias de libertad, donde haya menos palabras y más verdades vivas en imágenes. Siento que se me ha expandido el corazón, salto en la cama y canto "*I wanna make you feel better, I wanna make you feel free*". Aquí adentro explota la semilla de una vida feliz e independiente que se niega al naufragio.

Es el primer sábado de mayo, el metro viene atiborrado de gente acalorada, llego pronto a casa de mi tía Elodia. Me abre Rodrigo, que

cada vez está más alto y es más seguro de sí mismo, nos abrazamos y me pregunta si ya escuché las malas noticias, no tengo ni idea de lo que habla. Mientras entramos descubro en el pasillo cajas de cartón preparadas para una mudanza, entramos en la cocina y mi tía Elodia, vestida con unos pantalones de mezclilla que parecen de su marido, una mascada atada al pelo y blusa de algodón arremangada, organiza listas y ordena a sus hijos y a un joven soldado raso dónde deben ir las cajas y cómo marcarlas adecuadamente. La saludo con un beso distraído.

—¿Qué está pasando?

—Nos vamos a vivir a Guerrero, ascendieron a tu tío que se hará cargo de una nueva zona militar —hay desolación en su mirada.

—Pero ¿por qué se van ustedes? ¿No se puede ir él y lo van a visitar?

—No, es un puesto de alta responsabilidad y toda la familia debe estar con él —entre sus palabras y el tono que usa se cuelan la sospecha y el temor. Me invade una tristeza infinita, intuyo que algo está mal y no sé cómo definirlo, o si debo preguntar. Genarito entra y me quedo en shock, está vestido de cadete militar, acaba de llegar de una sesión de algo que no me interesa y se está quitando la casaca. Me da un beso cariñoso, huele intensamente a tabaco.

—Qué onda, prima, ¿ya viste? Nos llevan a la chingada.

—Genarito, por favor, las obscenidades son recurso de los torpes —dice mi tía con hartazgo.

—Es la verdad, nos van a encerrar en un pueblo de mosquitos cerca de Acapulco, todo porque el general Gutiérrez Barrios, mi papá y su banda tienen grandes ideas para fortalecer al honorable Ejército del que ya formo parte.

El tono burlón de mi primo me hace sonreír, admiro su capacidad para decir las cosas más duras con un dejo de humor negro que revela su dolor y rabia con perfecta sutileza. En eso mi primo es muy masculino, sabe que no puede ponerse a llorar allí mismo por todo lo que dejará detrás, así que la emoción se transforma en desprecio a su propia impotencia.

—Bueno, ya, mucho hablar, mijito, suban a empacar lo que falta de su ropa, aquí Julieta y yo nos quedamos a trabajar en la cocina. Y

tú, Chato, por favor ve con los niños a ayudarles a ordenar sus cajas —le dice al soldado raso que escucha sin mirar a nadie a los ojos. El joven sale, al ver sus botas militares no puedo más que sentir un golpe de angustia directo al pecho, me pregunto en silencio si algún día dejaré de percibir estos destellos de zozobra cada vez que veo a un soldado.

Mi tía tiene dos listas, comienza a explicarme que hay muchas cosas que no se llevarán, habla en un tono extrañamente alto y preciso, como si quisiera que la escuchasen todos. Me dice que ha conversado con mamá y que nos llevaremos varias cajas de su menaje de cocina que no le hará falta en Acapulco. He aprendido a no preguntar cuando las cosas son extrañamente incompatibles con la realidad. La cocina de mi casa tiene todo, así que pienso que algo de esto está relacionado con el Círculo.

—Tu mamá va a llevar todas estas cajas al orfanatorio de las monjas de Xochimilco y a la casa de niños del padre Paco en Cuernavaca, allá les hace falta de todo. Ve fijándote cómo empacamos y mira bien las listas que ponemos dentro, luego las numeramos para que sepan bien qué va en cada una.

—Va… ¡pero cuánto orden para unos trastos de cocina, tía! Qué mala onda que se vayan, ¿ya no vas a estar en el círculo de lectura?

—Pues cuando vengamos a visitar al abuelo iré a verlas, pero ya tu tío me ha dicho que construyeron casas en la base militar para vivir allí de tiempo completo.

—Qué aburrido irse a vivir a Acapulco, ¿tienes alguna amiga allá por lo menos?

—No, pero ya conoceré a alguna. Se van las esposas de los otros también como la del general Quiroz Hermosillo, ¿la recuerdas? —no tengo ni idea de qué me habla, pero digo mintiendo que sí, que es buena señora y ella continúa parloteando.

—No faltará trabajo de caridad con las mujeres de la zona, ya sabes que Guerrero tiene belleza y pobreza como todo el país —su tono es casi artificioso, eso provoca que una efervescente angustia comience a ronronear en mi estómago. Quisiera entender de qué me habla, y con ella he aprendido a esperar el momento. Ya tantas

veces me ha dicho que en su casa las paredes oyen, que he aprendido a guardar silencio.

—¿Comienzo a cerrar estas cajas que ya están llenas de ollas y cubiertos? —pregunto hincada junto a varias de ellas.

—Mira, fíjate bien, mi niña, hay que meter esta lista para que a tu mamá le sea más fácil saber a quién dársela.

Se agacha a mi lado, una hoja abierta es la absurda lista de cuántas ollas usadas, cucharones de metal y madera, cuchillos y tenedores van dentro, y la otra que me pone en las manos, tocándome nerviosamente, es una hoja doblada que parece mucho más grande que la anterior, la abro en una esquina, parece la copia de un plano, ella me mira y asiente, yo entiendo, me dice que debo recordar lo importante del orden en que guardamos y que en cuanto ayude a mamá a desempacar debo entregarle todo tal como ella lo ha organizado.

Seguimos trabajando durante casi dos horas, conforme avanzamos en esta extraña ceremonia de guardar trapos usados de cocina, comales, cucharones, platos y tazas de peltre negros con motas blancas, una vajilla incompleta de tazas de té de porcelana cursi con filos dorados y flores rosas, un par de ollas de barro, guantes quemados para sacar pasteles del horno y un par de tablas de picar de madera que mejor estarían en la basura, cerramos las cajas numeradas, cada una con diferentes papeles entre los periódicos que impiden que se rompa lo frágil como vasos y tazas. Mientras trabajamos, el soldado raso ha bajado ya tres veces a tomar agua a la cocina y nos observa, mi tía es amable y seca a la vez, él se va, yo intuyo sin certeza que el tío Genaro lo ha puesto allí para vigilar además de empacar. Cerramos la última caja con demasiada cinta, tengo el rostro de mi tía pegado al mío, ambas aún hincadas, percibo un hormigueo espeluznante recorrer las venas de todo mi cuerpo, me siento niña de nuevo, respiro entrecortado, clavamos las miradas, los ojos de mi tía están llenos de un valor inconmensurable, los míos de un miedo expansivo; su valor y mi miedo se abrazan con la ilusión de no ser descubiertas.

Entra el soldado raso de nuevo, avisa que ya llegó la camioneta que va a llevar los trastos a mi casa. Mi tía llama a sus hijos y entre

todos subimos las diez cajas a una camioneta de redilas verde que claramente pertenece al Ejército, pero fuera de las placas no tiene distintivo alguno. Mi tía le pide a Rodrigo y Genarito que vayan conmigo adelante, el Chato en el asiento del conductor, mis primos como barrera entre el soldado y yo. Me descubro con la mano agarrada con angustia a la manija de la puerta, Genarito me mira con cariño, ignoro si sabe lo que hizo su madre, su mirada cariñosa me tranquiliza, lo quiero, entiendo que está atrapado en una vida que no eligió. Qué duro ser hijo de un monstruo y pasar la vida huyendo de no ser engullido por su sombra.

Mientras bajamos las cajas en casa, Genarito comienza a hablar como si nada extraño sucediera.

—¿Y neta que Juan va a tocar de telonero en Avándaro?

—Sí, están felices —digo sonriendo mientras abro la puerta de mi casa.

—Esa Gabriela está cabrona, canta como una profesional, qué ganas de poder ir, va a estar chido.

—¿Y no vas a poder? Ándale, vente con nosotros, es en septiembre, solo faltan cuatro meses, nos vamos en la combi de Juan, les va a encantar verte y traes a tu chava, la *católica poblana* —digo arrastrando las palabras en tono de broma.

—Nel, si nos vamos ya a fin de mes y papá está obsesionado con que me gradúe de policía militar, así que me toca doble turno de estudios, no me van a dejar salir más que en los días de descanso y estaré acuartelado en Guerrero. Pero promete que me mandarás fotos.

—Claro que sí, tú también mándame fotos de Acapulco, que Pie de la Cuesta está chido, en una de esas aprendes a lanzarte como los clavadistas hasta el fondo del mar —los dos nos reímos mientras metemos la última caja a la cocina de casa, y Rodrigo, despectivamente, le pide al soldado Chato que no entre, que los espere en la camioneta allá abajo.

Los tres nos abrazamos, de pronto Rodrigo regresa al abrazo ahora con urgencia, siento en su respiración un sollozo contenido, inesperadamente se me inundan los ojos, entonces los tres nos contemplamos, hemos vuelto a la infancia de golpe, hacemos

puchero con los labios, lloramos conteniendo lágrimas, pestañeando como criaturas que no quieren decirse adiós a la puerta de la escuela, a la puerta de la incertidumbre. Se van, me quedo mirando las cajas, ahora mi cuerpo está helado en pleno calor de primavera, suenan las llaves girando en la cerradura, es mamá, me abraza y me besa sin decir nada y con los ojos fijos en las cajas de cartón.

Metemos las cajas al cuarto de lavado, papá está a punto de llegar a comer, ella me advierte que no diga nada, solamente la miro, he aprendido a no discutir obviedades sobre las opiniones de mi padre. Sacamos del refrigerador un lomo de cerdo que dejó macerando con mostaza, sal, ajo y vinagre desde la noche anterior, ella pone aceite de oliva en una olla al fuego, me pide que desinfecte la lechuga y pique un poco de aguacate, cebolla y tomate para la ensalada. Pregunto si haremos arroz, dice que no, que recalentaremos un poco de sopa de fideos del día anterior. Mientras se dora el lomo, la cocina se embelesa con una nube aromática de especias ácidas y saladas que nos abren el apetito. De repente mamá se va sin decir nada y vuelve con un vaso de balón de cristal, le pone dos cubos de hielo, una cáscara de naranja y sirve vermut en él. La observo en silencio, entiendo que está haciendo una ceremonia para Lucero, lo prueba, le pone un chorrito de agua mineral, una sonrisa suave y cómplice nos une.

Durante la comida papá está de muy buen humor, invita a mamá a ir esa noche al cine Luis Buñuel a ver el estreno de la película *La leyenda de la ciudad sin nombre* con un actor que se llama Clint Eastwood, dicen que es muy bueno. La comida está deliciosa, papá no quiso comer sopa porque ahora se ha obsesionado con estar delgado y en forma. Gabriela dice que cuando los papás hacen eso es porque tienen una amante, mamá dice que ni ella es dueña del cuerpo de papá ni él del suyo, así que no me preocupo.

Papá cuenta que el tío Genaro y su familia se mudarán a Acapulco, que se van a hacer cargo de la base aérea de Pie de la Cuesta en la que están las pistas que construyeron sus otros primos hace años para un pequeño aeropuerto comercial junto al mar, que no ha sido utilizado nunca porque es muy pequeño y se quedó a medio hacer. Mamá le pregunta si su despacho estará involucrado en

algo de esas construcciones, responde que no han aceptado concurso de civiles, serán solo ingenieros militares.

—¿Y para qué quieren un aeropuerto militar pegado al mar? Mejor sería para turistas, ¿no? —pregunta mamá mientras come ensalada.

—Bueno, pues está la base militar, el Ejército necesita proteger las costas y estar preparado también para salvaguardar a la sociedad de desastres naturales, cada vez hay más tormentas tropicales y nadie como el Ejército para proteger a los más desfavorecidos.

—Dice Elodia que ahora sí se llevan a sus familias. La pobre, la aburrida que se va a dar viviendo allá lejos de toda tu familia —dice mamá mientras yo miro fijamente mi plato sintiendo que estamos jugando con mi padre y él no se entera de nada.

—No, seguro que en una semana ya controla a todas para los actos de caridad, arma sus clases de protocolo para las hijas de los otros militares y se pone a organizar los grupos de lectura para señoras aburridas. Ya sabes que Elodia no sabe perder el tiempo, nunca he entendido cómo ustedes dos se llevan tan bien siendo tan diferentes.

—Es una buena mujer, y es tu familia —responde mamá tocándole la mano con cariño.

—Me dijo Genarito que su papá quiere que sea policía militar, para un grupo especial. Qué horror querer que tu hijo sea soldado.

—Bueno, mija, cada quién sus ideas —se dirige a mi madre—: Escuché en las noticias que ya se están organizando para una guerra contra ese asunto de los narcóticos, el acuerdo con el presidente Nixon para evitar que los jóvenes mexicanos se hagan adictos al opio y la mariguana, ya vimos cómo en Estados Unidos se están haciendo afectos a la heroína y esas porquerías que les fríen el cerebro, culpa de los jipis. México nunca caerá tan bajo.

—Pues ojalá —dice mamá casualmente cambiando el tema—. Mi amor, tu abuelita va a venir a quedarse contigo en la tarde, nos vamos al cine, a ver ustedes qué hacen, si salen o se quedan aquí.

—Me prometió que me va a enseñar a preparar la tarta de Santiago, así que va a ser tarde de pasteleras —respondo levantando los platos para llevarlos a la cocina. Papá está a punto de

irse y le digo que no, que le toca lavarlos, que hace rato que se hace el tonto con eso. Se ríe y vuelve, bromeando dice que mejor me paga por lavarlos en su lugar, respondo molesta que no soy su sirvienta, que se trata de que sea responsable en las labores del hogar. Se ríe incómodo diciendo que la mano dura feminista de esta casa lo va a perseguir hasta la vejez.

Papá y mamá se han puesto muy guapos para ir al cine, me da la impresión de que tuvieron sexo, se ven resplandecientes y contentos. Justo cuando ellos salen, la abuela entra en casa, viene cargada con dos bolsas grandes de rafia tejida llenas de comida, con almendras y moldes para las tartas. Repartimos besos y todo es felicidad.

—Ya remojé y pelé las almendras en casa —dice mientras comienza a sacar todo para la preparación—, vamos a hacer tres, así cuando vuelva tu papá pensará que pasamos toda la tarde de pasteleras.

Enciende el horno, mezclamos los ingredientes que ya están preparados, mete los moldes y me pregunta dónde están las cajas. Me asombra que no me sorprenda la tranquilidad con la que me pregunta, yo sé que mamá y ella no hablan de nada de esto por teléfono, así que seguramente lo habrán planeado hace tiempo. La llevo al cuarto de lavado y le explico la forma en que están numeradas, ella se vuelve a la cocina por unas tijeras y un cuchillo bien filoso para abrirlas. Sacamos los trastos y le voy entregando los papeles, ella va por un lápiz y los numera de acuerdo con cada caja.

—Pásame las listas de los trastes.

—¿Para qué, abue? Esas solo están de relleno.

—No, mi amor, todo está organizado, luego te explico… o a lo mejor no.

Hemos sacado todos los documentos y reacomodado el contenido de las cajas, ahora habrá que buscar cinta canela para cerrarlas de nuevo y llevarlas con el abuelo a las monjas y al padre Paco.

Estamos frente a la mesa larga del comedor, mi abuela abre el documento con el número 1, es la copia heliográfica de un plano, está en azul con fondo blanco. No parece nada importante, los

pequeños números señalan medidas y en la esquina una estrella y una flecha que marca "Norte verdadero". Poco a poco va abriendo los planos, un cuadro que dice BÚNGALO ZONA ROJA, otro que marca D. T. y no sabemos lo que significa, entonces mi abuela me pide que le dé la lista de los cubiertos, se la paso y comenzamos a intentar descifrar algo que ni siquiera comprendo.

—Deshuesador, tirador de cue… ¿qué dice aquí, mijita? —pregunta mi abuela intentando descifrar la letra pequeña.

—Tirador de hueso de pollo, despescuezador —suelto el papel cuando lo descifro.

—Vale, tranquilas, tranquilas, todo va a salir bien —dice consolando nuestra angustia sin mirarme y apunta a lápiz en el plano, escribe algo en la libreta.

Al terminar de revisar el último plano ella ha hecho una minuciosa lista en una libreta donde copió los dibujos añadiendo explicaciones. Lo que al principio parecía indescifrable o incluso increíble queda bien claro, dice mi abuela en voz alta al copiar en la libreta un apunte que explica los rangos de alcance que podrían tener las avionetas que salen de esas pequeñas pistas: máximo a 230 kilómetros de la costa. No sé de qué habla y tampoco quiero saberlo.

He enmudecido, me siento paralizada, mi abuela me mira y dice que me ama, que siente mucho que me hayan involucrado en esto, pero ya no podemos echarnos para atrás, que lo visto, visto está y lo aprendido es recuerdo para la historia.

Un ímpetu nuevo se adueña de mí, sin pensarlo me voy a mi habitación, vuelvo con mi cámara de rollo y mi Polaroid, tomo fotos de todo y al final, frente al gran espejo del comedor, capturo una última instantánea de la abuela y mía con los planos sobre la mesa. La cámara y el flash aparecen en el centro de la foto, como si un sol destellante nos atravesara y separara la mitad de nuestros cuerpos. La fotografía retrata mi hogar, la larga mesa del comedor con papeles, las sillas de madera y tapiz azul marino, un par de cuadros con paisajes y buganvilias que cuelgan de la pared que separa las habitaciones, y dos vasos de agua que nos hemos bebido

rápidamente mi abuela y yo intentando desentrañar un plan cuyo alcance tal vez jamás terminaremos de comprender.

Vuelve a la cocina, revisa rápidamente el horno y apaga la luz, ya casi están los pasteles. Saca de la bolsa grande de rafia del mercado un cuadro mediano de la Virgen de Guadalupe, es una especie de póster barato de esos que venden en el Centro. Lo destapa por detrás y cuidadosamente mete todos los papeles originales. La sigo al cuarto de lavado y lo cuelga a un lado del calentador, donde está colocado un oxidado tornillo de gancho en el que se colgaban trapos y jergas para secar.

—¿Y ahora? —pregunto sin estar segura de querer escuchar una respuesta.

Caminamos hacia la mesa de la cocina, ella se sienta, yo me quedo de pie a su lado sin saber qué hacer, me siento mareada, con la mente nublada que busca claridad donde no existe.

—Esperar a mañana que Dayami vaya a mi casa y explicarle, entregarle la libreta.

—¿A dónde la lleva?

—Con las compañeras que tienen información de a quiénes se ha llevado el ejército a la Zona Militar número uno de aquí, del Distrito Federal; parece que se van a llevar a todas y a todos a Acapulco, según la Texas.

—Abuelita, tengo miedo —le digo, acercándome.

—Yo también tengo miedo, mi amor —me abraza la cintura, toma mi mano y comienza a besarla. Inesperadamente dice—: beso a la manita santa, a la niña a la que nada le espanta.

—¡Eso me decía mamá de niña!

—¿Y quién crees que se lo enseñó? —ahora sonríe dulcemente con la mirada y la boca—. Mi madre a mí, yo a Clara y ella a ti.

—Pues aquí se va a quedar.

—¿Qué quieres decir?

—Que no pienso ser madre.

—Vaya, contigo morirá una tradición y nacerán otras.

Nos sobresalta el súbito repiqueteo de la campana del reloj del horno, vamos a revisar las tartas, ella les mete un palillo de madera, están perfectas, apaga el gas, las saca y pone las tres sobre la barra

de la cocina. Saco el azúcar glass y me da instrucciones para decorarlas con el polvo dulce y almendras rasuradas. Se acerca al refrigerador y saca una botella de vino blanco, la abre, me pide que saque una copa, la traigo y sirve un poco, nos sentamos en la barra de la cocina absortas frente a las tartas perfectas que parecen de pastelería fina. Le da un trago al vino.

—Una dulce tarde de abuela y nieta compartiendo recetas de familia.

—Y todo el edificio se ha enterado, huele delicioso… ya, en serio, ¿cómo aprendiste a hacer todo esto, lo de leer los planos y hacer grupos?

—De las abogadas y las líderes, en la guerra se aprende lo que es necesario para seguir.

—¿De tus amigas españolas también?

—Y mis antepasadas y las que antes que ellas entendieron que tendríamos que unirnos como hormigas diminutas, aparentemente invisibles, inocuas y, a la vez, gigantes al ser una sola con cada causa, con cada misión —se queda pensativa y da un trago a su vino sin mirarme—, y sí… de mis amigas a las que abandoné.

—Tal vez no las abandonaste, abuela, a lo mejor te necesitábamos acá, porque tú ya viste ascender la libertad y cómo la derrocaron. Para que estemos preparadas, como dijo la líder de las sioux en Torreón: el aprendizaje de nuestras antepasadas no puede quedar oculto en el alud del tiempo.

—Y sí las abandoné, mi niña. Una nueva vida no borra la historia. La verdad vive aun después de que la muerte nos alcance.

—Juan dice que tengo que dejar de clavarme todo el tiempo en los problemas del mundo, que nacimos para ser felices, que debo aprender a pensar antes en mí que en nadie más, que el mundo sigue su rumbo y no nos necesita a todos.

—Nunca le creas a quien te diga que puedes ser libre al margen del sufrimiento, del conocimiento o de la alegría de las otras personas. Recuérdalo siempre, somos colectivas o no seremos.

—Juan es muy sensible, pero no para ayudar a otras personas, sino para escribir poemas y canciones. A veces creo que no entiende por qué luchamos en el Círculo, no comprendo por qué…

—Porque es hombre, mi amor, y no ha vivido en carne propia la opresión, la desigualdad.

Arroja un esforzado suspiro y le da el último trago a su vino, mientras se levanta de la mesa, me percato de que mi abuela es ágil, casi atlética. Olvido a veces que no es lo mismo ser mayor que ser vieja.

—Y ¿qué hago con el miedo cuando estoy sola? Con los secretos que siempre voy a guardar lejos de él o de otro hombre cuando crezca.

—No todos los hombres son iguales, mira a tu abuelo, a tu tío Bernardo, a Mardonio. Cuando te abrace el miedo repite siempre: *Yo soy libre. Nada puede contener la marcha de mis pensamientos, y ellos son la ley que rige mi destino.*

—Ah —sonrío con ojos tristes—. Rosalía de Castro, nuestra poeta gallega favorita.

Mi abuelita asiente y me besa la frente. Deja la copa y acomoda las tartas, dice que habrá que regalarle una a don Ruperto, el portero del edificio que siempre es tan amable con nosotras y, de pronto, con un gesto serio me pregunta si ya he pensado en dónde voy a guardar las fotografías que he tomado esta tarde, las instantáneas y las de rollo, que como siempre tendré que ir a revelarlas con mi tío Bernardo a su casa. Le digo que sí, que tengo el escondite perfecto donde guardo las cosas de higiene íntima. Esboza una sonrisa. Me propone que me quede las polaroids y ella se llevará el rollo a casa esta noche, metido entre las bolsas de harina, almendras y azúcar.

Suena el teléfono, es mamá, avisa que están saliendo de un bar y en unos minutos estarán de vuelta. Limpiamos la cocina, acomodamos todo y los esperamos en la sala escuchando canciones de Imelda Miller en la radio. Cuando mis padres llegan y la abuela se va, la acompaño para entregarle la tarta de Santiago a don Ruperto, que se emociona tanto que le besa la mano a mi abuelita y me dice que les vamos a hacer el fin de semana a sus hijos con semejante regalo.

XXX

Papá decidió que su cumpleaños lo pasáramos los tres solos, pensamos que bromeaba cuando anunció que deseaba ir al bosque de Chapultepec. Estábamos alegres y animadas, él estrenó una camiseta polo negra de seda con tres finas rayas gris y mostaza, unos pantalones negros a la moda que mamá y yo le compramos. Le han graduado los lentes de pasta con cristal verde botella, dice que tanto dibujar planos todo el día le desgasta los ojos, me sorprende ver cómo sus largas pestañas tocan el cristal de las gafas. Siempre está guapo y delgado, es raro que le importe tanto su apariencia, ha desarrollado una especie de impecable prestancia. Mamá y yo nos vestimos de pantalones de mezclilla acampanados en el mismo tono azul claro, ella lleva una blusa *halter* amarilla y yo una camiseta negra, las dos vamos con el pelo recogido, este fin de la primavera de 1971 es cálido y hay que ir preparadas para subirnos a las lanchas y después montar el pícnic con la comida favorita de papá. Nos subimos a la barquita alquilada como cuando yo era pequeña, reímos tonteando porque apenas quepo en medio de ellos, a veces siento que mamá y papá quieren jugar a que no crezco, a que sigo siendo su niña pequeña y yo también juego a que el tiempo no transcurre tan rápido como en realidad nos lleva cabalgando la vida.

Imagino que ella y él siempre podrán cobijarme, ellos que nunca envejecerán y no me dejarán sola. Los miro mientras se besan y ríen en el caos que provoca su mal remar la lanchita de madera. Yo siento cómo se mueve, a ratos me parece que vamos a volcarnos y naufragar en estas aguas extrañamente verdosas hacia un fondo en el que nada es claro. Pienso en Juan, en cómo la vida es así, el amor es como ir en una pequeña barca en que hay que aprender a usar los remos, o avanzas, o das vueltas, retrocedes y si no logras entender cómo hacerlo juntos te vuelca en aguas pantanosas de las

que nadie saldrá igual que antes de caer. Esta tarde logramos navegar sin zozobrar en el lago.

El bosque de Chapultepec es una locura, gigantesco pulmón de la ciudad, caminamos entre los sauces llorones, las secuoyas y palmeras enormes. Buscamos un lugar lejos de una fiesta infantil, llena de globos con una piñata de burrito de colores colgada de una cuerda entre dos árboles.

Elegimos el sitio perfecto bajo un inmenso árbol de trueno lila, cobijados por una sombra perfecta, iluminada por rayos de sol que atraviesan las ramas arrojando listones de luz que destellan sin acalorarnos. Papá extiende el mantel de cuadros rojiblancos y una manta de algodón gruesa; mamá coloca la comida, le ayudo a sacar los platos, los vasos de cartón y los tópers, papá abre un vino que mantiene en una bolsa de papel, me da un Jarrito de piña, ella y él se recargan en el árbol y brindan. Observo cómo se ven a los ojos, por primera vez en mi vida reconozco la pasión entre estas dos personas adultas que me han criado. Se quieren, pienso que de verdad se quieren a pesar de todo, de tanto, de las diferencias y las broncas, de los engaños y los viajes de largas ausencias. De pronto caigo en cuenta de lo dura que he sido al juzgarlos estos últimos dos años, siento su fragilidad, no sé si es el verdor del césped, el bosque que nos abraza, el cielo azul nítido que comienza a nublarse anunciando una tarde en que la luna saldrá pronto, tal vez hoy, precisamente en el cumpleaños de papá, me acerco a un atisbo minúsculo de lo que significa ser joven y que advierte la irremediable adultez. Nada está escrito, pienso mientras ellos hablan de cualquier cosa, nos vamos inventando cómo vivir, creamos códigos y lenguajes de una felicidad que construimos y a veces destruimos sin saberlo, es raro vivir improvisando la existencia. Ella brinda por su cumpleaños, yo elevo la pequeña botella de refresco para consagrar el momento tocando sus vasos de cartón con vino. Mamá dice algo sobre celebrar el amor y la vida, me parece un poco cursi, o tal vez no lo es, solo huyo de sus palabras porque me recuerdan la pérdida de mi primer amor que pronto se irá.

En el coche, camino a casa, por enésima vez papá me narra la historia del castillo de Chapultepec y los Niños Héroes, los cadetes

que supuestamente se arrojaron al abismo para sacrificarse por la patria durante la invasión estadounidense en 1847. Mamá ríe, le dice que esa historia es inverosímil, que solo funciona para estimular un artificioso patriotismo. Le cuento a papá que el próximo fin de semana quiero ir con él al Museo de Antropología e Historia, lo miro desde el asiento trasero por el retrovisor, tiene una sonrisa expansiva, le encanta que le pida que me lleve con él, que me enseñe fragmentos de la historia mexicana. Hablan contentos, pienso que mamá me ha enseñado a enfrentar la vida con crudeza y fuerza, papá me ha educado para conocer el pasado de mi país y mi cultura, ella con una mirada hacia el futuro, él con una ilusión del pasado que se va perdiendo entre los gritos de libertad. Aún no entiendo cómo las parejas sobreviven juntas y me pregunto si cuando yo sea mayor podré vivir al lado de alguien que no aspire a los mismos sueños, que no se atreva a defender las causas colectivas en las que yo creo, con diferencias y engaños como hacen ella y él.

Llegamos a casa, don Ruperto abre la reja para que papá meta el coche. Al bajar nos dice que vinieron dos señores vestidos de militares de parte del tío Genaro a dejar unas cosas en la puerta del departamento. Mamá me mira con angustia y yo entiendo el mensaje, papá ingenuo dice que es raro, que tal vez mandaron algún regalo. Salimos del elevador y la cerradura está intacta, respiramos aliviadas. Él abre y al entrar descubrimos las puertas de los anaqueles de la cocina abiertas, ollas y trastos tirados, un caos total, el refrigerador y el congelador abiertos, toda la comida regada por el suelo, mamá corre hacia su despacho sin decir nada, mi padre está en shock y tarda demasiado tiempo en reaccionar, no entiende absolutamente nada, o tal vez sí y por eso está horrorizado, porque su mundo se derrumba. Va tras mamá con una pasmosa lentitud. Yo corro hacia el cuarto de servicio, miro a mis espaldas, descuelgo con cuidado el cuadro de la Virgen de Guadalupe, está intacto, siento con la palma de la mano abierta el cartón trasero y percibo el bulto de los papeles que la abuela guardó, respiro, lo cuelgo de inmediato y corro hacia el despacho de mamá. Los cajones rotos, los sillones abiertos con tajos a cuchillo, parece la escena de una absurda

masacre de muebles vencidos. Mamá revisa y busca ansiosa, desesperada, papá la mira como un niño inocente que no entiende la vida, ni siquiera pregunta, va tocando los muebles, no puedo imaginar lo que pasa por su cabeza, a él le han dicho que vinieron los militares de parte de su primo y la casa es un desastre. Está paralizado mirándolo todo. Yo me acerco a mamá que desesperada busca lo que no hay en los cajones vacíos.

—No, no, no puede ser. Malditos sean, hijos de la chingada.

—Clara, ¿qué pasa? —pregunta papá azorado de verla desquiciada gritando y maldiciendo como nunca la habíamos visto.

—Cómo que qué pasa, Fernando, que tu familia ha venido a robarse mis cosas.

—Pero… ¿por qué se iban a robar algo de tu consultorio? A ver si no fueron esos comunistas con los que te juntas y…

—¡Por favor! No seas idiota, fueron los militares. Lo dijo don Ruperto, eran militares y dijeron que venían de parte de tu primo, quién más iba a ser sino ese cabrón, desgraciado.

Papá me ordena que me vaya a mi habitación, lo ignoro, me acerco a mamá, la tomo de la mano y le exijo que venga conmigo actuando como una niña asustada. Papá comienza a revisar y a recoger objetos, aturdido sin querer entender nada. Mi madre se deja llevar, nos metemos a mi baño, cierro, comienzo a rezar una especie de súplica y maldigo murmurando por no saber alguna oración que me dé un poco de fe. Mamá me mira, pregunta tartamudeando, yo no hablo, solamente busco en los cajones, abro el de abajo, saco las bolsas de papel de baño y de toallas sanitarias, al tocarlas respiro, la veo, sonrío triunfal, saco la caja de los Kotex y de ella las fotografías de todas las mujeres del grupo y las de algunos de los documentos más importantes. Mamá me mira azorada, baja la tapa y cae sentada en el escusado, voy sacando las fotos, las pongo en sus manos, ella me mira como si me desconociera, observa las fotos como tesoros recuperados, respira aceleradamente, abre los ojos inmensos, vuelve su mirada hacia mí.

—¿Cómo ¿Cuándo? Mijita, ¿cómo sabías?

—El día que busqué mi permiso del viaje con los abuelos, no sé, me dio miedo que alguien viera las fotos de todas ustedes juntas y

las de Lucero en el consultorio, muerta. No sé, mamá, tú me enseñaste a protegernos…

Ella sonríe con una mueca de angustia, me mira sorprendida, me acerco, estira los brazos y me atenaza como si me hubiese perdido y me encontrase de nuevo. Me hace daño, repite incesante que hice bien, agradece sin parar, yo siento que me ahogo entre sus brazos, le pido que me deje respirar y reacciona cuando levanto la voz a su oído.

—Mamá, ma, todo está bien. No me dejas respirar, relájate, los otros papeles están escondidos, no se los llevaron —ella vuelve en sí, suelta el aire contenido bufando y sigue sentada, me mira como si fuese una aparición. Hablo en voz baja temiendo que papá nos escuche, ella murmura también.

—Los documentos de la mudanza de la tía Elodia, ¿no se los llevaron?

—No, están protegidos donde los escondió la abuela, los acabo de sentir.

—¿Sentir?

—Sí, no quiero que papá sepa.

—Pero…

—Si se entera nos va a dejar, se va a ir, mamá, como se fue la vez pasada.

—…

—Todo va a estar bien, ma. Tenemos que salir antes de que papá pregunte.

—Okey —resopla soltando el aire de los pulmones, relajando el cuerpo—, vamos, le diremos que te pusiste mal.

—Que me dio diarrea del susto —sonrío en complicidad.

Me descubro protegiendo a mamá como si yo fuese la adulta. Viene a mi mente la voz de mi tía Lucero, siento que hace eco dentro de mi pecho: “Todas juntas marabuntas”. Está aquí, la siento en mí, nos cuida, aun muerta nos acompaña. Salimos, mamá le dice a papá que no sabe lo que buscaban, le miente, ambos saben que este es un acuerdo de paz engañosa. Me voy a mi habitación, los cajones de ropa han sido vaciados, hay tiradero, pero nada importante.

Unos minutos después, papá ha cerrado las puertas de la entrada con doble llave, mamá pone una silla inclinada contra la manija y un vaso en el centro por si alguien intentase entrar, se van juntos a su habitación. Yo voy a la cocina, sigilosa tomo un pequeño cuchillo filoso, recojo el cuadro de la Guadalupana, lo llevo a mi cuarto. Ya encerrada con llave, como quien usa un bisturí, abro la cinta canela, destapo la parte trasera, saco los papeles, los reviso, están todos. Respiro, los coloco de nuevo, saco cinta de mi cajón de lápices, vuelvo a pegar la contratapa, con dificultad levanto el colchón y pongo el cuadro debajo.

Unas horas más tarde papá toca a mi puerta, yo ya me he puesto la pijama, me pregunta cómo estoy, le digo que tengo miedo, es verdad. Me pregunta a qué le temo, respondo que a que mi tío y sus soldados nos lleven a mamá y a mí a la cárcel. Papá dice que sobre su cadáver nos llevarían. Me ofrece traerme la cena, digo que no tengo hambre, va por un vaso de agua y al volver me arropa, me acaricia la mejilla, pregunta si quiero que me lea un cuento, sonrío a punto de decirle que no soy una niña, entonces le pido que elija un libro mientras me meto bajo las mantas intentando volver a mi infancia.

Toma de mi buró *Alicia en el país de las maravillas*, se quita los zapatos, se recuesta a mi lado con sus pantalones y camisa de cumpleaños, comienza a leerme mientras acaricia mi pelo, entra mamá, se recuesta del otro lado de mi cama, acurrucada conmigo, posa su mano en mi pecho sintiendo mi corazón, pienso por un segundo que tal vez yo, mientras crecía dentro de su cuerpo, antes de nacer, intentaba tocar su corazón y contar sus latidos como ella lo hace ahora. Caigo en cuenta de que una hija es en verdad la extensión orgánica y vital de su madre, que las madres son una especie de diosas de la creación humana.

Papá lee, yo me quedo dormida metida en la madriguera de un conejo buscando un mundo de fantasía donde nadie pasa sobre el cadáver de mi padre para llevarnos a mamá y a mí a una celda de castigo, por intentar entender el país que habitamos y por defender a las mujeres que lo salvaguardan.

XXXI

Esta mañana los periódicos anuncian que el gobierno ha liberado a veintitrés presos políticos, no aparecen en la lista los nombres de las amigas de mamá y de Yaretzi, en portada solo los del escritor José Revueltas y de un tal Heberto Castillo. Mamá lee un artículo que habla del grupo Mujeres en Acción Solidaria, que declararon la frase: "Lo personal es político", mamá dice para sí misma que es la traducción de un discurso de las feministas norteamericanas. Solo de escuchar la palabra *política* ya me inquieto, evito cualquier conversación.

Desde que los militares entraron en casa, papá y mamá se han distanciado, él se la ha pasado viajando por trabajo, vuelve cada vez menos a la ciudad. Siento que un abismo se abrió entre nosotros, no solamente entre ellos, yo también me he decepcionado de papá de nuevo, no quiso enfrentar a mi tío, ni siquiera pedirle a su papá que le ponga un alto, no soporto su pasmosa cobardía. Desayunamos mientras mamá lee el periódico, yo me apresuro para irme a la escuela y no puedo quedarme con las ganas de preguntar a mamá.

—¿Te vas a divorciar de papá?

—No lo creo, ¿y eso a qué viene?

—El papá de Gabriela metió a su mamá a un manicomio de gente rica, y antes de hospitalizarla la hizo firmar el divorcio. Gaby dice que el señor sale con su secretaria que se cree enfermera.

—No lo sabía. ¿Y cómo está Gaby?

—Destrozada, se va a ir a vivir con Camilo, su papá le dijo que si lo hace la desheredará, pero a ella le vale madres. Se va igual. Y entonces, ¿tú?

—No lo sé, mi amor —suelta el periódico y me mira a los ojos—, pienso que la relación funciona si nos vemos poco, él tiene que

procesar su postura frente a la mía y creo que es él quien va a terminar decidiendo si nos separamos.

—Me da tristeza, siento que si se divorcian se va a olvidar de mí, que va a tener una familia normal a la cual querer.

—Me siento culpable, yo lo elegí como marido y como tu padre. Odio que estés triste, mi niña —estira la mano para tocar la mía, la mantiene así un momento.

—No, ma, tú lo elegiste de marido, pero él eligió ser un padre mediocre, ausente, cobarde.

—Tiene muchas cualidades, es un buen hombre y nos quiere, pero no puede, o no quiere, comprometerse con nuestras causas. La valentía, como la bondad, es una elección en la que ganas y sacrificas.

—Y hay quienes no quieren sacrificar… Pero ¿lo quieres todavía o ya no? —una angustia arrebata la claridad de mi voz.

—Para amar a un hombre necesito admirarlo, las cosas se complican cuando quieres, pero ya no amas, hay que buscar razones para seguir juntos y se me agotan los lugares dónde buscarlas.

—Y razones para separarse…

—También —sus ojos están inundados de tristeza melancólica, los míos de decepción; su tristeza y mi decepción se confiesan lo indecible. Me voy a la escuela con el alma en vilo.

Por la tarde voy a ver a mi tío Bernardo a su estudio, ya no trabaja en casa de los abuelos, ahora él y su socio, un fotógrafo español de la Agencia EFE, han alquilado un departamento y montaron el estudio fotográfico, allí también dan clases. Entro, le doy un beso a mi tío, me dice que me tiene una sorpresa, vamos a su cuarto oscuro, cierra la puerta con llave, jamás lo había visto hacer eso, un aire helado de angustia recorre mi espalda.

—Mira.

—¡Las fotos que tomé con la abuela!

—Son brutales, tienes un ojo certero, los documentos se ven perfectamente, además esta de ustedes frente al espejo… la exposición, la composición, la velocidad de obturación. Naciste para esto.

—Y para qué sirvió todo eso —estoy nerviosa, las imágenes me recuerdan el miedo de aquel día y luego de cuando los milicos entraron en casa.

—No quieras apresurar el tiempo que no te pertenece, todo lo que hacemos por la libertad sirve, aunque sea para la próxima generación.

—Yo no pedí nacer en una familia tan revolucionaria —digo entre el hartazgo y el miedo.

—Entiendo que te cueste trabajo asimilarlo, a mí me pasó lo mismo con mis padres. Cuando era adolescente sentía admiración y odio al mismo tiempo, por haberme metido en sus batallas, por enseñarme a ver las injusticias, por no dejarme vivir como un chavo normal que no se entera…

—Como Juan.

—Bueno, Juan se entera, pero elige el arte para decir cosas. No tiene escuela de activista, no seas tan dura con él.

—Creo que sus papás se lo llevan para que no se meta más en nuestra lucha.

—Es posible, ¿y cómo te sientes con su partida?

—Triste, enojada, llorona, como que a ratos quiero dejar de verlo para no sufrir, pero luego pienso que es mejor, como dice Gabriela, disfrutar hasta el último segundo. ¿Tú qué harías?

—Creo que disfrutar, aunque sea difícil, gozar mientras esté. Ya después conocerás a otros, te enamorarás de nuevo. La vida te va a dar muchas sorpresas, ya verás.

—Estoy un poco hasta la madre de las sorpresas —me río involuntariamente y él suelta una carcajada.

—Ya hubiese querido yo a tu edad tener la claridad para saber lo que quería, lo que necesitaba, hasta para expresarlo como tú. Me recuerdas tanto a mi mamá… tienes esa mezcla de ternura y fortaleza que ni Clara ni yo tenemos.

—Ni mi papá tampoco. Creo que se van a divorciar.

—Pues ya se tardaron, tu jefe se ha pasado… —interrumpe la frase, se da cuenta de que estoy afligida, con las pupilas flotando, conteniendo el dolor.

—Es una mierda, no entiendo cómo puedes querer y despreciar tanto a tu padre al mismo tiempo.

—Porque nadie es perfecto. Ninguno, especialmente nosotros los hombres.

Suena el timbre en el estudio, alguien afuera abre y de pronto tocan la puerta del cuarto oscuro. Sin pensarlo meto las fotos en mi barriga dentro de la ropa interior, mis manos tiemblan, él acomoda cosas, tiene cajones de doble fondo y los cierra todos.

Abre la puerta, los dos nos quedamos paralizados mirando, es Ana, se ve luminosa y contenta, se ha cortado el pelo por arriba de los hombros, viene vestida con minifalda y una camiseta ombliguera blanca. Me lanzo a abrazarla y ella a mí, no quiero llorar así que no digo nada, me dice que he crecido muchísimo. Después de un momento la suelto, entiendo que viene a ver a mi tío. Él está emocionado, sin saber qué hacer, ella se le acerca y le besa la boca, primero es un beso tierno apenas tocando los labios, de pronto se besan de verdad, yo me salgo a la sala a hablar con los dos chavos de la prepa popular que estudian foto. Me enseñan sus trabajos y cuentan que van a ir a la manifestación del jueves 10 de junio para apoyar a la huelga de la Universidad de Nuevo León, el gobierno no quiere que las universidades sean autónomas. Me preguntan si voy a ir, digo que sí, caigo en cuenta de que es la semana que viene. Hablamos entonces de cámaras, filtros y lentes, les digo que habrá que llevar paliacate y vinagre, por si tiran gas lacrimógeno, otro chavo que está escuchando desde el sofá se pone de pie, tiene como veinticinco años, me mira como si fuese una niñata y me dice que solo van a dar trancazos y a lo mejor algunas detenciones, pero que ahora sí no se van a atrever a dar balazos ni a matar a nadie, que este gobierno ya sabe que el mundo se enteró de lo del 2 de octubre y el presidente Echeverría quiere parecer un demócrata. Además, apunta el otro más chavo, ya vieron que el gas no les sirve de nada. Yo guardo silencio, pasan por mi cabeza mil cosas que decir, me amordaza la imagen de Lucero tirada en el suelo, bajo la bota del soldado. Un escalofrío recorre mi espina dorsal como un rayo. Los miro sin hablar, ellos siguen contando anécdotas de las manifestaciones como aventuras de hombres valientes, me doy la

media vuelta y salgo. Al bajar las escaleras pienso en lo insoportables que son los hombres que vienen de turistas envalentonados a la lucha por la democracia.

Es lunes 7 de junio, paso la tarde con Juan en su casa, ayudándole a decidir qué cosas llevarse y cuáles dejar. Me regala su camiseta de Víctor Jara con la que fue conmigo a la marcha en que las mujeres tomamos la Cámara de Diputados. Huele a mar y mandarinas como él, le digo que la guardaré toda la vida. También me da un par de discos, luego, como no están sus papás, hacemos el amor sin parar de besarnos con desesperación. Es como si comenzáramos a despedirnos de verdad. Los dos resistimos las ganas de llorar, hemos prometido no meternos en eso que Juan llama el pozo del tormento (me escribió un poema que se llama así). Me acompaña a casa y se va a cenar con sus amigos de la infancia que le organizaron una despedida de hombres.

Escucho voces en el consultorio de mamá, tienen sesión, entro y saludo, están solo las del grupo más cercano, sentadas en círculo en el suelo con una veintena de cojines, Yaretzi me hace un hueco a su lado, veo un cojín libre, le pregunto en secreto que quién falta, me responde que Lucero, se me eriza la piel. La Texas está hablando, mamá toma notas en una libreta.

—El jueves es la fiesta de Corpus Christi, todas las iglesias estarán llenas de gente y recuerden que estarán los vendedores en sus mantas con sus mulitas de trenzados de hoja de elote —sonríe —, el gobierno va a mandar grupos de choque que llevan un año entrenando con soldados gringos y mexicanos. Los llaman Halcones, porque son cazadores rapaces, vigilan desde lejos y atacan cuando menos lo esperas.

—¿Sabemos qué tipo de grupo? Quiero decir, cómo identificarlos, como a los *guantes blancos* o así —pregunta Sarita, la hija del doctor Hernández, que ahora ya es enfermera graduada.

—Van a ir vestidos de civiles, escuché a papá decir que están entrenados en kendo, las artes marciales que usaban en la guerra los vietnamitas que no tenían armas de fuego. Utilizan bambúes largos para golpear, pueden ser letales.

—Entonces los que lleven bambúes son el enemigo —dice Yaretzi nerviosa—, ¿y sabes cuántos serán? Porque nosotras seremos miles, vienen estudiantes de todas partes, como desde Monterrey lideran la marcha, esta vez sí será en todo el país de verdad. Ahora sí, mis chavas, ni una se separa de nuestro contingente.

—Saldremos del Politécnico, yo digo que nos vayamos todas juntas desde el principio. Y tú, Julieta, no vas a ir, ya viste demasiado —ordena Sarita con voz firme, todas la miran a ella y luego a mí.

—A ti quién te dijo que puedes darme órdenes, Sara, yo decido lo que hago —respondo indignada mirándola a los ojos, levantando la voz—, estoy harta de que desde que era niña me quieres sacar de este grupo. Tú no eres la líder, y en el feminismo ninguna está por encima de las decisiones de las otras mujeres.

—No, a ver… —dice Clementina Batalla calmando los ánimos—, es un tema de seguridad, tienes dieciséis años, Julieta, creo que aquí la única que puede decidir es tu madre. Si Stephanie dice que van a atacar esto se puede poner peor que el 2 de octubre.

—Pues entonces ninguna debería ir porque a cualquiera la pueden matar, como hicieron con Lucero, o encarcelarla y torturarla como con Ana y las otras. Yo voy a ir, si tengo espacio en este círculo también lo tengo en las calles de mi país.

—Está bien, Julieta —dice mi madre pensativa, mirándome con ese gesto y hablando con ese tono que utiliza cuando quiere tranquilizar a la gente—, lo hablaremos después. Ahora sigamos.

—Sí, sigamos, mamá, pero no se hablará después, voy a ir con mi cámara y tomaré fotos de todo. Esta vez no solamente se quedará en mi memoria.

—Aquí tengo el pliego final que ya firmamos las pintoras y escritoras —interrumpe Rina Lazo con seriedad—. Democratización de la enseñanza en toda la República mexicana, libertad política y de expresión para estudiantes, obreros, campesinas, artistas e intelectuales. Lo de la igualdad de las mujeres al final no lo pusieron los del Consejo de Huelga, pero ya sabemos que vamos a seguir hasta que quede escrito. Y, aunque no me pregunten, yo creo que Julieta tiene derecho a decidir.

—Este es el recorrido —dice mamá levantándose, entregando a cada una copias del mapa por donde iremos—, marcados con plumón rojo están los puntos de encuentro y rutas de fuga de emergencia —me mira y me da una, todas sonreímos tranquilas.

—Ándale, mi Juli, lee la ruta —me dice Yaretzi tocándome la espalda con cariño.

—Saldremos de la Facultad de Ciencias Biológicas en el Casco de Santo Tomás, bajaremos por avenida Manuel Carpio, de allí a la avenida de los Maestros y por la calzada México-Tacuba llegaremos al Zócalo. Todas juntas. Si atacan a una, la protegemos todas.

—Eso es, siempre juntas —dice en son de paz Sarita, que ahora me sonríe tímidamente a manera de disculpa, yo le devuelvo una sonrisa sutil y muevo la cabeza asintiendo la paz mutua.

—Oye, Stephanie, ¿y sabemos cuántos Halcones habrá?

—Han entrenado a dos mil quinientos, pero aquí en la capital habrá mil, de los otros no sé si los mandan a otra parte.

—¡Mil, además de los militares y policías! Se va a poner cabrón —dice la Negra veracruzana.

—Claro —interviene por fin Alaíde Foppa—, el tema es que todos los medios controlados por el gobierno ya llevan meses advirtiendo que la oposición al PRI es peligrosa. Están preparando el escenario para luego decir que fueron encontronazos entre estudiantes violentos, como hicieron antes. Tenemos que prepararnos con las y los periodistas aliados para documentar y contar la verdad. Espero que en Monterrey no haya masacre, el gobierno está furioso con los liderazgos del norte.

—Los de Telesistema Mexicano tienen cooptada la televisión y solo obedecen al gobierno, hasta parece que Jacobo Zabludovsky lee los comunicados de Gobernación —ahora habla la escritora Elena Poniatowska—, nos quieren atontar con el circo de los imbéciles anunciando el estreno el mes que viene de algo que se llama *El chavo del ocho* y la telenovela esa de *Muchacha italiana viene a casarse*.

—Pues sí, es una mierda, porque nuestro programa feminista de Radio Universidad solo lo escuchan las personas de izquierda, así no

hay manera de informar a la gente que no toma partido, a la que no entiende que sus libertades están en riesgo también.

—Bueno, compañeras, ya es tarde y tenemos que cerrar la sesión —dice mamá que ve venir otro debate sobre los medios vendidos y el gobierno inventando con sus mentiras institucionales un país que no existe.

Todas se levantan, mientras mamá ordena su consultorio yo las despido en la puerta. Se besan y abrazan en la cocina antes de salir, se les ve emocionadas y ansiosas. De repente la Texas le toca el brazo a Alaíde y le dice que debe tener mucho más cuidado, que lo de Guatemala y El Salvador se pone peor y el gobierno mexicano está colaborando para investigar a la gente aliada a las guerrillas. Ella le agradece con una mirada de tristeza que casi nunca muestra, se abrazan. Luego Stephanie me da un abrazo, le digo que caminemos juntas el jueves, me promete que así será. La muralista Rina Lazo me da un beso tronado y me dice al oído: "Me gusta tu valentía para buscar la libertad, niña lista". Cierro la puerta, pongo el doble cerrojo, me voy hacia el refrigerador y mantengo la puerta abierta pensando en qué cenar. Mamá aparece de pronto, se pone de pie a mi lado.

—¿Vas a hipnotizar el refri a ver si te cocina algo?

—No sé si tengo hambre…

—Ándale, preparemos unas sincronizadas rápido y nos vamos a descansar, ¿quieres? —me pasa dos aguacates, un tomate y media cebolla—, haz el guacamole, yo las frío, saca las tortillas, el queso Oaxaca, el jamón y una salsa roja molcajeteada.

Se va por el sartén, le pone un poco de aceite y enciende el fuego. Cenamos bebiendo agua de tamarindo, decidimos hablar de nimiedades, de la escuela, de la nueva lente que me regalaron mis abuelos, le digo que tomé unas fotos muy lindas en el Ajusco con Gabriela, me pide verlas, saco de mi morral las que imprimí, ella las toma mientras le cuento sobre cada imagen capturada con telefoto, el infinito bosque frondoso, una familia de conejos del volcán comiendo plácidamente al lado de su madriguera, más abajo avisté con el teleobjetivo un gato montés mirando a lo lejos, parecía que posaba como un rey de la naturaleza, en otra, una fila de ardillas

jugueteaban a subir un enorme abeto, detrás de los juníperos y los encinos capturé a un par de comadrejas que parecía que jugaban con la piña de un pino. Mamá las mira sonriente, me pide que le regale la de la familia de conejos que inspira ternura. Recogemos los platos y nos vamos a acostar. Después de lavarme los dientes, ya en pijama y a punto de meterme a la cama, decido ir a la habitación de mamá.

—¿Qué pasa?

—¿Puedo dormir contigo?

—Claro, véngase pa acá —abre la cobija a su lado, me acuesto, las dos contemplamos bocarriba el techo, con las manos sobre las sábanas.

—Juan me dijo un día que estaba conmigo para querernos mientras se acaba el mundo…

—Pues yo cuando tengo miedo y ansiedad, recuerdo que estoy rodeada de amores con quienes intento salvar lo mejor del mundo.

—¿No crees que se va a acabar ahora en 1971?

—Algún día seguramente, aunque falta mucho para eso. Me parece que la gente confunde el fin del mundo con el fin de su propia vida como la ha conocido hasta ahora.

—¿Tú crees que algún día los hombres entiendan que su mundo no se acaba si el nuestro, o sea, el de las mujeres, se vuelve mejor y más seguro?

—No lo sé, mi amor, eso espero. Es difícil porque los han educado para protegernos de los hombres violentos. Y si paramos la violencia ya no serán héroes de nadie, tendrán que trabajar en ser buenas personas todos los días y eso no es épico.

—Dice Mardonio que, si paramos de luchar por nuestros derechos, ellos van a ganar territorio y nos van a querer regresar a todas las mujeres y las niñas a la cocina, a atenderlos en lugar de estudiar y ser independientes.

—Es posible, por eso hay que seguir buscando razones para continuar con esperanza.

—Mamá —la miro volteando el cuerpo entero hacia ella—: ¿tú qué haces cuando se te agota la esperanza? ¿A ti no te dan ganas de morir?

—¿Morir? No, en absoluto. Yo bailo, me río, me la invento de nuevo, escribo todas las cosas buenas que logro al lado de mis pacientes, contigo, conmigo misma. Aunque no seas consciente, querías ser música y ahora, mira, eres buena fotógrafa y luego quién sabe. Hay que explorarlo todo hasta encontrarle sentido a la vida y aferrarse a esa alegría compartida. Es más fácil aferrarse a la muerte que a la vida, piénsalo.

—A veces creo que no podremos cambiar el mundo. Que mejor me retiro de esto de la lucha por la igualdad y ya, como Juan, solo desde el arte digo cosas sin arriesgarme, sin sufrir.

—Si así fuera no te hubieses puesto furiosa con Sarita —ahora sonríe como niña—. Juan también sufre, pero se autoengaña, además es hombre, su sufrimiento nunca será como el tuyo.

—Dice Yaretzi que, desde la opresión, el corazón siente el dolor del mundo entero y no solo el propio.

—Pues yo pienso seguir en esto hasta que me muera, la lucha de las mujeres es una ruta de vida, no una tarea temporal. Cuando sea viejita te voy a ver libre en un país democrático. Ya verás.

—¿Y la democracia me va a hacer feliz?

—No, pero serás libre para decidir y elegir.

—¿Extrañas a papá?

—Mucho. La semana que viene vamos al juzgado a firmar el divorcio —estamos en posición fetal una frente a la otra, me toma la mano y yo aprieto la suya.

—¿Estás muy triste?

—Infinitamente.

—Ya verás que conocerás a un hombre inteligente, guapo, admirable, que sea feminista y cumpla los seis puntos del amor que te inventaste.

—¿Ah, sí? ¿Y tú? Este jueves se va Juan y elegiste la marcha en lugar de la despedida en el aeropuerto.

—Estoy harta de decir adiós a la gente que amo.

—Algún día te volverás a enamorar, apenas tienes dieciséis.

—Ay —suspiro y bostezo—, ya veremos, ma. Te quiero —le doy un beso en la frente, ella me toma la mano, me la besa y dice:

“Beso a la manita santa, a la niña a la que nada le espanta”. Apaga la luz y nos dormimos tomadas de la mano.

XXXII

Es 10 de junio, son las ocho de la noche y aún no tengo muy claro cómo logramos escapar del ataque. Llegamos directo a casa de mis abuelos, una bala alcanzó a rozar la pierna de Yaretzi, justo a la altura del tobillo, le reventó el tendón, así que entre Sarita y yo la llevamos en hombros. Stephanie perdió su pañuelo para los gases y quedó cegada porque un policía lanzó una granada de gas lacrimógeno que le pegó directo en el hombro, le estalló en el cuerpo, su cara parece un globo rojo y tiene los ojos cerrados de tan hinchados. Mis abuelos nos recibieron y comenzaron a revisar a cada una, esta vez mi tío Bernardo salió ileso y pudo asistir para traer a las compañeras heridas. Es un caos, todas en el suelo de la sala, en el pasillo, en las habitaciones, mis abuelos han movido los sillones para que nos recostemos entre mantas, almohadas y cojines. El doctor Hernández llega con dos jóvenes médicas unos minutos después, mi abuelo lo llamó porque habían acordado que se quedaría de guardia en su consultorio como hizo el 2 de octubre. Poco a poco, Sarita, que tiene raspones y está manchada de sangre, comienza a ayudar a su padre a atender y revisar a cada una. Yo le digo que estoy bien, pero me prohíbe que me ponga de pie porque tengo sangre en la frente, digo que no es mía, que no me duele nada. Me revisa de cualquier forma, la esquirla de una granada me rozó la cabeza, aún tengo un trozo pegado entre el cuero cabelludo y el pelo, no siento el dolor del descalabro, dejo que me limpie, me hace unas puntadas luego de desinfectarme y me pongo de pie. Camino entre todas, veo a Mardonio en el suelo, el doctor y mi abuela le ponen un torniquete, rompen el pantalón, una bala le atravesó el muslo y sangra profusamente, está mareado, repite sin parar que los Halcones traían rifles de asalto, nadie puede tranquilizarlo, ni Dayami ni Yaretzi, dicen que está en shock, que vio

cómo mataban a sus dos primos de dieciséis años con los palos de bambú. Fueron dos Halcones de unos veintitantos años, les reventaron las cervicales, luego la mandíbula y después con un golpe seco les estallaron la cabeza, escucho el horror como quien está anestesiada, nada me detiene. Obedezco a mi abuela, voy a la cocina a traer unos trapos limpios y el agua que ha puesto a hervir, luego me pide una botella de alcohol y un bote grande de mertiolate rojo. Corro de un lado al otro sin pensar, intentando auxiliar tanto como puedo, si paro me pondré a llorar, pienso, entonces sigo. Unos minutos después, la nube del miedo se dispersa en mi cabeza, puedo ver y pensar con un poco de claridad. Dayami se me acerca cojeando, ya vendada, me dice que vamos a repartirnos las tareas, hay que hacer una lista de quiénes estamos y quiénes faltan. De pronto con la lengua entumida pregunto:

—Dayami, ¿dónde está mi mamá?

—No… no sé. ¿No venían juntas? —mira alrededor aturdida, pálida.

—Sarita y yo traíamos a Yaretzi y tu mamá me gritó que corriéramos hacia acá. Creí que venía contigo —la taquicardia me impide respirar, avisto a todos lados, corro a las habitaciones donde hay gente recostada, nada, voy a los baños, nada.

—Mamá, mamá, Clara, ¿dónde estás? Abuela, ¿dónde está mamá?

—No lo sé, seguro en el baño —me mira desde el suelo donde detiene la pierna de Mardonio mientras el doctor Hernández le saca una bala, la abuela tiene gesto de niña asustada, está inmóvil ahora, no puede hablar. Mi abuelo está en la esquina ayudando a una de las doctoras, están poniendo un yeso en el brazo de una periodista.

Dayami y yo vamos buscándola una a una entre todas las personas heridas, lastimadas, me acerco a la Texas, ella intenta levantarse, pero no puede, estornuda y tose, los ojos cerrados, pulposos como los de un boxeador golpeado lloran incontrolables por el gas. Intenta recordar lo que sucedió antes del enceguecedor estallido.

—Estaba a mi lado, dos niñas como de doce años gritaban mientras unos tipos las arrastraban, Clara se fue tras ellas junto a

dos periodistas que la ayudaron, les gritaba algo, en ese instante me golpeó el gas y no supe más, creí que era ella la que me cargaba.

Me acerco a mi tío Bernardo desesperada, he perdido el control, todo carece de importancia, lo único que me interesa en el mundo es que mi madre aparezca, que esté viva, que regrese. Tiemblo, rechino los dientes, miro a la puerta pensando hacia dónde ir a buscarla, checo mi reloj, ya son las 8:45 de la noche. He perdido a mi madre y estoy perdida sin ella. Le digo a mi tío que tenemos que salir a buscarla, me dice que es imposible. Que debemos hablar con los compañeros a ver si alguien la llevó al hospital, o a resguardarse en otro lugar, tal vez en una iglesia. Siento que miente, mis tripas se han convertido en un ardiente volcán de rabia, quiero ir por ella y golpear a quien le haya hecho daño. Me quedo de pie en medio del caos, vuelvo a mirar el reloj y me viene una idea a la cabeza, corro hacia el teléfono, le marco a mi tía Elodia en Acapulco.

—Buenas noches, casa del general López, ¿quién habla?

—Buenas noches, por favor comuníqueme con mi tía Elodia.

—¿De parte de quién? —quiero insultar a la trabajadora pazguata.

—De su sobrina Julieta, es urgente.

—Julieta, ¿qué pasa?

—Mi mamá, tía, no está, estamos casi todas, pero ella no… los granaderos, los Halcones, por favor, te lo suplico —el dique se ha roto y el llanto que intento contener apenas me permite articular palabra.

—Respira, no es momento de llorar. ¿Dónde estás? Voy a colgar y volveré a marcarte de otro número.

—En casa de mis abuelitos —escucho el clic e inmediatamente los pitidos de la línea muda. Un par de minutos después suena y respondo, es ella.

—A ver, jovencita, respira profundamente, párate derecha para que te entre el aire. Quiero escuchar tu respiración.

—Tía, por favor —digo rabiosa—, mi mamá.

—¡Es una orden, Julieta! ¡Respira y enfoca tu atención! —obedezco de inmediato poniéndome de pie—. Dime exactamente a detalle qué pasó y dónde la viste la última vez.

Narro como puedo, pensando en cada fotografía que tomé:

—A las 5:05 salimos todas juntas, mamá me llevaba de la mano, íbamos con el Círculo. A las 5:12 los granaderos nos interceptaron en la avenida de los Maestros y lanzaron gas lacrimógeno, nosotras íbamos en medio y no nos alcanzó, seguimos la marcha. Yo tomé una foto y vi que atrás de los granaderos había gente con palos, pensé que eran los Halcones, Stephanie dijo que sí eran, que debíamos huir a las calles aledañas, pegadas a los portones, caminando, no corriendo. De repente los granaderos abrieron paso para que siguiéramos, entonces aparecieron muchos Halcones de frente y cuando giramos hacia la avenida México-Tacuba venían muchos más, estábamos acorraladas, iban vestidos de civiles, eran jóvenes, y todos traían los palos de bambú, pero los de atrás venían con rifles, tomé algunas fotos mientras corríamos. Yo escuchaba la voz de mamá que me decía: "Vamos juntas, todas juntas, concéntrate, Julieta", cuando entramos en la que era nuestra calle, la Sor Juana Inés, empezaron a atacar los Halcones, corrimos hacia la esquina de Amado Nervo y allí estaban cerrando el paso con balas de goma y granadas de gas, fue en ese momento que casi al mismo tiempo la bala le dio a Yaretzi y cayó al suelo, luego la granada de gas tumbó a la Texas. Mamá me agarró del brazo y me dio órdenes de que ayudara a llevar a Yaretzi hacia acá, Dayami ya la estaba levantando, ella me dijo que con Clementina iban a cargar a Stephanie, que nos veíamos aquí. Le obedecí, la vi cargándola. Luego ya no pude mirar para atrás, había mucho humo, los gritos eran un estruendo que lo invadía todo, voces de jóvenes, de niñas, balazos, chillidos pidiendo ayuda, los Halcones hacían un sonido gutural corto y fuerte al mismo tiempo cuando golpeaban, lejos algunos megáfonos de la marcha seguían gritando consignas contra el gobierno asesino. Vi las ambulancias de la Cruz Verde, una paramédica que pasó corriendo a nuestro lado saludó a Dayami, le dijo que los heridos iban al hospital Rubén Leñero.

—Muy bien, Julieta, ¿qué más? ¿Volviste a escuchar la voz de Clara?

—No, mientras corríamos logré ver que los francotiradores disparaban desde las azoteas de la avenida de los Maestros. Luego

ya entramos aquí y no supe nada. Por favor, tía, encuentra a mi mamá.

—Te voy a colgar. No usen el teléfono, averiguo y te llamo. Reza un avemaría sin parar.

—No me lo sé.

—Pues pide por ella como quieras, pero pide con toda la fe del mundo.

—Toda la fe…

Estoy paralizada, sentada en la cama de la abuela. De pronto levanto el teléfono sin pensar, marco rápidamente mientras miro a mi alrededor. Gabriela contesta con una voz alegre, le pido que venga a casa de mis abuelos, que es urgente, asunto de vida o muerte, me dice que sale para acá, respondo que debo colgar. Necesito a mi mejor amiga para no enloquecer, allá afuera las personas adultas se inventan respuestas que no tienen, no quiero mentiras, solo ternura, que mi amiga me acompañe con su miedo, que reconozca el mío como es: vivo, tembloroso, iridiscente y oscuro, un miedo que imagina lo peor, que me pide que me muerda las uñas y los labios, que mastique el interior de mis cachetes, un miedo vivo que me ayudará a pensar con cordura, a imaginar que mamá está bien, el miedo de la vida, el de la verdad, ese que en la adolescencia no hemos perdido aún.

Tocan a la puerta, corro para abrir, entra Gabriela, me abraza. Me dice que ella y Camilo estaban escuchando la radio asustados, sabían que nosotras estábamos en la *mani*. Mi abuela se acerca, le digo que me voy a su cuarto a esperar una llamada, va tras de nosotras, nos cuenta que mi tío Bernardo salió a buscar a sus amigos para ver si saben algo. Gabriela y yo estamos ahora tomadas de la mano como niñas pequeñas, sentadas al borde de la cama al lado del tosco teléfono verde olivo. Explico a la abuela que he llamado a mi tía Elodia, que está averiguando y quedó de llamar pronto. Mi abuela me da dos besos conteniendo mi cara entre sus manos, me mira a las pupilas y miente, dice que está segura de que mamá está bien, sus ojos están llenos de pánico, los míos de angustia; su pánico y mi angustia se convierten en un búmeran.

Mi abuela ha vuelto a la sala, además de curar a quienes tienen heridas, está intentando recopilar información de varias compañeras y compañeros que desparecieron de la marcha y entender lo que ha sucedido. Gabriela me pregunta cómo fue todo, le detallo casi de la misma manera en que lo hice con mi tía, mientras ella me hace un montón de preguntas, es solo entonces que me doy cuenta de que vivimos en dos mundos diferentes. Ella no sabe quiénes son los Halcones, y si no fuese por la prensa extranjera y porque Camilo y su papá tienen la costumbre de escuchar y leer medios norteamericanos, no sabrían de los ataques. Me dice que los noticieros de México están mintiendo, en la tele dijeron que los que llevaban palos eran estudiantes y que se atacaron entre ellos, que los granaderos intentaron ayudar. Me pongo furiosa y le explico lo que vi, de pronto siento un alivio inmenso, voy por mi cámara y le digo que tomé fotos de todo, que nadie podrá desmentir las imágenes, aunque desacrediten mis palabras. Le relaté que la marcha iba en paz, hablé de los granaderos, del entrenamiento de los Halcones con bambúes y de los que disparaban rifles de asalto. Gabriela pregunta si es verdad que todos los medios están controlados o amenazados por el gobierno. Le cuento que dijo mi tía Elodia que esto se planeó desde el 68 y cada vez se preparan mejor para aniquilar los movimientos sociales, que solo falta que algún día el presidente salga todas las mañanas a contar su propia versión de la historia y no deje que los medios digan la verdad. Ella me mira atónita, repite que soy una valiente, le respondo que más bien estoy loca de indignación, de rabia, loca de dignidad. De vez en cuando Gabriela me acaricia el brazo, y deja que yo me desahogue, repito cada detalle sin parar. Cuando le estoy enseñando dónde me dio la esquirla en la cabeza, suena el teléfono. Descuelgo, mi abuela entra aprisa mientras respondo.

—¿Tía?

—Logré averiguar todo. Clara no aparece en las listas de Díaz Escobar.

—¿Ese quién es? —mi abuela me hace señas de que va a ir a levantar el auricular de la cocina, le aviso a la tía y dice que está bien. Gabriela se pega a mi oído para escuchar.

—Manuel Díaz Escobar, el responsable de los Halcones. A ver… no se la llevaron ellos, no está en el hospital Rubén Leñero, no está en la lista oficial del centro de detención ni de los cuerpos que se llevó la policía. Me dicen que mucha gente salió de sus casas y negocios para resguardar y ayudar a quienes huían de los ataques. Es posible que ella esté escondida en alguna casa. Imposible saber en cuál.

—¿Sabes a dónde se llevaron a la gente que levantó la policía? —pregunta mi abuela.

—Al centro clandestino de detenciones, lo opera la policía de la ciudad, está en la calle Circular de Morelia 8, en la colonia Roma, pero a cualquier persona que se acerca se la llevan también, hay que extremar cautela. El gobierno no va a tomar más decisiones hasta no ver si los medios extranjeros y los pocos libres de aquí publican mañana la magnitud de lo sucedido.

—¿Y sabes cuántas personas muertas hay?

—El Ejército calcula que unas trescientas, tal vez más, porque los Halcones se metieron al hospital y ultimaron a varios heridos allí adentro —yo tengo un nudo en la garganta, me es imposible hablar, mi abuela pregunta, casi en el mismo tono de glacial seriedad informativa en que se expresa mi tía:

—¿Cómo que atacaron el hospital? Pero eso es un crimen, ¡malditos cobardes, asesinos!

—Ahora no estamos para discutirlo, voy a colgar, mi marido llegará en cualquier momento, si me entero de algo les avisaré… por cierto, ¿le has dicho algo a tu papá, Julieta?

—No, desde que se divorciaron dijo que no quiere saber nada de nuestra lucha.

—Esto es diferente, tu mamá está desaparecida.

—No le voy a llamar hasta que sepamos algo. Si no nos ayudó cuando vivía en casa, ahora menos lo hará. Ya conoces a papá —digo masticando un amargo sabor de orfandad y abandono.

Gabriela me abraza mientras hablo, ha reposado su cabeza en mi hombro. Colgamos el teléfono, me abrazo a mi amiga y ella es quien llora. Me asegura que mamá estará bien, le digo que no sé rezar, para mi sorpresa ella comienza la letanía de un avemaría, yo repito casi en secreto cada frase. Ella sigue sin detenerse, comienzo a

imitar su cadencia, algo sucede en mi cuerpo, me tranquilizo poco a poco. Es extraño esto de rezar, no sé si es el ritmo de la oración o si es simplemente que mientras imploramos no podemos pensar en nada más que en esas frases en las que ponemos una fe ciega, un deseo amoroso, una esperanza ilusa. Creo que la energía religiosa ayuda a sustraerse de la realidad y por eso funciona como pacificadora del alma cuando el pánico quiere amordazarnos.

Dayami, Yaretzi, Gabriela y yo nos dormimos en las dos camas del cuarto de visitas que siempre es mío. En el piso sobre unas mantas duermen Stephanie y Sarita que no aceptaron nuestro lugar en la cama. Todas estamos agotadas, dejo una lamparita encendida para que le pongan la toalla húmeda cada hora a la Texas, tiene un pequeño tanque de oxígeno a su lado porque le cuesta respirar. No la pueden llevar a un hospital, dice Sarita que en cuanto un médico vea que es por gas lacrimógeno podría llamar a la policía porque los noticieros han llamado desestabilizadoras y guerrilleras a las activistas de la marcha.

Son las seis de la mañana, suena el teléfono, responde mi abuelo, yo salto de la cama y corro a su habitación. Él habla con alguien, mi abuela le toma la mano, pega la oreja al auricular, los miro expectante, de pronto mi abuelo me pasa el teléfono mientras se limpia una lágrima en la comisura del ojo, respondo, es mamá, su voz es muy débil, casi un murmullo.

—Mi amor, estoy bien, en un lugar seguro.

—¿Me lo prometes? No me digas mentiras, ¿te hicieron daño?

—No, no, estábamos ayudando a unas niñas y terminé resguardada en una casa. Más tarde te explico. El abuelo vendrá por mí y nos vemos allá. Te amo, mi niña.

—Yo a ti. Ya quiero verte, ma.

Mientras espero que mamá vuelva me encierro en la habitación, poco a poco toda la gente se va, escucho que el doctor Hernández quiere esperar a ver a mamá y asegurarse de que esté bien. Sigo pensando que este hombre ha estado siempre enamorado de ella. Yaretzi organizó con sus compañeras paramédicas que dos ambulancias pudiesen llevar a Mardonio y a las otras mujeres heridas a Oaxaca, allá podrán cuidarles y protegerles sin miedo a

que alguien denuncie. Me harto del ruido de las conversaciones, del obsesivo análisis sobre lo que publicaron y lo que callaron los periódicos y la radio.

Necesito acallar mi cabeza para que mi corazón vuelva a su sitio.

Me tumbo en la cama, busco mi morral y saco la cámara, reviso las polaroids que tomé de las mujeres tendidas en la sala de los abuelos. Una de las imágenes parece salida de un cuadro de Leonora Carrington, busco un lapicero para escribir detrás de las fotos, abro el cajón y allí está, cerrada desde hace dos años, la carta de Aurelio, la saco para mirarla a contraluz, no parece tener muchas páginas. Una sensación de alegría invade mi cuerpo, un destello de ilusión y ese ligero tremor en las entrañas que hace tiempo no sentía vuelven a mí. Abro la carta, la letra de molde de Aurelio se inclina hacia la izquierda, su caligrafía es retorcida, utilizó tinta azul en la hoja recortada de un cuaderno tamaño carta a la que cuidadosamente quitó los flecos que deja el espiral al tirar de ella.

Julieta:

Espero que recibas esta carta cuando ya hayas gritado tanto al cielo que no tengas más tormenta en la cabeza y el corazón. Yo he pensado todos los días en ti, aunque haya pasado el tiempo. Mi señora madre me dijo que te escriba para decírtelo porque ella explica que los sentimientos nobles hay que dárselos a las personas buenas y a las que sufren. No puedo olvidar ese día del mercado, que te di una manzana porque no tenía nada más para darte, me acuerdo de la señora sin dientes y de todo tu miedo, de tu tía Lucero y de cómo los soldados mataron a gente que solo quería educación.

Tu abuelita le dijo a mi mamá que tú seguido me nombras, y pues yo seguido te nombro también. Ella dijo que podría ir a visitarte, pero no quise porque me da vergüenza ir así nomás. Quiero que sepas que mi tío me ayudó a entrar en el ejército para poder tener una carrera, como te conté que mi papá se fue con todo y nos dejó pobres pues si no es así no voy a poder estudiar nada. Entonces seguro que si lees esta carta vas a decir

¿y este pinche loco para qué me cuenta eso de que quiere ser soldado? Y pues es normal que pienses eso porque tú odias y tienes miedo de los milicos por lo que tú ya sabes de la realidad que te ha golpeado muy chava como a mí. Bueno, es que te escribo para decirte que yo te juro, te prometo que voy a ser un soldado de los buenos, de los que salvan vidas y no de los que las arrebatan. Yo voy a hacer el bien porque quiero que la gente de mi país no le tenga miedo a los hombres ni a los soldados buenos. Y que ojalá tú y tu familia estén bien y que siempre tú sigas siendo así como eres de fuerte y de bonita. Que yo tengo una ilusión grande de que algún día volvamos a encontrarnos y si tú la tienes también, que me escribas a casa de mi mamá que ella me dará la carta y a lo mejor algún día nos hablamos por teléfono, aunque quién sabe a dónde me manden del ejército, pero en todo el país hay teléfonos públicos y podría llamarte. Siempre llevaré monedas por si se ocupa una llamada.

Ojalá y no te enoje que quiera ser soldado, porque yo como tú también quiero salvar a este país de la gente mala para que todos seamos libres.

Aurelio

Tomo papel y pluma, le respondo la carta a Aurelio. Me impresiona que sienta lo mismo que yo, me apena haber ignorado su carta todo este tiempo. Espero que mi respuesta llegue a sus manos. Le cuento todo lo que sucedió este jueves maldito de Corpus Christi.

Mamá volvió por la tarde, tiene algunas magulladuras, se ve agotada y a la vez contenta. Nos contó la anécdota de cómo ella y unas personas de una ferretería y una familia de la calle Amado Nervo ayudaron a evitar que unos señores raptaran a dos niñas en medio del caos. Que casi todo el vecindario se portó muy generoso, que rescataron a estudiantes para que no los atacaran los Halcones, les dieron de comer y un rincón para dormir. Cuando le pregunté por qué sonríe si esto fue una masacre, ella respondió que el país entero está despertando, que pudo ser peor y que más gente de la que me

imagino salió a ayudar, que hay que celebrar que se pierda el miedo a los tiranos.

XXXIII

No puedo creer lo rápido que pasa el tiempo, ya es 1975, en un mes cumplo veintiún años y estoy a punto de graduarme de Letras Hispánicas, me encanta que la UNAM esté llena de mujeres en todas las carreras, cada vez hay más profesoras. Yo he seguido trabajando como asistente de fotografía con mi tío Bernardo, que ahora tiene una academia más grande y les vende fotos a algunas agencias informativas. Hace dos años decidí que quiero ser fotorreportera y viajar por el mundo contando historias y, como esa carrera no existe, mamá y mis abuelos me convencieron de estudiar Letras Hispánicas, así también aprenderé a escribir mejor las aventuras de mis viajes. Pienso ir a la India, África, aunque primero me lanzaré con mi mochila por toda América Latina. Hoy voy a comer en los tacos de El Farolito con Gabriela, que regresa de un concierto de rock en Tijuana. Quedamos de vernos a las dos de la tarde, le llevaré las fotos que le tomé antes de que se fuera al concierto de Avándaro, parece una verdadera estrella, tipo Carol King. Cuando llega nos lanzamos una a la otra.

—¡No me lo creo, la literata!

—Mira quién lo dice, la cantante estrella —nos abrazamos y reímos emocionadas.

—Muero por una chela helada y unos tacos al pastor con todo.

El camarero se acerca, las dos pedimos lo mismo. Mientras nos sirve, saco de mi morral las fotos del día de antes del megaconcierto de Avándaro, hay gente que lo llama el Woodstock mexicano. Las observa una a una mientras le da un largo trago a la cerveza Negra Modelo que de tan helada parece tener nieve en la base, brindamos, yo bebo de mi cerveza e inmediatamente doy una mordida al suculento taco sazonado con cilantro, cebolla, piña, limón y salsa roja bien picante.

—Están chingonas, caray, lástima que traigan tan malos recuerdos. Yo todavía tengo pesadillas de cuando la policía se llevó a Camilo y al baterista. Uta, qué pinche infierno vivimos.

—Bueno, acuérdate de lo felices que estaban tú y Camilo ese día, de los ensayos y las fiestas que hicimos. Eso también importa, amiga, no solo la represión policiaca del concierto, ni la persecución del maldito gobierno. Todo lo demás valió la pena, la música, las bandas increíbles, tú cantaste como la diosa del rock mexicano, y yo estuve allí para celebrarte, eso nadie nos lo quitará jamás.

—Tú lo dices porque para ese día, por culpa de la loca de tu jefa, ya eras experta en aguantar ataques de granaderos que gasean y militares que golpean, pero nosotros no, y no lo esperábamos, solo queríamos cantar, celebrar la vida, protestar contra las guerras.

—Por eso. Yo les dije que mi primo Genarito me avisó que iban a reprimir el concierto, y a acusarlos por lo de las drogas.

—Pues neta sí, pero nadie pensó que fuera a ser tan violento. Oye, y cómo olvidar la cara de Juan cuando te vio en el *backstage.* Yo juraba que se iban a besar como en las pelis, pero nel —dice Gabriela con la boca llena de taco y dando un trago a la cerveza para empujar la comida.

—Para mí, cuando se acaba, se termina de verdad. Está guapísimo, y la neta en ese momento estaba feliz sin pareja, pensando en mí y mis ilusiones.

—Yo nunca he estado sin pareja…

—¿Cómo sigue Camilo?

—Bastante traumado por Avándaro, bebe ron para poder dormir y me da miedo que se vuelva alcohólico. Cada vez está más irritable, ya intenté que vaya con tu jefa a terapia, pero no quiere —mueve la cabeza como para espantar la tristeza—. Bueno, ¿y tú qué onda, no sales con nadie?

—No, he salido con un par de chavos, pero les saca de onda que les diga del amor libre y uno salió corriendo cuando le conté del 2 de octubre, de Lucero, y eso que le di la versión *light*. Luego salí con una chava, nos besamos, no pasó nada más, no me hizo temblar el cuerpo… y bueno, la semana que viene voy a ver a Aurelio.

—¿Neta? ¿Se siguen escribiendo cartas como antiguos? —suelta la carcajada—, perdón, mi chava, pero es rarísima esa amistad con un chavo que conociste en el mercado hace años.

—Nunca vas a entender ese vínculo que tenemos, es de otro mundo. Se ha convertido en mi mejor amigo, y creo que yo en la suya.

—No manches, mi Julieta, ese chavo está clavadísimo contigo, ve en las cartas que me enseñaste que dice que daría la vida por ti y tus causas. Si le abrieras cancha te besa y no te suelta.

—En la amistad con los hombres se puede sublimar el deseo y convertirlo en amor de otro tipo. No todo termina en sexo.

—Si tú lo dices… a mí no me ha pasado nunca.

Ambas reímos, terminamos nuestros tacos y nos vamos a comer unos helados de guanábana y mango para recordar nuestra infancia. Gabriela me contó que Juan los invitó a pasar un par de meses a San Francisco para tocar con su banda en los bares de unos amigos, le hace ilusión y cree que tal vez Camilo saldrá de la depresión con Juan a su lado. Después de la golpiza que le dio la policía en la cárcel cuando se lo llevaron de Avándaro le tiene miedo a todo.

Me pide que le firme las fotos, dice que las quiere autografiadas porque cuando yo sea famosa y ella igual, van a valer una lana. Nos despedimos y mientras subo al metro pienso en lo afortunada que soy de tener a esta amiga que me quiere tal como soy, incluso cuando no me entiende, nunca me juzga.

Hoy quedé de ver a Aurelio, le pregunté qué se le antojaba para su primer fin de semana libre en mucho tiempo, me dejó helada cuando respondió que quiere hacer un pícnic en el bosque de Chapultepec. El recuerdo vívido de aquel sombrío cumpleaños de papá asaltó mi memoria, intenté disuadirlo, me convenció porque no conoce el castillo de Chapultepec y le hace una ilusión enorme. Yo me ofrecí a preparar la comida, él llevará una hielera con bebidas y pasará en el coche de su primo por mí.

Suena el timbre, mamá está a mi lado en la cocina, no le gusta la idea de que vaya con un soldado a solas. Mi abuela le ha dicho que

es un buen muchacho, además ya tengo veintiún años, no me lo puede impedir. Abro la puerta, allí está él, ese chico dulce que conocí en el mercado se ha convertido en un hombre, solo al verlo caigo en cuenta de que es dos años mayor que yo y ahora se nota. Es muy alto, el tono de su piel morena casi cobriza es hermoso, está delgado y fuerte, lleva una gorra de los Tomateros de Culiacán, una camiseta blanca y pantalones de mezclilla, calza Converse azules desgastados, iguales a los míos, nos miramos los pies mutuamente con picardía. Nervioso saluda a mamá con alegría auténtica, le dice que tenía muchas ganas de conocerla, le he hablado tanto de ella que la admira. Mamá le da la mano y sonríe levemente, se relaja, puede ver, como yo, que es un hombre bueno.

Nos estacionamos en el bosque de Chapultepec, dejamos la comida en el coche para ir a visitar el castillo. Lo veo azorado con cada palabra del guía que nos muestra lo que ahora es el Museo Nacional de Historia, llevo mi cámara y lo fotografío contemplando cada detalle de los salones barrocos y neoclásicos, los impresionantes murales, el mobiliario, los vitrales. Había olvidado la belleza de este lugar que hace un viaje desde la conquista hasta las guerras y la independencia, todo es nuevo al verlo a través del asombro y la mirada de Aurelio. Me emociono, por primera vez redescubro la belleza de estos jardines y el poder del arte para contar la historia de un país que no se da por vencido, incluso frente a los enemigos más feroces. Hacia el final del tour señala sobrecogido el balcón por el que, supuestamente, se arrojaron los seis cadetes militares enrollados en la bandera mexicana en la batalla contra la invasión norteamericana. Salimos, lo veo conmocionado, mientras bajamos comienza a caminar rápido, juguetea, corretea como un niño. Me detengo a tomarle una foto entre el bosque de un verdor aterciopelado, no hay nubes en el cielo, parece que mi amigo vuela entre las copas de los árboles al pie de la entrada monumental del museo. Corro para alcanzarlo.

—¡Por fin entré al castillo!

—¿Tanta ilusión te hacía?

—Llevo años soñando con esto, ¿no lo ves? Es una alegoría de nuestro país, los virreyes que lo construyeron, los presidentes de

México viviendo aquí como si fueran los putos conquistadores, los militares intentando convertirlo en una fortaleza y luego los gringos que lo invadieron hasta lograr el maldito Tratado de Guadalupe Hidalgo —habla como alguien agraviado por la historia, mira al castillo, luego a mí, es como si tratase de convencerme de que estamos frente a una serendipia.

—A cambio de irse, los gringos se robaron la mitad del territorio mexicano, así nomás —decido acompañar su impresión.

—Por eso no podemos parar la defensa.

—¿De qué? —digo sonriente.

—Del país, de nuestra libertad. Si no lo hacemos algún día los gringos van a intentar colonizarnos de nuevo y los políticos mexicanos, cobardes como son, los dejarán entrar de nuevo de alguna manera.

—…

—Estados Unidos es un monstruo que se alimenta de la miseria y la gloria mexicana, ¿no lo ves, Julieta?

Nos hemos puesto serios, me he quedado pensando en sus palabras, vamos caminando en reflexivo silencio hacia el coche, saco la canasta de comida y él una pequeña hielera, me dice que él las cargará mientras yo elijo dónde nos sentaremos. Señalo un pequeño oasis de palmeras, cerca de un sauce, nos instalamos con una manta sobre el césped verde y radiante, unas margaritas amarillas resaltan al lado de la palmera. Coloco el pequeño mantel a cuadros azules y blancos, sacamos la comida y él sirve en dos vasos de cartón un poco de agua de limón bien fría. Bebemos sedientos mientras hablamos de la belleza del parque, del lago con sus patos y cisnes gigantes, recordamos nuestra infancia. Los dos en algún momento celebramos un cumpleaños con piñata y globos aquí, es lindo tener un lugar tan bello para respirar y estar juntos.

Comemos un poco de papas fritas y pollo rostizado con chiles en vinagre, está jugoso, nos manchamos los dedos al almorzar con las manos, yo comienzo a lamer los míos y él me imita, nos reímos mirándonos, por un momento ninguno habla porque tenemos la boca llena. Me cuenta historias de su mamá, de su hermano pequeño, y cuando terminamos de comer el postre me dice que

quiere confesarme algo importante. Comienza a guardar platos, cubiertos y tópers con un orden que me recuerda que es militar. Ahora que todo está limpio, sobre la manta pone su mochila negra, mira a nuestro alrededor, allá lejos una pareja recargada en un roble se besa apasionadamente, me pide que me acerque lo más que pueda, mi cuerpo se inunda de una vibración deseante, estoy nerviosa, feliz, expectante, confundida. Saca unos papeles y los pone bocabajo sobre la manta.

—Esto que te voy a decir podría costarme la vida.

—Entonces no me lo digas —respondo sin pensarlo.

—Tengo que hacerlo. ¿Recuerdas la carta en que me contaste que se metieron a tu casa los soldados de tu tío?

—Claro.

—Necesito que confíes en mí, no te asustes, por favor.

—No manches, Aurelio, me estás poniendo nerviosa… claro que confío, ya dime.

—Hace seis meses que estoy en un destacamento especial en Guerrero, en Acapulco.

Voltea los papeles y los revisa, guarda silencio unos segundos, duda y sin dármelos aún habla con voz temblorosa.

—Yo no soy del grupo especial Zorba, a mí me tienen en oficinas y hace dos meses mi comandante me asignó la vigilancia del búngalo, donde tienen temporalmente detenidos a los guerrilleros presos, también hay mujeres.

—¿Dónde, Aurelio? —no puedo respirar.

—En Pie de la Cuesta —sus palabras me abofetean, comienzo a respirar como me enseñó mi tía Elodia para evitar un ataque de ansiedad—, pero son presos políticos, los traen desde el Campo Militar número uno de la capital, todo es secreto. Y sí, tu tío está entre los altos mandos, no me atreví a responder la pregunta de aquella carta porque necesitaba entender bien lo que estaba pasando, ¿quieres saberlo? Necesito que estés segura porque nunca lo vas a olvidar.

—Sí, ya te dije que sí. A ver, dame los papeles, por favor, que voy a vomitar de la angustia —me los entrega mientras explica, yo los miro lentamente, una bruma invade mi cabeza, se expande cierto

calor en mi cerebro, veo borroso, me sudan las manos, mi cuerpo se acelera como cuando te preparas para huir de algún sitio. Lo miro.

—El capitán Javier Barquín Alonso es el comisionado 74, responsable de la operación "Zorba: vuelos de la muerte". Sus soldados suben a las mujeres y a los hombres, yo los vi una noche, algunos detenidos tienen nuestra edad, otras parecen más jóvenes que tú. Los suben en grupos de cuatro y a veces de seis en los aviones, uno de ellos les clava una bayoneta en el abdomen, a unos les amarran bloques de concreto, a ellas, bolsas de piedras.

—Pero… ¿quiénes son, por qué? ¿Lo viste?

—Tienes en tus manos las listas que copié, esas personas están en el fondo del mar.

—Cuánta puta crueldad, malditos desgraciados… entonces es verdad lo que dijeron Dayami y las Temerarias Subversivas, están sacando a las presas políticas del D.F. a la base militar, lo que no entiendo es por qué las hieren antes.

—Para que las devoren los tiburones y no queden restos de los cuerpos. Las avionetas no pueden ir muy lejos sin llamar la atención de Aviación Civil. Hace dos semanas llegaron de Estados Unidos seis aviones Arava 201, con ellos pueden llevar a más personas para lanzarlas al mar.

—¿Los americanos?

—Claro, es parte de la estrategia Plan Latinoamérica de la Guerra Fría, comenzó todo antes del 68, pero el 2 de octubre detonó las medidas extremas para destruir la disidencia política, aunque eso tú ya lo sabías —lo interrumpo cuando vuelvo los ojos a los papeles y comienzo a leer en un suave murmullo tembloroso:

—Vuelos de la muerte: Isabel Jiménez Fernández (sirvienta), de San Andrés de la Cruz, viaje #11 del 2 de junio de 1972. Teresa Estrada aka "Norma", D.F., registro de viaje #7, 2 de octubre de 1973. Matilde Santiago Vázquez, Coyuca, viaje #7, 2 de octubre del 73. Ramona Ríos Roque y Marina Texta (integrantes de la Brigada Campesina), Acapulco, viaje #10, 19 de abril de 1974. Perla Sotelo Patiño, de Santiago de la Unión, viaje #12, 2 de julio del 74. Gloria Guerrero Gómez, de Atoyac, viaje #22, 20 de septiembre del 74.

Mariana de la Cruz Yáñez, de Atoyac, viaje #23, 13 de octubre del 74. Martina Reyes Ahejote, viaje #23, 20 noviembre del 74…

Me detengo con las listas en las manos trémulas, un rencor ácido me sube por el esófago, respiro forzándome a mantener la cordura, esto es demasiado para mí, demasiado para cualquiera. Vuelos de la muerte en México, como en las dictaduras, pero en la supuesta democracia mexicana. Miro a Aurelio, sus ojos están rasados de un mar de angustia, supongo que los míos también. Hojeo las listas de nombres, hombres y mujeres, en algunos dice la edad, diecisiete años, veintitrés años, veinticinco años, estudiantes, amas de casa, trabajadoras domésticas, obreras, costureras. Aurelio se acerca aún más, acaricia mi mano, yo me aferro a la suya.

—Tú y yo podríamos estar en esta lista, Aurelio.

—Tú, yo, cualquiera que pretenda que haya elecciones democráticas en México y que no sea el PRI el que nos gobierne bajo su yugo. En los vuelos hay un par de líderes jóvenes de la derecha, de las juventudes del Opus Dei.

—Es a… a cualquier disidencia, entonces no solo a la izquierda y miembros de la guerrilla. Una guerra contra la oposición política.

—Solo en esta lista hay ciento ochenta y tres nombres. La semana pasada llegaron a la base otros cuarenta cadetes entrenados en Estados Unidos. Por cada avión irán dos pilotos, un mecánico y cuatro policías militares para tirar al mar a las personas aún vivas. Uno de los mecánicos me dijo que el comandante le ordenó que tome fotos de cada oficial cuando tira su primer cuerpo, que luego las tiene todas clavadas en un corcho en la pared de la oficina del capitán Barquín, así todos recordarán que no pueden hablar, la responsabilidad es colectiva, y si caen, caerán los de abajo.

—¿Y tú… —me detengo temerosa de la respuesta posible— en verdad no has matado o torturado a nadie? ¿Me lo juras?

—No, yo estoy en las oficinas, la mayor parte del tiempo hago trabajo administrativo de mantenimiento de la base, envío informes que escribo a máquina, de vez en cuando me piden que mande telegramas a otras bases. Me pusieron a cuidar afuera de las celdas antes de que llegaran los refuerzos que mandaron a entrenar a Gringolandia y luego de regreso a la oficina.

—No entiendo, cómo pueden confiar en los soldados que no matan, pero escuchan y ven la barbarie.

—Porque en el Ejército nuestro jefe máximo es el presidente y nos debemos a él. Nadie piensa en traicionarlo, para eso está el código de honor, nos debemos a la bandera y al Estado, no al pueblo.

—Tú sí te atreviste, Aurelio, ¿no te dio miedo copiar esta lista y venir a verme?

—Miedo me da morirme cobarde —me mira, sirve limonada y habla bajito, aunque nadie nos escucha—. La base es muy pequeña, a la salida de los hangares está la playa. El otro día por la noche salí a fumar y vi cómo sacaban a unas mujeres detenidas con un muchacho, casi niño, traían los ojos vendados, los llevaron al lado oeste de la playa, les dijeron que era para tomarles fotos, y sí, los fotografiaron e inmediatamente les dispararon con un tiro de gracia, algunos en el cuello, a otras en la frente. Yo me metí a las letrinas de las barracas, me puse a vomitar y tuve diarrea toda la noche. Cuando un soldado raso me preguntó qué pasaba, que por qué estaba enfermo y por qué sonaban balazos, le dije que me hizo mal la comida y que nadie hace esas preguntas en la base, inventé que creía que estaban en entrenamiento de tiro.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Me quedo con estos documentos?

—Claro, tu abuela y tu mamá sabrán qué hacer con ellos. Las Subversivas podrán ayudar y entender dónde están las desaparecidas. En las últimas dos hojas están las listas de las personas torturadas e interrogadas que siguen vivas.

—¿Cómo sabes de mi abuelita?

—Porque mi mamá es del Movimiento Obrero Campesino, pero desde que me metí al Ejército nomás pasa mensajes y se ve con tu abuela. Si la agarran, me fusilan y a ella seguro también.

—Vaya —digo sorprendida con la lengua helada después de masticar un hielo para intentar bajarme las náuseas que me provoca el miedo.

—En el mercado hay muchas mujeres de diferentes pueblos que son del movimiento campesino, aunque seas activista tienes que

chambear, comer y pagar la renta. Mi mamá es igual de valiente que la tuya, pero en otras trincheras.

—Y ¿qué vas a hacer si te piden que mates o tortures a alguien, o si te ordenan que tires a alguien de un avión?

—No me lo van a pedir, no estoy entrenado para el grupo especial, pero si lo hicieran, me pegaría un tiro antes de aceptar.

—Esto es una locura. Nada tiene sentido, no sé para qué luchamos. Esta parece una batalla infinita, qué angustia más aterradora.

—Claro que tiene sentido, Julieta —toma los papeles, los mete en la mochila, me agarra las dos manos y clava sus pupilas en las mías.

—¿Cuál?

—Yo no sería soldado si no te hubiese conocido, ni pensaría en la justicia. Aquella mañana en el mercado me cambiaste la vida, la historia de tu tía Lucero me hizo consciente de que tenía que tomar partido, de que quería ser valiente como ustedes, ¿no lo ves? Tenía miedo y entendí que el mío era un pavor colectivo. Tenemos que ser cada vez más quienes combatan al mal que nos somete, solo con el ejemplo…

—Eso decía Lucero, eso dice mi madre, que no es solo por nosotras, también es por quienes vienen detrás. Abrir los ojos a la verdad para que la mentira no nos gobierne y destruya todo lo bello de lo que es humano.

Me pongo de pie, levantamos las mantas y caminamos hacia el coche tomados de la mano como una niña y un niño que buscan el camino a la certeza de la vida. El sol cae entre las copas de los árboles, el aroma de los pinos y los eucaliptos asalta el olfato forzándonos a respirar profundamente. De pronto nos acompaña el canto sonoro de cientos de golondrinas que vuelan en parvadas hacia el crepúsculo. Nos detenemos aún tomados de la mano, la belleza del paisaje es inconmensurable, ambos miramos embelesados la danza del vuelo de las aves de plumaje azulado, sus reflejos metálicos, alas ágiles y puntiagudas que por instantes parecen minúsculos y plateados aviones de guerra y segundos después mueven las alas convertidas en dulces pajarillas que se hablan con un gorjeo melodioso mientras persiguen juntas el ocaso.

Decidimos sentarnos en el cofre del coche a mirar el atardecer, no estamos listos para separarnos. Recargados sobre el parabrisas con la mirada clavada en la esfera solar guardamos silencio contemplando cómo irradia ese tono mandarina que se expande en fulgurantes estelas violáceas entre el cielo aborregado y las copas de los árboles. Parece que miramos el futuro buscando una respuesta por ahora inasequible. Aurelio rompe el silencio cuando el sol comienza a desaparecer como un lejano incendio perdido entre los pirules, encinos, alcanfores y jarillas.

—Mi mamá dice que la lucha es un camino dificultoso, pero no se puede vivir mirando cómo queman la casa del vecino, que es de tontos no entender que el incendio llegará a tu hogar si no ayudas a extinguir el de tu prójimo.

—Hay días en que pienso que la violencia siembra la bandera de la victoria sobre los corazones heridos de la niñez, y contra todo pronóstico esas niñas y niños que abrieron los ojos seguirán soñando, como yo, como tú, como nosotros que seguimos. Nuestra infancia no puede ser una mentira, Aurelio, nadie podrá borrar sus huellas, si nos tiran al mar algún día, otras, otros levantarán la voz, evitarán el fin del mundo.

—Por eso no nos detendremos, Julieta, ni hoy ni nunca.

—Entonces será mejor seguir queriéndonos, seguir inventando formas de ser valientes y felices mientras evitamos que los patriarcas necios quemen todos nuestros hogares, esos donde nace la ternura con ojos abiertos.

—Y demostrarles a las personas adultas que decidimos arriesgarnos antes que conformarnos con esta porquería de mundo que nos entregan con sus ideas viejas y sus miedos nuevos.

—Prométeme, Aurelio, que jamás te convertirás en tu padre, ni en los hombres que aborreces, esos que matan y destruyen la dulzura del mundo cuando descubren el poder del ego al colonizar cuerpos y ciudades.

De pronto, nuestras pupilas se conectan como imantadas, sus ojos están llenos de convicción, mis ojos están llenos de esperanza. Su convicción y mi esperanza se abrazan en un pacto de vida o muerte por la justicia.

Nos habita el silencio. El manto de la noche cubre estos cuerpos jóvenes tumbados sobre el capó del viejo Impala rojo, nuestras manos engarzadas, humedecidas de cariño y ansiedad, están atadas a una promesa de futuro que jamás traicionaremos. Todos los días, me digo en silencio —como hizo mi abuela y tantas otras antes que yo se lo prometieron—, todos los días seré valiente frente a la tiranía, iremos de la mano, ustedes y nosotras hasta el fin de los días. Luego de la gran catástrofe provocada por los patriarcas volveremos a encontrarnos y, entonces, habremos transformado el mundo.

FIN

Nota de la autora

Muchos años antes de que yo entrase a finales del verano de 2024 en una tienda en el centro de Málaga a comprar dos libretas baratas de pasta azul con un bolígrafo nuevo para empezar esta aventura literaria manuscrita, ya dormía en mi cabeza esta historia que tienes en tus manos.

Este libro está basado en hechos reales que entrelazan a personas que existieron con personajes de ficción que llegaron con pies propios a mi imaginación. Creo que la simiente de esta novela quedó inserta en mi memoria entre 1976 y 1977, cuando yo tenía trece o catorce años y entendí que era consciente de lo que realmente sucedía en mi país, tanto como lo puede ser una adolescente hipersensible rodeada de adultas progresistas, revolucionarias y de militares serios y silenciosos. Tuve la fortuna de criarme en un ambiente con una clara conciencia de justicia social, desde quienes me educaron en casa hasta el profesorado del Colegio Madrid conformado por personas refugiadas de la Guerra Civil española, pero a esa edad yo era una chica poco sociable y nada parecida a Julieta.

En 2017 cuando terminé la serie documental *Somos Valientes* intenté hacer un documental sobre el enorme aporte de las feministas mexicanas a la democratización del país en los años sesenta, esa que fue invisibilizada por los narradores de la épica del 68. Intenté conseguir fondos para producirla y resultó imposible, así que como siempre hago con los proyectos que me apasionan, me prometí que algún día habría de rescatar sus voces, aunque no imaginé que sería a través de la ficción.

Fue realmente en 2022 mientras escribía mi libro *Cartas de amor y rebeldía* que, tras revisar cientos de misivas, diarios, documentos y fotografías de toda mi vida, quedé azorada al redescubrir en mis

viejos diarios los niveles de reflexión de los que yo era capaz a los catorce años, pensé entonces que a las chicas de esa edad nadie las toma en serio cuando observan y sienten el dolor del mundo, e incluso se les desprecia cuando expresan incipientes argumentos políticos. En aquel viaje por mis diarios recordé con emoción a cuántas feministas extraordinarias conocí desde niña; me eran familiares y tal vez por ello no las miraba con el azoro con que ahora las admiro. Algunas de ellas me contaron sus anécdotas de lucha en los años sesenta y setenta cuando yo era adolescente y, más tarde, en los ochenta, convertida en una joven ilusionada, que entraba en el periodismo rodeada de mujeres que nos habían abierto paso sin hacer aspavientos con la grandeza de su participación comprometida en la época de la guerra sucia en México, Latinoamérica y el Caribe, entendí que sin aquellas sembradoras de derechos yo no sería la joven libre que añoraba convertirse en reportera de investigación y escritora.

La fortuna me encontró trabajando en mi estudio decidida a escribir una novela. Estaba ordenando las viejas fotografías en blanco y negro de mis abuelos, de mis tíos que en el 68 estaban en la UNAM, de mi juventud en la colonia Mixcoac, el árbol genealógico de mi familia paterna y antes de pensarlo siquiera ya estaba clavando con tachuelas esas fotografías en mis dos pizarras de corcho. Me senté en el escritorio frente a la ventana, tomé una de las libretas, escribí el nombre de Julieta López y su primera frase: "*Así fue como un día de 1968 descubrí que el gobierno había matado mi infancia y a pesar de todo seguí siendo niña. La inocencia la perdí más tarde, cuando comencé a creer en un futuro diferente y aprendí a vivir mi adolescencia entre el amor y la muerte*".

No hablé con nadie sobre el tema de esta novela, era mi secreto y el de Julieta, la protagonista que se instaló en mi imaginación y vivió a mi lado ese año en que apenas salí de casa, pasé hasta catorce horas diarias escribiendo a mano durante meses.

En cuanto Julieta mostró su voz y personalidad propia en la historia sentí un golpe de emoción, todos los días apagaba mi teléfono y escribía al menos durante diez horas sin parar más que para beber agua, comer y sacar a mi perrita a pasear en los montes

a la vuelta de casa. Ordené todos los documentos que había guardado a lo largo de los años, las cartas, libretas y mis diarios de trabajo con notas de las anécdotas de mis amigas mayores que algún día fueron guerrilleras o activistas en los sesenta, de los documentos sobre la guerra sucia que adquirí cuando quise hacer aquel documental, de los diarios de mi bisabuela paterna y sus secretos inconfesables entre militares, mujeres valientes, hombres buenos y señores maltratadores. Llamé a algunas de las feministas mayores a México y Guatemala para corroborar sus anécdotas y relatos. Finalmente recordé que tenía los documentos oficiales de los *Vuelos de la muerte* que esperaban salir a la luz en aquel reportaje que nunca escribí porque el exilio apenas me había dejado respirar ilusión para volver a ser la reportera que fui antes de perderlo casi todo.

Los hechos históricos son todos verídicos y están debidamente documentados: fechas, lugares, tácticas y estrategias policiacas y militares orquestadas por los gobiernos de Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría, Lyndon B. Johnson, Richard Nixon y la CIA. También existieron los personajes principales del ejército que orquestaron tanto las masacres del 68 como el Halconazo, los Vuelos de la Muerte y la violencia de Estado contra la gente que estaba en el festival musical de Avándaro (el Woodstock mexicano). Aquí se cuenta lo que años después fue considerado por la Suprema Corte de Justicia de la Nación como un genocidio orquestado por el PRI. Las denuncias de las feministas sobre violencia sexual de sus compañeros y profesores en la UNAM y el Instituto Politécnico Nacional son todas reales y están documentadas al igual que los nombres de las denunciantes. Las discusiones sobre el sexismo al interior de los comités de huelga se basan en testimonios reales de mujeres y hombres que me los contaron como anécdotas curiosas durante años en las cenas de la FIL Guadalajara, donde algún día les dije que, a ellos, los líderes del 68, y a los defensores del Estado y el PRI los unía el machismo y los enemistaba la política. Los testimonios de mujeres sobre la cárcel de Lecumberri son reales, igual que las listas de las presas políticas y de las mujeres lanzadas por los militares al mar de Acapulco. También son reales las descripciones

de los planos del campo militar de Pie de la Cuesta y su modelo operativo de desapariciones forzadas bajo asesoría de los agentes de la CIA especializados en métodos de guerra sucia.

El círculo de mujeres es una licencia literaria inspirada en los grupos que mi madre organizaba cuando yo era pequeña y en los diversos grupos políticos que efectivamente existieron en aquellos tiempos en los que nunca participé y que yo no presencié, sin embargo, varias de las anécdotas de la lucha feminista me las contaron hace décadas, con tequilas de por medio y de forma aislada, varias de estas mujeres a las que reconozco con su nombre verdadero en la página de agradecimientos. La mayoría de las insignes activistas y escritoras a las que menciono sí existieron y es también una licencia literaria involucrarlas unidas en el círculo de las mujeres a todas al mismo tiempo. Aun cuando muchas de sus acciones y aventuras sí ocurrieron, las formas y los diálogos son producto de mi imaginación. Lo mismo sucede con las líderes afrodescendientes y de pueblos originarios tanto de México y Centroamérica como del Caribe y Estados Unidos, a ellas las conocí siendo adulta y me hablaron sobre su verdadera participación en los movimientos de mujeres entre 1950 y 1980, ellas han sido especialmente borradas de todas las crónicas, libros y noticias sobre la guerra sucia; por desgracia, la gran mayoría de ellas ya no están vivas para reivindicar su propia voz y yo lo hago con la humildad y el respeto que se merecen y consciente de ser una mujer racializada mexicana, por la importancia que su legado dejó en mí y en nuestro país que era suyo desde antes.

Cuando en los años noventa editaba la revista feminista *Esta boca es mía* hice el ejercicio historiográfico de buscar anécdotas, frases y crónicas de las propias mujeres racializadas de los sesenta, particularmente de las afrodescendientes y las indígenas a las que conocí cuando niña… fue imposible. Por eso rescato aquí lo que descubrí en mi adolescencia, sin entenderlo cabalmente entonces, que sin las campesinas, las obreras, las costureras y las esposas de los mineros, aquellas manifestaciones que comenzaron a hacerse visibles en el 66 no hubiesen tenido la fuerza nacional necesaria. Aprendí que no es verdad que siempre la historia la escriben los

vencedores, a veces también las y los perdedores burgueses —aunque vayan de marxistas leninistas y progres— olvidan las voces y las aportaciones de las marginales, esas que crearon los movimientos comunitarios de mujeres con un lenguaje diferente que ya hablaba de opresiones y esclavitudes, de la Madre Tierra, del cuerpo como territorio y el territorio como cuerpo colonizado, y a ellos les estorbaba porque les parecía un discurso *emocional,* esotérico y apolítico.

Lucero, personaje ficticio, es un poco todas las rebeldes y sobrevivientes de Ciudad Juárez y Monterrey. Luzmita es todas las afrodescendientes antiesclavistas que marcharon en el 68. Yaretzi, Dayami y doña Sabina son tres generaciones de mujeres indígenas que educaron a las otras con la sustancia de lo que ahora conocemos como ecofeminismo y que fue parte integradora de esa rebelión holística desde la Revolución mexicana hasta la guerra sucia; ellas clamaban desde entonces que no hay feminismo sin lucha de clases y antirracismo, sin protección de la tierra que nos alimenta y de los idiomas que nos comunican la diversidad.

Escribo con azoro que la vida nos pone pruebas inexplicables y a veces nuestra voz se convierte en instrumento para sanar las heridas de una historia familiar silenciada y llena de secretos. Volví al árbol genealógico, los archivos y diario de mi bisabuela paterna, María Álvarez Arriola, para corroborar algunos recuerdos fragmentados y confusos de mi niñez como que el presidente genocida Gustavo Díaz-Ordaz Bolaños-Cacho, nacido de familia indígena oaxaqueña en San Andrés Chalchicomula, Puebla, en 1911, era primo de mi abuelo paterno llamado Ernesto Cacho Álvarez, nacido en 1907, un ingeniero militar que aborrecía las armas y que me escribió poemas antes de morir.

Mi querida Herta Müller, Premio Nobel de Literatura, me dijo una tarde tomando café que la ficción nos ayuda a recolocar los sentires colectivos que respiramos en la infancia, esa suerte de memoria histórico-emocional que introyectamos sin comprender cabalmente cuándo se instala como recuerdo. Entonces me pidió que no tuviese miedo a escribir ficción cuando me sintiese rebasada por la realidad. Esta novela sin duda le ha dado la razón.

Así como las mujeres del círculo de esta historia comprendí que hemos vivido rodeadas por dos relatos de la guerra sucia: el principal era el fabricado por el gobierno del PRI y sus partidos satélites, junto con los medios aliados y periodistas prostituidos por el hambre de poder y reconocimiento; el otro era el de los compañeros que poco a poco se fueron apoderando de la epopeya del 68, los mismos que comercializaban las camisetas del "2 de octubre no se olvida" y de Avándaro 71 y que comenzaron a repetir como propias las anécdotas de las valientes enfermeras, las abogadas y las estudiantes que cocrearon los comités de huelga y los movimientos sociales en barrios marginales, pueblos y universidades, siempre unidas a miles de mujeres que sin protagonismo público fueron corriendo la voz en los hogares, mercados y rancherías del país. Esos mismos intelectuales de izquierda ya habían logrado erradicar del relato aquellas duras batallas de las mujeres activistas contra la violencia sexual y física de sus compañeros —desde los huelguistas universitarios hasta los literatos y los guerrilleros más tarde canonizados por la izquierda—.

Al investigar y escribir este libro, descubrí que las verdaderas actoras no estaban ni remotamente interesadas en convertir la tragedia histórica en una épica personal y mucho menos en la leyenda de un puñado de heroínas, trabajaron para asegurarse de que algún día el 68 y el Halconazo, que entrelazaron una trágica década, fuesen reconocidos como acciones genocidas.

Lo que en realidad deseaban era construir un movimiento en el que todas las mujeres y niñas tuviesen cabida, alejarse lo más posible de las élites intelectuales masculinas, pero también de algunas académicas que ya estaban ganando espacios reales de liderazgo montadas en el discurso de las feministas blancas norteamericanas, esas que excluyeron poco a poco a las mujeres negras afromexicanas e indígenas de todo lo que era visible y poderoso. Escribir este libro me recordó que las grandes batallas estratégicas iniciadas por las mujeres de los pueblos originarios y las afrolatinas se fueron desvaneciendo para convertirse en pequeñas anécdotas folclóricas casi hasta convertirse en polvo de la historia.

Ahora que escribo estas últimas letras, pienso que los movimientos de estas mujeres (las reales y las ficticias) se alimentan siempre de la sororidad, del pensamiento crítico sin dejar de lado los afectos, el amor, los cuidados, la maternidad y sus complejidades, las diferencias y diversidad como fuente de aprendizaje mutuo, el deleite de la ternura que estalla con el placer de la libertad amorosa y la ritualidad del gozo que celebra la vida y honra con amor a las muertas.

Estoy segura de que nadie podrá decir jamás que no aprendimos las lecciones de la guerra sucia, de los destrozos provocados por los patriarcas gobernantes, o de la brillante clarividencia de esta unión inesperada, secreta y lúcida de las mujeres que nos han mostrado el camino. Nosotras, sus hijas y las hijas de sus hijas aprendimos que algún día por fin nuestra libertad no sería un misterio por descubrir, ni un sospechoso derecho por defender.

Agradecimientos

Agradezco a todas las mujeres de los pueblos originarios de mi país, a las afromexicanas que han entregado el alma y la vida al movimiento, las grandes pioneras de la defensa de la tierra y la igualdad, de la abolición de las esclavitudes, esas que han sido nuestras maestras doblemente discriminadas.

A mi madre Paulette y a mi abuela María Rosa, a mi hermana Myriam, a mi bisabuela María Álvarez Arriola que escribió las memorias de cuatro generaciones de la familia Cacho y sus militares, a mi tía Elvira Cacho Álvarez que cuando yo era niña me contó historias sobre el lejano tío abuelo Gustavo Díaz-Ordaz Bolaños-Cacho.

A Lucía Lagunes, María Rosa Ochoa, Gabriela Jauregui, Elena Poniatowska, a las valientes Rosalía Hernández Alarcón, Bertha Navarro, Alaíde Foppa, Leonora Carrington, Esperanza Brito, Ana Ignacia Rodríguez Márquez "La Nacha", Lucía Castillo Luna, Roberta, "Tita", Avendaño, Mirta Rodríguez Calderón, Luzmita Gómez, Luz María Aguilar, Rina Lazo, Lucha Castro, Adela Salazar, Adriana Corona Vargas, Eufrosina Rodríguez, Ana María Teuscher, Agustina Matus, Mika Seeger, Cecilia Naranjo.

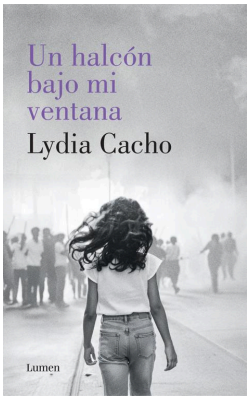
Por su cariño e historias gracias a María Luisa, "La china", Mendoza y a la generosa Joan Baez, que me permitió navegar por su memoria. A Julieta Campos, Marcela Lagarde, Nancy Cárdenas, Elena Garro, Elena Paz, Neus Espresate, Ifigenia Martínez, Magdalena de la Isla, Clementina Batalla Torres, Judith Reyes, Casilda Cundumi, Florinda Soriano, Patricia Hill Collins, Felicita Campos, Lélia Gonzalez, Sueli Carneiro, Astrid Yulieth Cuero, Delmy Cruz, Marisol Orozco, Lourdes Uranga, Macrina Cárdenas, Lourdes Rodríguez Rosas, Esperanza Rangel Aguilar, Elia Hernández, Rosa Albina Garavito, Alejandrina Ávila Sosa, María de la Paz Quintanilla, a

la comandanta Ramona, a la chamana Otilia Cahuich, Paquita Calvo, al Bloque Nacional de Mujeres Revolucionarias, a Las Temerarias Subversivas, Stephanie Urdang y Gioconda Belli.

Especial agradecimiento a las mujeres del Ayuntamiento de Víznar, Marisa Ortega Castilla, Ana Ruiz Torices y Teresa García, que trabajan en Camino de la Fuente Grande, en el Barranco y Los pozos, donde el equipo forense de la Universidad de Granada sigue exhumando cuerpos de mujeres víctimas de los fusilamientos masivos del franquismo; hasta la fecha han encontrado veintiocho fosas comunes, entre ellas a treinta y cinco mujeres jóvenes. Gracias por permitirme leer mi poema "La fosa" allí donde hallaron a las mujeres republicanas y a ese niño que aún llevaba un lápiz en la mano cuando lo mataron.

A mi editor Andrés Ramírez, que entendió el difícil proceso emocional de mi exilio y me respaldó con paciencia hasta llegar a la historia que debía crear. Por su compromiso y crítica siempre útil a la genial editora Natalia Rodríguez. A mi querida Rosa Montero que no me permitió el desánimo recordándome que era capaz de escribir esta novela. A Mardonio Carballo por la revisión de los textos en náhuatl. A mi amigo Eduardo Velasco, por esa primera lectura del borrador y por cuidarme en los momentos más difíciles de estos últimos años. Infinitos agradecimientos a las amistades que no me han dejado desfallecer en esta nueva etapa del destierro y la transformación: Isabel Coixet, Alfonso Cuarón, Paka Díaz, Ed Vulliamy, Elia Galera, José Martret, Alberto Ruy Sánchez, Jon Lee Anderson, Beto Tavira, Cristina del Valle, Adriana Montalvo, Francisco Báez, Rebeca García-Miña, Alicia Luna, Paulina Peralta y Celia Bermejo, Alejandro Speitzer, Cecilia Suárez, Patricia Simón, Miguel Ángel Hernández, Alberto Islas. A mi abogado Leopoldo Maldonado con el equipo de Artículo 19, que mantiene mi defensa legal luego de veinte años de batalla. A la doctora Laura Cano y al doctor Víctor Méndez que han cuidado mi salud en momentos difíciles en que sentí que no saldría adelante. A mi padre Óscar Cacho.

A Cora, mi perrita amorosa, la primera que escuchó la lectura de esta historia en voz alta en la soledad de mi estudio en España.



Julieta es una chica de catorce años que busca el sentido de su vida en el México de los años sesenta, entre el rock y los movimientos feministas, la revolución sexual y la rebelión estudiantil frente a la dictadura del pri. Clara, su madre, es una carismática psicóloga que lucha por los derechos de las mujeres, hija de exiliados españoles sobrevivientes de la persecución antirrepublicana de la dictadura franquista. Su padre, Fernando, es un buen hombre, heredero de una estirpe de poderosos militares, que vive en un constante enfrentamiento entre el amor hacia su esposa e hija rebeldes, y el cuestionamiento de su familia conservadora.

Todo cambia cuando Julieta acompaña a su madre a las marchas del 2 de octubre de 1968 y a la que culmina el 10 de octubre de 1971, conocida como el *Halconazo*. La protagonista se convierte en testiga de las reuniones clandestinas de valientes luchadoras sociales de Latinoamérica que no solamente se enfrentan a un sistema opresor, racista y antidemocrático, sino también a las estructuras machistas de los movimientos estudiantiles y de izquierda a los que pertenecen. A lo largode estas páginas, acompañamos a Julieta en el viaje íntimo de una década de revelaciones en que descubre el poder del amor, el sexo, la identidad, la muerte y el poder político de la rebeldía y la amistad.

Lydia Cacho nos sorprende con una novela conmovedora y poderosa por partes iguales, un homenaje a la voz de las niñas y de todas aquellas mujeres que abrieron camino en la lucha por un mundo más justo desde la ternura revolucionaria.



Lydia Cacho (México, abril 1963) es periodista de investigación, escritora, editora, productora, guionista y activista social. Ha publicado cientos deartículos periodísticos y ensayos sobre política yderechos humanos. Es autora de una veintena de libros entre los cuales destacan *Los demonios del Edén: el poder que protege a la pornografía infantil*, *Memorias de una infamia*, *#EllosHablan*, *Cartas de amor y rebeldía* y *El día que invadieron mi planeta*, sobre las vivencias de la guerra de la niñez ucraniana.

Ha sido reconocida con diversos premios internacionales, entre ellos el Harold Pinter Prize, elPremio Mundial de la Libertad de Prensa Unesco-Guillermo Cano, el premio a la valentía de la International Women's Media Foundation, la medalla Wallenberg a la valentía, el Olof Palme Prize, el Nelson Mandela Changemaker Award. En 2023 fue reconocida por la Asociación de Escritoras y Escritores en Lengua Gallega con la presea de Escritora Gallega Universal. En 2025 se convirtió en la primera mujer civil en recibir la medalla de oro de la Sociedad Española de Investigación en Seguridad Global, y la insignia de oro de la Sociedad Española de Criminología y Ciencias Forenses. En 2026 recibió el premio Internacional Humanismo Solidario Erasmo de Rotterdam.



Un halcón bajo mi ventana

Primera edición: mayo, 2026

D. R. © 2026, Lydia Cacho

D. R. © 2026, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Diseño de portada: Penguin Random House / Amalia Ángeles
Imagen de portada: Adobe Firefly
Fotografía de autora: Marco Alar (Archivo Lydia Cacho)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo, pero no limitado, a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o

préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.org.mx).

ISBN: 978-607-3875-62-2

Composición digital: Simon and Sons ITES Services Pvt. Ltd., Chennai

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx

Table of Contents

Un halcón bajo mi ventana
Dedicatoria
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX

XXXI
XXXII
XXXIII
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos